

JULIÀ GUILLAMON
**EL BARRIO
DE LA PLATA**



Un mundo posindustrial de fábricas abandonadas convertidas en talleres y agencias de transporte, un hotel familiar en un pueblo de montaña en los años sesenta, la emigración masiva de valencianos a Barcelona a principios del siglo XX, la vida de las clases populares en el barrio de Gracia, el anarquismo y el pistolero. Un paisaje extraordinario para una historia arrebatadora. El barrio de la Plata es el microcosmos donde se desarrolla la tragedia de los padres y el drama de los hijos: la fascinación de los contrarios, el choque entre diferentes maneras de entender la vida, la cultura como elemento fundamental en la construcción de la identidad contemporánea.

Julià Guillamón

El barrio de la plata



Título original: *El barri de la plata*
Julià Guillamón, 2018

Revisión: 1.0

Para Cris, de espaldas, en el pasillo de la calle Luchana.

—Taxi!

—But I've no money.

—I have.

—Where are we going? —Where I belong.

My Fair Lady

1. EL PASAJE MAS DE RODA

Busco una manera de empezar, el hilo de Ariadna que me llevará de regreso al barrio de la Plata, el barrio de los valencianos, en Pueblo Nuevo, donde viví hasta casi los treinta años. Y encuentro el inicio inesperadamente en *La Vanguardia* de hoy, 21 de octubre de 2014, que en la página treinta y cinco publica una información sobre la muerte de José Daurella. En los años cincuenta, junto a su hermano Francisco, se puso al frente de Cobega, la empresa fundada por su padre, que fabricaba y distribuía la Coca-Cola en España y Andorra (más tarde también en Portugal y en algunos países del norte de África). En 1983, cuando entré a trabajar en el diario *Avui*, la redacción conservaba algunas costumbres corporativas del viejo periodismo. Por ejemplo, el 24 de enero se celebraba san Francisco de Sales, patrón de periodistas y escritores. Cobega mandaba a unas azafatas que servían vasos de Coca-Cola. Por esta razón, y por los anuncios a página entera que pagaba generosamente, cuando Francisco Daurella publicaba una de sus novelas, el diario le correspondía. Mandaba a un redactor, que fabricaba una breve noticia sobre el acontecimiento social que rodeaba la presentación. Daurella era un tipo inquieto, acabó montando un museo en Barcelona y otro en Madrid, con una buena colección de pintura. Escribía novelas históricas y de ambiente cosmopolita con el seudónimo de Fran Daurel. Yo era el redactor más joven de la sección de cultura y me correspondía asistir a las presentaciones. Era lo que en el lenguaje del periodismo de aquel tiempo se llamaba *un pesebre*: un acto de compromiso, con poca substancia cultural. Y, a pesar de ello, había algo admirable en aquel Fran Daurel, propietario de una de las primeras

fábricas a la americana de Barcelona, en la calle Guipúzcoa, que acogía a los niños de los colegios, en visitas culturales, un tipo forrado que escribía novelas de detectives y regalaba Coca-Cola a los periodistas.

Quizás porque al propio Daurella le gustaba escribir, Coca-Cola promovía el Concurso Nacional de Redacción. Participaban en él chicos y chicas de toda España: todos los escritores de mi generación desfilaron por allí. Seleccionaban a tres o cuatro alumnos de cada colegio, que participaban en las eliminatorias provinciales y, más adelante, en la final nacional. Yo no pasé de una de las rondas de Barcelona, pero años más tarde conocí a un tipo que ganó el Concurso Nacional. Lo obsequiaron con un viaje a Río de Janeiro. En aquellas primeras rondas regalaban libros. Recuerdo que iba a por leche a la calle Joncar, *el carrer deis gitanos* (la calle de los gitanos) como lo llamaba mi yaya, obsesionado con la idea de ganar aquellos libros que acabarían siendo el punto de partida de una biblioteca. Me rondaba por la cabeza un monólogo interior como el de los dibujos animados de *Oliver y Benji*: «¡tengo que ganar esos libros, tengo que ganar esos libros!». Era una especie de confesión o de examen de conciencia, los buenos propósitos a los que siempre aludía mi madre. Me regalaron tres libritos de una colección de la Editorial Bruguera que se llamaba «SÍ-NO». Recuerdo que uno de los autores, quizás el autor de los tres, era José Repollés. Nacido en Calanda en 1914, «prolífico autor de obras de carácter popular, en ocasiones escribió bajo seudónimo (...). Es autor, entre otros libros de divulgación, de una deslucida *Historia de España*.

Su escritura carece de relieve artístico». Pobre hombre: vaya manera de tratarlo en la Wikipedia.

Cada uno de los libritos abordaba un tema de forma didáctica. Empezaba por un test de doscientas preguntas al que debías contestar escogiendo entre cuatro opciones. A continuación, el autor se las componía para dar respuesta a todas aquellas preguntas en un texto continuo. Los años setenta fueron la época de oro de las fichas y de los test, continuación natural de la teoría de conjuntos y de los móviles que se utilizaban con fines pedagógicos en el parvulario y en los primeros cursos de primaria: la simplificación divertida, la idea de que, con solo algunas nociones, dejándote guiar por la intuición, podías llegar a

resolver cualquier problema. Recuerdo unas fichas azules y otras de color tostado, de historia y de ciencias sociales, respectivamente. Y las hojas de ejercicios del método Ruaix para aprender catalán, que también funcionaban a base de fichas. En el mercado de lance he encontrado libros de la colección «SÍ-NO». Me han sorprendido *El teatro universal*, de María Aurelia Capmany, *La música*, de Jaume Vidal Alcover y *Napoleón*, de José Miguel Mínguez Sender, porque cuando empecé a moverme en los ambientes literarios en los años ochenta los conocí a los tres. No recuerdo que me tocara ninguno de esos volúmenes. Igual regalaban los que se vendían menos. Repollés era un escritor sin relieve artístico, los libros de la colección «SÍ-NO» no eran demasiado atractivos, pero era una manera de empezar.

El colegio Voramar era lo que en los años sesenta se llamaba una *escuela de padres*. Enseñaban catalán, en una época en la que no formaba parte de los programas educativos. Nuestro profesor era Joan-Enric Vives, un cura joven de la iglesia de Santa María del Taulat. Vestía vaqueros y conducía un Citroen Dyane 6. Mucho más tarde, siempre con sotana o *clergyman*, ha sido obispo auxiliar de Barcelona, obispo de Urgel y copríncipe de Andorra. Los sábados por la mañana, su hermana Josefina daba clases de guitarra clásica en el comedor del colegio. Era una familia catalana, de Pueblo Nuevo de toda la vida. Me resultaba chocante que pudieran existir personas de Pueblo Nuevo de toda la vida, porque me sentía desarraigado y tenía la sensación de que estábamos allí por accidente. Un año, por la fiesta del libro, Joan-Enric nos llevó a los puestos de la Rambla, y compré un libro de historia de Ferran Soldevila, *Resum d'història dels Països Catalans*, con una miniatura en la cubierta que reproducía las Cortes Catalanas del siglo XV: el primer libro que no era del colegio y el primero que pagué de mi bolsillo. Mi madre se había apuntado al Círculo de Lectores que, a principios de los setenta, además de los libros con encuadernaciones de cartón que imitaban la piel, empezó a vender discos. Crearon una marca, Orlador, la primera marca blanca que vi en mi vida. Publicaron un disco del cantautor Raimon, *A Víctor Jara*, cambiándole la portada. En la versión original reproducía un retrato de Leopoldo Pomés, con la cara de Raimon que quemaba el papel. Debieron encontrarla demasiado atrevida. También eliminaron el título, que era políticamente comprometedor, porque a Víctor Jara, otro cantautor, lo había

asesinado Pinochet en Chile. El libro de Ferran Soldevila, publicado por Teide, es de 1974. El disco de Raimon, de Orlador, de 1975. Yo debía tener trece o catorce años.

Como resultado de las clases de guitarra de Josefina Vives, mi primera idea fue ser cantautor, y lo primero que escribí fueron letras de las canciones que inventaba: unos poemas de amor tristes y llenos de añoranza. En casa, antes de que entraran los catálogos de Círculo de Lectores, había muy pocos libros. Recuerdo una biografía del tenor Emili Vendrell escrita por su hijo y un libro de recuerdos del dibujante Valentí Castanys, dos personajes muy populares en el mundo menestral catalán. Mi madre los tenía arrinconados en un estante, en el mueble del comedor, comprimidos entre facturas viejas y algunas cartas. También tenía el libro que más quería: *Cançoneret de Nadal*, publicado en 1933 por Foment de Pietat Catalana, con los villancicos tradicionales. En un armario donde guardábamos las maletas ajadas y ropa que ya no utilizábamos, encontré unos cuantos libros más. Uno de estos libros era la *Antología de la poesía social catalana* de Ángel Carmona, de 1970, una selección de poemas de todas las épocas con contenido reivindicativo o social. Uno de los poemas, «Cançó de la roba estesa». («La canción de la ropa tendida»), me gustó y le puse música:

*La roba estesa
de la gent pobre
als patis foscos
i als descampats
coneix l'angoixa
dels dies grisos
sap l'enyorança
del temps gastat.*

*[Ropa tendida
de la gente pobre*

*en los patios oscuros,
y en los descampados,
conoce la angustia
de los días grises
sabe la añoranza
del tiempo pasado].*

Me identificaba con este poema, me sabía parte de un mundo pobre, a pesar de que, al escribir el poema, Feliu Formosa pensaba en un barrio de chabolas y nosotros vivíamos en una casa obrera, un tanto extravagante, pero una casa al fin y al cabo. Cuando años después viajé regularmente a Brasil y me aficioné a la música popular brasileña encontré muchas canciones que, como la «Cançó de la roba estesa», hablaban del paisaje y de las casas de la gente humilde. Por ejemplo «Chao de Estrelas». («Suelo de estrellas») compuesta por Orestes Barbosa y Silvio Caldas en los años treinta. Elizeth Cardoso la grabó en 1957:

*Nossas roupas comuns dependuradas
na corda, qual bandeiras agitadas
pareciam um estranho festival!
Festa dos nossos trapos coloridos
a mostrar que nos morros mal vestidos
é sempre feriado nacional.*

*[Nuestras ropas modestas tendidas
en la cuerda, como banderas agitadas
¡parecían un extraño festival!
Fiesta de nuestro trapos coloridos*

*para mostrar que en los suburbios mal vestidos
es siempre fiesta nacional].*

Otra era «Viaduto Santa Ifigénia». («Viaducto Santa Ifigenia») de Adoniran Barbosa: un emigrante del barrio italiano de Beixiga canta en un portugués atropellado al viaducto que forma parte de su paisaje querido, y sufre por sí, en una reforma de la ciudad, a alguien se le ocurre demolerlo: si esto sucediera se vestiría de luto y se mudaría al interior del país. En otra canción, «Saudosa maloca». («Añorada chabola»), Adoniran recuerda con tristeza la demolición de la barraca donde vivió con sus amigos Matogrosso y Joca, con quienes llegó a Sao Paulo.

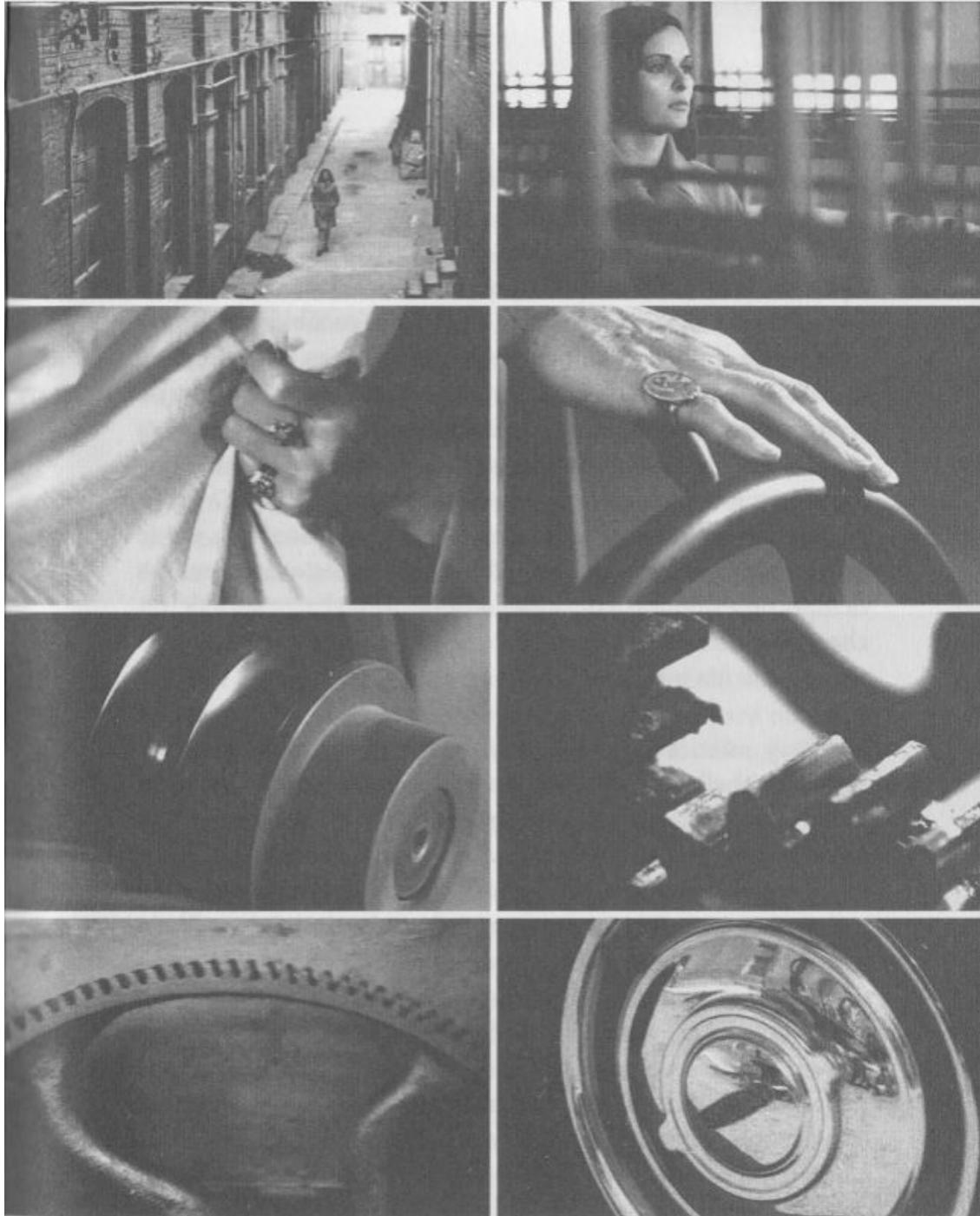
*Peguemos todas nossas coisas
e fomos pro meio da rua
a apreciar a demolido.
Que tristeza que nós sentia.
Cada táua que caía
dota no coração.*

*[Cogimos todas nuestras cosas
y fuimos hacia el medio de la calle
a contemplar la demolición.
Qué tristeza sentíamos.
Cada tabla que caía
dolía en el corazón].*

Recuerdo el día que asumí que no sería cantante, en aquel tono de *examen de conciencia*. Aunque, si no cantaba, podía escribir. ¿Qué escribiría? Tenía

el paisaje, lo que me rodeaba, el pasaje Mas de Roda que recorría todos los días de ida y vuelta del colegio. Delante de casa, la agencia de transportes Hursa me gustaba porque uno de los camiones tenía la matrícula de Valencia. En mis juegos de niño, cuando salíamos de casa con mis padres y subíamos en autobús al barrio de Gracia, donde vivían mis abuelos, imaginaba partidos de fútbol: los resultados se decidían con las letras de las matrículas de los coches que encontrábamos por el camino. En aquella época los coches de cada provincia se identificaban con una inicial o dos. De pequeño era del Valencia C. F. Salíamos de casa, veía el camión: Madrid o - Valencia i. El Valencia siempre empezaba ganando. En la esquina del pasaje, a la derecha, la casa de Marcelino, que era del mismo pueblo de mi padre, en el Alto Mijares, y que estaba casado con una catalana —*Mercé del Marcelino*—. Tenía dos hijas que iban a las monjas del paseo del Triunfo, con las que su padre hablaba en catalán. A continuación, en la misma mano, un bar con trinquete (otra reminiscencia valenciana) y unas casas bajitas, donde vivía una chica que años después fue compañera en el colegio, Mercé Climent. En la azotea de su casa, habían construido una torre con un palomar. En la esquina de la calle Granada, un colegio de niños pequeños, lo que en Cataluña se conoce como una *escola de caganers* (ahora la palabra suena mal pero yo la he oído como apodo de una rama de la familia paterna: los cagones). En la otra mano, una de aquellas fábricas que no se sabía lo que fabricaban, igual ya no fabricaban nada. Pasada la calle Granada encontrabas dos bares. Uno, cerrado desde hacía años, con un cartel herrumbroso: el Bar Moreno. El otro, el Mesón Nouriño, era un restaurante gallego. El propietario tenía la cara abotargada y se parecía al boxeador Urtain. Mi abuela nos invitó una cuantas veces a toda la familia a comer allí el día de Reyes. Pegada al mesón, una agencia de transportes, los estibadores bromeaban a mala leche y gritaban mucho. Al fondo, casi a la altura de la calle Badajoz, encontrabas el almacén de la Sucran. Y a la derecha, una fábrica antigua, de ladrillos, con un gran patio de carga y descarga, como salida de una novela de Charles Dickens. Parecía abandonada. Aparece en un capítulo de la novela *La Moravia* (zon), que escribí en los años noventa. El protagonista deambula, ve el patio y, al fondo, una luz encendida, bajo una pantalla metálica. Le parece un plato de batería que cubre un fantasma pequeñísimo: la luz de una bombilla de sesenta vatios.

Al fondo, la cubierta ondulada de la fábrica de hielo de la Unión Mutualista de Vendedores de Pescado, unas bóvedas que ennoblecían la perspectiva en fuga. Yo era un chaval solitario y caminaba concentrado, intentando asimilar todo lo que veía, dejando que me penetrara, pensando que podía llegar a ser el centro de mi vida. Y, de hecho, la fábrica de hielo es una de las fábricas mitificadas que aparecen en el libro de prosa experimental *La fabrica de fred* (1991). («La fábrica de frío»). Deshabitado y desbaratado, el pasaje Mas de Roda constituía una realidad autónoma en mi pensamiento: el mundo industrial.



Nocturno 29 (1968), de Pere Portabella. Lucía Bosé cruza la calle de la fábrica, sube a la planta, descubre la máquina y pone en marcha el movimiento.

Cuando era adolescente salía a caminar por el barrio, las tardes del domingo, fascinado por tanta desolación: las calles estrechas, las fábricas

cerradas, los coches recubiertos de una película de humedad de las antiguas marismas. La humedad se mezclaba con el polvo, el aceite y la grasa de los talleres de reparaciones que dejaban los coches y camiones aparcados en la calle, días y días, sin reparar. Uno de estos talleres ocupaba la misma edificación que los transportes Hursa. Junto al bordillo se había formado un charco aceitoso, que no se secaba, del que sobresalía media bola negra: estuve mucho tiempo obsesionado por aquella bola, pensaba en ella de noche y cuando la visualizaba, oscura y reluciente, tenía arcadas y creía que iba a vomitar la cena.

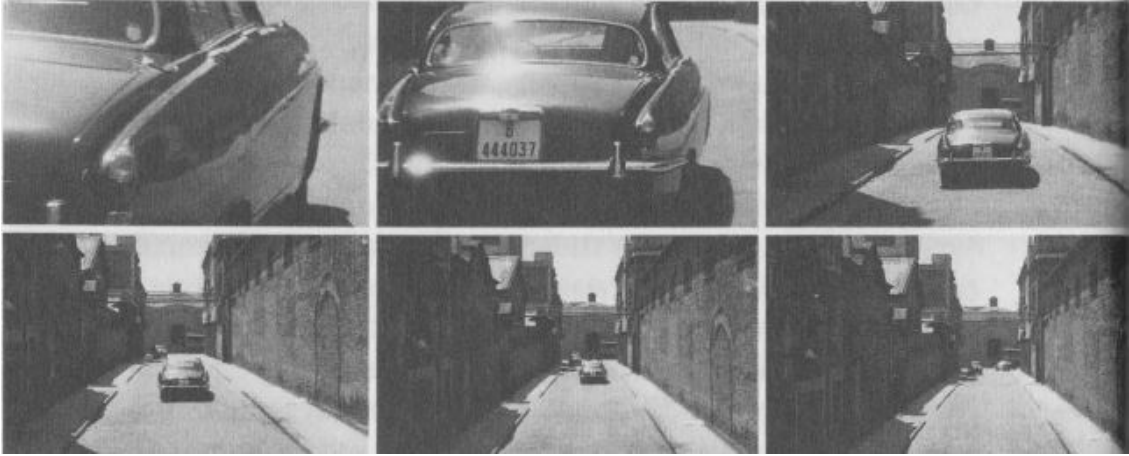
En 1993 asistí a la proyección de *Nocturno 29* (1968), de Pere Portabella, en un ciclo en la Filmoteca. Es una película de vanguardia, basada en las acciones escénicas del poeta Joan Brossa. Retrata a un hombre y una mujer ricos, interpretados por la actriz Lucía Bosé y por Mario Cabré, actor, torero y poeta. Ella entra en un almacén de tejidos. El dependiente le muestra banderas de diferentes países. Deja una pieza de ropa morada en un estante, y con otras dos piezas, amarilla y roja, forman la bandera de la República Española. Él entra en la sede central de uno de aquellos bancos que en los años setenta ocupaban los mejores edificios del paseo de Gracia, unas oficinas monumentales con decenas de oficinistas. Aparecen los ordenadores —en aquella época se llamaban cerebros electrónicos—, la panoplia con las llaves de los cofres privados. Otras escenas están filmadas en el Círculo Ecuéstre, un club privado muy conservador, y en el golf de Sitges. El pintor Joan Pons aparece vestido de arlequín. El músico Caries Santos interpreta una pieza al piano. Mario Cabré y Lucía Bosé tienen conversaciones absurdas: «A qué esperas para aprender equitación. ¿Cuándo seas viejo?», pregunta ella. «Un mapa no es un lugar adecuado para escribir preguntas», responde él. En una escena, que me pareció central, la mujer entra en una fábrica. Recorre las naves desiertas, con decenas de telares. Se sitúa frente a una máquina cubierta con una sábana. Da una vuelta entera a su alrededor y tira de la sábana. Gira un volante de hierro y activa el movimiento de ruedas y engranajes. Acciona una palanca y el movimiento se acelera. En el último plano, la rotación pasa de la máquina a la rueda del coche, un lujoso Jaguar, que circula por el pasaje Mas de Roda y gira a la derecha, por la calle Badajoz. Al fondo se ven las bóvedas de la fábrica de hielo.

Me emocioné. Acababa de publicar *La fábrica de fred*, estaba escribiendo *La Moravia*. Así que aquel paisaje, para mí privado, el camino por el que iba al colegio todos los días, formaba parte del mundo de artistas y poetas, de teatro y cine experimental, al que yo aspiraba a pertenecer.

Empecé este libro y una de las primeras cosas que se me ocurrió fue contactar con el director de *Nocturno 29*, Pere Portabella, para preguntarle cómo surgió la idea de localizar esta escena en el pasaje Mas de Roda, quién encontró el sitio y por qué filmaron allí. Alguien, en nombre de Portabella, me mandó un *mail*:

«Atendiendo a su demanda de información sobre la secuencia de *Nocturno 29* en la que Lucia Bosé se pasea por una fábrica y donde tiene lugar la escena de ella con la máquina, quiero informarle de que no se trata de Pueblo Nuevo, sino del complejo de La Magòria (can Batlló), en el distrito de Sants-Montjuïc. No recuerdo, y tampoco lo tenemos documentado, por qué se eligió esta localización, pero, teniendo en cuenta que usted está escribiendo un libro sobre Pueblo Nuevo y el hecho de que nuestra fábrica no esté allí, entiendo que ya no debe tener, por lo tanto, más interés para usted».

El pasaje Mas de Roda volvía al olvido, de donde había salido momentáneamente aquella tarde en la Filmoteca. El interior debe ser can Batlló. Pero la escena del Jaguar se filmó en el pasaje Mas de Roda. No puedo estar equivocado: pasaba por allí todos los días. Ha desaparecido de los archivos de Films 59, como si nunca hubiera existido. Mi amigo Jordi Ribas dice que el tema de todo lo que escribo es la desaparición. Lo que pasó y se ha borrado, lo que ha sido suprimido, la memoria perdida de las cosas. Reúno restos, colecciono fragmentos para construir un espacio mental: el barrio de la Plata.



El Jaguar de Lucía Bosé avanza por el pasaje Mas de Roda y gira a la derecha, por la calle Badajoz, en Nocturno 29.

2. ISABEL DE LA VAQUERÍA Y LA SEÑORA BALBINA

Julián Guillamón Puerto y María Mota Robert se conocieron en el baile Monumental de la calle Mayor de Gracia. Hasta el momento de casarse a mi padre le gustaban mucho los bailes. Siempre recordaba que el jueves era el mejor día de la semana porque las chachas libraban. En aquella época — finales de los años cincuenta— las empleadas del hogar gozaban del prestigio erótico que más tarde acapararon las separadas. Mi padre y su amigo se acercaron a mi madre y su amiga y en algún momento debieron decirles: «Somos de Toga, Castellón». El lugar era tan desconocido y remoto que era obligado decirlo en un paquete: «Toga, Castellón» o, si el interlocutor tenía un poco de idea de geografía valenciana: «Toga, en la cuenca del río Mijares». Toga era un pueblo de frontera. Siguiendo el Mijares hacia la costa, en dirección a Onda y Villareal, los pueblos tienen nombres de origen catalán: Cirat, Vallat. Siguiendo el Mijares hacia Teruel, en dirección a la Puebla de Arenoso, aragonés: Torrechiva, Ludiente, Arañuel. Los pueblos junto a Toga, Espadilla y Argelita, los he visto escritos como Espadella y Argelita, con el sufijo catalán. Pienso que si el nombre del pueblo de mi padre hubiera sido aragonés se habría llamado Tuega, y así aparece, de hecho, en documentos antiguos. El nombre de Argelita es indicativo de lo que debió suceder. Toda aquella comarca, desde Onda, en la Plana, hasta Montán y Montanejos, en la Sierra de Espadán, fue tierra de moriscos. Tanto debió haber que Argelita era «la pequeña Argelia». Cuando expulsaron a los moriscos, en 1609, quedó una

tierra de nadie que se repobló con gente de otros lugares. He oído decir que en el siglo XVII, en Toga, la peste liquidó a una parte de la población. Y que llegó otra oleada de repobladores, entre los cuales había navarros y mallorquines. De ahí que una de las especialidades que no he encontrado en otros lugares de Castellón ni de Valencia sean las picantosas, unos chorizos con pimentón y mucha guindilla, que quizás originalmente fueron chistorras. Y que mi abuela se llamara Puerto Barceló: Barceló es un apellido mallorquín. Todo esto son suposiciones construidas a partir de las investigaciones de un familiar, abogado, Octavio Guillamón, que tenía curiosidad por la historia, y de los nietos —Mercé Tolrá, Lola Barceló y yo mismo—, que ya hemos vivido siempre en Cataluña. Cuando era un chico me divertía oír a la tía Enriqueta que hablaba de *prisquillas babosas* (melocotones de agua) y de *chullas* (costillas de cordero), que mucho después entendí que eran *bresquilles* y *xulles*: palabras de frontera.

Mi madre y mi padre se conocen en el Monumental, se hacen novios, se casan. Mi madre era una muchacha del barrio de Gracia, hija de una heredera de Vila-rodona, Pepita Robert, y de un mozo, de Viladrau, Joaquim Mota, camarero profesional, que había trabajado en el Gran Café Barcelona de la plaza de la Universidad y más adelante en el restaurante del Campo de Aviación. De Tarragona y del Montseny. De pronto, mi madre se encuentra viviendo en casa de sus suegros, en Pueblo Nuevo. Mi padre era calderero, había trabajado en distintos talleres. Cambiaba de trabajo a menudo. Al primer cabreo, no le costaba gran cosa cabrearse, *cogía el portante*. El yayo Julián era un obrero de can Girona —Material y Construcciones S.A.—, era un obrero enfermizo, se retiró prematuramente y murió joven. La yaya Manuela había trabajado en la fábrica Aranyó, una industria textil que ocupaba un edificio que parecía el castillo de *Cumbres borrascosas*, actualmente es el Campus de Comunicación de la Universitat Pompeu Fabra. Llegaron a Barcelona en los años veinte, o antes quizás, mi padre nació en 1929 en las chabolas de detrás del Cementerio del Este. Pienso en la sensación de extrañamiento que debió sentir mi madre cuando llegó a Pueblo Nuevo. Una casa vieja, con una escalera de paredes desportilladas, y la puerta que daba a la calle, que se abría desde el piso tirando de una cuerda. Cuando yo nací todavía había comuna. Quedaba en un tramo de la calle Luchana —hoy Roe

Boronat—, entre el barrio de la Plata (la calle Wad-Ras —hoy Josep Trueta —, entre Granada —hoy Ciutat de Granada— y Badajoz) y la Rambla: un lugar muy despoblado, con pocas casas. Solo teníamos unos vecinos, los Rossich, Vicenç y Trini, una familia trabajadora. Tenían dos hijos, cuatro o cinco años mayores que yo: Jordi y Nuri. El número 18 de Luchana era lo que se llamaba unos *pisos altos*, una casa que había quedado tocada por una bomba de la guerra. Enfrente, la casa de Mercé y Marcelino. El resto eran almacenes, talleres, agencias de transporte y fábricas abandonadas.

Tenías la sensación de estar viviendo lejos de todo. Y más todavía cuando subías a ver a los abuelos, en Gracia. En el trayecto del autobús 6, desde el paseo de Gracia, frente al rascacielos del Banco Comercial Transatlántico, hasta la esquina de Wad-Ras con Llacuna, parada final, mudabas de piel. La primera parte del recorrido seguía por la Diagonal hasta el paseo de San Juan. El paisaje estaba formado por casas burguesas, con grandes balcones y galerías acristaladas. Me gustaba el monumento al inventor Narcís Monturiol, obra del escultor Josep M. Subirachs, frente al edificio de la Mutua Metalúrgica, que años después supe que era un edificio notable, precursor de la arquitectura moderna de los años cincuenta, proyectado por Oriol Bohigas y Josep M. Martorell. Yo era un chiquillo y se me iban los ojos tras el submarino de bronce que atravesaba la peana escultórica. Llegábamos al paseo de San Juan, con las dos direcciones del tráfico separadas por un seto de pitósporos. En aquella época se utilizaban a troche y moche en la jardinería municipal. El autobús giraba por la calle Caspe en dirección al puente de Marina, que sobrevolaba las vías del tren que iban a morir a la estación del Norte. Después de Buenaventura Muñoz se entraba en una tierra incógnita, de espacios despoblados, las calles estaban adoquinadas y el autobús que llegaba prácticamente vacío, traqueteaba, con un gran estruendo de asientos, plásticos y cromados. En aquella época, la calle Llacuna iba de mar a montaña: el 6 tenía la parada final frente a la fábrica de yute, tristemente famosa porque en los primeros años de posguerra fue campo de concentración. Mi madre, que enseguida empezó a no entenderse con mi padre, debía vivir estos trayectos como un viaje hacia el destierro. Cuando hablaba de Gracia le brillaban los ojos: «Es de Gracia...». Solo faltaba que, siguiendo una costumbre habitual en los pueblos, mi yaya albergara en su casa a un hermano pequeño, que decidió

venir a Barcelona tras perder unos camiones que tenía y cerrar la empresa de transportes. Llegaron el tío de mi padre, Manuel Puerto, su mujer, Enriqueta Barberán, y tres hijos: Manuel, Basilio y Enriqueta. Era una presencia extraña para una joven casada que quería vivir con su marido y su hijo y se encontraba compartiendo piso con sus suegros, el hermano de la suegra y su familia, que acababan de llegar de un pueblo perdido. Era un fastidio y fue su suerte: mi madre y la tía Enriqueta llegaron a ser muy amigas, se hicieron mucha compañía y la tía la ayudó a pasar el mal trago de la soledad en el barrio de la Plata.

Yo nací en medio de esta situación de, digamos, choque cultural. Tenía una familia catalana y una familia valenciana que hablaba en castellano. Abuelos y yayos. Un mundo en Gracia y otro en Pueblo Nuevo. A causa de su trabajo en el aeropuerto, en el restaurante de la sección de vuelos internacionales, el abuelo Quimet estaba en contacto con muchas novedades. En la casa de Gracia encontraba objetos preciosos que sugerían una realidad luminosa: cajetillas metálicas de cigarrillos Benson & Hedges, calendarios de la Pan-Am. Mi abuelo trabajaba en el turno de la mañana. Por la tarde, cuando regresaba del trabajo, compraba *El Noticiero Universal*, un vespertino que leía con fruición. El hermano de mi madre, el tío Josep María, era dependiente de una tienda de electrodomésticos: una tienda de postín de la Vía Augusta, que se llamaba Bohigas, junto al Instituto de Estudios Norteamericanos. Mi tía Mari tenía un puesto de pescado en el mercado de la Libertad. Se ganaban bien la vida, viajaban, eran jóvenes y modernos. En Pueblo Nuevo mi padre leía *Marca* o *As*, los diarios deportivos de Madrid, porque era del Valencia C.F. y en estos diarios se hablaba más de su equipo que en los diarios de Barcelona. Mi madre compraba *Telva* y, más tarde, la revista de patrones *Burda Moden*, de donde sacaba los modelos que confeccionaba con la máquina de coser Wertheim. Mi padre acababa reventado del trabajo de la semana y no aprovechábamos mucho los días de fiesta. Cuando todavía se trabajaba los sábados por la mañana, por la tarde dormía. Salir a tomar un aperitivo era algo impensable: lo consideraba un gasto innecesario, casi un pecado, más tarde supe por qué. Nos levantábamos tarde, remoloneaba por casa, mi madre se desesperaba, mi hermano y yo nos aburríamos esperando. Salíamos cuando ya casi era la hora del almuerzo. A veces subíamos en el 6 hasta el final, en

Collblanc, en el otro extremo de Barcelona. Otras veces salíamos a buscar algún quiosco que estuviera abierto hasta lastres, para comprar el As.



María Mota, Isabel Castelló y Pepita Robert.

Esta gran extrañeza la asocio hoy con la leche. Mis abuelos vivían en la esquina de la calle Neptuno con Luis Antúnez, en la frontera entre el barrio menestral de Gracia y el más elegante San Gervasio. En la esquina de Luis Antúnez con Vía Augusta, a finales de los años cuarenta, existía una vaquería, con sus corrales y sus vacas. Mis abuelos entablaron una gran amistad con los vaqueros Joaquín Bonada e Isabel Castelló, que vivían en la misma escalera. Cuando prescindieron de las vacas, abrieron una lechería en la calle Luis Antúnez, frente a donde habían tenido los corrales. Mi madre y mi abuela ayudaban en el reparto. Conservo una foto de las dos en el portal, con la señora Isabel, con unos delantales impecables. El barrio de Gracia estaba más conectado con el mundo que Pueblo Nuevo y las novedades llegaban antes allí. Cuando subíamos a visitar a los abuelos, entrábamos en la granja de la señora Isabel. Toda la leche era envasada, lo que me llamaba la atención. En

Pasábamos por aquellas calles tan vacías del domingo a primera hora de la tarde: Badajoz, Ávila, Álava, Pamplona, Zamora, atravesábamos uno de los pasos a nivel sin barreras y llegábamos a la calle Marina, que era la primera que parecía una calle de verdad y no el patio de una fábrica. La Fundación Torras ocupaba dos manzanas y media, entre las calles Llull y Pujadas. Dos de las naves estaban conectadas por unos raíles como los del tranvía por donde, en otros tiempos, debían circular las vagonetas con escorias y carbones. Era uno de los lugares que me gustaban, cuando pasábamos caminando a paso ligero el domingo a mediodía.

Pueblo Nuevo, mi madre me mandaba a buscar la leche con una lechera a la vaquería de la señora Balbina, en la calle Juncar, junto al Casino de la Alianza. La vendían directamente en el corral, con una gran jarra de aluminio y un cucharón. Isabel, en cambio, tenía botellas, bolsas y Tetra Pak. Mi abuela encontraba buenísima la leche de la Cooperativa de los Vaqueros, en bolsa. Descubrí que podía existir un refinamiento de los productos industriales y que la leche en Tetra Pak, solo por estar envasada en Tetra Pak, era especial. Las marcas que empezaban a envasar leche lanzaban promociones con pequeños regalos. Un avión de la marca Letona, que de pequeño me fascinaba, lo encontré años más tarde en un catálogo: era un recortable de Juan Pedragosa, uno de los pioneros del diseño gráfico de los años sesenta.

Cuando empecé a escribir este libro busqué —y conseguí contactar con ella— a Merche Fernández, la hija de la señora Balbina, que vive todavía en Pueblo Nuevo, en el bloque de pisos que se construyó en los terrenos donde su familia había tenido la vaquería.

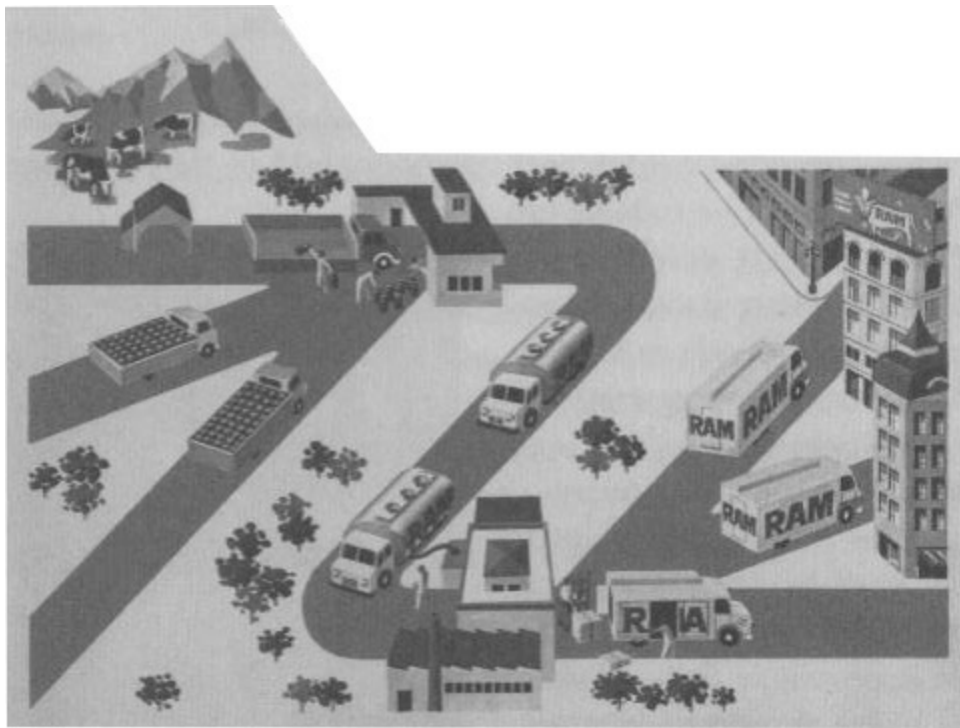
Merche me explicó que sus abuelos eran comerciantes de ganado en Selaya, un pueblecito de alta montaña de la provincia de Santander. El padre compraba bosques enteros para vender la madera. Era un trabajo muy pesado. Por esta razón, cuando en 1960 surgió la posibilidad del traspaso de una vaquería decidieron venir a Barcelona. La madre enseguida se encontró a gusto



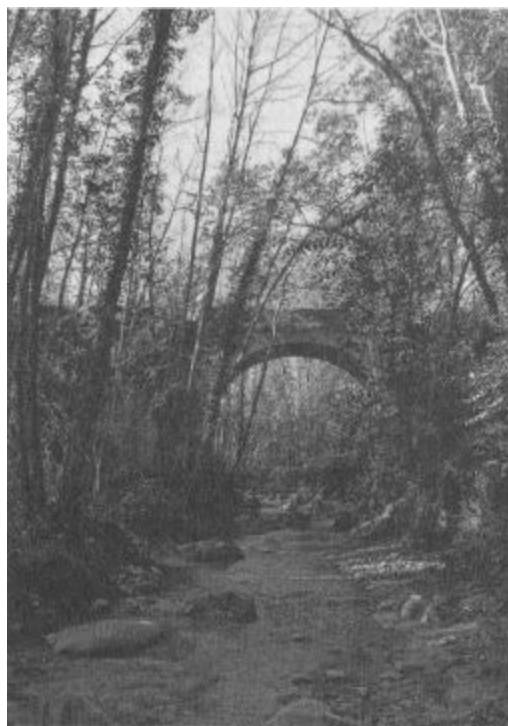
La señora Balbina y sus hijos.

en Pueblo Nuevo y ya no se movió de allí. Merche es dos años mayor que yo y me había vendido leche. Me contó que la idea de despachar en la cuadra fue de su padre, que lo entendía como un reclamo comercial. Ordeñaban las vacas delante de los clientes, con un cubo y un colador. La gente se llevaba la leche caliente. Los tíos de Merche tuvieron una vaquería en la calle Providencia, en

Gracia, y más adelante, en Las Corts, pero no se adaptaron y regresaron a Santander. Su padre compró una finca en Olesa de Montserrat y montó una granja que todavía funciona. Una ley del año 1962 prohibía las vaquerías en los núcleos urbanos. Su padre resistió hasta el último momento: fue uno de aquellos vaqueros que en 1972 y 1973 aparecían a menudo en los diarios de Barcelona porque se resistían a prescindir del ganado. Lo hacía por la misma razón comercial: la gente decía que la leche de Olesa de Montserrat llegaba mareada y que no era tan buena. Merche me desmontó el mito de la Cooperativa de los Vaqueros: tenían las instalaciones en Pueblo Nuevo, en la calle Pamplona. «No es que la leche fuera de mala calidad, pero estaba muy manipulada y no podía compararse con la leche acabada de ordeñar».



El viaje de la leche. Folleto de La Lactaria Española S.A.



El puente del Marcús, en Arbúcies.

Mientras la cabeza me bailaba entre Isabel de la vaquería, la señora Balbina y su hija Merche, en Pueblo Nuevo la industria de la leche esterilizada funcionaba a toda máquina. En la calle Bach de Roda tenía la fábrica La Lactaria Española S. A., que producía la leche RAM. En la esquina de Perú con Bilbao, en octubre de 1960 se inauguró la nueva factoría de Frigo, que fabricaba batidos y helados. Letona, que también fabricaba el Cacaolat, estaba en la calle Pujadas, pasada la vía del tren. De manera que a pocas calles de distancia convivían la fábrica automatizada y la vaquería de sesenta vacas. Mientras preparaba este capítulo estuve buscando fotografías, folletos y anuncios de las marcas de leche, helados y batidos que se fabricaban en Pueblo Nuevo. Encontré un folleto de la RAM con el ciclo de la leche, desde las montañas a las casas pasando por la fábrica. Mi generación se quedaba pasmada ante ese tipo de diagramas y Pablo Carbonell les dedicó aquella canción tan divertida que se titula «Mi agüita amarilla». Realicé otro descubrimiento más impactante aún. Con la experiencia de mi abuelo camarero, a finales de los años cincuenta la familia de mi madre arrendó en Arbúcies, en el Montseny, un hotel de temporada: Hostal Castell. Los amos del

hotel eran también propietarios de una masía, el Marcús, con una gran extensión de bosques y cultivos. Tenían vacas. En el hostel se gastaba leche embotellada, pero traían una pequeña cantidad de leche fresca para nosotros y para algún cliente que mi abuela y mi madre mimaban especialmente. Encontré un calendario de Frigolat, el batido de chocolate de Frigo. Reconocí de inmediato el lugar que aparece en la fotografía: es el puente que conecta la carretera de Arbúcies a Viladrau con el Marcús. Por aquel puente habían pasado muchos litros de leche en dirección al Hostal Castell. Mientras mi abuela compraba bolsas de leche de los vaqueros pensando que era más buena que la de otras marcas, la deslocalización llamaba a la puerta.

3. EL PASEO RIBALTA

En el Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona se conservan unos índices del Padrón Municipal de los años 1900, 1905 y 1924, en los que figuran, anotados a mano, todos los vecinos de Pueblo Nuevo: el apellido del padre, el apellido de la madre, la edad, la calle, el número y el piso. En los índices de 1900 hay dos páginas y media de gente que se apellida Guillamón: sesenta y cinco personas. Muchas veces el segundo apellido es también valenciano. A menudo son apellidos que he oído nombrar, de familiares y vecinos del pueblo de mi padre: Puerto, Morte, Catalán o Sevilla. En 1905 los Guillamón son noventa y seis. Hay otros apellidos conocidos: Agustina, Andreu, Lecha. De 1924 se conserva un índice general de habitantes de Barcelona. Ciento nueve hombres y ciento cuatro mujeres se llaman Guillamón, la mayoría en el distrito de San Martín. Entre las mujeres, he encontrado a una hermana de mi yayo, Generosa Guillamón Tomás, de veintinueve años, vecina de la calle Topete, número 7. Casada con Clemente Franquero, de treinta y tres años, en el listado no consta el segundo apellido. Esta casa de la calle Topete todavía existe: parece una casa de pueblo, encalada, con un pequeño balcón.

La primera industria de Pueblo Nuevo fueron las indianas: telas estampadas de algodón. Más tarde se instalaron fábricas textiles, de curtidos, fundiciones, harineras, fábricas de mosaicos, de aguardiente, de azúcar, de aceites y jabones: todas estas industrias necesitaban trabajadores. En el paso del siglo XIX al siglo XX, los pueblos del interior de la provincia de Castellón, relacionados de forma natural con Cataluña, generaron un flujo de personas ininterrumpido, una gran emigración olvidada, anterior a la

emigración murciana y andaluza. Antes de aquel incidente con los camiones que lo empujó a marchar del pueblo, el hermano pequeño de mi tía, Manuel Puerto, venía a Tarragona como temporero en las vendimias. Recordaba a un campesino que le preguntaba: «¿Estás tip? ¿Vols un ou ferrat?». («¿Tienes apetito? ¿Quieres un huevo frito?»). El tío Manuel, que nunca habló catalán, recordaba esta frase escuchada en su juventud, cuando nada hacía pensar que acabaría viviendo en Barcelona. En el siglo XIX, en la calle Wad-Ras existían diversas tonelerías. Quizás algunos de estos valencianos fueron toneleros. Hasta hace cuatro días, frente a la puerta del almacén de la bodega Castells, en la esquina de las calles Ávila y Pujadas, y en las bodegas Montroy Massana, entre las calles de Granada y Wad-Ras, se sentía un olor embriagante a vino. Dejaron de funcionar décadas atrás pero el olor del mosto había impregnado la construcción. He oído contar que estos toneleros cobraban en monedas de plata: de ahí el nombre del vecindario. También se decía que cobraban en plata los trabajadores que a principios de los años veinte llegaron a Barcelona para la construcción del Gran Metro. La plata era el símbolo de una nueva prosperidad.

Toga es un pueblo pequeño que no sale nunca en los periódicos. Por eso me pareció significativa una noticia de *La Vanguardia* del 13 de octubre de 1882, que habla de unas inundaciones que afectaron la Puebla de Arenoso, Montán, Montanejos, Fanzara, Toga, Espadilla y Vallat hasta Onda. Podrían ser el punto de partida de una emigración que en pocos años se volvió torrencial, hasta el punto de que el número de personas que se apellidaban Guillamón se triplicó: de sesenta y cinco a doscientos trece. Primero llegó la hermana de mi tío, Generosa Guillamón, y su marido, Clemente Franquero, y se instalaron en la calle Topete. Más tarde, Marcelino Andreu, el padre del Marcelino del pasaje Mas de Roda, abrió un bar en la calle Taulat. Mi padre hablaba de ellos como si fueran familia y quizás lo eran: vecinos y parientes de lejos. No sé exactamente cuando llegaron mis tios. No aparecen en el listado del padrón de 1924 ni en el padrón de 1930. Pero en el padrón de 1940 he leído una nota que dice que el tío vivía en Barcelona desde hacía treinta años, y la tía, dieciocho.

Mi padre nació en 1929. A partir de ese momento se produjo un goteo constante de gente de Toga: las

hermanas de mi tía vinieron a Barcelona a servir, no se adaptaron y regresaron al pueblo. Ahora me sorprende ver a mi bisabuela, vestida con bata, en la plaza de España y en la cima del Tibidabo, y a mi bisabuelo en las vendimias. La tía de mi padre, Enriqueta, que conserva estas fotos, me aclara que pasaban temporadas en Cataluña. Mi padre explicaba siempre que había nacido en las chabolas de detrás del Cementerio del Este. Cuando yo era chico todavía vivían en la misma casa unos medioparientes.



Recuerdo haber estado en la casa, que no tenía nada de chabola: era una casa sencilla de paredes

encaladas. En aquella época ya debía tener luz y agua corriente. Cuando mis yayos se instalaron en la calle Luchana, en los años treinta, la casa se convirtió en lugar de paso para los parientes, antes de que encontraran trabajo y piso. Unos traían a los otros: como hacen hoy los chinos y los magrebíes. El tío Manuel y la tía Enriqueta llegaron en 1963. Las hermanas de mi tía se quedaron en Toga, pero sus hijos acabaron emigrando en la posguerra: Nicanor y Juanito, hijos de la tía Clara y, más adelante, Miguel, hijo de la tía María.

Mi amigo Xavier Bou me ha proporcionado un dato que encontré en un libro del historiador Joan B. Culla: en 1916 la comunidad de Castellón debía ser muy importante, porque se creó un Centro Instructivo Republicano Radical Castellonense, vinculado al Centro Democrático Radical de Pueblo Nuevo. Su primer presidente fue Domingo Gimeno Calpe. Cuando la entidad tuvo suficiente peso se instaló con sede propia en la calle Luchana, número 23. Funcionaba allí una escuela laica. Según cuenta Culla, en 1926 tenía aún sesenta socios. De manera que el portal del número 23 de la calle Luchana,

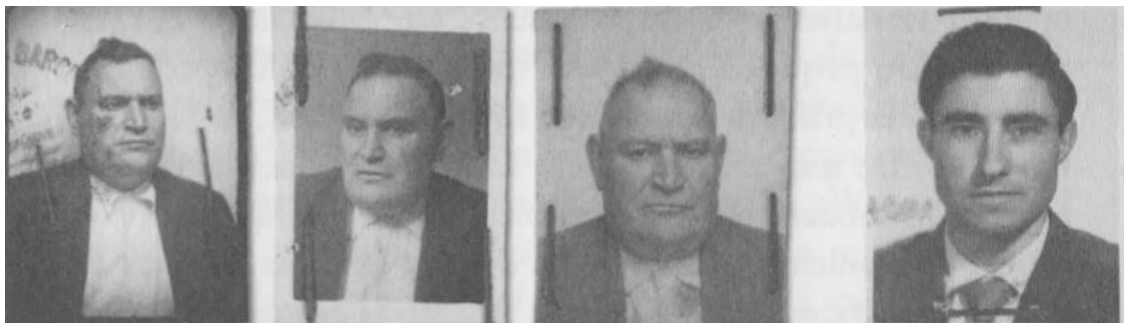
con una gran escalera que se veía desde la calle, ¡había sido el Centro Instructivo Republicano Radical Castellonense! En las listas de entidades que recibían subvenciones del Ayuntamiento de Barcelona a principios de los años veinte solo el Centro Aragón de la calle Joaquín Costa y el Centro Democrático Radical Castellonense especifican la procedencia de sus socios. El partido de Lerroux debía confiar en sacar tajada del desarraigo de los castellanoparlantes del barrio de la Plata.

Cuando yo era chico este núcleo inicial se había disuelto, la gente había dejado de ser y sentirse valenciana. Los hijos, catalanes o castellanos, eran barceloneses. El sentido de pertenencia se había debilitado y ha sido mucho después cuando hemos ido reconstruyendo, con amigos y conocidos, una especie de red. Un compañero de clase de mi hermano se llamaba Vícenç Gallén: un día descubrimos que sus abuelos eran de Espadilla. Los abuelos del diseñador de Edicions de l'Eixample, Salvador Saura, resultó que eran de Argelita. Juanjo Caballero, que durante muchos años fue el editor del *magazine* de *La Vanguardia*, tenía familia en Fuentes de Ayódar. Un día tuve que realizar una consulta de los fondos de la antigua sala de conciertos Zeleste, en el Razzmatazz de la calle Almogávors, y me atendió un chico que se apellidaba Agustina, como un primo de mi padre. Lo adiviné: de Argelita.

En la misma finca de la casa donde vivíamos, casi en la esquina de Wad-Ras y Luchana, se encontraba un bar muy típico: la gente lo llamaban indistintamente Bar Montins o Bar Victoriano. De pequeño mi madre me mandaba allí a comprar hielo para la primera nevera que tuvimos en casa, de la marca Pingüino. De más mayorcito era mi padre el que me enviaba a comprar tabaco, cigarrillos rubios que se vendían sueltos, o a tirar la quiniela en una oficina de las Apuestas Mutuas Deportivo Benéficas, con su famoso 1x2, en la entrada. Contaba las monedas y me las ponía en la palma de la mano: el dinero justo para dos o tres Lucky o Chesterfield sin filtro. Cuando empecé a preparar estas páginas quise informarme un poco sobre el Bar Victoriano. Al tipo que atendía en el mostrador todos lo llamaban *Adróver*. En el expediente que se conserva en el Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona he descubierto que se llamaba Gabriel Adróver y que estaba casado con Francisca Montins, que en 1973 se hizo cargo del bar que su padre, Victoriano Montins, tenía desde antes de la guerra. Cuando lo depuraron, en

1939, era un hombre de cuarenta años y llevaba viviendo en la calle Wad-Ras desde hacía veintisiete. Quedé muy sorprendido al constatar que este Victoriano Montins Sanz había nacido en Zucaina, 332 kilómetros de Toga por la carretera que va a Cortes de Arenoso y Mora de Rubielos.

En el colegio donde iba de pequeño, el Voramar de la calle Badajoz, esquina con la calle Enna —hoy Ramón Turró—, nunca se hablaba de los abuelos valencianos. Regresábamos a casa por la calle Enna, y nos parábamos a comprar chicles o helados de sobre en el colmado que tenían los padres de uno de nuestros compañeros de clase. Era un chaval retaco, muy peludo, con unas cejas muy negras, que le daban un aspecto silvestre. Era una característica de la familia: el padre, la madre y la hermana, todos tenían la misma constitución: retacos, peludos y silenciosos. La tienda era oscura y estaba a reventar de productos. El hombre vestía siempre con un guardapolvo azul. Mi hermano decía que se parecía al padre de Manolito, el tendero de Mafalda. Y se parecía realmente. Un día, en una clase, puede que de historia, nos preguntaron la procedencia de nuestros antepasados. El chico se llamaba Pedro Calpe Calpe y nos pareció muy cómico que hubiera nacido en un pueblo que se llamaba Los Calpes. Hasta hoy no he mirado donde queda: es un pueblo del término de la Puebla de Arenoso, en la cuenca del río Mijares. Nuestros abuelos eran vecinos.



Victoriano Montins y José Calpe, nacidos en Zucaina y en Los Calpes de Arenoso, vecinos en el Alto Mijares y en Pueblo Nuevo.

En el expediente del traspaso del establecimiento que he encontrado en el Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona he descubierto que el padre de

mi amigo se llamaba José Calpe Calpe. Aquella gente debía naufragar en un mar de relaciones consanguíneas. Se hizo cargo del colmado en 1960, después de que el antiguo inquilino, Jaime Genovés, hijo de valencianos de la Valí d'Uixó, se hubiera «ausentado de la ciudad ignorándose su paradero». El colmado existía desde 1939. En 1956 la familia Calpe todavía vivía en Los Calpes de Arenoso, porque en los papeles del traspaso aparece el número del Documento Nacional de Identidad expedido en el pueblo, en septiembre de 1956. Era eso, quizás, lo que nos parecía extraño en nuestro amigo: vivía en Barcelona desde hacía cuatro días. Las familias de los otros chavales valencianos del Voramar le llevábamos treinta años de ventaja.

De aquel mundo del Alto Mijares y su gente quedaba muy poco. Mi tía todavía seguía una ruta: la alpargatería de Eladia, en la calle Taulat, una pollería de la calle Mariano Aguiló. Nos llenaba la cabeza con genealogías complicadas y no le hacíamos mucho caso. Para mi padre era un recuerdo lejano. En una esquina de la calle Pedro IV un cartel anunciaba el Bar Mijares. Cada vez que pasábamos por delante, decía: «Proceden de Castellón». Algo parecido sucedía con los Guillamón que hacían algo de provecho en la vida: un futbolista del Sevilla o uno que tenía un bar en Castellón de la Plana. «Se apellida como nosotros», subrayaba mi padre, como si quisiera demostrar que él también hubiera podido ser futbolista o tener un bar.

Contaba que lo mandaron a Toga en los años de la guerra. Siempre había pensado que era para evitar los bombardeos. En 1938 una bomba cayó muy cerca de casa y el bloque de pisos altos de Luchana, número 18, quedó tocado: todo el mundo la llamaba *la casa de la bomba*. Pero, entre los papeles que rescaté cuando mi padre murió y me tocó vaciar su piso, hay un ejemplar, muy ajado, de *Juanito. Obra elemental de educación*, escrita en italiano por L. A. Parravicini (1911). En la primera página lleva el sello de la Librería de 1.^a y 2.^a enseñanza Boix (en González Chermá, 64, Castellón). También he encontrado un «Cuaderno del niño Julián Guillamón». El cuaderno está editado por Eloisa Más, en Onda. Los trabajos escolares de mi padre llevan las fechas de diciembre de 1941 y enero de 1942. Iba al colegio en Toga: debió quedarse en el pueblo mucho más tiempo del que yo pensaba.

Allí vivió una experiencia que le trastornó, de la que no hablaba mucho: la muerte del tío Basilio. Le quedó una



Un macho que arrastra un trillo. Dibujo escolar de 1942.

experiencia de la vida sencilla. Fue pastor y explicaba lo que sufrió cuando tuvieron que sacrificar una de las ovejas del rebaño que, a causa de una negligencia suya, se rompió una pata. Paladeaba los nombres de lugares del pueblo: el Azud, el Ejido, la Huertica, el Plano. Recordaba entrañablemente el Puente Colgante que cruzaba el río Mijares, antes de que construyeran la carretera asfaltada. Hablaba de pájaros y plantas que había conocido en el

campo: «parece una buscaveta», decía de una chica que se movía como un parajillo inquieto. Experimentaba una gran satisfacción al explicar los desayunos sencillos: «sube a la porchá y cógete un puñado de higas». Estas higas, para mi padre, eran las manzanas de oro.

Solo faltó que en la temporada 1943-1944, acababa de volver a Barcelona, el Valencia C. F. jugara la final de la Copa del Generalísimo contra el Athletic de Bilbao en el Estadio de Montjuic. El partido se disputó el 25 de junio de 1944. En unas fotografías que he comprado en un anticuario, se ve a unos aficionados del Valencia C. F., con traje y corbata, y una banderola blanca, animando a su equipo. Mi padre asistió a aquel partido y se enamoró del Valencia C. F. Había decidido que sería valenciano.

El 18 de julio de 1936, cuando estalló la guerra, acababa de cumplir siete años. En 1942 iba al colegio en Toga.

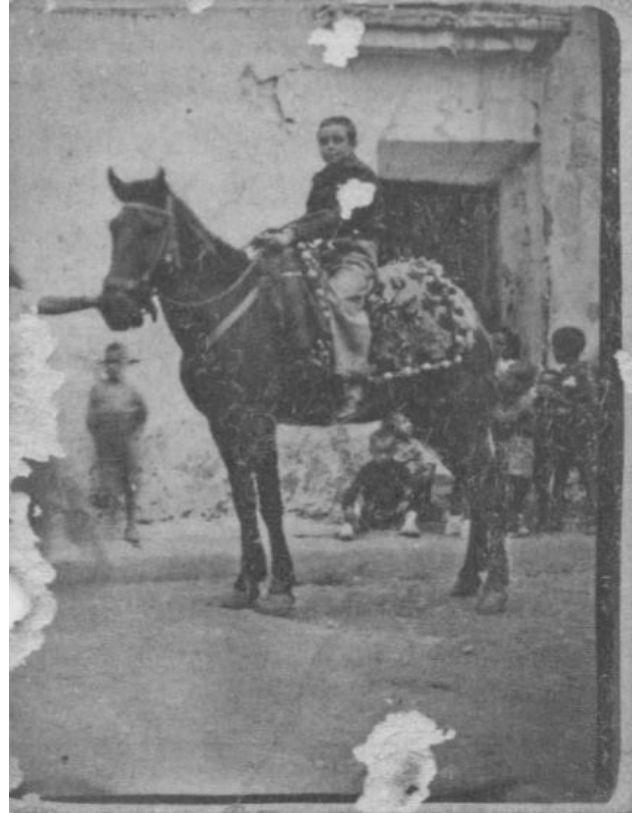
Debía pasar allí de los ocho o nueve años hasta los catorce. No creo que llegara a ir al colegio en Pueblo Nuevo, porque he encontrado una cartilla profesional de la CNS, del sindicato del metal, y lleva los sellos de enero-octubre de 1943. Mi padre era un chaval de trece años, calderero de 3^a del Grupo Transformación y Manufactura Férreas: pasó directamente del campo al taller.

También he encontrado un papel del Ayuntamiento de Barcelona. Negociado de Beneficencia. Trabajo

de Menores.

«Permiso paterno:

Ante mí, Jefe del Negociado de Beneficencia del Ayuntamiento de Barcelona, comparece D. Julián Guillamón, domiciliado en la Calle Luchana 12, 1.º 1.ª y dice que, como padre que es de Julián Guillamón Puerto le concede permiso para efectuar Trabajos Industriales. De todo lo cual doy fe, y solo para los efectos del párrafo primero del art. 16 del Reglamento para la aplicación de la Ley de 13 de Marzo de 1900, lo hago constar a 19 de Octubre de 1943».



Julián Guillamón en Toga.

Eran unas normas de 1900 que todavía se aplicaban para proteger a los menores de los abusos de la Revolución Industrial.

«Artículo 16. Para que un menor de edad pueda ser admitido al trabajo tendrá que acreditar:

Permiso del padre, o en su defecto, de la madre, del tutor o del Director del establecimiento donde estuviese asilado, para dedicarse al trabajo».

Cuando pasábamos por delante de la Protección de Menores de la calle Enna o Wad-Ras, entre Álava y Pamplona, siempre decía horrorizado: «¡el asilo!». Con mi madre pasaba algo parecido cuando hablaba del Asilo Durán, de la calle Tuset, cerca de donde vivía con mis abuelos. Todos los niños de

aquella época se veían como niños perdidos.

Para mi padre, Castellón fue siempre la pequeña patria que alternaba con su gran pasión: Valencia, con las fallas, las mascletás, el barrio del Carmen y el bar Barrachina. De mayor iba a las fiestas de la Magdalena, a principios de febrero, que abrían la temporada de los toros. Se instalaba en el pueblo, donde tenía la casita que mi yayo había construido poco antes de morir y subía y bajaba con alguien que le acompañaba en coche o con los autocares de Furió. A principios de los años setenta el C. D. Castellón jugó unas temporadas en la primera división de fútbol. En abril de 1973 fuimos con mis padres y mis tíos a ver el partido contra el F. C. Barcelona en el viejo Castalia. Conservo una película de super-8 de aquel día. Yo llevo un abrigo marrón hasta los pies y una bandera a rayas blancas y negras. Nos pasamos la mañana cantando «¡Pam, pam, orelluts!», el grito de guerra de los aficionados del Castellón, que nos hacía mucha gracia. El Castellón ganó al Barcia 4-0. Aparecemos paseando por el paseo Ribalta, el típico parque de una ciudad provinciana, con parterres y glorietas, que para mi padre era como Schönbrunn. Cuando murió, una de las cosas que me emocionaron fue encontrar una serie de fotografías de la estación de Castellón que había sacado en uno de sus viajes, antes de que la derribaran para construir una nueva estación subterránea. Era el lugar a donde llegaba, desde Barcelona, cuando iba a las fiestas del pueblo, en agosto; o en febrero, a la Magdalena. Era su centro del mundo, como la estación de Perpiñán lo fue para Dalí. Pero si para Dalí era el lugar que le permitía dar el salto hacia París y Nueva York, para mi padre era la puerta de entrada a un espacio privado, introspectivo, un reducto ideal, donde había vivido la edad de la inocencia, antes de enfrentarse al taller y a las durezas de la vida.



La antigua estación de Castellón, desaparecida en 1998.

4. GANGS DE PUEBLO NUEVO

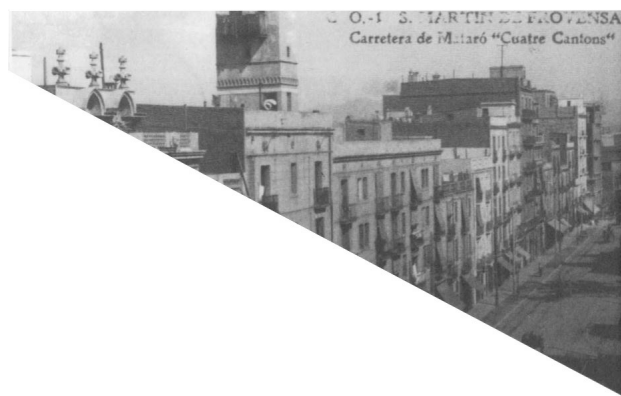
Los Quatre Cantons (las cuatro esquinas) son una travesía de la calle Pedro IV. La calle San Juan de Malta llega desde el barrio del Clot, cruza Pedro IV, y cambia de nombre al otro lado: Mariano Aguiló. Es la calle que marca el paso desde los antiguos territorios de San Martín de Provençais y el nuevo vecindario del Taulat, nacido de la industrialización y la colonización de marismas y fincas agrícolas. Es también el camino tradicional de unión entre el Clot y Pueblo Nuevo. La gente que vivía en el Clot y trabajaba en las fábricas de Pueblo Nuevo lo recorría a diario. Pero cuando yo era chico, los Quatre Cantons eran un cruce sin relieve. A la altura de la calle Luchana, donde estaba la cochera de los autobuses, la calle Pedro IV se desdoblaba. El ramal realmente importante era aquella hijuela bastarda, la calle Almogávares, que unía Pueblo Nuevo con el puente de Marina. La calle Mariano Aguiló había perdido también su relieve. La calle principal era el paseo del Triunfo, la Rambla del Pueblo Nuevo, que corría paralela. En la Rambla encontrabas el Colegio Asunción de Nuestra Señora, las monjas, las primeras casas altas con grandes vestíbulos de estilo moderno, las tiendas de juguetes: Novedades La Cigüeña, Deportes California y Almacenes Triunfo —con aquel papel de envolver blanco con unos círculos amarillos y negros que muchos niños asociábamos con la mañana de Reyes—, la Alianza Vieja y la Alianza Nueva. Los antiguos nombres de las calles habían quedado como una reliquia del pasado. Mariano Aguiló era el antiguo *carrer de Sant Pere*: mi yaya no la llamó nunca de otra forma. La calle Pedro IV era la carretera de Mataró o *carretera de Franga*. Era como si el plano se hubiera desplazado, como la

imagen doble de las impresiones estereoscópicas: *el carrer de Sant Pere* y la Rambla, la carretera de Mataró y la calle Almogávares. Dos trazados, dos centralidades, dos imágenes en una sola, un pueblo y una ciudad.

En el Arxiu de Sant Martí he encontrado dos documentos que me han permitido revivir esa sensación de extrañeza (no saber exactamente donde estás ni cuál es la norma que se ha seguido en la construcción del lugar en el que te encuentras) que todo el mundo que ha vivido en Pueblo Nuevo ha sentido en uno u otro momento. En primer lugar, un expediente sobre la segregación del barrio del Taulat que, entre 1863 y 1864, se quiso independizar de San Martín de Provençais y crear un nuevo municipio. La decisión debió desconcertar a las autoridades, porque el 30 de noviembre de 1863, el gobernador civil de Barcelona solicita información al alcalde de San Martín sobre la distancia entre el barrio del Taulat y San Martín, y el número de vecinos y los medios de transporte entre estos dos núcleos urbanos, para comprobar si se trata de una demanda justificada. Diez días después, el 9 de diciembre, el alcalde de San Martín informa: San Martín y el Taulat están separados por 1300 metros. En el Taulat viven 815 vecinos. La vía de comunicación principal es una calle que va del barrio del Clot hasta la playa: la calle San Juan de Malta, que pasada la carretera de Mataró (Pedro IV) se transforma en el *carrer de Sant Pere* (Mariano Aguiló). Se abre un expediente de segregación y se elabora una lista nominal «de todos los vecinos del barrio del Taulat con expresión del número de almas de que consta cada vecino y contribución directa que cada uno satisface por su riqueza».

El 28 de abril de 1864, el alcalde de San Martín de Provençais, Pedro J. Vintró, se mostraba perplejo ante la decisión de los vecinos del Taulat de solicitar la independencia municipal, en un momento en que se estaba construyendo la Gran Barcelona:

Es decir, con los impuestos, que debían jugar un papel fundamental en la decisión de segregarse.



Los Cuatre Cantons en 1910, cuando era la puerta de entrada a Pueblo Nuevo.

En el nuevo vecindario florecía la industria y los vecinos reclamaban un nuevo centro administrativo.

«Los cuatro Barrios que constituyen este distrito municipal, tres de ellos en toda su totalidad, que lo son los de Clot, Sagrera y Taulat y mucha parte del cuarto, el de la Montaña, se hallan comprendidos dentro del perímetro de ensanche de la ciudad de Barcelona, en cuyo plano se hallan trazadas multitud de calles que no tan solo unen el barrio del Taulat con su matriz el del Clot, sino que quedan embebidos dentro de aquella ciudad. [...] Ninguna población de las comprendidas dentro de la zona del ensanche de la ciudad de Barcelona ha tomado el rápido vuelo que la presente en materia de edificaciones con arreglo al plano aprobado para el expresado ensanche; y estas edificaciones que se han verificado y las que se hallan en proyecto muy luego han de unir los barrios del Clot y Taulat en una sola población por ser los dos de los cuatro existentes que situados en el llano reúnen las principales condiciones. ¿No sería una anomalía que dos barrios unidos ya hoy día del modo que dejo indicado y próximos a enlazarse por medio del referido plan de ensanche, se decretase la segregación, cuando a la simple vista del plano mencionado todos juntos han de formar una ciudad en ciernes orgullo de la Nación Española?».

Y ahora viene la cuestión central. Si el barrio del Taulat quiere segregarse, antes que nada hay que saber qué es. El alcalde Vintró le escribe al gobernador:

«Este, al humilde concepto del que escribe, es el punto más delicado de este expediente, por cuanto no teniendo el barrio del Taulat límites jurisdiccionales ni naturales conocidos como son ríos, rieras, torrentes, caminos, etc. se hallan las fincas rústicas y urbanas enclavadas dentro de este distrito y solo fue calificado de tal para los efectos de la Estadística: por otra parte, habiéndose levantado el croquis del terreno por cuenta de los interesados en la segregación según orden de Vd. de 4 del mes último, habrán comprendido en



La calle Almogávares, llegando a Marina, en 1978, fotografiada por Pepe Encinas.

él el terreno que menor les haya parecido, y hasta el punto donde habrán considerado más ventajoso a sus intereses».

Tenemos un barrio que quiere segregarse, pero del que no acaba de saberse dónde empieza ni dónde acaba. Tenemos un listado de vecinos de 1864, en el que no aparece ninguno de los apellidos valencianos que encontramos en los padrones de cuarenta años más tarde. Forman este listado los *nativos* de Pueblo Nuevo, los primeros colonos. Badía, Matons, Buñol, Rovira, Castelló, Sánchez, Montal: vecinos de la carretera de Mataré. Ribas, Pujol, Nualart, Caballé, Vidal, Vilagrasa, Surroca: vecinos de la calle de San Pedro. En la carretera de Mataré vivían 281 personas, en la calle de San Pedro, 243, muchas más que en la calle Mayor (la actual calle Taulat), que había surgido en paralelo a la vía del tren, donde había registradas 139 personas. En la Rambla (calle Triunfo) solo vivían 32 vecinos. Cuando se firmó este documento, no existía ninguna de las calles del barrio de la Plata — Wad-Ras, Enna, Granada y Badajoz—, ¿Qué debían pensar aquella gente del barrio del Taulat, cuando vieron llegar a aquella riada de gente de Castellón?

El otro documento tiene relación con una finca de la calle Luchana, muy cerca de donde se instalaron mis yayos y donde yo viví de chico. Muchos propietarios de terrenos de Pueblo Nuevo residían fuera del barrio. Eran propietarios de campos o fábricas, de los que se encargaban lugartenientes y directores, mientras ellos se encontraban en el Ensanche o en Sarriá. Es el caso de las hermanas Aurelia, María de la Concepción y Joaquina de Paz y de Canals, propietarias del terreno de detrás de nuestra casa. Vivían en la calle de Sarriá, 47, 4.º 2.ª. Entre 1878, cuando cursaron los documentos de la herencia de la madre, y 1888, cuando actualizaron la herencia, las alineaciones del plano habían cambiado. Entre la calle Luchana y la calle Liacuna se habían construido algunos edificios. La calle Luchana no existía como tal, pero ya se podía calcular la «prolongación de su eje». Y esta prolongación afectaba a la propiedad de las señoras de Paz y de Canals. En el plano se ven dibujados un huerto, un algibe, norias, la acequia de la llacuna, un camino de servidumbre. Encima, delineadas con lápiz rojo, las cuadrículas del Ensanche. Entre el plano de 1878 y el de 1888 ha desaparecido la «casa huerto», y han surgido nuevos espacios de «terreno edificable» y «terreno viable»: solares y calles.

Las hermanas de Paz y de Canals acompañaron la escritura de «rectificación de división de bienes» de la herencia de su madre con un plano y una certificación del Ayuntamiento.

«Para la debida y necesaria claridad se acompaña también adjunto el plano geométrico de fecha tres de agosto de mil ochocientos setenta y ocho, en el que, con sujeciones a estacas de replanteo de calles, algunos encajes de ejes de las mismas y señales valladas de una pared, hecho todo por topógrafos del Gobierno Civil con relación al plano del Ensanche y también por el arquitecto municipal o sus dependientes, se señalaron las calles que afectaban al terreno y como en primero de mayo de mil ochocientos ochenta y ocho fue necesario alterar las bases de la división, por lo cual como base fue previo formular un nuevo plano tomando las alineaciones de las calles de las edificaciones ya en parte allí existentes».

Qué imagen tan potente: las calles del Ensanche marcadas en el suelo con estacas, señales valladas y paredes, en medio de una antigua finca rural, regada por acequias y canalizaciones de la laguna. A su alrededor, las casas que habían empezado a construirse antes de que se dibujaran las calles. La certificación, del 5 de marzo de 1897, se acompaña de un formulario estándar.

«EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE SAN MARTÍN DE PROVENÇALS

Primera. La fachada del edificio seguirá la línea y rasante fijadas en los proyectos de alineación aprobados o que en los sucesivos se aprobaran, a cuyo efecto serán aprobados por el Ayuntamiento del Municipio.

Segunda. Si la construcción o edificio ha de emplazarse en el ensanche de la población, vendrá a cargo del propietario el replanteo de la parte de manzana que le corresponda, al cual será también comprobado por el Arquitecto Municipal y quedará además obligado a cumplir la Ley de 22 de diciembre de 1876 y demás disposiciones vigentes.

Tercera. Deberá verificar la explanación del trozo de vía correspondiente al edificio que pretende construir hasta la mitad del

ancho de la calle y observar las ordenanzas municipales de Barcelona referentes a obras de nueva construcción ínterin no las tenga propias este Municipio».

Se habían acabado los caminos de carro, los pasajes, los cobertizos que bordeaban los caminos, los campos: a partir de ahora todo debería mantenerse en el interior de la cuadrícula.

Pero, a pesar de esta idea unificadora, el barrio siguió con sus leyes. Una línea de autobús, la Catalana, cubrió el trayecto entre el Clot y Pueblo Nuevo hasta 1980, como si los dos vecindarios continuaran unidos por el cordón umbilical de la calle San Juan de Malta. En su recorrido por el dedalo de calles estrechas, la Catalana ignoraba la A-19 que conectaba con la autopista del Maresme y que, fea y pretenciosa, había substituido la antigua carretera de Mataré. Las calles del Ensanche no unieron Pueblo Nuevo con Barcelona, se parados por la A-19 y por la vía del tren. En lo que más tarde sería la avenida Diagonal se construyeron



El número 1 de 4 cantons, de 30 de junio de 1963, algunos edificios aislados, de acuerdo con «la prolongación de su eje» (que recortaba las esquinas en ángulo agudo, sin que se pudiera entender muy bien cual era el sentido de aquella extraña alineación).

Hasta los años noventa solo había unos pocos tramos de la Diagonal construidos, separados por fábricas, descampados y el campo de fútbol del All i Oli, en el cruce de la calle Llacuna.

En 1963, desde la parroquia de Santa María del Taulat se puso en marcha una revista. La titularon 4 *cantons*, para recordar aquel cruce que había sido el

centro del barrio. Proponía rutas (los toneleros, la playa de la Marbella, la fábrica de galletas Solsona). Sus jóvenes reporteros entrevistaban a vecinos singulares: Francisco Martín El Chaparrero, torero (otro matador fue Sebastián Rengel: ninguno de los dos triunfó en los ruedos). Explicaban que las industrias del barrio Montroy Masana, Frigo y Trinaranjus tenían stands en la Feria de Muestras; que Pueblo Nuevo era el último reducto de los tranvías de vía estrecha o que un vecino aventurero, José Fiusa, sobrevivió a un naufragio en el océano Índico. Si enviaban a un colaborador al barrio de la Plata o a los Quatre Cantons, enumeraba las tiendas, como si estuvieran desde siempre y tuvieran que permanecer allí para siempre.

«Los cuatro establecimientos que, realmente, forman los 4 *cantons* son los siguientes: el popular comercio de vinos y licores conocido familiarmente por Ca'n Guixer; el garaje de la compañía de Autobuses San Martín (las populares *Catalanas*)—, una sucursal de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona y otra sucursal del Banco de Bilbao. También se identifican con el lugar la Pastelería Rodríguez, el pequeño establecimiento destinado a la venta de helados, la sastrería La Africana, la parada de taxis y algunos otros».



El autobús la Catalana, que hasta 1980 cubría la línea Clot-Poblenou.

Y a continuación entrevistaban, como si de una personalidad se tratara, al propietario de can Guixer.

La colección de 4 *cantons* se puede leer de muchas maneras. Como un punto de partida de los movimientos vecinales; como un foco de resistencia al plan de la Ribera y a las actuaciones urbanísticas que han acabado por destruir el barrio; como el núcleo desde el cual, en diferentes etapas, surgieron periodistas de la Transición como Rafael Pradas o Josep M. Huertas Claveria. Me he apuntado el titular de un reportaje de 1963: «En los límites de nuestro

barrio, el zoo barcelonés es uno de los mejores de Europa». Qué bestia. Menudo esfuerzo para evitar ser digeridos por la nada, dibujar un territorio, definir una identidad. Crear un mapa mental que contrastaba con el Pueblo Nuevo que conocías, tan inconcreto y fragmentario. En todos estos años Pueblo Nuevo no ha cambiado mucho. Pequeños núcleos de casas antiguas en medio de un páramo formado por descampados y fábricas, más tarde por talleres y agencias de transportes, hoy por hoteles y promociones inmobiliarias.

En 1977 sobrevino en Barcelona una gran escasez de moneda fraccionaria. Transportes de Barcelona instaló en algunas líneas de autobuses máquinas de cobro automático de la marca Azkoyen. En la línea 36, que comunicaba Pueblo Nuevo con la Barceloneta, por la avenida Icaria, desaparecieron las unidades con cobrador, que tenían entrada por la parte trasera, con una plataforma. En lugar del cobrador encontrabas una máquina, pintada de amarillo, con una ranura para introducir las monedas. Estas máquinas no daban cambio, y como el precio del billete era de nueve pesetas, cada vez que subías al autobús necesitabas un duro y cuatro pesetas: en pocas semanas, las monedas de peseta desaparecieron de la circulación. El mercado de Pueblo Nuevo emitió unas pesetas de latón, en diferentes modelos, que llevaban dibujadas verduras, dos pescados, un bacalao... Mi madre regresaba de la plaza con estas pesetas sin valor real, pero que nos despertaban una ilusión inexplicable. En alguna cajita, en el piso de la calle Luchana, se debieron quedar. Las he buscado cuarenta años después, y he localizado una colección en una tienda de antigüedades. He descubierto que el mercado de San Andrés también tuvo sus pesetas, de diferentes modelos (con un queso, unos rábanos y un bote de conserva). En el lenguaje de la numismática, este dinero sin valor legal se conoce como *monedas de necesidad*.



Pesetas de Pueblo Nuevo (1978): se emitieron para paliar la falta de moneda fraccionaria a causa de la automatización del cobro de los autobuses.

Monedas de Pueblo Nuevo: las guardaríamos. Con suerte nos ayudaban a echar raíces. Años después las podríamos mostrar como se enseñan los cupones de racionamiento y los billetes de la guerra: como un mundo que existió y que tal vez existe aún en secreto, enterrado bajo una agobiante mediocridad.

40 LA VANGUARDIA • MARTES, 21 OCTUBRE 1978

A PARTIR DEL JUEVES DIA 2 DE NOVIEMBRE



ESTA TARJETA VALE PARA TODOS

9 viajes por 100 ptas.

ADQUIERA ANTICIPADAMENTE TARJETAS PARA TODA LA FAMILIA

Puede adquirirse en todos los Bancos y Cajas de Ahorro de la Gran Barcelona, en las Oficinas y Cabinas de S.P.M.

S.P.M. TRANSPORTES DE BARCELONA, S.A.
pone a la venta tarjetas-abono de 9 viajes, por 100 ptas.

- Para todos los autobuses urbanos. (Día y noche, sábados y festivos, salidas con cobrador o de cobros automáticos, excepto intervenciones y microbuses).
- Para todos los que viajan juntos: (La familia, el grupo de amigos, etc.)
- Para todos los que quieren disfrutar de un precio reducido.
- Para todo el tiempo que tarde en utilizarse (No caduca nunca).

NO DOBLAR NO DOBLEGAR

Nº 135237

1
2
3
4
5
6
7
8
9

INDICAR LA TARJETA EN ESTE AUTOMÁTICO Y COBRAR EL PASAJE
PRENDIENDO LA TARJETA POR ADELANTE (DÍA 2 DE NOVIEMBRE A LAS 10.00)

5. EL PASAJE FERRER VIDAL

En las últimas décadas del siglo XX las diferencias sociales se redujeron como nunca antes en la historia. El acceso a la educación, el deporte, la sociedad de consumo, pusieron en contacto a personas de diferentes orígenes sociales y fueron formas efectivas de nivelación, aunque las diferencias no han dejado nunca de existir. Nos parece natural dejar de pertenecer al mundo de nuestros abuelos y de nuestros padres y, a partir de un determinado momento, vivir la vida como si hubiéramos sido siempre ricos y hubiera habido siempre de todo. Hasta hace poco, para nuestros hijos esta era la única realidad posible. Cuando estalló la guerra, mi madre tenía dos años y mi tío seis. Para evitar los bombardeos, mi abuelo, que era de Viladrau, los mandó al pueblo de sus padres. Cuando en 1975 se publicó el dietario del poeta María Manent *El vel de Maia (El velo de Maya)*, que explica los tres años que pasó en Viladrau durante la guerra civil, mi madre, que no acostumbraba a comprar libros más allá de los del Círculo de Lectores, lo leyó enseguida. Se emocionó porque Manent hablaba de su padrina, que murió de parto en Nochebuena de 1937:

«Vaig veure l'Assumpció de can Garrofó, una pobra dona veina que està morint-se. Pál-lida, anguniosa al Hit rústic, voltada de dones amatents. El seu marit beu vi i diu coses terribles».

«Vi a Asunción de can Garrofó, una pobre vecina que se está muriendo. Pálida, angustiosa en la cama rústica, rodeada de mujeres diligentes. Su

marido toma vino y dice cosas terribles».

Era un hilo finísimo, que conectaba a mi madre con un mundo que estaba justo al lado, pero con el que no llegó a tener ningún contacto efectivo. La familia de mi abuelo se dedicaba a fabricar zuecos. Conservo una fotografía antigua que parece tomada en el Far West: debe ser 1913 o 1914, porque mi abuelo Quimet iba con el siglo y en esta fotografía parece tener trece o catorce años: es el chico de la corbata de lazo. Uno de los hermanos, Carlos Mota, que en la fotografía luce un bigotito de señor, vino a Barcelona: trabajaba de representante, las cosas le iban bien y mandó llamar a su hermano menor. Pocos años después de todos aquellos hermanos y hermanas que aparecen en la fotografía solo uno, el tío Mariano, que era un bebé, vivía en Viladrau. Eran gente sencilla. Mi madre contaba que mi abuelo iba a Sant Hilari, a pie, a buscar agua de la Font Picant (la fuente picante) para llevarla a los veraneantes de Barcelona. Después entró a trabajar en el Hotel Bofill y de allí pasó a vivir en San Andrés, con su hermano Carlos, y a trabajar como camarero en el Gran Café Barcelona de la plaza Universidad.

Per influencia de lecturas y de películas, me sentía más cercano a los señores que veraneaban en el Hotel Bofill que a fabricantes de zuecos, aguaderos o camareros. Yo también quería levantarme en la casa de Rosquelles y sentir el sol tibio, oír el canto de las cogujadas que llegaba del bosque, el sonido de los abetos del parque agitándose como una hierba: todo aquello tan bonito que escribía Manent. Hacia 1997 o 1998 pasé una temporada obsesionado por ese desajuste. Acababa de tener un hijo. Hacía años que estaba encallado con una novela en la que intentaba contar mi relación con el barrio y con mis padres. Me gustaban mucho las películas de Buster Keaton, leí un par de biografías y pensé en escribir un libro sobre él. Nació en una familia de comediantes y de muy pequeño ya actuaba en el espectáculo familiar. El padre —Joe Keaton, que aparece como secundario en algunas de sus películas— lo trataba a porrazos. Aparecía anunciado como *the human mop*: la bayeta humana. Pero en los largometrajes que protagonizó años después interpretaba a un millonario que no había pegado golpe en su vida, un tipo incapaz e inútil. Me obsesionaba la idea de descubrir un momento de la

filmación en el que la ficción dejara de ser ficción y llegara a ver en la escena lo que sucedía realmente: un hombre sentado en una silla, en el centro de una pequeña habitación, mientras filman una película. Keaton nació en un pueblecito de Kansas, en 1895: era cinco años más joven que mi abuelo.



La familia Mota Recasens en Viladrau hacia 1914.

A finales de los años ochenta, el almacén de la esquina de la calle Wad-Ras con la calle Luchana, junto a donde vivíamos, quedó abandonado. El mecánico de abajo, Antonio Mestres, me advirtió del peligro de que pudieran entrar ladrones: la esquina entera estaba en un estado deplorable, las puertas reventadas con muchas paredes y tabiques caídos. Se podía circular fácilmente de una casa a otra. Era agosto y había muy poca gente en el vecindario. Estábamos solos en la finca: los vecinos del rellano, Vicente Rossich y Trini, se habían trasladado a vivir permanentemente en el chalet de veraneo. Los ladrones tenían mil maneras de entrar en casa, si querían. Era una situación de un extraño desasosiego, que se repitió otras veces en aquellos años. Mi madre

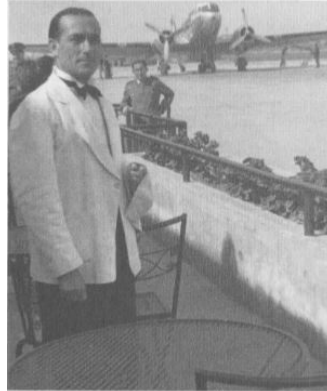
y mi hermano estaban fuera, trabajando en el hostel de Arbúcies, mi padre no sé por dónde paraba. Pasé un par de noches sin apenas dormir, vigilando la calle. Una de esas noches, mientras leía en el balcón, vi pasar al escritor Joan Rendé, haciendo marcha atlética, con los bigotes retorcidos, parecía un barón de Coubertin. De esta manera descubrí que Rendé era vecino del barrio y que su familia tenía una casa de propiedad en la calle Llacuna.

Hemos quedado en el bar del Casino de la Alianza para hablar de mis investigaciones sobre Pueblo Nuevo. Me explica que sus abuelos, Matons y Masdeu, eran traperos y transportistas del barrio del Taulat. Compraban hierros: los aros de las botas, que enderezaban a mano para hacer flejes. También acarreaban carbón desde el puerto a las fundiciones, con grandes espuestas, que cargaban en unas carretas de ruedas robustísimas. En poco tiempo fueron propietarios de unas casas en la calle Mayor del Taulat y en la calle Odón Pinos, uno de los núcleos más antiguos de Pueblo Nuevo: muy sencillas, con unos pisos pequeños y unos bajos que tenían un huerto en la parte de atrás. En una de estas casas, hacia finales del siglo XIX se instaló Joaquín Monzó Vidal, soplador de vidrio, valenciano de Benigánim, en el valle de Albaida: el abuelo del escritor Quim Monzó. Por eso uno de los cuentos del primer libro de Monzó, *Uf, va dir ell* (1978), está dedicado: «Al nét del Matons, del nét del tio Ximo». («Al nieto del Matons, del nieto del tío Chimo»). En aquella época Rendé y Monzó tenían mucho trato.

La abuela de Rendé nació en 1886. Contaba que para ir a la vieja Alianza, en el cruce de la calle Wad-Ras con el paseo del Triunfo, ponían unas tablas y que las chicas pasaban por encima con las faldas arremangadas. En invierno el barrio era un barrizal. Cuando iban hacia el mar decían que iban para arriba, porque la laguna quedaba a un nivel más bajo que el litoral: la Rambla subía. Rendé ha cambiado un poco de *look*. Ya no parece Coubertin. Ahora recuerda a un coronel del ejército británico, con la cara fibrada, el cogote rasurado, el pelo cortísimo: sigue practicando mucho deporte y monta a caballo. La familia amplió el negocio y en 1918 construyó la casa de la calle Llacuna, entre Llull y Pujadas, la primera que se levantó en aquella manzana. En uno de los bajos estaba el almacén y en el otro la cuadra con los caballos. La pasión por los caballos le viene de ahí.

Uno de los carreteros del abuelo era

el tenor Miguel Fleta, uno de aquellos cantantes líricos que en Barcelona salían de la clase trabajadora, como Manolo Utor, conocido como *el musclaire* (el mejillonero), un personaje pintoresco que fue muy popular en los años treinta. A otro carretero lo llamaban el Valencia. Era muy trabajador, muy formal, pero cuando acababa la semana, el sábado al mediodía, se emborrachaba hasta el lunes por la mañana. Una noche sus abuelos regresaban de la plaza Palacio con un charrete que tenían. Ven una sombra que se mueve en un socavón. El abuelo saca el revólver. «¿El revólver?», le pregunto. «¡Claro! ¡La gente llevaba revólver!». Entonces



descubre al Valencia, bebido, doblado en el socavón, que le dice: «todo gira, todo gira y esperaba que pasara la cuadra para meterme dentro».

Joaquim Mota, camarero en el aeropuerto.

Busto Kaván, que le dice: «todo gira,

en Seven Clams (1975)».

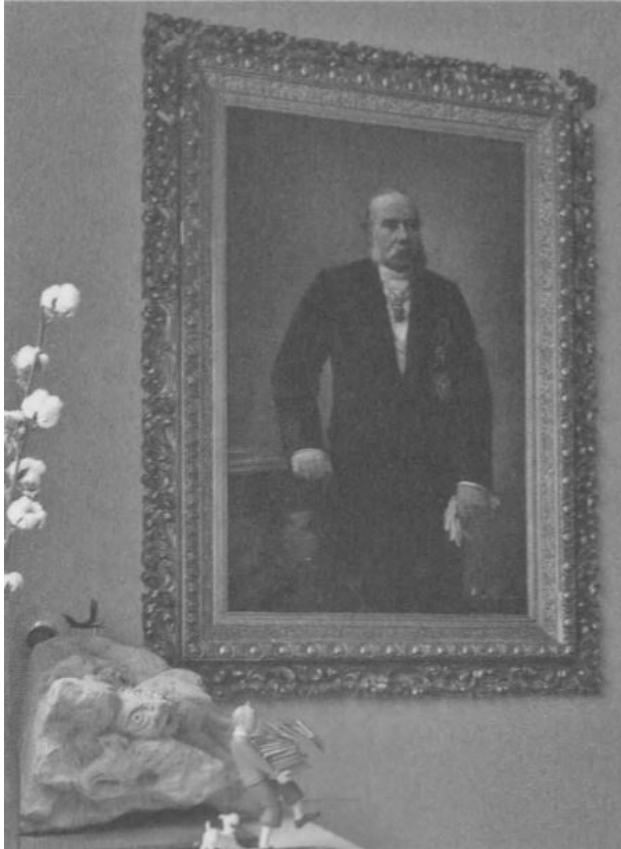
Rendé recuerda los antiguos apellidos de Pueblo Nuevo, amigos de casa: los Andreu y los Tamareu, que eran curtidores; los Alcover, que fabricaban maquinaria; los Saladrigas y los Benguerel, del ramo del agua (industrias auxiliares del textil). Y sobre todo los Illa, que eran parientes de sus abuelos, y que montaron una fábrica de tintes y aprestos que ganó mucho dinero. Tenían dos palcos contiguos en el Liceo, donde daban enormes fiestas. En la nueva fábrica que construyeron en los límites del barrio, en la calle Bolivia, trabajaban unas dos mil personas. Vivían en la calle Mallorca y gastaban etiqueta a todo trapo. Rendé asistió una vez a una boda con un chaqué que fue de los Illa. Me cuenta que Teodora Illa había trabajado como criada. La tía Rosa cogió por banda a su hijo Vicenç, que la había dejado embarazada: «¡O te casas con ella o te echo de casa!». Concluye Rendé: «Se habían hecho a sí mismos. En los pueblos confeccionaban ropa con unos telares dotados de lanzadora manual. Y cuando llegaron a Barcelona instalaron fábricas con

telares mecánicos. Muchos de ellos pasaron del terruño a ser señores, por eso eran tan excesivos».

Al día siguiente he quedado en el bar Bauma de la Diagonal con Santi Ferrer-Vidal. Lo conozco desde hace quince años, cuando los dos jugábamos a fútbol. Estudió arquitectura y es interiorista, ha sido profesor de la escuela de diseño Eina y por esta razón hemos ido coincidiendo aquí y allá. Una de estas mañanas en las que he salido a pasear y a sacar fotos del barrio, junto a la farmacia de las hermanas Clemente —nuestra farmacia—, en la esquina donde iba a dar clases de repaso particulares a un chaval que se llamaba Carles Prats Luchana, —entre Llull y Pujadas—, me fijé en el nombre del pasaje: Ferrer Vidal. Pensé que podría ser un antepasado de mi amigo: efectivamente lo era. El pasaje Ferrer Vidal cruza la manzana entre Luchana y Llacuna y desemboca frente a la casa de Joan Rendé. En el mismo lugar del pasaje, hacia 1860, se levantaba una de las fábricas más importantes de Pueblo Nuevo: José Ferrer y Compañía, que llegó a tener novecientos trabajadores. Los Ferrer eran de Vilanova, isabelinos, defendieron la ciudad durante la segunda guerra carlista. El padre era tonelero y se ganaba bien la vida. Quiso enviar al hijo a Burdeos a estudiar, pero en el último momento Sebastián Gumá le pidió que dirigiera su fábrica de tejidos. Tomó el control de la industria, la modernizó y le cambió el nombre. Es la famosa Fábrica del Mar, de la Rambla de Vilanova. Se casó con Conchita Soler, hija de una familia de indianos, y abrió una segunda fábrica en Pueblo Nuevo, en el solar que ahora cruza el pasaje que lleva su nombre.

En mi época de estudiante universitario salía de casa para ir a buscar el metro en la estación de Llacuna, pasaba por delante de los talleres de *La Vanguardia*, propiedad de la familia Godo, junto a la harinera La Asunción de Juan Viaplana, que en la entrada lucía una J y una V de hierro con el *coup de fouet* característico del modernismo. A principios de los años ochenta, la fábrica estaba cuarteada en talleres y agencias de transporte. Si seguía por el pasaje Masoliver —me gustaba pasar por allí porque conservaba la calzada de adoquines—, pasaba frente a la antigua fábrica de la familia Illa. Para completar este panorama de grandes factorías solo faltaba aquella fábrica desaparecida.

Los Ferrer Vidal vivían en el



paseo de Gracia, en la esquina donde hoy se levanta la Pedrera de Gaudí. Más tarde se trasladaron a un bloque de al lado. Luego, mandaron construir al arquitecto Eduardo Ferrés y Puig una casa que recuerda la secesión vienesa en el número 114 de paseo de Gracia. Originariamente tenía una tribuna con una gran vidriera que Oriol Bohigas elogió en su clásico libro sobre la arquitectura modernista. El hijo de José Ferrer, José Ferrer-Vidal, fue un gran coleccionista de arte y reunió un gabinete de curiosidades. Se casó con Josefina, hermana del industrial Eusebio Güell, y obtuvo un título

José Ferrer-Vidal, propietario de una fábrica pontificio: marqués de Ferrer-Vidal. En la calle Lloverana. Ni José Ferrer-Vidal ni sus hermanos Luis y Juan quisieron seguir en el negocio textil. Vendieron la fábrica de Pueblo Nuevo y, junto con otros socios, crearon los cementos Asland. El abuelo de mi amigo, Luis Ferrer-Vidal, fue uno de los fundadores de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros. Con el padre de Santi empezó la decadencia. Lo expulsaron de todos los colegios. Estudió para capitán de la marina mercante, pero no se embarcó en la vida. Su madre lo obligó a entrar en Cubiertas y Tejados, que era propiedad de la familia, pero no encajó en la empresa. Finalmente abrió un taller metalúrgico en Cornellá. Le pregunto a Santi cómo se llamaba el taller: Ferreco, de Ferrer y Cortella. Mi padre cambiaba continuamente de trabajo, sería muy fuerte que hubiera trabajado en Ferreco. Santi ha conservado un óleo que representa a su bisabuelo, José Ferrer-Vidal, con la Gran Cruz de Isabel la Católica colgada en el pecho, y lo tiene en el recibidor del piso.

Después de hablar con mis amigos me encuentro nuevamente en el Arxiu Historie de Sant Martí de Provençais. He buscado los nombres de todos los propietarios del expediente de segregación de 1864. Encuentro a un Augusto

Matons, que quizás era hermano de aquel Juan Matons que tenía la casa en la calle Odón Pinos, el abuelo de Joan Rendé. Entre los propietarios no residentes he localizado algunos de los grandes nombres de la industria catalana: Juan Arañó, Ramón Bonaplata, Manuel Girona, Jerónimo Juncadella... También he encontrado un documento del 16 de abril de 1877. José Ferrer y Vidal, «fabricante de Hilados, Tejidos y estampados», pide ampliar la fábrica. El arquitecto municipal, Pedro Falqués Urpí, reclama «un plano de emplazamiento que indique la situación del solar de la obra respecto a las vías públicas contiguas». Entonces presentan un plano en el que no hay nada dibujado. Las calles Luchana, Llacuna, Llull y Pujades aún no existían: solo se ve la curva que dibuja la *acequia La Llacuna* y los límites de propiedad de dos grandes familias de Barcelona: los Grau y los Villavecchia.

Un documento del 1 de marzo de 1882 me ha recordado a la abuela de Joan Rendé.

«La comisión que suscribe. Visto lo intransitables que se ponen en días de lluvia algunas de las calles de esta localidad a causa del barro cenagoso que en ellas se encharca y de un modo especial en las tres principales vías como son la carretera de Mataró y Ribas y la calle Mayor del Taulat, dificultando y haciendo a veces casi imposible el que los transeúntes puedan traspasarlas so pena de enlodarse hasta las rodillas y con el fin de evitar esta comisión en lo posible las molestias a los transeúntes, tiene el honor de proponer a V^a Magia se sirva acordar la construcción de los pasos adoquinados que a juicio de esta comisión sean convenientes a cada una de las vías citadas sin perjuicio de establecer otros pasos en las demás».

También he consultado las solicitudes de «Licencias para uso de armas de caza y para cazar». Del registro de 1879 he anotado los nombres de unos cuantos pistoleros de aquellos tiempos: Juan Cusí Pons, Ramón Martín Turró, José Fernández Quintana, Francisco Tort y Costa, Martín Trinxant Sabadell, Juan Enrich Torrella, Jaime Sol Buguñá, Pablo Sust Castella, Joaquim Bragós Gausachs... Estas armas se utilizaban para otras cosas, además de para cazar. Pedro Solá Cañameras solicita «uso de arma de fuego con destino a la defensa de la propiedad rural». Mariano Bou Borrás, Antonio Sánchez Estrella, Narciso Rosés Mirallets, José Casas Serra, Juan Graula, José Ramón Palau y Miguel Ripoll Dabós piden «uso de arma de las permitidas por la ley».

Debería haber, pues, otras que no estaban permitidas, digo yo. En febrero de 1880, Salvador Ferran Caries solicita «uso de pistola o revólver con destino a la defensa personal en despoblado». Es lo que me explicó Rendé.

He encontrado algunas referencias a la crisis de la industria del algodón como consecuencia de la guerra de secesión norteamericana. Uno de los documentos, de 1864, una hoja sencilla de una libreta de rayas, hace referencia a la fábrica de D. José Ferrer y Cia. El encargado, Jaime Debat, informa que ha despedido a seis trabajadores: Jaime Casanovas, José Ferran, Juan Ginabreda, Antonio Gires, Domingo Salas y José Casañas. Pistolas y despidos: no pasará mucho tiempo antes de que empiecen las matanzas de obreros y patronos.

Cuando murieron mis abuelos, me instalé en Gracia. Planeé algunas reformas y, para empezar, vacié el piso. Lo hicimos a medias con mi madre. Mi abuelo había muerto hacía años. Mi abuela no acabó de acostumbrarse a vivir sola y casi nunca iba. Yo lo utilizaba para estudiar, acumulaba libros y papeles, sin tocar nada de lo que había. Con mi madre fuimos llenando bolsas de basura con tubos de brillantina de mi abuelo —que habían quedado, resecos, en el cuarto de baño—, platos y cubiertos desaparejados, sábanas y ropa vieja. Conservé las corbatas de los años treinta, un parchís con las fichas y los cubiletes de madera, las pinzas de plástico transparente que regalaban con los paquetes de jabón y unos vasos de Pepsi-Cola que mi abuelo sacó del aeropuerto. Se produjo una escena terrible. En el montón de cosas para tirar mi madre descubrió uno de los zuecos de niño que le habían confeccionado en Viladrau en tiempo de guerra. Solo uno, el otro lo había tirado yo, sin poner atención. Hasta aquel momento no significaban nada para mí.



El pequeño zueco de la niña María Mota.

Noté en mi madre una reacción de tristeza como nunca le había visto. Una tristeza que tenía que ver conmigo, con lo que había provocado con mis prisas y con el ansia de acabar con aquello cuanto antes para empezar a montar el nuevo piso. Para ella, cada objeto que salía de un armario, de un altillo o de una cómoda originaba un instante de recogimiento. Lo recordaba, lo acariciaba, veía en él un momento de su vida, junto con sus padres. Después podía decidir que lo tirábamos o que se lo llevaba a casa, a Pueblo Nuevo, pero tenía que cumplir el ritual entero. «Por mucho que los quieras, tus hijos no pueden ser como tú ni pueden comprender tu mundo», debía pensar en su dolor.

Aquel zueco es un vehículo que nos transporta de Viladrau a Gracia, del Pueblo Nuevo de industriales y obreros a un tiempo que acortó como nunca las diferencias sociales. Queda un sentimiento de soledad y una deuda inmensa.

6. EL TÍO BASILIO Y EL NENE FLOREAL

En el año 2000, una agencia de comunicación que me encargaba algunos trabajos me propuso participar en un libro sobre Perramón & Badía, una empresa familiar de Manresa especializada en la confección de cintas y etiquetas. Creada en 1926, cumplía setenta y cinco años. Yo había empezado a investigar sobre los años treinta y pensé que podía ser una buena oportunidad para profundizar en aquella época a través de un tema poco conocido y no muy estudiado: la moda. Francisco Badía nació en Valls, la familia llegó a Barcelona en 1904, el padre trabajó como camarero. El chico entró de aprendiz en can Martinet, una tienda de ropa del casco antiguo. A los diecisiete años se trasladó a vivir a Berlín, estuvo empleado en un banco como traductor de español, pasó algunas temporadas en París, donde conoció a los principales modistos del momento y, ya de vuelta, se estableció con una tienda de sombreros en la Gran Vía, junto al Hotel Ritz. Se rodeó de personalidades de la cultura. Creó una revista, *Tricornio*, dirigida por el escritor Caries Soldevila. Modas Badía se anunciaba en los lujosos álbumes de la revista *D'Ací i d'Allà*. Para confeccionar los sombreros se necesitaba un tipo especial de cinta. Se asoció con Mauricio Perramón y montó una fábrica en Manresa. En los años de la guerra se refugiaron en Alassio, en la Riviera italiana, y descubrió las grandes plantaciones de claveles que, más adelante, introduciría en el Maresme. Entró en España por San Sebastián y, antes de regresar a Barcelona, dirigió una fábrica de seda en Burgos. Reconstruí

objetivamente la historia, a través de testimonios familiares y documentos, y pasé de puntillas sobre el pasado franquista: lo liquidé con una sola frase de compromiso.

Uno de los hijos, Juan María Badía, que era el propietario de Perramón & Badía, repartió el libro entre amigos y conocidos. Un día recibí una llamada de uno de aquellos amigos. Me dijo que les había gustado lo que había escrito y me propuso redactar un texto parecido sobre Nubiola, una empresa de pigmentos inorgánicos creada en 1916, que actualmente es una multinacional con fábricas en Colombia, Rumania y la India. Me convocó a una reunión en las oficinas de la empresa, en la Gran Vía, esquina con Pau Claris, junto al edificio donde estuvo la tienda de Modas Badía. Entre los elementos que decoraban el despacho recuerdo un *display* para la Exposición Internacional Barcelona 1929 del producto estrella de Nubiola, Azul Montserrat. Convenimos en que nos volveríamos a ver, que hablaría con sus hermanos y que redactaríamos una breve historia de la familia.

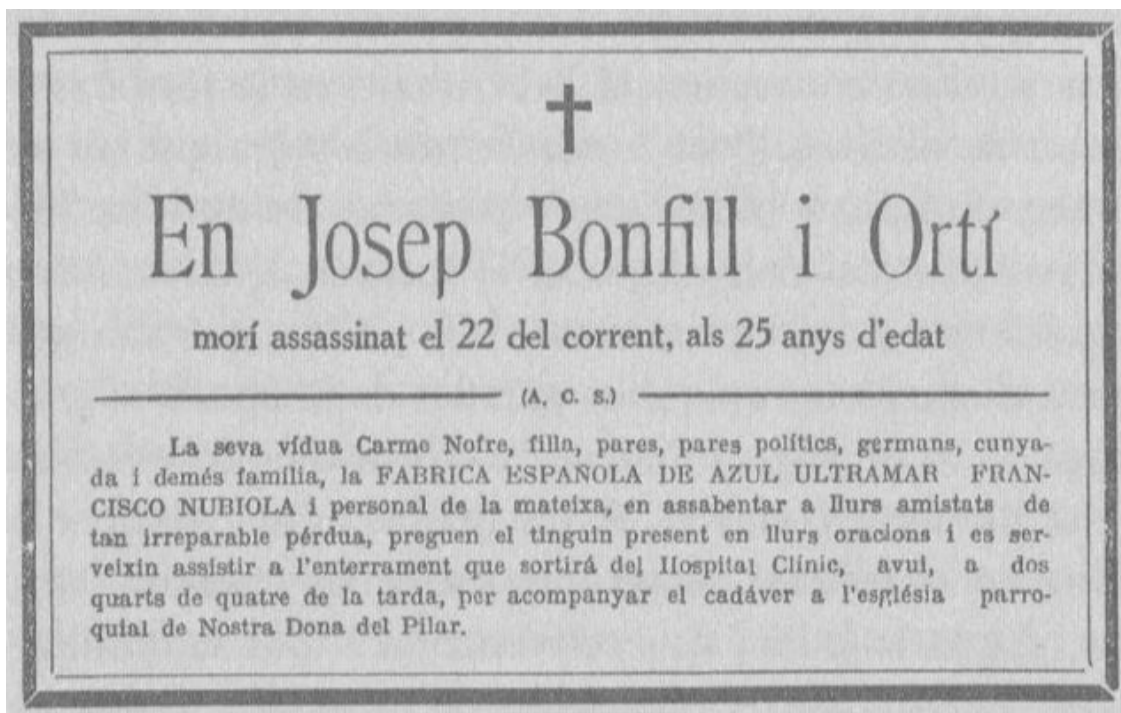


La fábrica Nubiola de la calle Agricultura.

En aquel momento estaba preparando una edición de los artículos del periodista Carlos Sentís, de los años 1934 y 1935, publicados en *L'Instant*, el vespertino de la Lliga Regionalista. Sentís había introducido en Cataluña el periodismo de infiltración, en una serie de reportajes titulada *Viatge en transmisseriá* (Viaje en transmiseriano), que alertaban del peligro de la inmigración incontrolada que alimentaba el extremismo de la FAI. Quise

contrastar los reportajes de Sentís con la prensa anarquista coetánea y encontré un equivalente en el diario *Solidaridad Obrera*: unos reportajes de Jacinto Toryho sobre los acaparadores, «Los que comercian con hambre». Yo nunca había leído la *Soli* y quedé impresionado por el tono violento y las amenazas directas a los patronos. Tropecé con un artículo que hablaba del conflicto en la fábrica Nubiola, a causa de las condiciones de trabajo insalubres. Quedé paralizado. Me volvió a la cabeza aquella historia de Viladrau, que desde hacía tiempo me inquietaba. Mi yayo era metalúrgico de can Girona y como consecuencia del trabajo en la fábrica estaba enfermo de silicosis. Poco antes de morir supo que mi madre esperaba un niño y pidió que le pusieran de nombre Floreal, el octavo mes del calendario civil francés, que corresponde al segundo mes de la primavera. Mis padres querían que me llamara Carlos, como uno los galanes de la época: Carlos Larrañaga. Pero mi yayo Julián se estaba muriendo y decidieron que me llamaría como él. A mi madre aquel nombre no le gustaba en absoluto. Pensó que Julián en catalán era Julia, que me llamaría Julia y que convencería a toda la familia para que me llamara así. A excepción de mi padre, todos los parientes de Toga me han llamado siempre Txuliá, *apitxat*, o Xuliá. Fue su primera gran victoria. Si mi yayo no hubiera estado tan enfermo, tal vez me habría llamado Floreal y habría sido uno de aquellos Flore que corrían por el barrio en los años sesenta y setenta, cuando se había perdido ya cualquier noción del anarquismo, la CNT o el calendario civil francés, y parecía, simplemente, que era un nombre hortera. Un tío de mi amigo Ricard Cerdán se llamaba Flore, aunque oficialmente le pusieron Eugenio, el nombre del día. En la posguerra el sueldo de los trabajadores se redondeaba con unos puntos en función del número de hijos: con uno de aquellos nombres anarquistas no cobrabas puntos. ¿Cómo podía escribir yo, Floreal Guillamón, la historia de los Nubiola?

He vuelto a consultar *Solidaridad Obrera* para saber exactamente lo que pasó. Debía estar mal orientado porque no daba con los artículos sobre el conflicto de la casa Nubiola en los años en que esperaba encontrarlos. Realicé una búsqueda de aproximación en la hemeroteca de *La Vanguardia*. Teclee *fábrica Nubiola* y me apareció una esquila, del sábado Z5 de febrero de 1933:



La esquela del chófer de la Fábrika Española de Azul Ultramar Francisco Nubiola, de 25 de febrero de 1933.

A partir de aquí fui atando cabos. En diciembre de 1932 estalla un conflicto entre el patrón y los trabajadores de la Fábrika Española de Azul Ultramar Francisco Nubiola. A principios de enero la empresa declara el cierre patronal y la Guardia de Asalto desaloja la fábrika, a punta de bayoneta. El 15 de enero de 1933 *Solidaridad Obrera* publica una comunicación del Comité. Dice que aquella pantomima de cierre no busca otra cosa que seleccionar el personal imponiendo a los obreros las mismas condiciones de trabajo que en la época de la dictadura. Se han producido diecisiete despidos. También apuntan al chófer Hermenegildo Beltrán, que busca trabajadores para poner la producción de nuevo en marcha. Los obreros deciden que nadie volverá al trabajo si no se readmite a todos los compañeros, cobrando los jornales perdidos. El Comité publica los nombres de los traidores, encabezados por Hermenegildo Beltrán, José Bonfill el Chato y Benjamín Gil. La fábrika vuelve a funcionar. La primera noche, los esquirols se quedan a dormir en el recinto, con sacos. El chófer no se atreve a salir si no es escoltado por la Guardia Civil. Para repartir los encargos alquilan un camión.

El 24 de febrero de 1933 *Solidaridad Obrera* publica la noticia del atentado que acabó con la vida de Beltrán y Bonfill.

«DOBLE ATENTADO

Es muerto el encargado de una fábrica, y gravemente herido el chófer de la misma».

Hacia las siete de la tarde, seis desconocidos rodean a Hermenegildo Beltrán y José Bonfill frente a la fábrica de Francisco Nubiola, en la calle de la Agricultura, y les disparan a boca-jarro. Beltrán, con varios tiros en la cabeza, queda muerto en el suelo. A Bonfill lo trasladan al dispensario del Taulat, en el paseo del Triunfo, con heridas en un antebrazo, en el labio superior y en el parietal izquierdo.

A continuación, la *Soli* se sacude las culpas:

«Buscando los móviles del atentado, la policía ha querido relacionarlo con la huelga que tiempo atrás sostuvo esta casa, y a consecuencia de la cual quedaron despedidos diecisiete obreros. Por nuestra parte, creemos demasiada ligereza la de las autoridades al acogerse al socorrido sistema de achacar todos los hechos violentos, cuyas causas pueden ser las más insospechadas, a los trabajadores que seguramente nada tienen que ver en el asunto».

Pero en el artículo que se publicó seis días antes señalaban muy claramente a Beltrán y Bonfill, amenazándolos y recordándoles que se exponían a represalias.

Tras la muerte del chófer, el conflicto se prolongó nueve meses más, con llamadas a la solidaridad y amenazas a Francisco Nubiola y a su hijo Ricardo, a los esquirols y a la Federación Obrera Catalana. El Comité denunciaba que los trabajadores recién incorporados eran antiguos pistoleros del Sindicato Libre. Finalmente consiguieron parar la fábrica. Los obreros se manifestaron

frente a la casa de Francisco Nubiola en la Vía Laietana 69, junto a la sede central de la Caja de Pensiones. La Guardia de Asalto no llegó a intervenir. En junio de 1933 el Sindicato de Productos Químicos impulsó un boicot a los productos de la casa Nubiola. El Blanco de España era un producto muy popular, que se utilizaba para blanquear paredes y para lavar ropa. Era un pigmento barato, y por esta razón Picasso lo utilizó para pintar en la época azul. El conflicto terminó en noviembre de 1933: la derechista CEDA y el Partido Radical ganaron las elecciones, *Solidaridad Obrera* fue suspendida y empezó un periodo de gran represión.

En Pueblo Nuevo el recuerdo de la CNT y de las luchas obreras fue desapareciendo. Si hubiera conocido a mi tío tal vez me habría hablado de ellas. O quizás habría cambiado de tema. ¿Qué podían significar para un niño de los años sesenta los recuerdos de un hombre que había vivido los días del pistolero en Barcelona? Es posible que ya trabajara en can Girona en 1919, cuando mataron a dos obreros que no estaban afiliados al Sindicato Único, y que hubiera visto de cerca huelgas, boicots, amenazas y disparos. Quizás se había dejado llevar por la corriente, había sido anarquista de una manera más o menos sentimental, sin implicarse hasta las últimas consecuencias, y una parte de este sentimentalismo se había manifestado en el nombre que quería ponerme, Floreal: la plenitud de la primavera. Del temperamento anarquista mi padre tomó el individualismo, los arrebatos de violencia, el desprecio hacia los patronos, mezclado con un miedo indefinido —cada vez que pasábamos por delante de la comisaría de policía del paseo de Triunfo, nos hacía cambiar de acera— y una desconfianza absoluta hacia la política. A los quince o dieciséis años empecé a interesarme yo por la política —era el momento de la Transición, en una fiesta en el mercado del Borne compré un adhesivo de la CNT y lo lucía pegado en el carpesano—, me sentía anarquista e imaginaba cenáculos libertarios en todas partes: en el Bar Moreno, que llevaba años cerrado, en la esquina del pasaje Mas de Roda con Granada, frente al Mesón Nouriño... Me figuraba que había sido un bar oscuro, con olor a pólvora y caliqueño. En algún momento descubrí una inscripción, esculpida con martillo y escarpa, en la pared de unos almacenes, en la esquina de Wad-Ras con Luchana. Se leía claramente: CNT. Después me di cuenta que sobre esta inscripción había otra: VOTA.



La Torre de las Aguas del Besos y can Girona, en 1941.

¿Cuándo pidió el voto la CNT? Nunca. Pero la profesora Teresa Abelló me ha explicado que en las elecciones de febrero de 1936 algunos afiliados a la CNT eran partidarios de votar al Frente Popular, pensando que el triunfo de la izquierda comportaría la liberación de los presos. Nadie lo dijo nunca en ningún mitin, ni salió publicado en artículo alguno, pero se entrevé en las memorias que hablan de aquella época y en el testimonio de algunos protagonistas, ya viejos.



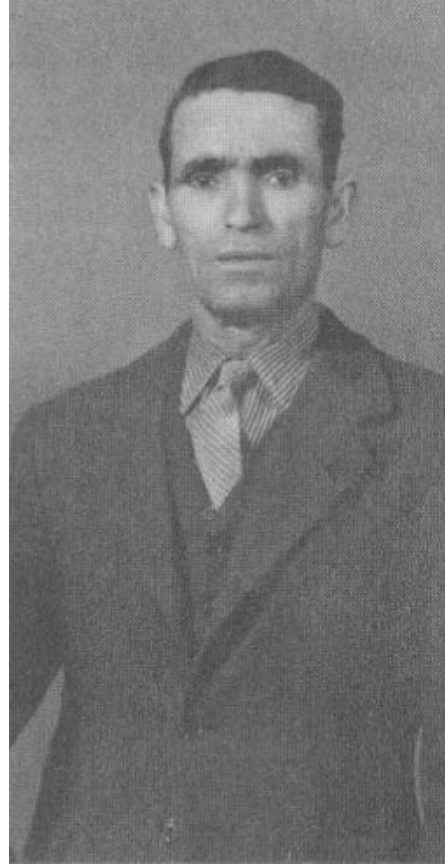
Vota. CNT. Inscripción esculpida con martillo y escarpa en la esquina de la calle Luchana con Wad-Ras.

Leo la *Soli* y reconozco la voz de mi padre en algunas expresiones que se utilizaban en el diario, del mismo modo que leo los artículos de Josep M. de Sagarra en la prensa de los años treinta y me parece oír la voz de mi abuelo y de mi abuela. Quizás aquellas palabras de la *Soli* que oía mi padre las pronunciaba ya mi yayo. *A campo traviesa*, que era la manera de decir que ibas campo a través, en una época en que las manzanas del Ensanche no estaban completamente urbanizadas. El *último mono* (le decía a mi hermano con poquísima perspicacia: «tú eres el último mono»). El *aseo*: en *Solidaridad Obrera* tenía una sección fija dedicada a este tema, mi padre tenía la obsesión de la ducha y lo decía así: *asearse*.

Ser *ciudadano del mundo*. Y, sobre todo, *el pacte de la fam* (el pacto del hambre), que era una de las pocas expresiones que decía en catalán. «Enviar a los trabajadores al *pacte de la fam*»: es decir, despedir a los obreros o pactar unas condiciones miserables que les obligaban a renunciar a derechos fundamentales. Aparece constantemente en la

Soli.

Mi padre no hablaba nunca de nada que tuviera a ver con política. Pero alguna noche, cuando por alguna razón estaba triste, recordaba a uno de los hermanos de su madre, el tío Basilio. La primera vez yo debía tener doce o trece años: le parecería que ya era hora de que conociera la historia. El tío Basilio era alto, rubio, bien plantado: mi padre tenía la ilusión de parecerse a él. Tocaba el acordeón: mi padre siempre decía que le hubiera gustado saber tocarlo. Atraía mucho a las mujeres y tenía líos con señoras casadas, que a veces terminaban de mala manera: mi padre presumía siempre de haber tenido muchas novias. Al acabar la guerra se escondió en una cueva. Cuando la situación se calmó un poco, bajó al ejido, donde



Julián Guillamón Tomás, anarquista. estaban los pajares y donde guardaban las ovejas. Mi padre recordaba que un día se le apareció, andrajoso, con una gran barba, no lo reconoció y se asustó. Debía llevar meses emboscado. El ejido no quedaba lejos del pueblo. La tía de mi padre, su madre, le subía comida todos los días. Alguien debió seguirla y lo denunció. Cuando se lo llevaban, mi padre quiso abrazarlo y un guardia civil le dijo de muy mala manera: «Niño, deja a tu tío, o te llevamos a ti también». Mi padre contaba que estuvo muchos días en la cárcel, sus hermanas pasaban mucha pena. Por la fiesta mayor, dijeron que podrían verle. Manuela, Clara, María, Adoración y Manuel bajaron a Castellón cargados de *pastizos* y *longanizas*. Pero cuando llegaron a la cárcel ya lo habían fusilado.

Actualmente la Fiesta Mayor de Toga se celebra la primera semana de agosto, pero en aquella época era en octubre, después de la vendimia. En el libro de Vicenç Gabarda Cebellán *Afusellaments al País Valencia* (1938-1956). (Fusilamientos en el País Valenciano [1938-1956]) figura el 21 de octubre de 1939 como fecha de la muerte del tío Basilio. De hecho, fueron dos primos los que murieron: Bienvenido Puerto Monferrer y Basilio Puerto

Barceló, de 24 y 28 años, labradores. En las webs anarquistas el tío Basilio aparece como «labrador afecto a la CNT-FAI, secretario del pueblo en guerra». De resultas de este episodio, la familia fue desterrada a Morella, donde pasaron nueve meses. Cuando regresaron a Toga les habían saqueado la casa. «Era un tonto», me dice Enriqueta, la tía de mi padre, que tiene ahora noventa años. Y a continuación me aclara: «*Un tonto* en el idioma nuestro es *bueno*». Uno al que llamaban el valenciano, que circulaba por Pueblo Nuevo, pasó unos veranos en Toga. Practicaba la gimnasia en una época en que esto no era nada frecuente, y hablaba de la Revolución. El tío Basilio, Bienvenido y Francisco Sevilla, los tres fusilados del pueblo, debieron seguirle.

Mi padre me contó que lanzaron las campanas desde lo alto del campanario y que utilizaban la iglesia para guardar el ganado. Es posible que este valenciano fuera uno de los valencianos, el grupo anarquista de Gregorio Jover. En el piso que Jover tenía en la calle Pujadas, muy cerca de Espronceda, Jover, Durruti y los hermanos Ascaso pasaron la noche del 18 al 19 de julio de 1936, antes de salir a buscar las armas que tenían escondidas (cuenta la leyenda que bajo las gradas del campo de fútbol del Júpiter), para asaltar la caserna de Atarazanas. Francisco Ascaso perdió la vida en ese asalto.



Tomo una fotografía de la familia que anteriormente he recortado solo para ver a mi yayo, y la vuelvo a mirar entera. Es un retrato del fotógrafo Raphael (Rafael, después de la guerra) del paseo del Triunfo, uno de los fotógrafos de Pueblo Nuevo de toda la vida. Mi padre debía tener diecisiete o dieciocho años: debe ser de 1946 o 1947. Mi yayo Julián ya no pone aquella cara de anarquista con corbata de cuando lo he

recortado hace un momento. Mi yaya Manuela se sienta en el centro, como una señora, con el bolso en la mano. Tiene a su hijo pegado en la espalda. La tía Enriqueta me explica que mi yayo trabajaba siempre en el turno de noche. Se pasaba el día durmiendo y prácticamente no veía nunca a mi padre. Antes de ir a la fábrica, mi yaya pasaba por la peluquería. Era muy presumida, iba a su aire y no se ocupaba mucho del hijo. En 1947 mi padre trabajaba desde hacía ya tres o cuatro años. En unos talleres de calderería del Clot: Serra, Peidro, Torres, de la calle Mallorca, junto a la Meridiana.

7. EL NIÑO DEL TIBIDABO

El primer trabajo de mi padre fue en Andrés Figueras y Compañía, en el camino Antiguo de Valencia número 6, una de aquellas calles reviradas de Pueblo Nuevo que seguían el curso de antiguos caminos y carreteras locales. Aparece como una casa de aprestos, preparación de telas, pero tal vez se recicló al decaer el negocio textil. Tal vez mi padre se ocupaba de labores de mantenimiento de las máquinas. Trabajó allí cinco meses: del 1 de mayo al 9 de octubre de 1944: de los catorce a los quince años. Después estuvo sin trabajar —sin cotizar, en realidad— dieciséis meses, hasta febrero de 1946. Es posible que realizara algún curso, porque conservo un cuaderno de dibujo geométrico de la Escuela Elemental del Trabajo de la Diputación Provincial de Barcelona más o menos de esta época. Mi padre hacía siempre grandes demostraciones de trazado. Dibujaba tubos, curvas, tolvas, las recortaba en cartoncillo y las pegaba con una cinta adhesiva estriada de la casa Tesa.

Hay algo que me llama la atención. ¿Por qué mi yayo no lo colocó en can Girona? Generalmente, en las familias de inmigrantes, los que se instalan primero facilitan la integración a los que llegan después: la posibilidad de un trabajo provoca el efecto llamada. La tía Enriqueta recuerda que, además de mi yayo, el tío José del Bobi (el sobrenombre hacía referencia a un perro que tuvo), el tío Lorenzo y el tío Evaristo, todos más o menos de la misma quinta, fueron obreros de can Girona. Más tarde el trabajo derivó hacia la Ford —que era el nombre con el que todo el mundo conocía a Motor Ibérica: en los años sesenta y setenta, en lugar de los Ford V8 de antes de la guerra, fabricaban camiones y tractores Ebro—. Finalmente, el tío Manuel entró en el comedor

—y más tarde pasó a ser vigilante— de la Seat, y fue colocando a parientes — el hijo de una hermana, el marido de una sobrina—, los últimos en llegar. Quizás mi padre era demasiado joven para entrar en una de aquellas grandes empresas, con centenares de obreros, y mi yayo pensó que en un pequeño taller aprendería el oficio en un ambiente menos cargado y hostil. El caso es que no trabajó en can Girona y cambió cuarenta veces de empleo, hasta que en diciembre de 1966 —yo tenía cuatro años— entró en la empresa en la que permaneció por más tiempo: AINVA. Trabajó allí hasta que la empresa se declaró en quiebra, en octubre de 1979. Antes había pasado por dieciocho talleres, por algunos de ellos más de una vez.

En febrero de 1946, después de aquellos dieciséis meses en blanco, se incorporó a Serra, Peidro y Torres, en la avenida Meridiana. Pasó allí desde los dieciséis a los veintiuno, cinco años, con dos contratos. Abandonó la empresa para cumplir el Servicio Militar, lo destinaron al Castillo de Montjuic. Si llegó a tener conciencia de lo que había pasado en aquel castillo y en la pedrera Moragas, donde fusilaban a la gente, nunca dijo nada. Explicaba que había sido ayudante del maestro armero y que le fue bien, con los privilegios que acostumbra a conseguir en el mundo militar la gente espabilada. No sé qué debía suceder en aquellos primeros años en



Andrés Figueras y Compañía y en Serra, Peidro y Torres. Apenas explicaba una broma de los veteranos —que él mismo debió reproducir más tarde con otros aprendices—, la de mandarlo a buscar la llave de girar el taller: «Chaval, trae la llave de girar el taller». Existe un tipo de llave, la llave Stillson, para ajustar tubos (mi padre la llamaba siempre *llave estinsor* y yo

creía que realmente se llamaba así). Los aprendices prácticamente eran niños. Los oficiales bregados habían vivido la guerra, la revolución y la represión, o la depuración. Recuerdo que, de mayor, respetaba mucho a los ayudantes y hablaba de ellos de manera paternal. Quizás debido al recuerdo de alguno de aquellos trabajadores bregados que lo protegió cuando era casi un niño. Era un mundo demasiado lejano y extraño para que me pudiera contar algo de él, a mí, que estaba en otra órbita. A lo sumo, las gamberradas. A mi padre le gustaba mucho la nata y todos los domingos desayunaba un gran plato. Lina vez, en una apuesta en el taller, apostó a que se comería un kilo. Le trajeron varios cubos y se comió más de la mitad. Era una de las gamberradas que podían contarse.

Mientras trabajaba en Serra, Peidro y Torres vivió la gran aventura de su vida. La posibilidad de la revolución proletaria no debía ni pasarle por la cabeza —la guerra quedaba a la vuelta de la esquina—. Podía trabajar ordenadamente en el taller, ascender de ayudante a oficial de tercera, a oficial de segunda, a oficial de primera, cobrando cada vez un poco más. De mayor, sacaba pecho porque, decía, tenía un oficio. Pero a los diecinueve años no creo que le entusiasmara la idea.

Pidió unos días de permiso y aprovechando las vacaciones de verano (no me consta, en los papeles, que perdiera el trabajo) decidió, con un amigo, que se iba a Sevilla... para ser torero.

Esta historia la he oído miles de veces, resumida en dos episodios que se repetían de forma ritual: mi padre y su amigo se quedan sin dinero y se ponen a trabajar como peones camineros en la carretera entre Pinto y Valdemoro. Finalmente, llegan a Sevilla y consiguen ver al gran torero mexicano Carlos Arruza: le piden consejo para llegar a ser matadores de toros. Arruza les recomienda que regresen a casa y que no hagan sufrir a sus madres. He encontrado la carta que mi yayo Julián envió a mi padre el 30 de julio de 1948. Una carta que, a excepción de mi padre, nadie había leído hasta ahora:

«Barcelona 30 de julio del 48

Querido hijo mucha salud te deseamos, la nuestra bien por hoy.

Julián, al recibir estas cuatro letras solo te deseo que te encuentres bien de salud que es lo principal porque sin la salud no se va a ninguna parte. Solo cuatro renglones para decirte que recibimos la tuya, la que tuvimos mucha alegría al saber noticias tuyas y saber que te encuentras bien pues no te puedes figurar el disgusto que nos distes el día que te marchastes y el disgusto que todavía nos queda que solo se puede curar ese disgusto volviendo tú a casa y estar en compañía nuestra como lo hace un hijo que tiene amor propio y quiere a sus padres».

Mi yayo no ponía puntos y lo escribía todo de corrido. ¡De qué manera la instrucción pública había hecho mella en aquellos pobres obreros, tan formales y creadores de bien! Veinte años después, mi padre me hacía escribir las cartas al pueblo con los mismos formulismos.

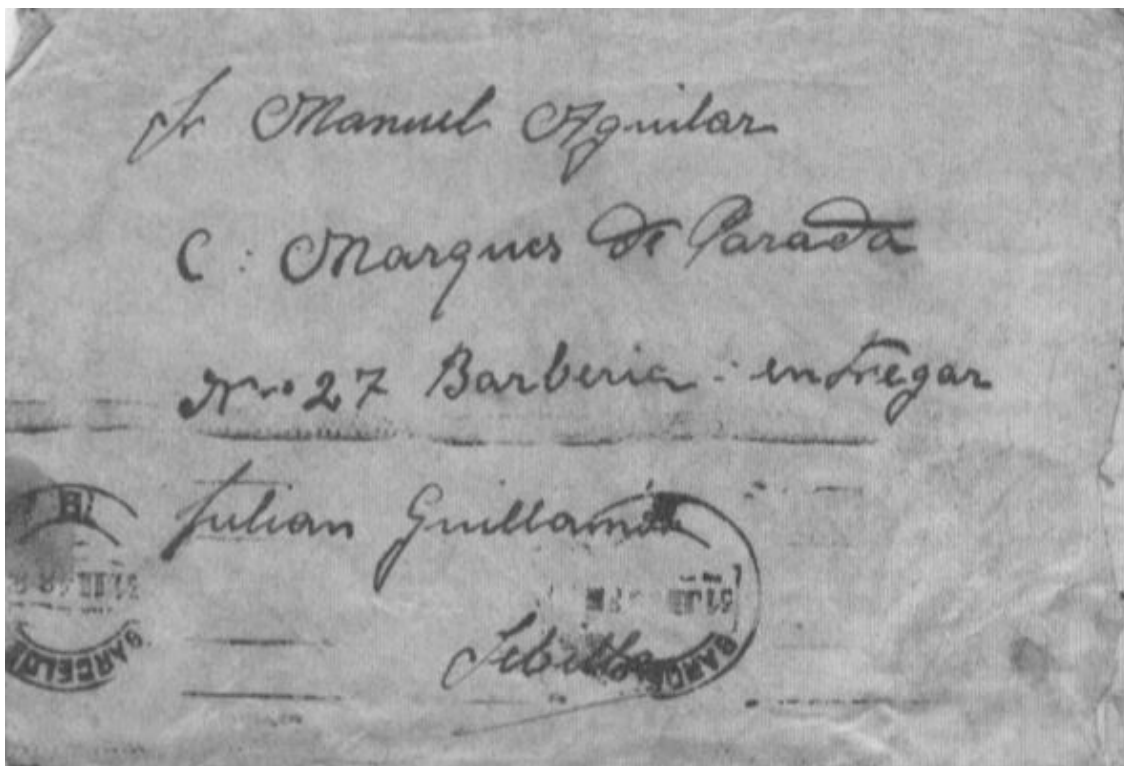
«Julián tengo que decirte que tu madre lo mismo que yo sin contar con los demás de la familia que son lo mismo que nosotros tenemos un disgusto que tú no te puedes imaginar porque esa determinación que tú has tomado solo la toma un hijo que está aburrido de estar en su casa y de estar junto a sus padres, así es que reflexiona lo que tus padres te dicen y verás cómo es la realidad. Todo el dinero que tú puedas ganar con los toros a tu madre y a mí no nos harán felices porque el dinero no da felicidad cuando se tiene que ganar exponiendo tanto la vida si no tu ten en cuenta las palabras que tu padre te dice y te darás cuenta de que es una realidad. Para un torero que se retira con pesetas diez que o los mata un toro o acaban su vida que nadie se acuerda de ellos. Además tú no tienes el por qué tomar tal determinación porque trabajando honradamente ni te puede faltar la comida ni un duro en el bolsillo».

Pobre yayo. Cuántas vueltas para decirle a mi padre que era un insensato. Que aquello no podía acabar bien. Que más le valía trabajar. Que solo podías ponerte delante de un toro si faltaba el plato en la mesa y si no tenías un traje para salir a dar una vuelta los domingos. El yayo Julián: obrero de can Girona y de la CNT.

«Así es que recapacita bien estas palabras y si desistes y te arrepientes del paso que has dado y quieres volver a casa junto a nosotros y tu novia que también tiene tanto disgusto como nosotros si no tienes dinero para el viaje le mandas a decir el que necesitas y yo te lo mandaré y te vas a trabajar que según tengo entendido tienes un mes de fiesta entre vacaciones y lo que tú pediste. Nada más. Recibe recuerdos de tus amigos y recibe los más cariñosos besos y abrazos de tus padres.

Manuela / Julián Guillamón».

En la carta figura una dirección de Sevilla, el tío Gregorio Campos, avenida Ramón y Cajal, Grupo la Española. Este tío Gregorio pasó las vacaciones en Toga, en el verano de 1936. Trabajaba en el matadero de Sevilla. Cuando estalló el conflicto se quedó en el pueblo y pasó allí toda la guerra. Mi padre le debía conocer, ni que fuera poco, de aquella época.



Carta a entregar. 30 de julio de 1948.

La carta de mi yayo era una hoja de carta doblada por la mitad, dos veces, para que entrara en el sobre. Le faltó papel. Recortó otra hoja para escribir cuatro líneas de despedida, y dejó el resto a la tía Adoración, la hermana pequeña de mi yaya, para que rematara la faena. En aquella época vivían en Pueblo Nuevo, con el tío Rafael, que combatió en la guerra con los nacionales. También trabajó en can Girona, temporalmente, mientras la tía servía, pero no se adaptaron y regresaron a Toga. Buena, generosa, admirable tía Adoración.

«Julián después de lo que te dicen tus padres lo mismo te digo que tuvimos un disgusto muy grande y todavía estamos igual pues de que te marchaste que tanto a tu madre como a mí y a tu novia y demás aún no se nos han secado los ojos pues tu mama ni duerme ni come, así que Julián hazme caso y deja los toros que tus padres y familia seremos más felices si estás aquí a nuestro lado. La Valera todos los jueves viene a casa y los domingos a comer y para el día de tu cumpleaños te trajo un regalo que te gustará pero dice que si no vienes se lo volverá a llevar. Con que Julián si quieres darnos una alegría muy grande ven porque nos haces mucha falta pues en esta casa parece que no haya nadie aquí no hay humor de nada de que tú has marchado así pues piensa bien lo que tus padres te dicen. Sin nada más recibe muchos besos de tus tíos que mucho te quieren y piensan mucho contigo y lo soy

Adoración Puerto».

La carta iba dirigida a la barbería de Manuel Aguilar, en la calle Marqués de Parada, número 27, de Sevilla, junto a la antigua Estación de Córdoba.



La Prensa del 29 de agosto de 1947 con la noticia de la muerte de Manolete, que Julián Guillamón Puerto guardó toda la vida.

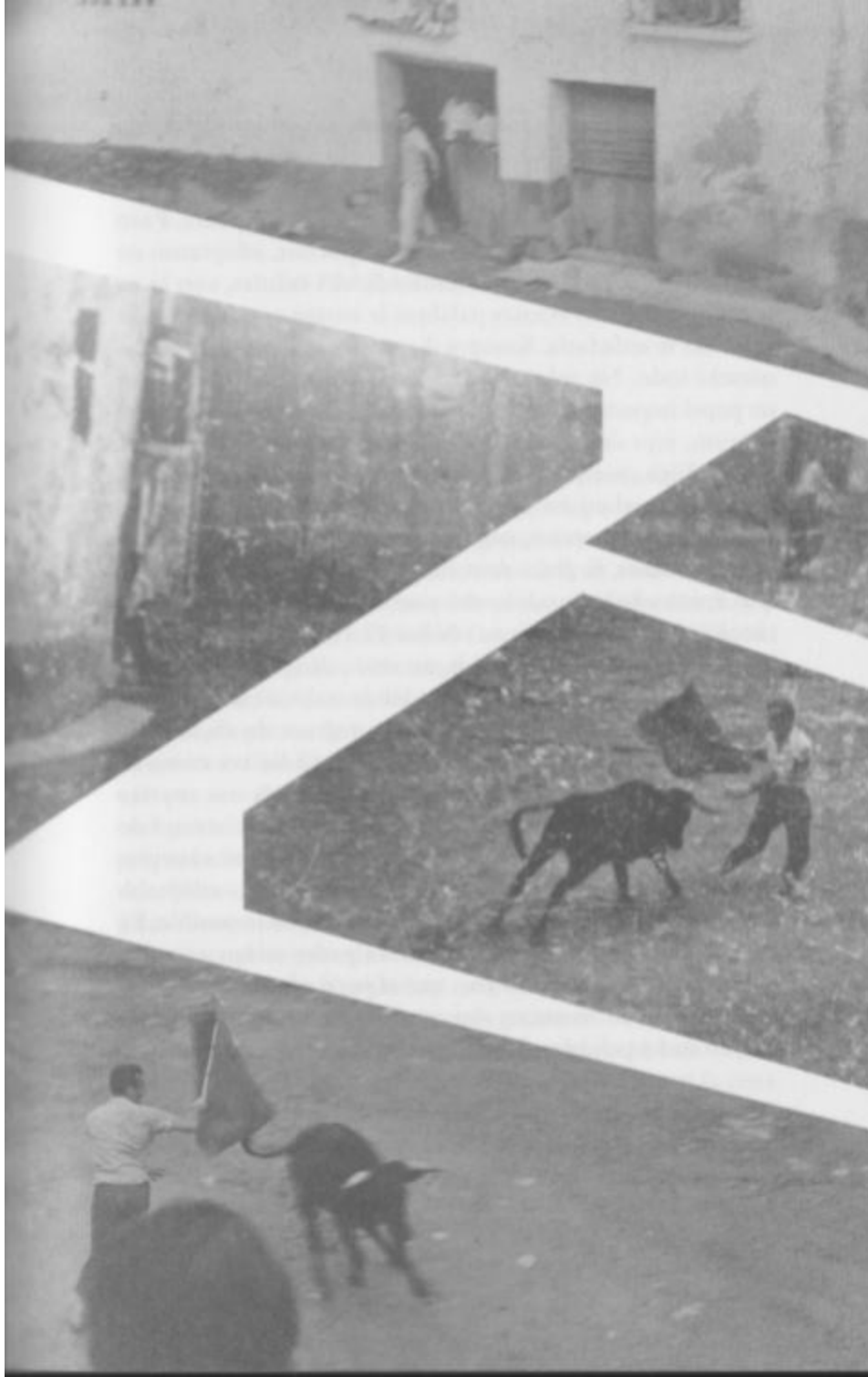
Cuando habla de la FAI, en sus famosos reportajes del diario *La Publicitat* de 1934 que le costaron la vida, el periodista Josep M. Planes explica, con muy mala idea, que cuando estaban encerrados en las minas de Fígols, los miembros del Comité de Huelga se pasaron la tarde decidiendo cómo se repartían la fortuna del conde de Romanones. Mi yayo intentaba convencer a mi padre de que el dinero que daba por ganado, con riesgo de la vida, no valía la pena. Que yo sepa, en aquella escapada a Sevilla mi padre y su amigo no llegaron a torear. De hecho, mi padre toreó poquísimo: en los pueblos alrededor de Toga y para de contar. En la cuenca del río Mijares existe una gran tradición de toros. La costumbre consiste en comprar un toro entre los vecinos y soltarlo por las calles, cerradas con barreras. Por la noche, lo embolan: es decir, viene un embolador, un profesional que va de pueblo en pueblo, y fija en los cuernos del toro unas armaduras de hierro que sostienen unas grandes bolas de alquitrán ardientes. El toro, enloquecido por el resplandor y la quemazón, corre de un lado a otro enbistiendo a los mozos. De

madrugada, todavía con los hierros en la cornamenta, las bolas ya extinguidas, le colocan una silla de montar —la albarda— y un collar de cascabeles. A mi padre este espectáculo nocturno no le decía gran cosa y, en cambio, suspiraba por salir a torear por la tarde. Saltó a la plaza de un pueblo cercano, Espadilla, en lugar de hacerlo en Toga, para ahorrarles sufrimientos a sus padres. En las dos fotos que conservo de ese día, se ve una vaca que embiste excitada, mi padre se la saca de encima, con la muleta, de manera muy poco ortodoxa —era lo que él llamaba *un mantazo*—, mientras la gente mira la escena desde portales y balcones.

En los años cuarenta los toros vivieron en Barcelona una época dorada, con la rivalidad entre Manolete y Arruza, y con otros grandes diestros, como Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida o Luis Miguel Dominguín, que toreaban a menudo en la ciudad. Mi padre trepaba por las rejas de la Monumental y se colaba en la plaza por unos ventanucos. Entre sus papeles he encontrado un montón de prospectos de un concurso de Toreo de Salón que se celebró en el Cine Talía, en el Paralelo: «¡El concurso taurino más original del año! 215 concursantes. Primera prueba en Toreo de Salón que organiza el Crítico de Toros Villapección, en colaboración con el señor Balañá». Una *artista*, Lola Villamar, estrenó el pasodoble de Paco Muñoz. La cantante y el torero tuvieron un momento de gloria a principios de 1948. Todo encaja: después del concurso de toreo de salón, mi padre pidió una licencia de unos días para ir a torear en serio. De mayor contaba, sonriente, que a los sevillanos les sorprendía que él y su amigo fueran de Barcelona. Un gracioso le sacó el apodo de matador de toros: «Julián Guillamón, el niño del Tibidabo». No escondía el nombre, que a nosotros nos avergonzaba. Al contrario: lo iba pregonando por todas partes. El humor permitía soportar esta obsesión por los toros, que podía llegar a ser bastante pesada.

Mi padre contaba que cuando yo nació el torero Gabriel Luque vino a visitarnos, a mi madre y a mí, en la Clínica del Pilar, y que nos regaló un estuche con colonia. Entre sus papeles he encontrado entradas y pequeños carteles, de los que se ponen en la entrada de las tiendas, de las Novilladas sin picadores que Gabriel Luque toreó en la plaza de toros de Santa Eugenia de Girona en 1962. Tener un amigo torero lo hacía feliz. En una carta, mi yayo le dice que está muy contento de la foto que le dedicó Luque («tan bonita y tan

bien dado ese pase pues yo cuando era joven me gustaba mucho ahora entre que no ves una corrida y que uno no tiene casi nunca buen humor pasa eso inadvertido»). Mi padre encontró un sastre que me confeccionó un capote y una muleta infantiles. Y todavía hoy sé torear de salón de manera bastante aceptable. Mi hermano Quim se hartó de ir a la plaza en los años ochenta y noventa, y tiene un montón de fotos en el callejón con las figuras de época.



Dando un pase de muleta a una vaca en Espadilla en 1960.

El viaje a Sevilla, en el fondo, fue un éxito de mi padre. Puso a la familia a

sus pies: aceptaron sus caprichos, adoptaron un tono cariñoso para hacerle desistir de sus manías, con la esperanza de que las buenas palabras le harían entrar en razón y que no se enfadaría. Siempre dispuestos a acogerlo y perdonárselo todo. No solo mi yayo: también las tías, que tenían un papel importantísimo en la familia. Mi padre era el primer sobrino, hijo de la hermana mayor que vivía en Barcelona. Era de Toga, porque había pasado allí la infancia durante la guerra, pero al mismo tiempo formaba parte de otro mundo. Y cuando, de jovencito, empezó a frecuentar otros ambientes — talleres, bailes, la plaza de toros— deslumbraba a sus primos, que apenas habían salido del pueblo. En *L'últim patriarca* (2008). (*El último patriarca*). Najat El Hachmi explica la relación entre Mimoun Driouch, un chico de las montañas del Rif que ha emigrado a Cataluña, donde trabaja como albañil, y sus tías, que lo consienten cuando regresa de vacaciones al pueblo. Cuando leí la novela, me sorprendió ver cómo se parecía esta relación a la que mi padre mantenía con sus tías Clara, María y Adoración. Me puedo imaginar la actitud de mi yaya, porque le vi muchas veces el ademán. Ante los problemas cada vez mayores que provocaba su hijo adoptaba una actitud resignada, fatalista, y lo dejaba por imposible. Es muy posible que en 1948, cuando mi padre se fue a Sevilla, pensara que sería más efectivo que el yayo y la tía Adoración le explicaran su tristeza y sus miedos, en lugar de dedicarle carantoñas y palabras de recriminación y de sentimiento.

De cualquier modo, mi padre y su amigo regresaron a Barcelona. Julián Guillamón Puerto se reincorporó a Serra, Peidro y Torres y nunca más se habló de ser torero.

8. MARÍA MOTA LEE *LA PLAZA DEL DIAMANTE*

A principios de los años setenta, antes de la crisis del petróleo y de que la empresa donde trabajaba mi padre acabara de mala manera, participamos en unos cuantos viajes organizados. Mi madre tenía una gran necesidad de comunicarse y como le interesaban los monumentos —mi padre los llamaba, despectivamente *las piedras*— siempre acababa hablando mucho con las guías, lo mismo daba si el viaje era a Sevilla, a Murcia, a las fuentes del río Llobregat o al Valle de Arán. Una vez, llegamos de noche a Madrid, donde íbamos a pasar uno o dos días. La guía anunció por el micrófono del autocar que nos esperaba una sorpresa. La imagen de una chica con pantalones de piel de melocotón debía ser una de mis primeras fantasías sexuales: tenía doce años recién cumplidos. El autocar recorría las calles con la decoración navideña y las fuentes iluminadas. Estábamos de viaje porque el año anterior, a principios de enero, había muerto mi abuelo. Para no pasar el día de Navidad en casa de mis abuelos, como hacíamos siempre, y recordar a cada momento la ausencia del abuelo y el drama del pasado año, mi madre montó un viaje a Andalucía, vía Madrid. En el hotel nos esperaban con la cena preparada. A la hora del postre, la guía de los pantalones de piel de melocotón iba pasando por las mesas para saber cómo iba todo. Cuando llegó a donde estábamos cenando mi abuea, mis padres, mi hermano y yo, mi padre y mi madre se le dirigieron con entusiasmo: ya sabían cuál era la sorpresa que había anunciado por la megafonía del autocar. ¡Juanita Reina actuaba en

Madrid! La chica se quedó alucinada. La escena debió sorprenderme tanto que todavía me acuerdo. ¿Cómo les podía pasar por la cabeza a mis padres que en Navidad de 1974, en un viaje organizado, la sorpresa anunciada por la guía fuera una actuación de Juanita Reina? Que le pasara por la cabeza a mi padre, pase. Pero ¿mi madre? El autocar debió pasar por delante del teatro o, al llegar al hotel, habrían hojeado el periódico y habrían visto el anuncio.

Una de las canciones más conocidas de Juanita Reina es el pasodoble «Francisco Alegre» de Quintero, León y Quiroga. Se estrenó el 31 de octubre de 1945 en el espectáculo *Solera de España*, n.º 3. Y más adelante se incluyó en la película de Juan de Orduña *Lola se va a los Puertos* (1947). Es la historia de un torero y una mujer. Ella ve el nombre del matador, Francisco Alegre, en los carteles de la plaza. El público lo aclama. La mujer, que le ha cosido el traje y le ha regalado el crucifijo que lleva colgado al cuello, reza para que no sufra ningún percance. Finalmente se dirige al toro y le dice que no mire a su novio de aquella manera terrible:

*Torito noble, ten compasión,
que entre bordaos,
lleva enserrao,
Francisco Alegre, ¡y olé!
mi corasón.*

En la segunda parte del pasodoble viene el drama: no se pueden casar, «por culpa de otro querer». Con una letra como esta se puede llegar a entender cualquier cosa. Pero yo creo que el «otro querer» que impide que se casen y que lleva a la mujer a olvidarse del mozo son los toros. «Francisco Alegre» sería una especie de «Mal cazador» estilo copla: obsesionado por los toros y el toreo, Francisco Alegre no da el paso y la mujer que le ha cosido el traje de luces que lleva su corazón *enserrao* se harta de la situación, va a verle torear a la plaza pero procura desenamorarse. A mi padre este pasodoble le gustaba mucho y lo ponía siempre. En la versión para banda, sin la letra, tiene un ritmo ideal para acompañar los movimientos del torero, con pausas pensadas para

aquellos momentos en que se cita al animal. La musiquilla, que enlaza una estrofa con otra, imita el trote del morlaco y el cascabeleo de los caballos en el arrastre. El caso es que la mujer rechaza a Francisco Alegre: vete a saber si se trata de una de aquellas canciones —como muchas coplas y rumbas de Bambino, un cantante que a mi padre le encantaba— que se han convertido en símbolos del amor entre mujeres y que se cantan en los bares de lesbianas.

Mi padre había nacido en Barcelona y pasó la infancia con sus yayos en Toga, en la cuenca del río Mijares. Mi madre también era de Barcelona. Había pasado la guerra en Viladrau, con los abuelos paternos. Siempre mantuvo el contacto con los parientes del pueblo de mi abuela, Vila-rodona, y en los últimos años de su vida recuperó la costumbre de asistir a la feria que se celebra a principios de otoño, a pesar de que hacía décadas que no teníamos casa en el pueblo. La posguerra pasó por encima de mis padres como un rodillo uniformizador: toros, coplas y pasodobles, toreros y *artistas*. Cuando decía *artistas* mi padre se refería siempre a cantantes o actrices —«en la Puerta del Ángel vimos a aquel artista, ¡aquel artista que sale por la tele!»—. Ver a un artista era uno de los hitos máximos de un sábado por la tarde en el centro de Barcelona, cuando íbamos a pasear por las tiendas, porque nos faltaba un abrigo o un pantalón.



El torero Antonio Bienvenida y María Luisa leyendo, en el despacho, y a punto de Gutierrez, en *¡Hola!*

Hojeando la revista *¡Hola!* He encontrado diferentes reportajes que hablan de aquel mundo que en 1974, cuando pasamos la Navidad en Andalucía, era un anacronismo, pero que durante muchos años fue la normalidad de muchas casas. En 1959, cuando mis padres ya se habían conocido y eran novios, *¡Hola!* publicó un reportaje sobre el torero Antonio Bienvenida. Aparecía firmando un contrato para torear en Lima.

La mujer estaba a su lado y comentaban el contrato que Bienvenida tenía en las manos. Después salían al jardín y él jugaba a fútbol con los chicos, vestido

con un traje claro, que parecía cortado a medida. Se le veía también sentado en el sofá, con su esposa y los tres niños. Al final volaba hacia Perú y María Luisa Gutiérrez se quedaba sola en casa. En otro reportaje de *¡Hola!* De 1959, Luis Miguel Dominguín había sufrido una cogida en Valencia. «La Mujer del Torero», titulaba *¡Hola!* Aquella doble página. «Junto al lecho de Dominguín, gravemente herido en la plaza de Valencia, la actriz de cine Lucía Bosé». «Ella ha dejado los estudios por el hogar, pero en él ha podido la atracción de los ruedos».

Mi padre no llegó a ser torero, pero vivía para los toros. Había leído miles de páginas de la revista *El ruedo*. Los toreros aparecen continuamente en la vida pública de aquellos años: en las revistas y en el No-Do, el noticiario que pasaban en el cine todas las semanas. Otros proyectaban sus fantasías en actores y actrices —los *artistas*—, en el mundo de Hollywood y, cuando la televisión llegó a los hogares, en el modelo de familia americana —la



Luis Miguel Dominguín, convaleciente, y Lucía Bosé.

familia nuclear, feliz y sonriente, de los anuncios: padre, madre y niños—: para mi padre todo se reducía a imágenes taurinas. Cuando aparecieron las primeras piezas de ropa Nike, con el *swoosh*, el símbolo que es una interpretación aerodinámica de las alas de Nike, diosa de la victoria, ¡le parecía que tenía forma de asta de toro! Era algo impresionante. Ya se veía en un cortijo, montando a caballo con un sombrero cordobés, firmado contratos, con un pañuelito blanco en el bolsillo de la americana, jugando en el jardín con los niños (el día que aparecía por casa). Y si por desgracia lo corneaba un toro, María Mota correría a su lecho de dolor y lo besaría con dulzura. En 1986 Juan Soto Viñolo publicó el libro *Manolete, torero para olvidar una guerra*. Mi padre lo leyó y releyó. Yo había conocido a Soto Viñolo en la redacción de la revista *Panorama* de la Fundación «la Caixa». Era un personaje pintoresco: había sido el guionista del consultorio de Elena Francis,

que fue un *boom* de la radio de la posguerra. Simpatizábamos. Mi padre también lo conocía, de la plaza de toros y de las tertulias taurinas. En los años noventa no teníamos mucho que decirnos, quedábamos para almorzar y a veces hablábamos de este amigo común. Me di cuenta que, de este libro de Manolete, le impresionó que Manolete tuviera el complejo de Edipo («estaba enamorado de su madre»), me aclaraba, el pobre, por si acaso no lo entendía), la rivalidad entre la madre (doña Angustias) y la amante, la actriz mexicana Lupe Sino (la mujer que lo arrastró a un mundo de libertinaje que acabó por arruinarlo físicamente), y que Lupe Sino hubiera introducido a Manolete en las drogas. Creo que mi padre se identificaba con algunos aspectos de esta historia.

En 1964 *¡Hola!* Dedicó un reportaje al torero venezolano César Girón, que estaba meditando su retirada. Entrevistaban a su esposa —una chica francesa, Danielle Rocard—, que explicaba que cada vez que tenía que salir al ruedo su marido estaba muy inquieto y que, los días anteriores a la corrida, no se le podía decir nada. En una de las fotografías aparecía el hijo, César, de tres años, jugando a los toreros con su hermanita.

Me hizo pensar en mí mismo de pequeño, con el capote, la muleta y la montera que mi padre mandó confeccionar a medida.

Sin esta fantasía de mi padre, tal vez mi abuela Pepita y mi yaya Manuela no se hubieran presentado en la boda de mis padres con las mantillas negras que lucen en las fotos. Los toros, quizás el recuerdo de la aventura de maletilla; seguro, el ambiente de la Barcelona franquista; y el contacto con la gente que frecuentaba en el trabajo... Todo ello hizo que mi padre empezara a sentirse como un andaluz. Cuando se casó con mi madre, en Arbúcies, la familia de Toga asistió al convite. Las tías Clara, María y Adoración, aparecen a un extremo de la fotografía, de luto, por la reciente muerte de su madre. Los hijos de la tía Clara, Nicanor y Juanito, ya vivían en Barcelona. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad. Alquilaron el Casino Mariné para tomar el aperitivo y almorzaron en el Hostal Castell. Nicanor, Juanito y otro primo, Ernesto, actuaron en una rondalla de guitarras y bandurrias. Claro: eran de un pueblo de frontera y se sentían más bien aragoneses. Mi yaya bailaba la jota (pero solo en el pueblo, donde se encontraba más en su ambiente que en



El niño César Girón, hijo de torero.

Pueblo Nuevo) y cantaba con una voz delgada, aguda y nasal, que provocaba que mi hermano, que era un burlón, se riera de ella mientras intentaba entonar: «Quisiera volverme hiedra/ y trepar por las paredes/ y entrar en tu habitación/ por ver el dormir que tienes», que para acabar de complicar la cosa es una jota navarra. La tía Enriqueta me ha contado que, cuando se instalaron en Barcelona con el tío Manuel, todavía eran jóvenes. A veces salían a bailar al Centro Aragonés de la calle Joaquín Costa. Nicanor era un virtuoso de la bandurria, y no se concebía una fiesta sin rondalla. Mis yayos no trajeron este mundo a Barcelona, o lo olvidaron pronto, y mi padre nunca acabó de sentirlo como algo propio.

En casa tenía un tocadiscos de maleta, con un dobladillo de plástico *beige* y un forro de color blanco, irisado o nacarado —que durante muchos años se relacionó con cosas de misa y con los regalos de la primera comunión, y que después ha desaparecido del mapa—. Solo lo manejaba y lo podía poner él. En aquel tocadiscos giraban los discos de Peret *La noche del Hawaiano*, Lola Flores y Antonio González *Marianito*, Amina *La banda borracha* y sobre todo *Toros y pasodobles*, editado en Barcelona en 1959, con cuatro pasodobles, dos interpretados por la Banda de Música de la Plaza de Toros Monumental y dos más por la Banda del Regimiento de Infantería Jaén 25. En la cubierta se veía la plaza de toros Monumental de Barcelona y en la contracubierta Las Ventas de Madrid. En el interior venía un librito con fotos en color y con las divisas de las ganaderías más importantes. Una de las imágenes más tiernas que conservo de mi padre fue cuando este tocadiscos de maleta se averió: debía ser a mediados de los setenta. Se había criado en un ambiente en el que no había casi nada. El tocadiscos debió ser una de las primeras cosas bonitas comprada con su dinero. Abrió la tapa, donde estaba el

altavoz, y estuvo toqueteando un rato, con un ademán terrible de desconsuelo. También recuerdo que, de vez en cuando, tenía una fantasía: pensaba que se presentaría en Toga, con el tocadiscos, que lo pondría en marcha a la hora del toro en la fiesta mayor y que se oiría por toda la plaza.

Muerto el tocadiscos de maleta, descubrió el magnetófono de casete. En el aparato que le birlaba a mi hermano los pasodobles sonaban a todas horas. En el hostel de Arbúcies tenía a todo el mundo frito. Ya no escuchaba las rumbas cómicas de Peret, Lola Flores o Amina: se había enamorado de Bambino, que era un cantante trágico. La canción que más le gustaba, y que ponía continuamente, era «La pared».

*Ahí está la pared
que separa tu vida y la mía
Ahí está la pared
que no deja que nos acerquemos.*

*Esa maldita pared
yo la voy a romper cualquier día
ya lo verás mi querer
que tú volverás ese día.*

*Yo no puedo besarte
no puedo tocarte
ni sentirte mía
mía nada más
mía nada más...*

La escuchaba tanto porque se reconocía en ella. Ahora entiendo también que era un mensaje que nos mandaba a todos: a 98 mi madre, a mi hermano y a

mí, a los clientes del hostel, perplejos ante aquella familia tan rara.

Hace unos años, con motivo de una versión teatral de *La plaga del Diamant (La plaza del Diamante)*, de Mercé Rodoreda, escribí un artículo en el que hablaba del personaje de Quimet.

Cuando, al principio de la novela, el chico aborda a la chica, Natália, en el entoldado de Gracia, no existe ninguna razón por la que ella tenga que enamorarse de él. Natália ve siempre al chico como un mindundi y dice de él que tiene ojos de mono. María Mota tenía muchas razones para identificarse con *La plaga del Diamant*. Rodoreda refleja en sus páginas el ambiente de Gracia y de la fiesta mayor, que mi madre tenía mitificado, porque, en los años cincuenta, en la calle Neptuno vivían muchos chicos y chicas jóvenes, engalanaban la calle e incluso, una vez, contrataron a un conjunto. Había nacido en 1934 y había vivido una historia parecida a la de Natália, con distinta edad. El ambiente de posguerra no favorecía la libertad de las chicas. Mi madre no pudo estudiar, bajaba a ayudar a la vaquería de la señora Isabel y trabajó para una modista. Tenía una amiga que vivía en la Travesera de Gracia y fueron a pasar unos días a un albergue de la Sección Femenina en Vilanova i la Geltrú, en un chalet junto al mar. Les fue muy bien y al año siguiente repitieron la experiencia, las dos juntas, en Mallorca. Pero esta libertad era frágil y transitoria. Encontrar un novio era la manera de poder emanciparse de los padres y hacer lo que no podías hacer sola. Pero al mismo tiempo significaba abandonar la relación con las amigas y encerrarse en casa. Mi padre, con su actitud y sus fantasías flamencas, debió deslumbrarla de una manera que mis abuelos y mi tío Josep María nunca entendieron. La primera



Julián Guillamón Puerto, con bigote, de cachondeo.

generación de inmigrantes vive encogida, pendiente de encontrar su lugar en el mundo. La segunda sale de casa y domina la ley de la calle, trabaja y se divierte. En casa, mi padre podía ser despótico y arbitrario, pero en el baile o en la plaza de toros era el rey. A mi hermano y a mí nos sorprendía aquella fascinación que ejercía, incluso entre nuestros compañeros de colegio.



María Mota, con un vestido de flores, en la Fiesta Mayor de Gracia, en la calle Neptuno.

Cuando mis padres se separaron en 1991, con casi sesenta años, mi madre se reencontró con su primer novio, Ramón Bartra. Ella había sufrido un cáncer de pecho, él un derrame cerebral, y caminaba con paso inseguro, tambaleándose. Subió unas cuantas veces al hostel de Arbúcies, y nos vimos en el bar El Roble, de la Riera de San Miguel, que habían frecuentado en su juventud: el propietario, Toni Corvillo, se acordaba de esta historia y estaba ilusionado con el reencuentro. Nos hicimos bastante amigos con Ramón. Mi tío me ha explicado que fueron novios un par de meses, a mediados de los años

cincuenta. Vivía en unas casas muy modestas, casi unas barracas, en la parte baja de la calle Neptuno. Desaparecieron en 1958 cuando el arquitecto Francisco Mitjans construyó el edificio C.Y.T. de la Vía Augusta, en la esquina con Luis Antúnez, junto a la vaquería de la señora Isabel: en la misma operación se demolieron las casitas. Trabajaba como mecánico. Se casó con una doctora, de la cual estaba separado. En la última época se dedicaba a vender cuadros para decoración. El propio Ramón me contó que había tenido un lío con la vedete Amparo Moreno. Me bastó hablar con él un par de veces para darme cuenta de que era un pillo y de que, con un estilo algo diferente, se parecía mucho a mi padre. Rodoreda subestimó la fascinación que pueden ejercer sobre las chicas buenas los chulos de barrio.

(La sorpresa del viaje de 1974 fue una salida nocturna por Madrid. Después de cenar montamos otra vez en el autocar y recorrimos las calles decoradas de Navidad, con todas las fuentes iluminadas).

9. EL HERMOSO PAISAJE DESDE TU CASA

Cuando llegas a Arbúcies en un atardecer del mes de julio, en el coche de línea que va medio vacío, parece increíble que hace unos años —tan pocos años— funcionaran en el pueblo seis hoteles y hostales, con una colonia de veraneantes que se hospedaban dos meses enteros, julio y agosto. Una doble hilera de plátanos, a lado y lado de la carretera, la cubría con una sombra agradable. La administración de billetes de la Hispano Hilariense ocupaba un cuarto, con una ventanilla de madera y una báscula en la entrada, en la calle Camprodón, junto a can Torres, que era un hostel —el pintor Santiago Rusiñol pasó allí algunas temporadas— y una cafetería moderna con mesitas de mármol que ocupaban la acera. En la otra acera, casi enfrente, se encontraba el Casino Mariné, también con unas mesitas de mármol, encajadas en el espacio disponible, que era muy poco. Los botones de los hoteles —el Parque, el Montsoliu—, de los hostales —el Hostal Castell— y quizás también de las fondas —can Torres, la Fonda Ayats, la Fonda Reus— recibían a los señores en la parada del coche de línea, plateado con rayas verdes metalizadas. Más adelante, cuando el veraneo se fue volviendo plebeyo, aparecieron can Leonart (que solo tenía habitaciones) y el diminuto Hostal Nou. Ya no había botones: los hijos de los que gestionaban los hoteles íbamos a buscar a los clientes al coche de línea y les subíamos las maletas. He encontrado una fotografía en la que se ve a ese botones del que solo había oído hablar, en el patio del Hostal Castell, rodeado de las chicas del servicio. Son muchas

chicas: debía celebrarse un banquete de los que se organizaban de vez en cuando, una boda quizás. Días atrás, mientras caminaba por la montaña, pasé por una ladera en la que había plantados eucaliptos de repoblación forestal. Arranqué unos girones de corteza que colgaban de una rama y tuve una visión vivísima de aquellos banquetes, en casa: las fundas de madera de cedro, muy delgadas, que rodeaban los puros Álvaro, unos cigarros sencillos que llevaban esta funda y otra de plástico, por encima, y cuando los hombres los sacaban de dentro, para fumárselos, quedaban encima de las mesas. Desintegré la corteza del eucalipto, como hacía con las fundas de cedro y cuando estuvo desmenuzada, me sorprendió recordar un gesto tan remoto.



Las chicas del servicio del Hostal Castell, con el botones.

¿Cómo aterrizó la familia Mota Robert en el Hostal Castell? Mi abuelo, Joaquim Mota, era de Viladrau. Al hijo de uno de sus hermanos, Carlos Mota, lo adoptaron unos grandes propietarios de Arbúcies que no tenían descendencia. Era muy frecuente en las casas de campo: cuando no nacían

hijos o solo nacían niñas, cambiaban una hija por un hijo de otra casa o recogían en adopción a algún chaval. Además de la casa de El Marcús — rodeada de bosques, con piano y un torreón—, Manel y Consol Roura eran propietarios de un caserío en el pueblo, que había sido un molino de aceite: can Picolives. A mediados de los años cincuenta decidieron montar un hotel. Encargaron marcos de madera barnizada y ventanas de granito. Arrancaron, no funcionó bien, y tuvieron que cerrar. Entonces surgió la posibilidad de que se encargara el tío del chico que tenían ahijado, que era camarero profesional en Barcelona. Mi abuela Pepita guisaba cocina tradicional catalana —canelones y asados—, pasaba muchas horas en la cocina y lo hacía muy bien. Mi tío Josep María era un chico muy apuesto, que circulaba en una Lambretta, vestía pantalones claros y polos de manga corta. Era el relaciones públicas perfecto, enseguida se relacionó con todo el mundo, la gente acomodada del pueblo lo aceptó, lo cual no era ni rápido ni sencillo. Mi tío había reñido con su novia y pasó un verano muy divertido, de chico soltero y guapo. Estos vecinos acomodados montaban verbenas frente al Hotel del Parque, en la carretera de Viladrau, donde muy raramente pasaban coches. Una de las sensaciones de la temporada fueron unas sandías caramelizadas al ron: abrían un agujero en la corteza de la sandía, echaban, entera, una botella de ron y la comían emborrachada. En Barcelona, mi madre era feliz: al no participar en el proyecto familiar podía ir de vacaciones y de excursión, con su amiga, libre por vez primera de la vigilancia de sus padres y su hermano, lo cual tampoco resultaba tan sencillo ni tan frecuente.



Josep María Mota en el bar del Hostal Castell.

Debía ser 1958. En 1959 mi tío había encontrado un trabajo fijo en Barcelona, ya no pudo hacerse cargo del hostel y mi madre ocupó su lugar. Aquí empieza una historia de más de cuarenta años en los que pasan un montón de cosas: el hostel enseguida queda pequeño y hay que ampliarlo, mi madre dirige el negocio y le gusta hacerlo; los clientes ricos de los primeros años — un hermano de Balañá, el propietario de la plaza de toros— ceden paso a familias con niños —los Rosés, la familia numerosa del apoderado de discos Belter—. En 1962 nací yo, cinco años después mi prima Patricia, dos años más tarde mi hermano Quim. Mi madre no podía cuidar de mí y me pusieron una tata. Urbanizaron la calle Hermana Asunta (la carretera nueva) y construyeron bloques de pisos en el jardín de la rectoría. Iban pasando enramadas y fiestas mayores, y de las fotografías del tío Pepito, que era fotógrafo callejero en la plaza de Cataluña, pasamos a la cámara de super-8 de mi tío Josep María y, más tarde, manipulada con muy poco tino, a la Minolta de mi padre. Los clientes dejaron de subir desde Barcelona en un Dodge Dart

negro con conductor y se acostumbraron a ir y venir en el Renault 12 color limón del taxista del pueblo, Fermín Cornet. En 1973 murió mi abuelo. Empecé a servir mesas. Algunos días, a la hora de comer había más de cien clientes. Los tíos de mi padre, el tío Manuel, la tía Enriqueta, llegaban en el mes de agosto, para ayudarnos: la tía en la cocina, el tío a hacer los cafés y a vigilar la entrada. También sirvió mesas una temporada su hija Enriqueta, que es un poco mayor que yo, y otra prima de mi padre, Adoración. El remolino se aceleró y después se fue frenando: murió mi abuela, murieron la señora Consol y el señor Manel, mis padres se separaron y mi madre, enferma, se encontró sola al frente de aquella casa tan grande, cada vez con más trabajo y menos clientes, hasta que la gente dejó de venir, porque los niños ya eran mayores y los viejos se morían. Siempre he pensado que un día escribiría una novela parecida a *Zwischensaison* (Fuera de temporada, 1992) la película de Daniel Schmidt un director del círculo de Fassbinder, que habla de su infancia en un hotel de temporada. Y quizás algún día lo haga.

En agosto de 1959 mis padres acaban de conocerse, porque en el sobre y en la cabecera de una carta que mi madre escribió el 31 de agosto pone *Gillamon*: no debía quedarle muy claro el apellido de mi padre. Ya se produce la situación típica: él se ha ido de vacaciones y ella se ha quedado trabajando en el hostal.

«He recibido tu postal desde Valencia, me alegro de que te diviertas, ya que yo no puedo estar a tu lado, por lo menos que tú los pases bien, también a mí me haría muy feliz estar a tu lado paseando por Valencia, pero que le vamos hacer, paciencia, otro año si Dios quiere. Me consuela el pensar que tenemos toda una vida por delante para ir de vacaciones juntos».

Mi padre, a las primeras de cambio, se escapaba a Toga, a Castellón o a Valencia. Exultaba con las bandas de música, los pasodobles, los toros y los cohetes. El estrépito debía remover en él aquella infancia lejana, cuando era un niño de pueblo, en el Alto Mijares, antes de que las cosas empezaran a complicarse. Mi madre fantaseaba con pasar un verano en el pueblo de su marido:

«El año que viene si somos casados como tantas veces hablamos, estaremos aquí en Toga disfrutando del hermoso paisaje que dicen se disfruta desde tu casa y olvidaremos la pesadilla de este verano tan separado».

Lo que mi madre escribió en esta carta no llegó a suceder: nunca tuvo vacaciones. En la carta cuenta que mi abuela ha tenido problemas en las piernas —quizás las varices, de las que siempre sufrió—. Mi madre se levantaba la primera a preparar los desayunos. Yo lo he vivido un montón de años y sé lo que significa: se abre la reja de la puerta de entrada, se ordena el mostrador del *office*, una chica sube desde la pastelería de can Mir, en la calle principal, con una bandeja de ensaimadas, se preparan tres o cuatro bocadillos, se reparten por las mesas botellas de agua y vino, se disponen unas bandejitas con mermelada y porciones de mantequilla, que tenían que ser de can Puig, de la calle Xuclá, junto a La Rambla de Barcelona. Cuando los clientes terminan de desayunar se limpian tazas y platos, se rellenan las aceiteras, se montan las mesas, se carga la nevera. Mientras las chicas friegan y tiran insecticida, los chicos, en el patio, preparamos la judía tierna. En los pisos superiores, las mucamas limpian las habitaciones, hacen camas, lavan, planchan y pliegan la ropa. Se prepara el almuerzo del servicio y comemos todos a la una en punto. Luego se arman los entremeses, se rebana el pan, se reparten las botellas a medio consumir que se guardan en la cámara.

Se sirve la comida, se preparan cafés, cortados e infusiones, se apuntan las bebidas que se han descorchado durante el almuerzo, anotando en la etiqueta el nombre de cada cliente. No se acaba nunca antes de las cinco o cinco y media. A veces es el agua que no entra en el depósito, o que no baja a las habitaciones, o que no hay agua caliente. Y hay que dejar lo que estás haciendo para atender aquella urgencia, llamar al fontanero o al albañil, que llegan con aquella *pachorra* —que decía mi madre—. Había entrado en una rueda de la que nunca saldría y que se la iría tragando cada vez más: de gerente a cocinera-gerente, a ocuparse de todo.

El primer fin de semana de agosto era el gran momento de la Fiesta Mayor de Toga: el día del toro y la noche del toro *embolao*, y, durante los días siguientes, las procesiones de la Virgen del Rosario, de la Virgen de los

Desamparados y del Santo Cristo de la Agonía, las comidas familiares, los bailes, con las veraneantes de Valencia. La segunda semana de septiembre era la Fiesta Mayor de Pueblo Nuevo. Junto a nuestra casa instalaban el Tren de la bruja y el Alta Mar, que era una enorme barcaza que se columpiaba hasta quedar casi en vertical respecto al suelo. En las esquinas de la calle Enna con la calle Wad-Ras y con la calle Llacuna, montaban las pistas de autos de choque. Y en la esquina de la calle Llacuna con la calle Llull, en el límite más extremo de la feria, el Látigo, que era una atracción inocente, que en aquella época nos parecía vertiginosa y violenta. La segunda semana de agosto era la fiesta Mayor de Arbúcies. La gente iba a bailar a can Cassó, un jardín romántico, junto al Hotel Montsoliu, con azulejos y zócalos de rocalla, o bien alquilaban un palco en el entoldado. En el cine Mariné echaban cada día dos películas de novedad. También montaban una feria, no tan completa y espectacular como la de Pueblo Nuevo. En la plazoleta de can Reus, frente a la estación de servicio, a la entrada del pueblo, instalaban unos caballitos, con una pelota naranja, parecida a una pelota de baloncesto, pero algo más pequeña, que llevaba enganchado un fleco. El que lo arrancaba volvía a subir sin pagar. A *montar*, decían mi padre y los tíos Manuel y Enriqueta. Esta expresión me divertía.



El tren de la bruja, en la esquina de Luchana y Wad-Ras, en 1953.

Monté poquísimo. Quizás por esta razón, cada vez que paso por la plazoleta de can Reus, que ahora está urbanizada y es la plaza del ambulatorio, con una marquesina, unas jardineras y un montón de plazas de aparcamiento, veo el tronco muerto del plátano plantado junto a donde colocaban los caballitos y me veo volando entre las hojas verdes, en una silla metálica, agarrada con unas cadenas al techo del carrusel, intentando arrancar el fleco para seguir volando, mientras el señor de los caballitos, cuando todos los niños pasamos por delante de él, nos golpea con una mano plana, para que las cadenas se enrollen y se enrosquen sobre sí mismas y gritemos y no podamos alcanzar el fleco. Y me parece que ese señor de los caballitos es mi padre, que va a su bola. Y a veces es una señora, que me parece que es mi madre, que golpea la sillita amorosamente. Y a mi hermano y a mí no nos lleva nunca a la fiesta mayor, porque siempre está trabajando. No es un reproche: ella tampoco va y le gustaría ir. Como mucho se escapa el último día, a can Quadres, que es una casa de campo no muy lejana del pueblo, en dirección a Barcelona (la Guardia Civil tiene allí las cuadras de los caballos) a comer melón y sandía (sin ron, que hay niños pequeños). Como mucho, antes de empezar el colegio, hacia el quince de septiembre, con un pie aún en el coche de línea, mi padre, mi tía Manuela o la tía Enriqueta me llevan a dar una vuelta por la Fiesta Mayor de Pueblo Nuevo, cuando los feriantes ya han empezado a desmontar las atracciones y por el suelo se ven montones de piezas desatornilladas.

No pretendo justificarme, pero si de chicos hubiéramos ido a la fiesta mayor, a cualquier fiesta mayor, quizás no habríamos tenido tan arraigado aquel sentimiento de ser diferentes de los demás. De no formar parte de Arbúcies ni de Pueblo Nuevo. Y, claro está, de no ser como el resto de hijos de emigrantes que cada año regresaban a Toga y pasaban allí el verano, de pueblo en pueblo y de toro en toro, bañándose en la presa, jugando a chapas en el trinquete, junto a la iglesia y a la tienda del alcalde, el trinquete que un día a la semana se convertía en matadero. Y no recordaría como algo excepcional el año en que estuve allí. En la plaza del Ayuntamiento actuaba un grupo, los músicos llevaban el pelo largo y pantalones de campana, tocaban una canción que se llamaba «La araña negra». Había una chica preciosa que era de

Valencia —¡la capital!—, que se llamaba Rosa Mari. Me pasé los días mirándola de lejos sin atreverme a dirigirle la palabra, íbamos a casa de la tía Consuelo, a Teléfonos, y pedíamos conferencia con «Arbúcies, Gerona». Mi tía cantaba en la procesión, con una voz aflautada: «Santoooo, Santo Cristoooo de la agoníaaaaa». Mi hermano, que ese año no estaba, solía troncharse imitándola. El domingo mi padre salió a torear. Existe una filmación de super-8 para recordarlo. Llevaba un polo amarillo y un pantalón de tergal *beige*, con zapatos de calle. Desde que salimos de Barcelona, con un taxista al que llamaban El farías, en un Seat 1500, un modelo antiguo, pintado con los colores de los taxis de Barcelona, pero con una baca en el techo, yo sabía que le saldría al toro y, claro, sufría mucho. Recuerdo la noche anterior en el comedor de la casa de mis yayos, dibujando: grabados de enciclopedia, vestidos romanos y cascos vikingos, por orden cronológico, creía que podía establecer un orden ante el caos que se avecinaba. Aquella noche tuve el sueño que marcó el paso de la infancia a la adolescencia: soñé que veía desnuda a la prima de mi padre, que dormía en la habitación de al lado.

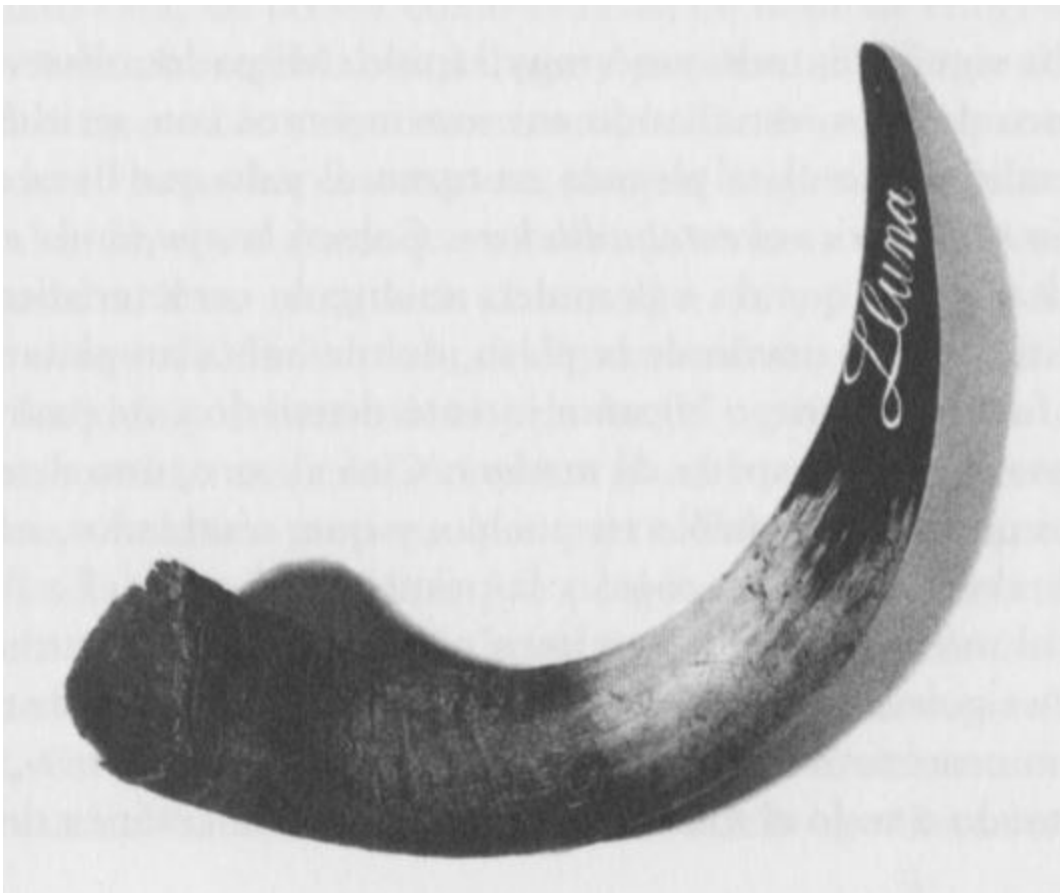


La procesión del Santo Cristo de la Agonía, en la Fiesta Mayor de Toga.

Al día siguiente, todo pasó muy rápido. Mi padre observaba al toro de lejos, estudiando sus movimientos con actitud de entendido, la muleta plegada en torno al palo que lleva cosido en el interior —el *estaquillador*—. Colocó la *ayuda* —la espada de madera que da a la muleta su ángulo característico— y se dirigió a un rincón de la plaza, donde había un plátano y una fuente. Su primo Nicanor intentó detenerlo y mi padre lo amenazó con la espada de madera. Citó al toro, uno de esos toros que van de pueblo en pueblo, y que, resabiados, nadie se atreve a

torear. Lo cogió a la primera embestida. Lo llevaron al médico, regresó con unos cuantos puntos de sutura y al día siguiente ya estaba en el baile. «Herida

por asta de toro de un centímetro entre el orificio del ano y mis partes», iba contando a todo el mundo, con aquella prosa enfática de las enfermerías de las plazas de toros. Aguanté despierto toda la noche, primero en la terraza de unos parientes y, más tarde, subido en la baranda que cerraba la plaza por un extremo que estaba por construir. Vi como embolaban el toro, como iba salpicando gotas de alquitrán y como se fueron extinguendo las bolas. Y como, con el herraje en los cuernos y un torrezno en cada extremo, aún le pusieron la albarda y el collar de cascabeles, y como hacía el gesto de arrancarse, cuando los mozos le gritaban, pero ya sin embestir, y como se quedaba inmóvil en el centro de la plaza, cada vez más cansado de vivir. Y me impresionó que, después de atarlo a la barrera, cuando ya le habían rebanado el cuello y se desangraba, un mozo le diera un puñado de hierba y la máscara con unos dientes amarillos y unos ojos desorbitados, perdidos, de bestia muerta.



Joan-Pere Viladecans. Cumplido al poeta Fernando Villalón (1975).

Mi padre quiso quedarse los cuernos del toro que le había cogido. Los puso en sal, para que saltara la membrana interior, con la idea de disponer de unos cuernos como los que se utilizan en el toreo de salón, montados en un tronco. El pintor Joan-Pere Viladecans, que es un gran taurino, me contó que esta membrana se saca fácilmente. En una ocasión tuvo que vaciar un asta de toro para una obra que tituló «Cumplido al poeta F. Villalón»: un cuerno y, en la punta del cuerno, la palabra *lluna* (luna). Me dijo que hay que hervirla, que el tapón se desprende y que se puede comer. A mi padre no se lo debieron explicar bien, porque los cuernos se arrastraron días y días por el patio de casa, cubiertos de sal, con un olor saturado de pelo y de podrido.

10. MONTAÑAS DE MONTSERRAT

En el año 2010 cerró la tienda de Cosme Toda, en la Diagonal de Barcelona. En medio de la avalancha de cierres de establecimientos históricos, pasó desapercibido. Formaba una especie de falca entre la Diagonal, la calle Casanova y la calle Buenos Aires, con escaparates por tres lados. Se veían, muy bien dispuestos, cuartos de baño con todos los accesorios: platos de ducha, mamparas, luces y muebles con puertas de espejo. Si regresaba a casa tarde, por la noche —a menudo desde la Filmoteca, mientras estuvo instalada en el cine Aquitania de la avenida de Sarriá— me gustaba imaginar vidas posibles entre aquellas bañeras y cromados. Unas semanas antes, a causa de una de mis investigaciones, en un número de la revista *Destino* de 1969 encontré un anuncio de Cosme Toda con los azulejos que teníamos en el cuarto de baño de mi casa: «¡Demuestre su buen gusto decorando con cerámica!». Los azulejos están colocados en el suelo. Se ve una mesita de plástico rojo con una botella de *whisky* y dos vasos.

Parece mentira visto desde hoy, pero hubo una época en que la gente colocaba azulejos en el suelo como si se tratara de un terrazo. Los azulejos bailaban, el agua se filtraba y les caía a los vecinos del piso de abajo. A principios de los setenta la iconoclastia se manifestaba en cosas así: unos estampados grandotes, un tabique empapelado de un color distinto al del resto de paredes de la habitación, y los azulejos en el suelo. El piso que mi abuela Pepita compró en Arbúcies cuando vendió unas viñas que le quedaban en Vila-rodona (no lo compró de una vez: estuvo años pagando hipoteca), tenía dos lavabos con el suelo de azulejo. Unos azulejos que estuvieron muy de

moda, con una especie de granulado y un degradado de color. Se fabricaban en azul, marrón, rosa y verde. También los he visto colocados en paredes y en alguna fachada.

En diciembre de 1969 nació mi hermano. Y supongo que por eso estrenamos cuarto de baño. Una hermana de mi abuelo se casó con un albañil que montó una pequeña empresa de construcciones. El hijo, que era algo más joven que mi madre, se encargaba de las obras de toda la familia. Tan pronto dirigía a los fontaneros y a los carpinteros como se arremangaba para amasar y colocar baldosas. Mariano era muy pulido, lo cual resultaba muy interesante, porque mi madre sentía pánico por los albañiles y pintores abandonados que se ocupaban de los remiendos del hostel en verano. Arregló el piso de mis abuelos,



cuando me instalé en él, a principios de los noventa, y ha dirigido todas las reformas. Lo he acompañado a seleccionar grifos y azulejos, he visto cómo trata a electricistas y carpinteros, le he visto sacarse el traje y ponerse una camisa de trabajo para colocar un suelo de gres o perfilar un zócalo sobre el mármol de la cocina. Es una de esas personas que estilizan una actividad manual, eliminando de ella cualquier rastro de chapucería. Mi tío Josep María es un caso parecido. Empezó a trabajar como electricista y siempre ha conservado la manía de la electrónica. Le gustaba abrir las cajitas donde van colocadas las pilas y leer a fondo las instrucciones de los aparatos y de los juguetes eléctricos que nos regalaba para Reyes. Lo hacía con una elegancia espiritual. Esta estilización progresiva lo llevó a abandonar el oficio de electricista y entrar a trabajar en un lujoso establecimiento de la Vía Augusta. A través de mi tío llegaban a casa aparatos

que no llegaban a otras casas: calentadores Orbegozo, cafeteras Mini Moka y televisores Metz.

Para mi madre, reformar la cocina o el cuarto de baño, cambiar los apliques del pasillo, comprar un sofá o encajar una estantería para los libros del Círculo de Lectores, no era simplemente renovar el cuarto de baño o comprar un mueble. Depositaba en estas acciones una gran esperanza. Le parecía que aquellas obras nos iban a cambiar la vida y que nos harían ser mejores. Ahora creo que mi madre debió iniciar la cruzada de las obras cuando comprendió que, por las circunstancias familiares, no nos moveríamos nunca de la calle Luchana 14. Ninguno de mis amigos vivía ya en el barrio de la Plata. Sus padres habían ganado dinero en los años cincuenta y sesenta y habían cambiado sus pisitos de emigrantes, en la parte antigua de Pueblo Nuevo, por pisos nuevos. Buenas esquinas, buenas terrazas, en la Rambla. Pisos de cooperativa, que respetaban los chaflanes de la Diagonal, que tardaría años en llegar al mar, atravesando el desierto de fábricas y descampados. Casas antiguas, pero no tan deterioradas como la nuestra, de la Rambla o de los alrededores del Mercado de la Unión. Unos eran oficinistas y empleados.

Otros, encargados o químicos de las fábricas. Otros tenían puestos en el mercado o una tienda en la calle Mariano Aguiló. Los primos de mi padre, que llegaron a Barcelona mucho más tarde que mis yayos, en los años sesenta, vivían en bloques de nueva construcción de la Maresma, la Guineueta o Verdún.

Nosotros hubiéramos podido ser como todo el mundo: dejar de vivir de alquiler y tener una casa de compra a base de las horas extras de mi padre y de los veranos sacrificados de mi madre. Mi padre podría haberse sacado el carnet de conducir y tener coche. Nunca lo consiguió, a pesar de todos sus esfuerzos. «Me han *cateao* la teórica». O: «Me han *aprobao* la teórica pero me han *cateao* la práctica». Duró años, esta historia. Y muchas veces pienso que gracias a uno de aquellos monitores de autoescuela que manejaban un segundo juego de freno y embrague en coches trucados para corregir los errores de los aspirantes, y gracias a aquellos examinadores que suspendieron sin piedad a mi padre trece o catorce veces, mi hermano y yo seguimos vivos.

Al no poder cambiar de casa ni dejar de vivir de alquiler, mi madre

decidió arreglar nuestro piso, que no estaba tan mal. En la parte de atrás había un patio, con una ventana de rejilla que daba al trinquete del Bar Victoriano. Una cocina larga y estrecha, separada del comedor con un tabique que ordenó derribar: ganó la mitad de la antigua cocina para ampliar el comedor, que pasó a tener forma de ele. La mesa, redonda, quedaba arrinconada en la pared, de manera que, a pesar de sus pequeñas dimensiones, tenía dos espacios: comedor y salita. Un largo pasillo: a la derecha, la habitación que mi tía Manuela tenía siempre preparada, a pesar de que pasaba buena parte del año en el pueblo. La tía Manuela y el tío Julián habían alquilado el piso en los años treinta; la tía lo pasó al hijo, pero se reservó una habitación. Cuando, con mi hermano, necesitamos un cuarto para hacer los deberes y tener libros, mi madre decidió desmontar la habitación de la tía, que cuando venía a pasar temporadas tenía que dormir en la habitación de al lado, una especie de trastero, con un gran armario. Fue un drama familiar, pero mi padre, aunque refunfuñando, acabó aceptando el cambio. Retiraron la cama y la cómoda. Instalamos un mueble escritorio. Y yo pegué en la pared un cartel de un festival de la Nova Cançó de 1977. Al fondo, el recibidor, el baño, con un ventanuco que daba a la escalera, y una sala y alcoba, con los dos espacios separados por una puerta corredera que se plegaba y desplegaba en acordeón. La habitación de mis padres era sagrada, nunca entrábamos en ella. Se abría, a través de un balcón, a la calle Luchana.

El patio y el balcón estaban estratégicamente situados y, a pesar de la ausencia de grandes ventanales, la luz entraba hasta el comedor. Por la tarde iluminaba el recibidor y buena parte del pasillo. Los cristales granulados dejaban pasar los rayos de sol. Uno de los recuerdos felices que conservo de casa eran las tardes del domingo después de la comida. Mi padre se sentaba en una butaca, en el dormitorio, bien vestido y perfumado, con las quinielas, la prensa y un café, a escuchar el *Carrusel Deportivo*. Un haz de luz tibia y muy clara entraba en el piso. Mi hermano y yo jugábamos en el pasillo en medio de esta abundancia de luz.

A mi madre le costó mucho aceptar que no íbamos a ser felices y se rebeló hasta el final. Una de las maneras de rebelarse era mejorar la casa. No digo que mi padre no hubiera proyectado también reformas, incluso hubiera podido cambiar de piso. Pero seguía otra inercia. Las cosas, tal como estaban, no le

parecían mal. Le gustaba tener patio, practicar gimnasia sueca y saltar a la comba, como en la época del gimnasio, cuando quiso ser boxeador. Le gustaba el barrio, en el que vivía desde siempre, el tío Manuel y la tía Enriqueta vecinos de la calle Granada. Quizás también era feliz por la abundancia de sol. Quizás con otra mujer que lo hubiese obligado a tomar una decisión, habría comprado un piso en la continuación de la calle Llull o de la calle Pujadas, en aquellas ultimísimas manzanas del Ensanche, ya un poco desfibradas. Aunque me parece más bien improbable. Si le hubieran preguntado habría dicho «¿Para qué quiero yo un piso?». Su mundo mental giraba en torno a Toga y a lo que había vivido en Toga. Comparado con el pueblo, al que el agua corriente llegó a finales de los setenta (en aquel momento todo el mundo se mandó hacer cuartos de baño, y se instalaron kilómetros de azulejo), el piso de Pueblo Nuevo y, sobre todo, el hecho de vivir en Barcelona, representaban una superioridad indiscutible. Mi padre lo sentía de esta forma y se reía de sus primos del pueblo, a los que quería con ternura, porque le parecían rústicos.

Mi madre y su primo Mariano empezaron por suprimir la comuna. Porque la casa, que debía ser de finales del siglo XIX —no he encontrado el expediente con la fecha de construcción— tenía comuna. Es un recuerdo de muy pequeño: una madera vieja, muy estriada, con un agujero en medio. Quizás la eliminaron al poco tiempo de nacer yo, cuando reformaron la cocina y ampliaron el comedor, con forma de ele. La reforma de 1969, en la que se emplearon los azulejos de Cosme Toda, cambió la imagen del piso: azulejos, moquetas, un suelo de conglomerado de piedras en lugar de las baldosas rojas sencillas, que se



conservaron en las habitaciones interiores, muebles y lámparas nuevas con globos de cristal rojo o naranja... Cuando miro los anuncios de Muebles Maldá de aquella época, reconozco un aire parecido al de la habitación que compartía con mi hermano, con las literas. Aunque en casa no comprábamos en Muebles Maldá: no éramos tan modernos y seguramente no teníamos tanto dinero.

Ahora creo que mi madre buscó un punto intermedio entre los muebles que quería para sus hijos y lo que mi padre podía entender. Muebles Maldá —los muebles chapados en blanco y las moquetas de color— y Muebles Palau — con contrachapados que imitaban la madera—. Los Muebles Palau eran de Benicarló y gozaban del prestigio que todo lo que era de Castellón y provincia tenía para mi padre, tan habituado a justificaciones pelegrinas. Los muebles de cuando se casaron los mandaron al pueblo y los veíamos cuando íbamos, de vez en cuando, como jirones de piel muerta.

El comedor estaba empapelado de un color claro que imitaba el estucado, salvo una pared, más oscura, con un papel que representaba una marina, con buques, palos, cuerdas y velas. El cuarto de baño era azul, un azul verdoso con una figura en forma de remolino, en relieve invertido. El rincón donde estaba encajada la bañera estaba cubierto con aquellos azulejos con el mosaico romano que mi madre explicaba a todo el mundo que era un mosaico de verdad, de las ruinas de Itálica. Era una época en la que los referentes de la cultura hispánica se filtraban por todas partes, y a nadie le extrañaba. Si hubiera sido una niña, mi hermano se hubiera llamado Ximena, «como la mujer del Cid Campeador». Fue un niño y se llamó Quim, como el abuelo Quimet, aunque al principio la familia de mi padre lo llamaba Chimo, el diminutivo que se usa en Valencia.

Todo esto habría estado muy bien de no ser por la escalera: las paredes desconchadas, la puerta que se abría tirando de una cuerda, una barandilla de hierro muy oxidada, los contadores del agua detrás de una puerta medio podrida, carcomida por la humedad, con las palomillas, las moscas del baño, que revoloteaban de una pared a otra. Dos cajas de luces cuadradas, feotas, con los cables a la vista. Una ventana enrejada por donde mirábamos quien estaba llamando a la puerta, mi padre gritaba: «¡quién va!». La casa solo tenía piso principal y un rellano con dos



Anuncios de Muebles Maldá y de Muebles Palau en *Destino* y *La Gaceta ilustrada*, capillitas y bancos para sentarse, todo industriales y arenas de playa.

Era imposible vivir en el barrio de la Plata y no conocer las montañas de Montserrat del terrado de casa. Nosotros no subíamos allí prácticamente nunca, porque nos avergonzaban. Eran la marca de nuestra singularidad familiar y de la incapacidad para salir adelante. En el patio de casa, mi yayo había criado canarios. Mi padre practicaba gimnasia sueca. Mi madre tenía un rosal que quería mucho, heléchos, azaleas..., las plantas que cada mes de septiembre traía de Arbúcies. Nosotros, de pequeños, jugábamos a indios y vaqueros entre las macetas y las bombonas de butano. A ninguno de nosotros se le hubiera ocurrido hacer ninguna de estas actividades en el terrado. Cuando de jovencito me acompañaban en coche a casa, la escalera y el terrado me avergonzaban tanto que me hacía dejar en la esquina. Cuando en los años ochenta mi amigo Caries Guiral me dijo que quería subir para sacar unas fotos (las únicas que conozco) de las montañas de Montserrat, le dije que se apañara con mi padre.

puertas. Cuando se marcharon Vicenç y Trini, el piso de al lado no volvió a alquilarse. Por encima de este rellano, la escalera seguía, con la misma barandilla oxidada, hasta una buhardilla modestísima, con el techo muy bajo —tenías que entrar de rodillas—, llena de polvo y de baldosas que no sabías si se quedaron allí en la época en la que se construyó la casa, cien años atrás, o si se habían despegado del techo o del suelo. En la buhardilla encontrabas una escalerita que conducía al terrado: la caja de escalera estaba recubierta de rocalla con la forma de las montañas de Montserrat. Habían construido unas rocallas amalgamadas con escorias



Las montañas de Montserrat fotografiadas por Carles Guiral.

Estaban allí para hacernos saber que por mucha moqueta que se instalara en la habitación de los niños, por muchos azulejos con mosaicos de Itálica y por muchas azaleas que regáramos en el patio con el agua de lluvia que recogíamos amorosamente en cubos, nunca conseguiríamos ser lo que queríamos ser. Y, para recordar que no podíamos dejar atrás lo que

representaba aquel monumento infamante, teníamos las goteras. Por las jardineras del terrado, recubiertas de rocalla, el agua se filtraba a la buhardilla, de la buhardilla entraba en casa, se condensaba en las vigas del techo y empezaba a gotear. Y era una suerte si no caía sobre ningún cuadro ni ningún mueble. Caía resbalando por las paredes, como la hemorragia por el costillar de los toros cuando los van a matar. Cuántas decenas de veces mi madre debía llamar al procurador para solucionarlo. Y el procurador no hacía nada, porque quería que nos cansáramos de la situación, derribar la casa y construir pisos.

Nadie puede entender, si no la ha vivido, la angustia de una casa con goteras. Cuando sabes que, hagas lo que hagas para mantener el espejismo de una vida confortable, llegará el día en que un aguacero echará por tierra tus ilusiones. Al final el procurador accedió a recubrir el terrado con un nuevo tipo de tela asfáltica. Mariano iba recortándola, para adaptarla a la forma de las jardineras y los bancos, hacía que la tela asfáltica subiera cuatro dedos por su base, para evitar filtraciones. Y entonces no podíamos subir al terrado para no estropear la obra. Al cabo de unos años, volvían las goteras. Y veo el gesto de mi padre cuando de nuevo aparecía la humedad y decía «no hay derecho» y tenían que poner un pegote en la tela asfáltica.

Recuerdo una noche, cuando mi madre ya estaba enferma, encamada para morir. Yo iba mucho a Arbúcies y me gustaba la lluvia en el bosque. Pero si llovía en el bosque también llovía en casa. Era un sentimiento dual difícil de explicar, porque el agua era necesaria para la vida, pero si llovía peligraba la casa de mi madre. Aquella noche mi hermano, que vivía con ella, había salido. Después de una tormenta de septiembre, muy intensa, no podía dejar de pensar en las goteras. Eran las dos de la mañana: tomé un taxi y me presenté en casa. A los pies de la casa, donde mi padre colocaba la butaca para escuchar el *Carrusel Deportivo*, iba goteando el agua que se había acumulado en el techo. Hacía años que mi padre se había marchado. Mi madre, que llevaba el pelo muy cortito, ocupaba la cama de matrimonio. Fui al comedor y descolgué, para que no se mojara, un cuadro que teníamos, del pintor de Granollers Juan Torrabadell, que era pariente. Mi madre, sola en la noche, convencida del esfuerzo inútil. O no: me tenía a mí, tenía a mi hermano, que se desvivía por ella. Joan, el hijo de Isabel de la vaquería, venía a hacerle compañía por la

tarde con mi tío Josep María. El tío Jordi, viudo de una hermana de mi abuelo, no se movía de su lado. Desde que se había separado, tenía amigos y amigas en el barrio, que la visitaban. No quiso que nadie de la familia de mi padre supiera que estaba enferma ni que los avisáramos para el entierro. No sé cuántas veces habré soñado, en los quince años desde que falta mi madre, que el agua cae a chorros en la habitación, que ha aparecido una grieta que no tiene solución, que la fachada se ha desencajado un palmo respecto al edificio (y no veo qué puede hacerse para devolverla a su sitio), que el suelo del piso de Vicenç y Trini se ha venido abajo y que vivimos en una casa partida, asomados al vacío. Entonces, como otra casa Usher, la esquina de la calle Luchana y Wad-Ras se hunde en la laguna originaria, en la marisma que existió antes de que se empezara a construir el barrio de la Plata.

11. ALCOHOL DE ROMERO

Mi madre se dio cuenta enseguida de que algo no funcionaba en la cabeza de mi padre. He encontrado una carta que corresponde a una de las primeras fricciones que debieron producirse entre ambos. 25 de agosto de 1961: en el hostel se está acabando la temporada, se van a casar en octubre, yo nací en noviembre de 1962. Mi padre le ha escrito diciéndole que la extraña, que ha llamado a su padre, el abuelo Quimet, que está trabajando de camarero en Barcelona. Mi madre le agradece que se preocupe por la familia. Pero la carta da un giro inesperado.

«Te quiero, lo sabes, pues si te quiero y mucho, te extraña que te lo diga, pues no puedo por menos, pues has de saber que mi cariño es mucho mayor que antes, cuando a veces te digo que ahora no es igual que antes, te digo la verdad, ahora te quiero más, no sé si más tiernamente y siento mucho más por ti y te he vuelto a tener plena confianza, si ahora me faltases o me hicieses una mala faena, no sé lo que haría. Pero bueno, no quiero pensar en cosas feas, sino en todo lo bueno que la vida nos deparará a los dos juntos».

Puedo imaginar lo que pasó. Mi padre anunció que subiría a verla. Mi madre debió estarle esperando y mi padre no se presentó. Me puedo figurar la desolación de mi madre, y la vergüenza y el arrepentimiento de mi padre que, días después, telefoneó a su suegro para saber cómo se encontraba, trabajando en verano en Barcelona; la manera que tenía mi madre de olvidar rápidamente

lo que acababa de pasar, para empezar de nuevo, excusándolo, perdonándolo o, cuando no se podía excusar ni perdonar, pensando que lo cambiaría; la reacción de terror de mis abuelos, que veían que aquel chico, a quien mi madre quería tanto, tenía un fondo imprevisible; la incomodidad que debían sentir cuando mi padre los halagaba y los trataba afectuosamente; la relación violenta de mi padre cuando descubría cualquier sombra de desconfianza o de sospecha, que le permitía alimentar los reproches con los que justificaba su comportamiento; y la vergüenza que mi madre sentía delante de sus padres y del hermano mayor cuando tenía que defender su amor por un hombre que la hacía infeliz, que la comprometía y que comprometía nuestro futuro.

Puedo construir esta suposición porque sé cómo acabó la historia. En aquel momento las cosas debían ser mucho más simples. Igual solo se pelearon un poco. En otras cartas he visto que mi padre reprochaba a mi madre que no lo quería lo suficiente, que en el Hostal no le hacía caso (pues claro: ¡estaba trabajando!). Mi madre temía que mi padre se cansara de la vida de color de rosa que ella le proporcionaba y que volviera a enamorarse a cada momento, como solía. No me queda claro si habían aparecido los problemas con el alcohol. Pero parece seguro que ya en aquella época mi padre bebía. Lo sé por una carta de su gran amigo, Miquel Saperas. Mi padre estaba en Mallorca, en el montaje de una fábrica. Era el 4 de junio de 1958: tenía veintinueve años, le faltaba un mes para los treinta. Saperas también era calderero, trabajaban juntos en la empresa de montajes industriales Félix Herrero. Regresó a Barcelona y escribió una carta a los compañeros que quedaron en Palma.

«Apreciados y distinguidos amigos, os mando esta simpática carta para deciros que llegué bien. Lo único que llegué un poco mareado, pero no del barco, sino de las copas de coñac que me endiñé, pues me junté con los señores licenciados y se armó la juerga padre».

El tabú que he vivido toda la vida en torno al alcohol es tan grande que leer estas dos frases tan directas me produce una sensación rarísima. Acto seguido viene una divertida película de enredos:

«Noble Julián, sabrás que llegué a casa de esta chica que tú conoces pero no estaba y le di la carta a su madre y me dijo qué hacías, y yo le hablé muy bien de ti, y fui a tu casa y hablé con tu madre y le dije que salías con una chica muy buena y que la traerías aquí y le hablé muy bien de ti y le dije que vendrías pal 18 de julio. Le dije que habías tomado daño en una mano y habías estado de baja, lloró un poquito y luego se le pasó, le di las ensaimadas y me fui.

Dile al Toni que cuando nos veamos y al José Luis que cuando vengáis nos vamos a tirar una juerga de miedo, pero será la última porque me iré a Caracas».

Yo hablé con Saperas alguna vez en casa. Era un grandullón muy fuerte, con un tupé a lo Elvis, muy tranquilo, algo pasmarote incluso. Hablaba un catalán cerrado (se ve en la carta, cuando dice que mi padre ha «tomado daño», que en catalán sería «ha pres mal»). Recuerdo que tenía un incisivo de oro. En la carta cuenta cosas que vi cuando era pequeño. Que se ha peleado con el señor Enero (un tipo que se debía apellidar Gener, diría yo), que lo ha mandado a la porra y que ha conseguido otro empleo como soldador, en una empresa de cocinas. Cuántas veces mi padre abandonaba el trabajo, porque sí, porque se había peleado con el encargado, o con el amo, o con todos a la vez, y los mandaba «a tomar viento a la farola». Saperas cuenta también que para comer solo bebe agua —dice—, para no perder la costumbre. Mi padre era también un gran bebedor de agua. Sacábamos a la mesa unos vasos largos, parecidos a vasos de tubo, que en la parte inferior tenían un relieve. Y antes de cenar vaciaba uno de esos vasos enteros, de un trago. Durante la cena tomaba uno o dos vasos más, el agua le chorreaba por el bigote. «Agua, agua, que hace la vista clara», decía, con una catalanada como una casa.

Saperas acaba la carta:

«Julián. Tu madre me dijo que tuvieras cabeza, que mires bien con quien te ajuntas, yo le dije que habías cambiado mucho. Y sin nada más, se despide vuestro delgado y alto amigo este que lo es.

Saperas».

Pobre yaya Manuela confiando en Saperas, que era el gran compañero de juergas de mi padre. Y qué relación tan rara que se establecía entre madres e hijos, entre tías y sobrinos. Saperas estaba muy vinculado a una tía. Cuando murió de cáncer, quedó desconsolada. Mi padre, que andaba mal de salud, la visitaba y se le ofrecía para ayudarla en todo. La tía de Saperas lloraba y lo abrazaba como si abrazara a su sobrino. En los últimos años de su vida, como muchas personas mayores, mi padre pasaba mucho tiempo hablando de muertos y enfermedades. Le oí hablar dos veces con un desconsuelo que nunca olvidaré. Una vez, para explicar que a su amigo Saperas le salió un bulto en la espalda, que al principio se reía y que fue la enfermedad que lo llevó a la tumba. La otra para decirme que el médico que había visitado a la yaya pocos días antes de morir, había dicho que la sangre no le circulaba por las piernas y que le tendrían que cortar los pies. Saperas aparece en mi novela *La Moravía*. La prima de mi padre, Enriqueta, que es un poco mayor que yo, había salido algunas veces a buscarlos por los bares. Una vez los encontró en un tugurio de la calle del Arco del Teatro, rodeados de gente. A mi padre le metían la mano en el bolsillo y le robaban la *semanada*. También me contó que mi padre y Saperas se habían quitado el cinturón y se habían atado a la barra para poder seguir bebiendo. Yo no lo vi nunca de esta manera pero le había oído contar al tío Manuel que lo había recogido inconsciente de un portal o arrimado a una fachada, en la calle Llacuna, cerca de casa. Mi padre era un tipo con una inocencia vertiginosa. Cuando decían por ahí que el alcalde Maragall bebía, un día se despachó: «Y ¿a dónde va?, ¿por los bares?». Se lo imaginaba en uno de aquellos bares donde él se estrellaba, en el barrio Chino, y al mismo tiempo le parecía extraño, aquel señor tan educado.

Después de uno de estos episodios podía pasar meses sin beber, en los que mi madre alimentaba la ilusión de que ya lo había superado y de que no volvería a recaer. Vivíamos largos periodos de bonanza, de una vida sencilla, controlada, con obras, un pequeño viaje, unas vacaciones de Navidad en Toga con regalos para las tías y los sobrinos. Nos filmábamos en super-8, con gruesos abrigos, recogiendo naranjas en La Huertica. En invierno, mi padre con un chaleco con botones, escuchando el *Carrusel Deportivo*, tomando café. Mi madre preparándole «cenas de capricho»: *sardineta*, merluza rebozada, salchichas en tomate para acompañar *el hervido*. Los chicos suspirando por un

bocadillo —mejor si era de *frankfurt*— y mi padre proclamando que hay que comer «de caliente», que hay que comer pan con todo y que no hay nada como el agua. Y mi madre contenta, con sus baldosas de mosaicos romanos, con sus patrones de la revista *Burda Moden* y la máquina de coser Wertheim, hablando un poco con la planchadora, un poco con Engrácia, la de la pollería, un poco con las hermanas Clemente de la farmacia. Intentando no añorar demasiado Gracia, contando las semanas que faltaban para la llegada del verano y abrir el hostel, mi padre *cateando* ahora la teórica, ahora la práctica, para suerte de todos.



Detalles de las fotografías familiares de Julián Guillamón.

Y, de pronto, un Z4 de diciembre, corre el tiempo, pasa la tarde, anochece. Mi padre no aparece, a pesar de que el trabajo acabó al mediodía. Y no duerme en casa. Y al día siguiente es Navidad, vamos a comer a Gracia, con mis abuelos, mis tíos y una parienta de lejos, la tía Felisa, y mi madre abraza la esperanza de que mi padre no llegará demasiado tarde y que podrá hacer el paripé, cabreado como lo estaba siempre que tenía la culpa. Y si no viene, fingiremos que no pasa nada. Pero mi madre se sentirá tristísima y avergonzada. Y mis abuelos y mis tíos pensarán que no se lo merece. Y no querrán compadecerla para no aumentar su tristeza. Y todos los esfuerzos de

mi madre para que los chicos no nos enteremos, hasta que seamos mayores, de lo que sucede con nuestro padre. Aunque estas cosas, de una u otra manera, siempre se saben. Cuando mi madre murió, encontré en un armario los test psicotécnicos que me hacían en el colegio cuando tenía once o doce años. Y allí figuraba escrito, clarísimo: es un buen estudiante, un chaval aplicado, que en los momentos decisivos pierde la confianza.

Me imagino la angustia de mi madre la primera vez que mi padre no llegó a dormir a la hora, buscándolo por los hospitales, llamando a la policía. La vergüenza de tener que ir a pedir prestado a casa del tío Manuel y la tía Enriqueta, porque mi padre se había gastado el dinero y no se atrevía a explicar a mis abuelos lo que pasaba. La vergüenza cuando se vio obligada a telefonar a AINVA, la empresa donde trabajaba mi padre, para pedir que a partir de ahora no le entregasen más el sobre, que ella iría todos los viernes por la tarde a cobrar, primero a las oficinas de la calle Córcega y, más adelante, a la Zona Franca. Yo la había acompañado algunas veces —*Calle B, Sector B*- y recuerdo la entrada de las instalaciones, con un minúsculo jardín y un banano de hojas desgarradas. Y la vergüenza de mi padre porque era su mujer la que cobraba porque, si no era así, malgastaba el dinero.

Siempre la misma dinámica. En el montaje celebraban Navidad o San Juan y tomaban unas copas. Mi padre volvía a probar el alcohol después de meses de beber solo agua. Era instantáneo: ya no aparecía por casa. En algún momento debía recuperar la lucidez y, al darse cuenta de lo que había sucedido, no quería que le viéramos de aquella manera. Esperaba que fueran las cuatro o las cinco de la mañana. Si había empezado con un aperitivo, habían transcurrido treinta y seis horas. Entonces escuchábamos la puerta de la calle, que mi padre abría y cerraba torpemente, con grandes golpes de rabia, acaso por no controlar la fuerza. Abría la puerta del piso. Y oíamos que respiraba agitadamente, refunfuñaba y chasqueaba la lengua. Cuando fuimos mayores, y ya llegamos a ser conscientes de la situación, mi madre se enfrentaba con él, hasta que mi padre desaparecía de pronto en la habitación y se metía en la cama de matrimonio. Podía pasar durmiendo más de un día entero. De cuando en cuando se levantaba para ir a orinar en calzoncillos, delgado, despeinado, parecía un demonio. Si el día era laborable, no acudía al trabajo. E igual tampoco iba a trabajar al día siguiente. Mi madre se encargaba

de llamar a la empresa.

Con veintidós o veintitrés años lo viví con todo el horror. Mi padre pasó una temporada muy larga sin ir a los toros y solo vivía para el fútbol. Debía responder a un pacto con mi madre, porque en los toros mi padre se enganchaba: la corrida era el domingo por la tarde y regresaba en la madrugada del lunes al martes. Después de cumplir los cincuenta recuperó la costumbre de acudir a la Monumental. Mi madre trabajaba en Arbúcies. Yo empezaba a ganar algún dinero con colaboraciones literarias y ya no trabajaba como camarero. Pasábamos el verano en la calle Luchana, bajo las montañas de Montserrat, como dos náufragos. Yo ya sabía que el domingo por la noche no iba a regresar y dormía tranquilo. Pero el lunes, durante el día, me empezaba a taladrar la angustia. Alargaba la noche del lunes todo lo que podía. A mi padre lo avergonzaba que lo viera llegar. Y a mí me daba pánico el momento en que oía la puerta de la calle, y como subía por la escalera, como abría la puerta del piso, eructando y blasfemando. Aun así siempre llegaba a casa antes que él y una vez en la cama no podía dormir, esperando el momento terrible.



Detalles de las fotografías familiares de María Mota.

Mi padre practicaba gimnasia en el patio, estuvo inscrito en un club de boxeo y tenía un cuerpo de atleta. Yo, por reacción, era bastante sedentario, y me tenía frito porque era un entusiasta del deporte y, en la vida normal, enemigo furioso del alcohol. La familia de mi madre era de bebedores. Nos gustaba tomar vino en las comidas y descorchar botellas de champán, mi abuela tomaba Cointreau y Pippermint, mi tío un poco de *whisky*, yo enseguida me aficioné al coñac Mascaré y tomaba bastante. Mi padre decía, desconsideradamente, que era «*el campeón del levantamiento del vidrio*».

Mi madre nos escondió hasta donde pudo el alcoholismo de mi padre y el desastre que representaba: no tener dinero, ni poder hacer planes, ni tener nunca perspectivas. Recuerdo la primera vez que lo vi bebido. Debía tener catorce o quince años. Recuerdo la descoordinación de los gestos, la mirada perdida y vacía, el aliento que mareaba. Cogió una raqueta de *ping pong*, de plástico, que habíamos dejado olvidada sobre una silla, de uno de aquellos juegos que lanzaban pelotas automáticamente, y la apretó y la rompió. Después, cariñoso, me dijo: «el papa ya te comprará otra». Ahora pienso que siempre he estado esperando que cumpliera su promesa.

Cuando nació mi hijo Pau nos veíamos de cuando en cuando, le hacía ilusión ver al niño y un día quiso llevarnos a los toros: mi madre no, ya se habían separado. Mi padre conocía a todo el mundo en la plaza y tenía habilidad para colarse. No sabías qué cara poner. Entramos en la Monumental, no sé si llevábamos entradas o si el portero nos dejó pasar, o si con unas entradas de general nos permitió acceder a localidades de barrera. Faltaban quince o veinte minutos para las cinco y fuimos a tomar café, de pie, en un quiosco con unas columnas salomónicas de ladrillo, en el patio de la esquina de la calle Lepanto con la Gran Vía. Mi padre pidió una copa de Anís del Mono. Sacó los dos azucarillos del paquete y los echó en la copa. Removió frenéticamente el anís con la cucharilla y se lo tomó de un trago, como un *cowboy*. Quedé horrorizado.

Cuando mis padres se separaron, mi hermano y yo nos pusimos del lado de mi madre. Fue todo muy traumático. No veía casi nunca a mi padre y quizás por esta razón no me lo quitaba de la cabeza. Si iba a Valencia, por algún premio literario, me gustaba entrar en el bar Barrachina, en la plaza del Ayuntamiento, donde me llevaba de pequeño. Me aficioné a la rumba (en casa

teníamos el single de *La noche del Hawaiano*, del Peret y *La banda está borracha*, de Amina). A través de la rumba, entré en el flamenco. Recuerdo un fin de semana que tuve a mi madre en casa, se acababa de separar. Había comprado unos viejos álbumes de Fosforito y de El Chocolate: se desesperó al oírlos.

Sin la bronca de mi padre, empecé a practicar deporte. Primero, a dar largas caminatas por la montaña, y más adelante a correr cada día en una época en que no se corría tanto como hoy: éramos cuatro gatos. Si nos veíamos le explicaba mis proezas. No cabía en sí de gozo. Era como si alguna cosa de su mundo hubiera sobrevivido en mí, como si no se hubiera perdido completamente. Yo recordaba cuando se entrenaba en el patio de casa — saltaba a la comba, y en lugar de pesas, levantaba bombonas de butano— y se daba friegas. Recordé que utilizaba alcohol de romero: «¡Alcohol de romero!», decía, enfáticamente. Era una manera de conectar con la tierra de sus yayos, porque en las montañas que flanquean el curso del río Mijares, en los alrededores de Toga, crecen muchas matas de tomillo y romero. «Quien va al campo y no coge romero, no tiene amor verdadero. Quien coge romero y lo trae a casa, ese no se casa», decía siempre mi yaya.

Cuando iba a visitarla por Navidad, en sus últimos años, salía a caminar por el campo y me llenaba los bolsillos de la chaqueta de hojas de tomillo y romero, que se quedaban allí días y días. De cuando en cuando tomaba un pellizco y me lo llevaba a la nariz. Pensé que una friega de alcohol de romero sería la oportunidad de recuperar la conexión con mi padre, con el pueblo, con los orígenes valencianos de Pueblo Nuevo. Entré en una farmacia de la Vía Augusta, muy cerca de Travesera de Gracia. Pregunté si me podían elaborar un preparado. Dos días después fui a buscar el frasco. Había salido a correr unos diez kilómetros y al llegar a casa empecé con la friega. Había leído hacía poco un folleto que desaconsejaba rociar con colonia la cabeza de los niños, como hacían nuestras madres. El alcohol atraviesa la piel de la cabeza y los huesos, que todavía no están bien formados, y pasa directamente al cerebro. Mi hijo era pequeño y estas cosas me preocupaban mucho. Noté como el alcohol penetraba, como invadía mis capilares abiertos por el ejercicio y me recorría el cuerpo entero con un helor de muerte. Fue una bofetada bestial. Entendí la severidad de la adicción de mi padre y la fuerza de su sacrificio

para mantenerse sereno una semana tras otra, un mes tras otro. Preservarse, preservarnos, salvarnos, evitar la bebida, con vasos de agua del grifo y friegas en el patio, con alcohol de romero.

12. CUENTO DE NAVIDAD

Foment de Pietat Catalana fue una entidad católica y catalanista, creada por mosén Eudald Serra i Buixó que, entre 1909 y 1940, publicó un montón de opúsculos y libros en defensa de la religión, sobre divulgación de temas eucarísticos, de devoción y de plegaria. Se dirigía a la gente sencilla, a los párrocos y a las familias con hijos. Por eso muchos de estos libritos eran misales, lecciones, ejemplos y consejos, recopilaciones de textos litúrgicos para cantar a una o varias voces, con acompañamiento de órgano o de armonio. En muchos de sus títulos se habla candorosamente del cielo. *L'acte d'amor a Déu porta del cel: explicado de l'excellència, utilitat i facilitat de l'art de contrició* (El acto de amor a Dios puerta del cielo: explicación de la excelencia, utilidad y facilidad del arte de la contricción); *Camí del cel: petit devocionari que conté els medís necessaris i segurs per a salvar-se* (Camino del cielo: pequeño devocionario que contiene los medios necesarios y seguros para salvarse) de Eudald Serra i Buixó; *Al cel volem anar* (Queremos ir al cielo) de mosén Cinto Verdaguer. Esta obsesión por el cielo debía pasar de las publicaciones de Foment de Pietat Catalana al vocabulario familiar, porque cuando mi hermano y yo éramos pequeños, mi madre siempre nos preguntaba: «¿M'estimes?». («¿Me quieres?»). Y nosotros respondíamos: «Fins al cel». («Plasta el cielo»). La dictadura de Primo de Rivera persiguió el Foment de Pietat Catalana por catalanista. En los años de la guerra tuvo que camuflarse tras la Sociedad Anónima Balmes y sobrevivió a trancas y barrancas. Desapareció después de la guerra, pero los libros siguieron circulando a escondidas, de la mano, por ejemplo, de los capuchinos de Pompeya.

El convento de Pompeya se creó también en 1909: era un convento de frailes capuchinos, con una iglesia y una escuela. Estaba muy enraizado en el barrio en Gracia y en julio de 1936 se convirtió en hospital de sangre. La hermana menor de mi abuela, Mercé Robert, estuvo allí como enfermera voluntaria y conoció a un personaje influyente en Barcelona, Guillermo Aleu, sacerdote, y doctor en Teología. Terminada la guerra, mi tío Josep María y sus primos, Antonio y Quimet —hijos de la tía Carmeta—, asistían a un colegio muy sencillo. La tía Mercé hizo valer la relación con el padre Aleu y consiguió que entraran en las Escuelas de Pompeya. El director era el padre José María. Nacido en Vera, Almería, había llegado a Barcelona de niño. Simpatizaba con el catalanismo.



El *Cançoneret de Nadal*, publicado por Foment de Pietat Catalana.

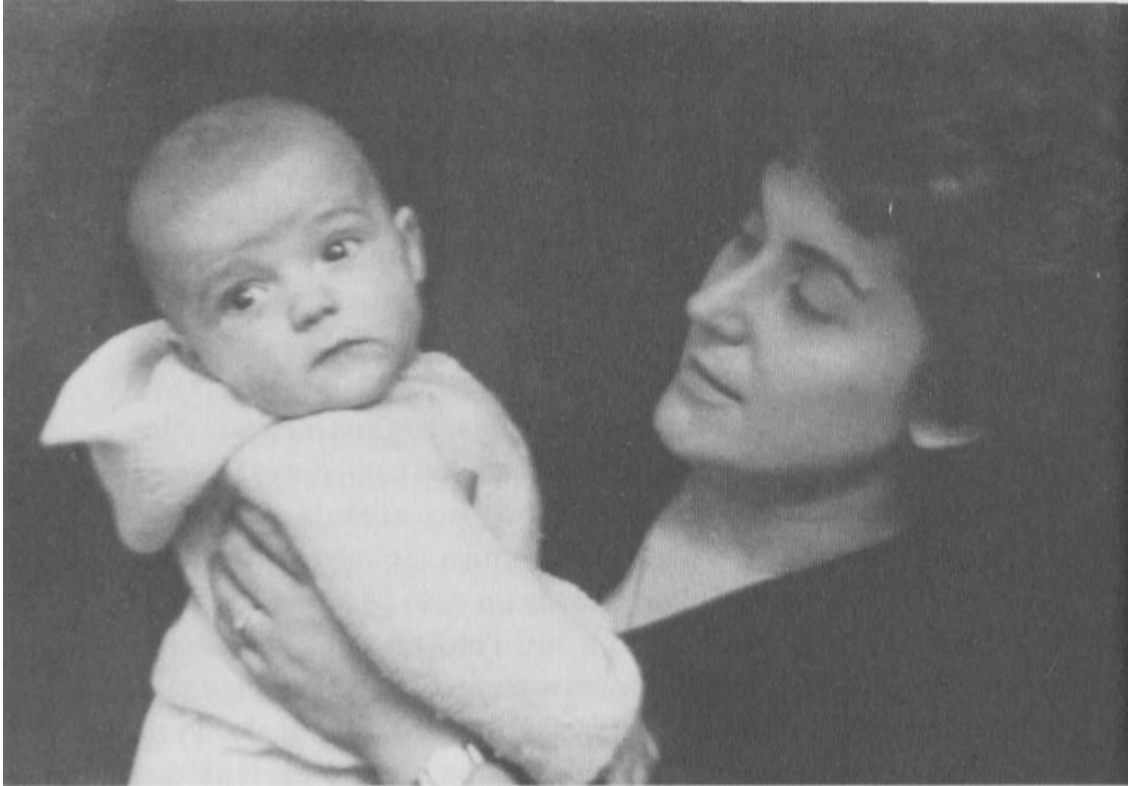
Por familiaridad con mis abuelos, que eran vecinos suyos de la calle Neptuno, o por aprecio por mi tío, que era un niño muy espabilado, consiguió, como concesión especial, que mi madre celebrara la primera comunión en la iglesia de Pompeya, donde solo hacían la comunión los niños que estudiaban en el colegio. Debió ser en este momento cuando el padre José María regaló a los dos hermanos, Josep María y María Mota, el *Cançoneret de Nadal. Lletra i tonada de setze cançons nadalenques pròpies per ser cantades davant del pessebre en les llars cristianes de Catalunya* (Pequeño cancionero de Navidad. Letra y tonada de dieciséis canciones navideñas propias para ser cantadas frente al pesebre en los hogares cristianos de Cataluña). Fue en este librito, publicado por Foment de Pietat Catalana en 1933, donde aprendí los villancicos catalanes tradicionales.

En casa no éramos nada religiosos: solo poníamos los pies en la iglesia en caso de bautizo, comunión o boda. Los propietarios del Hostal Castell, en

cambio, eran muy de misa: contribuyeron a la reconstrucción de la iglesia de la Piedad, destruida en 1936, y tenían un lugar preferente reservado en la iglesia y en la procesión de Corpus, que en los años sesenta se celebraba con gran solemnidad. Al señor Manel y a la señora Consol les extrañaba que mi madre y mi abuela, tan buenas personas, no acudiesen a la iglesia. «Es que están siempre muy atareadas en el hostel», decían, pobre gente. Alguna vez había acompañado a mi yaya, en Arbúcies, a la misa de doce. No sé qué debía pensar de aquella ceremonia, desprovista de la liturgia un poco teatral de Toga. Podía ir a misa a esa hora porque era la única persona de la familia que no ayudaba en el hostel. La tía Enriqueta mondaba patatas, pelaba judías, trinchaba cebollas y tomates para el sofrito. El tío Manuel preparaba platos, cucharas y azucarillos para el momento de servir los cafés, y se ocupaba del bar. Su hija, Enriquetica, trabajó como camarera unos cuantos veranos, en el comedor. Mi padre también preparaba cafés y se encargaba de las reparaciones, si había algún problema con el agua o la calefacción de la casa. En los días de trabajo demencial, cuando servíamos comidas para setenta u ochenta personas, todo el mundo se arremangaba. Los parientes de Vilardona (Joan Pere Negre, Pepeta y Rosa, la gran amiga de mi madre, con su marido, Josep) pasaban unos cuantos días cada año con nosotros. Joan y Josep eran campesinos y se quedaban al margen del trabajo. Deambulaban ociosos por la terraza y por las salitas, donde estaban los sofás, con sus mesitas, y los televisores, en penumbra, mientras en los comedores la gente almorzaba bajo los fluorescentes de luz azulada. Pero eran hombres y mi yaya, a pesar de ser mujer, no recuerdo haberla visto nunca coger un plato o lavar un vaso. A veces nos hacía de niñera, a mi hermano o a mí. Pero no tenía demasiado sentido, porque mientras fuimos pequeños ya teníamos tata: una chica del pueblo —mi tata se llamaba Quimi, la de mi hermano, María— que nos acompañaba a todas partes y que, cuando en el hostel había trabajo, nos llevaba a dar una vuelta para que no estorbáramos.

Ahora entiendo que la misión de mi yaya era cuidar de mi padre. Porque no podía estar solo. En los años sesenta y setenta, en la temporada de verano, en Barcelona había toros todos los jueves, en Las Arenas, y todos los domingos, en la Monumental. Si estaba con mi abuela en la calle Luchana, se reducía el peligro de que, con los toros del jueves, se enredara con sus

amigos. Algunos viernes al anochecer, llegaba la hora del coche de línea y mi padre no aparecía. «Vendrá mañana por la mañana», mentía mi madre con una mezcla de vergüenza y esperanza. Los niños nos debatíamos entre la preocupación por el descalabro familiar y el alivio personal: no tener que aguantar las regañinas arbitrarias y la severidad aleatoria de mi padre. Entre semana, la tía Manuela le cocinaba la cena y le preparaba la ropa, la muda —que era el nombre, sacado de la canaricultura, que empleábamos para el juego completo de camiseta, calzoncillos y calcetines—, que formaban un montoncito sobre la cama de matrimonio, preparada para que fuera al trabajo al día siguiente. La comida que cocinaban mi tía o la tía Enriqueta era muy diferente de la que preparaban mi madre o mi abuela. Por ejemplo: las patatas fritas. En casa las freían con una gran cantidad de aceite hirviendo, se sumergían las patatas y quedaban doradas. La tía o la tía, en cambio, ponían las patatas en aceite tibio: se ablandaban y formaban una pasta de un color amarillo verdoso. También freían la carne, que en casa siempre se preparaba a la parrilla, y comían mucho embutido frito: las famosas longanizas y picantosas. Aquella manera de cocinar contribuía a que mi padre no se separara del pueblo. Mi padre sabía que, al volver del trabajo, encontraría a su madre en casa, y esta perspectiva de algún modo lo refrenaba. Cuando, años más tarde, la tía Manuela se hizo mayor y empezó a pasar los veranos en Toga, mi padre se quedó solo en Barcelona los meses de julio y agosto, y llegó la catástrofe.



María Mota con su hijo.

El *Cançoneret de Nadal* es un libro muy especial. En la tapa aparecen unos niños que cantan frente al pesebre con un libro en las manos. No da la sensación de ser una obra religiosa. No lo son, seguro, algunas de las canciones que reproduce, de un realismo cargado de humanidad

*La Mare de Déu,
quan era xiqueta,
anava a costura
a aprendre de lletra.*

*[La madre de Dios,
cuando era una niña,
iba a costura*

a aprender a leer y a escribir].

O bien:

*Mentre María bressava i vestía
son ros i tendre Fillet que no dorm,
perqué no plori ni en térra s'enyori
dolça li canta dolçeta cangó:
No ploris, no, Manyaguet de la Mare,
no ploris, no, que jo canto d'amor.*

*[Mientras María mecía y vestía
a su rubio y tierno Hijito que no duerme,
para que no llore ni se añore en la tierra
le canta dulcemente esta canción:
No llores, no, Cariñito de tu Madre,
no llores, no, que yo canto de amor].*

Son canciones largas, y todas van a parar, de una manera u otra, a escenas del Nuevo Testamento. La anunciación, en el caso de «La mare de déu» o la cruz, en la última estrofa de «El noi de la mare», que recuerda aquellas imágenes del Niño Jesús pintadas por Fra Angélico y Botticelli, con una granada en la mano, símbolo de resurrección, o con una espina clavada, en referencia a la pasión, como en el cuadro de Zurbarán que inspiró a tantos pintores del barroco colonial español.

*Mentre María bressava i vestía
veu ses manetes creuades al cor;*

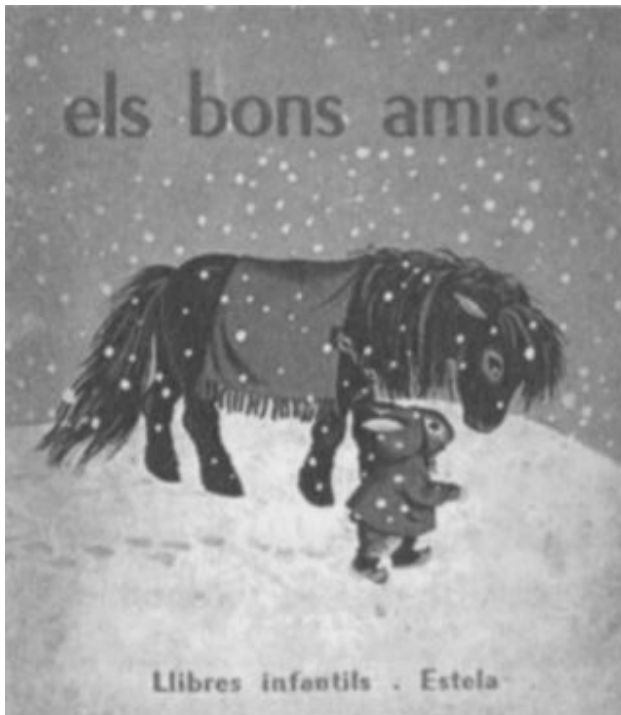
*prou endevina d'amor la joguina,
que fill i Mare, barregen sos plors.
—No ploris, no, Manyaguet de la Mare,
que en la creu dura morirem tots dos.*

*[Mientras María mecía y vestía
ve sus manitas cruzadas sobre el corazón;
adivina ya el juguete de amor,
que hijo y Madre, mezclan su llanto.
—No llores, no, Cariñito de tu Madre,
que en la cruz dura moriremos los dos].*

¿Pero quién se acuerda de la última estrofa de «El noi de la mare»? Y en cambio todos los que conocen la canción tienen en la cabeza la escena inicial: el niño que no puede dormir y la madre que le canta. Y que son, simplemente, una madre y un hijo.

Resulta muy difícil saber qué debía pensar mi madre de estas canciones o, mejor dicho, de estas estrofas de canciones, las únicas que sabíamos y recordábamos. Es posible que se viera a sí misma como la chica que va a costura a aprender a leer y a escribir y que lo deja todo para cuidar a su hijito. Como una madre de Dios que acaricia al niño que no puede dormir. El padre ausente y ella, en un barrio extraño, en una calle sin vecinos, enganchada a su retoño. Leyéndole los versos que había aprendido en los años que pudo estudiar, antes de que sus padres decidieran que no iba a ir más al colegio. Un fraile capuchino, nacido en Almería y catalanista, le había dado un cancionero, con canciones que hablaban de ella misma, de un mundo de ternura y bondad, sin ninguna de las amarguras que había descubierto en la vida de casada.

Una noche de verano de hace seis o siete años, en el restaurante can Narra, en el puerto de Llanca, entró una niña con su padre. Llevaba en la mano un cuento que reconocí enseguida: *Els bons amics* (Los buenos amigos). Es



Els bons amics, de la editorial Estela, de 1961.

la historia de un conejo que encuentra dos zanahorias en medio de la nieve. Guarda una para él y deja la otra en la puerta de su amigo el caballo, que a su vez la deja en la puerta de una oveja amiga suya, que la deja en la puerta de un corzo, hasta que la zanahoria regresa a la casa del conejo. Le pedí el cuento a la niña, el padre le explicó que era un cuento de cuando yo era pequeño. Es un librito de muy pocas hojas. Cuando mi hermano y yo nos hicimos mayores, lo teníamos guardado en una caja de cartón, mezclado con las figuritas que salían en los chicles y en los paquetes de detergente, piezas de

juegos de arquitectura, indios y vaqueros que mi madre compraba en un puesto, en el suelo, frente a la puerta del mercado de la Unión. Lo he buscado en internet y he descubierto que fue uno de los primeros cuentos para niños que se editaron en catalán en la posguerra, en 1961 (editorial Estela).

Mi madre me contaba un cuento con un argumento similar al de *Els bons amics*: «El ratolí que tenia la boqueta esqueixadeta». («El ratón que tenía la boquita desgarradita»). Es otra historia de encadenamientos: un ratón que de tanto reír se le desgarra la boca. Para poder coserla, el zapatero necesita cerrras, que va a buscar al cerdo, que le pide bellotas, que va a buscar al amo, que le pide pan, que va a buscar al panadero, que necesita harina, que tiene que ir a buscarla al campo, que le pide agua, que ha de ir a buscar a las nubes, que le piden niebla, que le pide fuego, que le pide un hogar, que quiere leña, que va a buscar al bosque...

—«*Bosch, bosch, me vols dar llenya?*»

—*Prenlho.*

—*Lo bosch m'ha dat llenya, llenya he dat á la llar; la llar m'ha*

dat foch, foch he dat al fum; lo fum m'ha dat boyra, boyra he dat als nívols; los nívols m'han dat aiga, aiga he dat al camp; lo camp m'ha dat blat, blat he dat al moliner; lo moliner m'ha dat fariña; fariña he dat al flaquer; lo flaquer m'ha dat pa, pa he dat al amo; l'amo m'ha dat aglans, aglans he dat al porch; lo porch m'ha dat cerdas, cerdas he dat al sabater, y'l sabater m'ha cusit la boqueta».

[-Bosque, bosque, ¿me quieres dar leña?

—Tómala.

—El bosque me ha dado leña, leña he dado al hogar; el hogar me ha dado fuego, fuego he dado al humo; el humo me ha dado niebla, niebla he dado a las nubes; las nubes me han dado agua, agua he dado al campo; el campo me ha dado trigo; trigo he dado al molinero; el molinero me ha dado harina; harina he dado al panadero; el panadero me ha dado pan, pan he dado al amo; el amo me ha dado bellotas, bellotas he dado al cerdo; el cerdo me ha dado cerdas, cerdas he dado al zapatero, y el zapatero me ha cosido la boquita].

He transcrito la versión del *Calendan Catala del any 1874 escrit pels més coneguts escriptors y poetes catalans, mallorquins y valencians, colleccionat i publicat per Francesch Pelai Briz* (Calendario Catalán del año 1874 escrito por los más conocidos escritores y poetas catalanes, mallorquines y valencianos, seleccionado y publicado por Francesch Pelai Briz) que en la tapa lleva un sello con las cuatro barras y la leyenda: «Qui llengua té a Roma va». («A Roma va, quien lengua tiene»).

Ahora entiendo que mi madre era la ratita que barría la escalera, que pagaba con la vida la imprudencia de haberse enamorado de un gato. Pero la historia de «Els bons amics» y de «El ratolí que tenía la boca esqueixadeta» también hablaban de ella, de la necesidad de encontrar algún elemento en su entorno que le permitiera entrar en un círculo virtuoso. A esta aventura confiaba toda su bondad. Cuando salía a comprar al mercado y hablaba con la dependienta de la verdura, que me mondaba una zanahoria con un cuchillo, los guantes de plástico, las luces del puesto reflejadas en las marcas de la piedra

del afilador; cuando se acercaba a la calle Wad-Ras, en un patio en el que vendían tiestos para las plantas que cuidaba amorosamente; cuando entraba en la pollería de la pintora Engracia Casas, decorada con guirnaldas de colores; o en la farmacia de las hermanas Clemente, dos hermanas educadas, muy pulcras (una muy delgada, de trato un poco seco, la otra gordita, como un hada buena), que me regalaban un sobrecito de celofán con aquellos caramelitos redondos de las farmacias, de color amarillo, violeta, verde, blanco, naranja y rojo. Y yo, un niño pequeño, era la prueba de su bondad y de su mala suerte. Me llevaba a Gracia, a ver a los abuelos, y pasábamos por delante de los escaparates del Banco Comercial Transatlántico, con máquinas y productos industriales, nuevos por estrenar, tan alejados del trabajo sucio de mi padre. Pasábamos por debajo de los soportales del edificio CYT, con otros escaparates impecables, de productos comerciales de novedad que no todo el mundo podía comprar. Entrábamos a ver a Isabel de la vaquería en la granja donde mi madre trabajó en su juventud, cuando iba a repartir leche por las casas. Saludábamos a la dependienta, Marina. Estaba soltera, vestía siempre de azul marino o de gris, como una monja, tenía verrugas en la cara. Vivía en un pisito en la azotea, en la misma casa que mis abuelos y que la señora Isabel, una escalera en la que todo el mundo se conocía. Marina nos recordaba que en esta vida se podía tener aún peor suerte. Llegábamos desde nuestro mundo. Esperábamos a mi abuelo, que volvía de trabajar en el Campo de Aviación, con *El Noticiero Universal* plegado en el bolsillo de la gabardina. Le hacíamos compañía mientras cenaba, antes de regresar, con gran pesar, hacia Pueblo Nuevo. Mi madre me lo habría dado todo. Como todas las madres. Pero, en este caso, sentía además la necesidad de preservarme, de salvarme y de salvarse a través de mí. No digo que no viviera buenos momentos junto con mi padre, momentos en los cuales pensaba que iba a reconducir la situación y que todo acabaría bien. Mi padre era un hombre apuesto, mi madre le quería. Debían tener épocas buenas, como todo el mundo. Pero mi madre necesitaba a su padre, el abuelo Quimet, leyendo *El Noticiero Universal* y siesteando en la mesa, aguantándose la cabeza con las manos plegadas sobre el mantel en el que habían quedado esparcidas las migas de pan, porque madrugaba mucho y eran ya las ocho de la noche. Y me necesitaba a mí, leyendo *Els bons amics*, y escuchando la historia del ratón que tenía la

boquita desgarradita. Y nos necesitaba a los dos juntos, abuelo y nieto: mi abuelo enseñándome y no dejándome tocar una pequeña tartana muy simple, hecha de diferentes plásticos de colores, encajados de una manera muy graciosa, y que era como un don, o llevándome a ver cómo crecía la Gran Barcelona, él abrigado con una bufanda de lana y yo con el verdugo.

Cuando el abuelo Quimet murió, en 1973, acababa de cumplir once años, y me hice mayor de golpe. Me llevaron al entierro, en el Cementerio de Collserola; fue la primera vez que tuve contacto con la muerte. Mi abuelo murió en el piso de Gracia, donde celebrábamos las comidas de Navidad. El día del entierro vinieron a almorzar los familiares más próximos y todos los parientes llegados de fuera de Barcelona. Después de ese día, mi abuela no quiso quedarse más en Gracia. Compró unos muebles para tener una habitación nueva, pero apenas llegó a utilizarlos. Pasaba el tiempo entre la casa de mi tío, en la calle Aribau, y un piso que se había comprado en Arbúcies, cuando vendió las viñas de Vila-rodona. Cuando iba al piso de Gracia, a recoger las facturas de los consumos y hablar con los vecinos, a menudo me llevaba con ella para que la acompañase. Yo tenía un vínculo más estrecho con mi abuelo. Una vez, cuando era muy pequeño, dije una de esas frases cómicas que se incorporan a la historia y a la lengua familiar: «¿Cómo se llama aquella señora que vive en casa del abuelo?». La relación cambió. Mi madre y mi abuela pasaron a estar más unidas que nunca. Como aquella acuarela que el pintor Juan Torrabadell, pariente nuestro, nos había regalado y que teníamos en el comedor: dos mujeres en una sobremesa, un poco difuminadas por la aguada de la acuarela. Una era gorda, la otra más delgada: como Pepita Robert y María Mota, unidas por la muerte del marido y del padre, por la indiferencia del yerno y del esposo, por el trabajo en el hostal. Cuando subíamos a Gracia me impresionaba la casa vacía, en la que se iba acumulando el polvo, los grifos y las bombillas que se estropeaban, como acostumbran a estropearse en las casas deshabitadas. Siempre me viene a la cabeza el mismo detalle: mi abuela tenía un plato hondo con harina para rebozar, que, cuando marchó de casa para no volver a vivir en ella, se quedó en la cocina. Nunca más lo tocó: sobre la harina se fue formando una costra de polvo negro.

A mi madre, la muerte del abuelo Quimet la arrastró a un pozo de tristeza.

Murió un 2 de enero. El coche fúnebre salió por la Meridiana en dirección a Moneada. Nosotros íbamos detrás, en un coche de acompañamiento. Aquel año, para Reyes, pedí un disco del grupo musical La Trinca, *Morí de gana* (Muerto de hambre). Fuimos a una de las tiendas de discos de la época, creo que era Fotoclub, en la calle Pelayo. Mi madre no quiso, bajo ningún concepto, comprarme el disco, porque la portada le recordaba la imagen del coche fúnebre del abuelo, con la corona en la puerta posterior.

En lugar del disco de La Trinca me regaló *Remena nena (Agita nena)*, de Guillermina Motta. Ahora entiendo que se lo compró para ella. Se publicó en 1970, en plena moda del *camp*, que Susan Sontag definió como una fascinación por el artificio y que aquí se vivió como una recuperación del mundo por la guerra, con vestidos y discos comprados en la feria de viejo de los Encantes. Guillermina Motta recuperaba los cuplés del Paralelo, que la generación de mi abuelo se sabía de memoria. Fue mi primer disco; durante muchos años tuvimos muy pocos discos y los escuchábamos muchísimas veces. Forma parte de mi vida. Cuando escucho «Jo vull ser *miss*». («Quiero ser *miss*») o «El vestir d'en Pasqual». («El vestir de Pascual») no siento que sean canciones arqueológicas. Entiendo los chistes, me dan risa. Si hace tiempo que no las escucho, se me vuelven a pegar. «Les caramelles». («Las coplas de Pascua») me emociona: el chico músico, solista de la Alianza de Pueblo Nuevo, canta con voz de artista, en el barrio lleno a reventar. El segundo día de Pascua van a Badalona a comer cordero, regresa tocando el acordeón, pasa por la calle de la chica y le suelta unas picardías. Era un Pueblo Nuevo arraigado, multitudinario, impensable para nosotros. Mi madre consiguió lo que se proponía: que aquellas canciones que fueron de su padre fueran también de su hijo. Lo consiguió más de lo que podía suponer: ahora la versión de Guillermina Motta la encuentro algo blanducha y pienso, como pensaría Joaquim Mota Recasens, que es mejor la versión de Pilar Alonso de 1920.



La Trinca. *Mort de gana* (1973).

A veces la abuela Pepita pasaba unos días en casa, en la calle Luchana. En una de sus estancias nos regaló a mi hermano y a mí unos discos de 45 rpm editados por la revista infantil *Cavall Fort* y la discográfica Concéntric: *Cançons per encarrilar criatures* (1967). (Canciones para encarrilar niños), *Cançons amb endevinalla* (1969). (Canciones con acertijo) y *Som així* (1970). (Somos así), con letras de Josep M. Espinas y música de Francesc Borrull y Laura Almerich. Fue una revelación extraordinaria, por la gracia de las letras y la novedad de la música, inspirada en los estándares del *jazz* americano. Yo ya había empezado a ir a la escuela, al Vóramar, una escuela nueva, junto a la parroquia de San Francisco de Asís, en la calle Badajoz, junto al barrio de la Plata. Era una escuela de padres, independiente de la parroquia, en la que se empezaba a enseñar catalán. Siempre he conservado el libro de segundo de básica, *Estéis* (Cometas), de Àngels Garriga, con unos dibujos preciosos de Cese. Es la historia de una clase a lo largo de todo un curso. Cese dibujó a los niños con la bata a rayas de la Escuela Nacional (en el Vóramar llevábamos una bata azul, como un guardapolvo), aunque estaba

claro que un libro como *Estéis* no se leía en las Escuelas Nacionales del franquismo. También dibujó campesinos, gigantes de fiesta mayor y guardias civiles con tricornio. Recuperé el libro de mayor y lo leíamos muchas veces con mi hijo Pau.

Una vez, nos encontrábamos también en Llangá. Nos habíamos aprendido de memoria unos versos del poeta Josep Carner, de «Cançoneta Incerta». («Cancioncilla incierta») del libro *El cor quiet*.

*Aquest camí tan fi, tan fi,
¿qui sap on mena?
¿Es a la vila o és al pi
de la carena?
Un lliri blau, color de cel,
diu: —Vine, vine—,
Pero: —No passis!— diu un vel
de teranyina.
¿Será drecera del gosat,
rossola ingrata,
o bé un camí d'enamorat,
colgat de mata?
¿Es un recer per a adormir
qui passi pena?
Aquest camí tan fi, tan fi,
¿qui sap on mena?*

*[Este camino tan fino, tan fino
¿a dónde lleva?
¿al pueblo o al pino*

*de la línea de cresta?
Un lirio azul, color de cielo,
Dice: —Vente, vente—.
Pero: —¡No pases!— dice un velo
de telaraña.
¿Será un atajo atrevido,
pendiente ingrata,
o un camino de enamorado,
cubierto de mata?
¿Es un refugio para dormir
al que pasa pena?
Este camino tan, tan fino,
¿a dónde lleva?].*

Era uno de los poemas o fragmentos de poemas que se reproducen en *Estéis*. Àngels Garriga debió pensar que el final del poema no era adecuado para un niño. Carner habla de la posibilidad de que el camino muera inesperadamente bajo la maleza. En aquella época mi hijo tendría unos seis años. Caminábamos por las montañas y seguíamos caminos finos, veíamos pinos en lo alto de la línea de cresta y encontrábamos telarañas que nos cortaban el paso. Era un poema magnífico para un niño. Y la dificultad de la *rossola* —una palabra poco frecuente que designa un lugar resbaloso y pelado — no nos molestaba.

El *Cançonet de Nadal*, *Estéis*, las *Cançons amb endevinalla*: no creo que mi madre ni mi abuela fueran conscientes de la importancia que tuvieron para nosotros. Nos los daban, a mí y a mi hermano, porque éramos niños catalanes y era algo natural. Ahora me impresiona ver de dónde salían. Un cuento de la Renaixença, un cuplé de 1920, un cancionero prohibido después de la guerra, el primer cuento para niños de la posguerra, el primer libro escolar, el primer disco para niños.



Estels (1967), de Àngels Garriga, con dibujos de Cese.

He apuntado en un papel los refranes que recuerdo haberle escuchado a mi madre. *No li cauran els anells* (no le caerán los anillos): para hablar de alguien al que hacer lo que hace (fingiendo un gran esfuerzo) no representaba en realidad un sacrificio. *Aixó no lliga ni amb Sindetikon* (esto no pega ni con Sindetikon): para decir que dos cosas eran irreconciliables. El Sindetikon era un pegamento alemán muy fuerte que se vendía en los años treinta: era una frase que había sobrevivido a la guerra. *Quan s'acabi, a Cuba* (cuando se acabe, a Cuba): para decir que las cosas se terminarán, que la avidez con la que consumíamos cualquier manjar, precipitaba su final y que tendríamos que ir a buscar una improbable abundancia «en las quimbambas». *Creu-t'ho, que anirás amb auto* (no te vayas a creer que irás en coche): las esperanzas vanas, las ilusiones traicionadas, vistas con ironía, con la resignación de quien sabe que no queda otra que ir a pie. *La netedat és mitja vida: l'altra mitja, la porqueria* (la higiene es media vida, la porquería la otra media): una

afirmación de un relativismo radical, cualquier idea pura encuentra un reverso en la impureza, cualquier felicidad lleva aparejado el desengaño.

Un plato con una rebanada de pan con tomate, cortada a dados, con un poco de jamón dulce. Un trozo grueso de fuet, para mascar cuando te están saliendo los dientes y tienes aquella obsesión de masticarlo todo. Lo he visto hacer a mi madre con mi hijo, y antes lo hizo conmigo mi abuela Pepita: que el niño aprenda a comer, que aprenda a vivir, que se haga mayor y comparta la mesa con los mayores: que sea como nosotros. Y entonces, como un pájaro que se saca del pico el mejor bocado o, simplemente, el último que quedaba, mi madre, que me lo da todo, me mira a los ojos, suspira y sonrío: *Mare enfillada, no mor mai enfitada* (madre con hijos, no muere jamás empachada).

13. LA ACADEMIA DOMINGO

Entre los papeles de mi madre encontré un cuaderno escolar del curso 1945-1946 con una imagen sorprendente. Representa a un bebé en su cuna, bien tapadito hasta el cuello, con el pliegue de la sábana muy bien doblado. Lleva un gorro rosa: seguramente se trata de una niña. A su lado, una catalana, sentada en una silla de mimbre, mece la cuna. Lleva una falda verde, de amplio vuelo, un delantal rosa, una esclavina roja, redecilla para el pelo y mitones. Por debajo de la falda asoma la punta de una alpargata negra y blanca. Lo más inquietante del dibujo es el muñeco que la chica lleva en la mano, fuertemente agarrado por la cintura: parece un muñeco vudú.

Mi madre tenía doce años cuando dibujó esta escena, que ocupa la primera página del cuaderno. Es uno de aquellos cuadernos bonitos, para guardar. Un niño de la época de mis padres empezaba uno en algún momento de la vida escolar y generalmente no leñaba todas las páginas. Era muy distinto de lo que ha sido habitual después, cuando los niños llevan a casa todos sus trabajos, todos los trimestres de cada curso, con páginas pintarrajeadas de témpera azul, pegatinas, colores por dentro y por fuera de la raya. Aquellos cuadernos tenían que estar impecables. Cada página llevaba una cabecera con unas letras dibujadas a pulso. En uno de los trabajos, titulado *Buenos consejos* mi madre escribió:

«Ama a tu madre sobre todas las mujeres.

No abrigues pensamientos que tu madre no pueda conocer.

Decl rate culpable antes de mentir.

Sé laboriosa y obra toda tu vida como si tu madre te viera».

Al pie, dibujó a un niño rubito con su padre y su madre: la familia monogámica estable, lo que técnicamente se conoce como familia tayloriana, en referencia a la organización científica del trabajo industrial que Frederic Taylor propuso en sus *Principies of Scientific Management* (1911). Una familia con roles mecanizados en la que las madres cumplían con una doble misión: cuidar del hijo y ser su conciencia.

En el cuaderno figura también un trabajo de literatura, un comentario del libro *Pequeñeces* (1891), del padre Luis Coloma (1851-1915). Es la historia de un niño que al salir del internado descubre el comportamiento frívolo y licencioso de su madre, la condesa de Albornoz. «*Pequeñeces* es un libro de gran valor moral y político. Donde una mujer caprichosa malgasta el dinero sin mirar el mal que hace a su alrededor», escribe mi madre en su comentario de texto. «El Padre Luis Coloma tuvo un gran acierto al escribir esta obra dotándola de todo el sentimiento digno de un niño y de toda la coquetería de la mujer antes dicha». Y concluye: «La escena mejor es a mi pobre juicio la última en que se perdonan las ofensas y la ofendida ofrece agua bendita a la pecadora».

Un ejemplar de *Pequeñeces*, del padre Coloma, y otro de *Jeromín*, la historia de don Juan de Austria, hijo natural de Carlos I, corrían por el armario trastero en el que guardábamos en desorden ropa vieja, libros, discos y juguetes. Eran los libros más antiguos que mi madre conservaba. No era ni podría verse nunca como la *condesa de Albornoz*: no era rica, frívola, licenciosa, ni muy coqueta. Pero el libro del padre Coloma añadió al modelo de la familia tayloriana la idea de que los hijos pueden ser también la conciencia de las madres, del mismo modo que las madres lo son para los hijos, y decantarlas hacia el ahorro y el perdón.

Ni mi padre ni mi madre estudiaron. Mi madre lo vivía como una tragedia. Especialmente porque su hermano, Josep María, que hubiera podido estudiar el bachillerato, prefirió entrar a trabajar como ayudante de un electricista. Los abuelos debieron pensar que para una chica era suficiente saber leer, escribir, cuatro números y un poco de francés. Trabajaría una temporada con una modista y echaría una mano en la vaquería hasta encontrar a un buen chico, con

quien se casaría, y a partir de entonces se ocuparía de la casa y el marido. Se pasó la juventud bordando con sus iniciales sábanas y fundas de almohada, esperando el gran momento que no tardaría en llegar.



Dibujos de María Mota en un cuaderno escolar del curso 1945-1946.



Cuando yo y después mi hermano fuimos adolescentes y empezamos a

sentir curiosidad por las cosas, mi madre participaba de nuestros descubrimientos. Los estilos artísticos, por ejemplo, que le permitían ordenar el tiempo: románico, gótico, renacimiento y barroco. Con sesenta años acudía a clases de historia del arte en la universidad y le gustaba puntualizar sobre los periodos de transición: entre el románico y el gótico, supongamos. El estilo cisterciense, el gótico florido, el plateresco, el barroco churrigueresco: las medias tintas. Admiraba los cambios que tienen lugar de forma gradual, las transformaciones que hacen evolucionar dulcemente las cosas. Quizás porque en su juventud creyó que su vida sería una transición y no aceptaba los cortes que se habían producido en ella, como cuando dejó de ir al colegio, cuando se hizo cargo del Hostal Castell de Arbúcies o cuando se casó con mi padre.

Lo que ahora voy a contar es el corazón de mi novela *La Moravia*: el hijo que ya no se reconoce en su familia, el padre que todavía espera poder arrastrarlo hacia su mundo. Es un sábado del mes de marzo, estamos en el Hostal Castell, la próxima semana es Semana Santa. La temporada aún no ha comenzado. Hay que purgar los radiadores de la calefacción y realizar pequeñas reparaciones antes de que lleguen los clientes. La casa es muy grande y lleva mucho tiempo cerrada. Mi padre me lleva al segundo piso, con *la llave estinsor*, un martillo, el nivel y un puñado de estopa. Uno de los radiadores gotea. Lo desatornilla, lo vuelve a atornillar, pone encima el nivel con un golpe seguro sobre la parte superior del radiador: *clan*. Otro golpe en el lateral, *clan*, para comprobar que esté plano y derecho. Mi padre me pide que sostenga la pila de un lavabo frente a la pared, para atornillar los soportes. Me trata como si fuera su ayudante. Me dice: «¡Presenta la pieza!». Y yo la aguanto con las dos manos, sin una gran convicción, y al cabo de un rato de sostenerla me distraigo, relajo los brazos y la pila se me resbala de las manos. «¡Pareces *alelao!*». A veces, la reparación se complica, mi padre pierde los nervios y surgen unas desproporcionadas blasfemias: «Me cago en la leche» (que el tío Manuel mejoraba: «Me cago en la leche puta») o «me cago hasta en mi sombra». Del «*pareces alelao*» pasaba al «te voy a arrear un sopapo»: expresiones que nunca se habría atrevido a utilizar con un ayudante. O igual sí, se dirigía a los ayudantes con las mismas palabras que empleaba conmigo. Después, si el radiador calienta, si el tubo no pierde, si no es una de aquellas chapuzas que desesperan a mi madre y que obligan a llamar de prisa y

corriendo al electricista del pueblo; si hay gente a quien poder explicárselo, mi padre proclama orgulloso: «es mi ayudante». Pero todos sabemos que no trabajaré nunca de ayudante en un taller.



Anuncio del Banco Atlántico en La Vanguardia. El edificio se inauguró en febrero de 1969. Cuando aquel chico murió yo debía tener cinco años, seis a lo sumo. No sé cómo debió vivirlo mi padre. Si se sentía responsable de lo sucedido, si pensaba que podría haberle pasado a él. No hace mucho pude entrar en la sala de juntas del Banco Sabadell, en el piso veintidós, para una sesión fotográfica. En una época el escritor Baltasar Porcel tuvo allí su despacho. Vi un relieve del escultor Manolo Hugué, de la época de Ceret, que transmitía una gran calidez: un establo con unos bueyes, rodeados de paja, que se volvían para observar al espectador. Los pisos resultaban estrechos, con vistas por los dos lados. Los cristales estaban sucios por la lluvia. Nos dijeron que a causa de la crisis habían espaciado las sesiones de limpieza, complicadas y costosas, con obreros que bajaban por la fachada en una vagoneta, asegurados con arneses.

A mi padre, en una ocasión, el ayudante se le mató. Trabajaban en las obras del Banco Atlántico, el rascacielos de la esquina de la calle Balmes con la Diagonal, que hoy es el Banco Sabadell. El ayudante resbaló y cayó del andamio. No he encontrado por ninguna parte la noticia de su muerte. Con toda seguridad la debieron ocultar. El Banco Atlántico, proyectado por Francisco Mitjans y Santiago Balcells, fue uno de los símbolos de la Barcelona de Porcioles, punteada de edificios singulares. Quizás se produjeron una o más imprudencias que hacían recomendable no hablar mucho del caso. Quizás tenían miedo de que el accidente enturbiara la

Desde el piso veintidós se ven todos los terrados de la Diagonal. Pasada la calle Balmes, dirección Llobregat, lado montaña, hay edificios con áticos fabulosos. Eran las ocho y media de la mañana y distinguí, pequeñita al fondo, una mujer que abría la puerta y salía desnuda a la terraza.

Otra vez mi padre se llevó al trabajo la cámara de super-8 de la familia. En aquella época montaba instalaciones de agua y de aire acondicionado en los polígonos industriales de Parets y Mollet del Valles. Cuando íbamos o volvíamos de Arbúcies, pasábamos por delante de las fábricas en las que había trabajado. Decía orgullosamente: «Mira, mira, ¡la Merck!». Lo mismo con Tenería Moderna, o Aismalibar. Siempre prefirió la libertad de los montajes a la tranquilidad y la disciplina del taller, con el encargado encima, controlando lo que hacía. Debía ser en algún momento de los años setenta, hacia 1974 o 1975. Habían empezado a llegar a Barcelona los primeros chilenos y argentinos. Mi padre era un hombre fuerte, ya un poco mayor. El chico trabajaba como ayudante en una empresa de calderería, temporalmente, para sacarse un dinero. No creo que nunca llegara a oficial ni que le interesara serlo. Esta actitud desconcertaba a mi padre, que estaba orgulloso de su oficio. En la película, muy mal filmada como todas las suyas, se ve a un chico con un gorro de lana y una camisa de cuadros, con un perro, en un terraplén, en medio de uno de aquellos contraluces estrepitosos que hacía sin darse cuenta y que llenaban la proyección de triángulos irisados. «¡Parece Lazarov!», decía mi madre, procurando encontrarle alguna gracia. Valerio Lazarov era un realizador de televisión que utilizaba el *zoom* a toda marcha. Los números musicales que filmaba para los programas de Televisión Española provocaban mareos.

Cuando subcontrataron a mi padre en la central nuclear de Aseó, en los años ochenta, nos escandalizamos: lo veíamos como una especie de Homer Simpson. Años después recopilé algunas historias que me contó sobre la central nuclear, como que les obligaban a radiografiar las juntas para que debajo del cordón de soldadura no quedara un espacio vacío, una burbuja de aire, una grieta o una fisura. Me regaló uno de los planos isométricos que se llevó del trabajo. ¡Tanto que llegamos a criticarle! Es un plano en 3D, en un papel gris, de copia, con tinta azulada, con una retícula volumétrica. No parece fácil de leer. Una raya sube y baja por la retícula, caracolea entre

combinaciones de letras y números: radios, ángulos tangentes, longitudes de tubo, distancia entre el tubo y la pared. Mi padre guardaba estos tres o cuatro planos de Aseó como un trofeo.

En Barcelona la nieve es un fenómeno meteorológico extraordinario. Una de las veces que nevó, mi hermano, que tenía siete u ocho años, estaba feliz: la nieve en la calle y en el patio del colegio representaba un juego nuevo e inesperado. Mi padre respondió a su entusiasmo con un exabrupto. Vino a decir que éramos unos niños mimados, que si tuviéramos que levantarnos de buena mañana para ir al montaje no nos gustaría tanto la nieve. Tenía toda la razón, pero era un comentario que, inoportuno en aquel momento, o desconsiderado con la ilusión del niño, «chafaba la guitarra», como decía mi madre.

En cualquier caso, marcaba la distancia cada vez mayor que nos separaba del mundo de mi padre, de los montajes, de los amigos, de todo lo que hacía cuando no estaba a nuestro lado. Los años de colegio acabaron de separarnos.

En el número 16 de la calle Luchana estaba instalada la Academia Domingo. Era una de aquellas escuelas de Pueblo Nuevo, de toda la vida, con un director que era al mismo tiempo propietario y profesor. Desde el patio oíamos a chicos y chicas que entraban armando barullo o que se peleaban en las aulas, antes de la llegada de los maestros. Vivíamos en el 14 y las fincas estaban comunicadas por la parte de atrás. Cuando salíamos para ir al colegio, nos encontrábamos con los chicos y chicas, que entraban media hora antes que nosotros. En el Arxiu Historie del Poblenou se conserva una fotografía del edificio con el cartel de la academia: una casa sencilla, con tres grandes ventanas en el primer piso y tres más pequeñas en el segundo. El balcón con plantas que se ve a la derecha es nuestro balcón. Detrás, dos chimeneas. Y en el terrado, una antena de televisión, que debía ser de nuestra tele, y unas estalagmitas de las montañas de Montserrat.

A veces, mi madre, para que fuéramos conscientes del esfuerzo que representaba pagarnos el colegio, nos decía: «¡Mira estos pobres niños de la Academia Domingo!». No hace muchos años, una activista cultural de Pueblo Nuevo, Montserrat Sintés, me oyó contar estas reflexiones en público. Me explicó que fue alumna de la Academia Domingo, que se sintió muy bien tratada y que aprendió muchas cosas allí. Me sentí avergonzado. Me puse en

contacto con la hija de José María Domingo, Gloria, que me explicó que su padre se hizo cargo de la Academia en 1955 y que fue un maestro querido por sus alumnos. José María Domingo era de Vila-rodona, como mi abuela. Si mi madre me lo dijo alguna vez, no lo recuerdo. No le parecería importante o quizás era una familia con la que no tenían trato. En cualquier caso, para mi madre y para mí, la Academia Domingo representaba el destino que habíamos conseguido burlar. Estudiar hasta los catorce años. Y después, entrar de aprendiz en un taller.

Antes del *boom* económico de los sesenta, el destino de los hijos de los obreros era ser obreros también. Mi abuelo, empleado en MACOSA, colocó a mi padre de aprendiz en una calderería. Mi padre era muy independiente, no trabajó nunca para una gran empresa de aquellas en las que la gente decía que *eras un número*. Pasó de un taller pequeño o mediano a otro taller de parecidas dimensiones, preservó su independencia y no aceptó nunca el menor ascenso. Cuando yo nací, para procurarnos la seguridad que nunca había pretendido, entró en AINVA, S.A. Construcciones e Instalaciones, que tenía unas naves en la Zona Franca. No soportaba permanecer en el taller, ni toleraba a los *jefes de equipo*, a los que trababa de pelotas y esquirolas, y por eso solicitaba siempre participar en los montajes. Tal vez, yo, menos inconformista, habría aceptado trabajar en una gran empresa, como mi abuelo, y *ser un número*. Entrar en «la Caixa», que en los años setenta era la gran solución: pasarse el día tras el mostrador contando billetes y pasando por la máquina las cartillas de ahorro. Llegaría a ser uno de aquellos señores aplomados por los que mi madre sentía devoción, que cuando te nacía un hijo te abrían una cartilla con veinticinco pesetas. A mi tía le habría gustado que yo fuera funcionario. «Si eres funcionario, no te pueden echar», decía siempre. No sé qué pariente nuestro había trabajado en la MZA, la compañía ferroviaria anterior a la Renfe: por la casa de Toga circulaban algunos platos, de color celeste, con los cantos y letras azul marino, del comedor de empresa. Podía ser como el primo hermano de mi madre, Leonardo, que trabajaba en la Danone, y nos regalaba yogures, o como el tío Manuel, que nos traía latas de *foie gras* y cintas de Tessa Film de la Seat. Las muestras y los productos que se conseguían gratis gozaban de un prestigio incomparable.

Con catorce años, a trabajar.

«Sin rechistar, *mutis i a la gábia* [mutis y a la jaula], los chicos hablan cuando mean las gallinas». Por eso me impresionaban tanto los chicos y chicas de la Academia Domingo. Los veíamos como lo que hubiéramos tenido que ser nosotros: chicos de la calle.

La tía Enriqueta barría y fregaba en la Escuela Nacional Pío XII, en la plaza de San Bernardo Calvó, entre la calle Mariano Aguiló y la Rambla del Pueblo Nuevo. Antes de empezar a trabajar, pasaba por casa a tomar café con mi madre, charlaban y miraban distraídamente la tele. Me traía canicas, lápices y gomas que encontraba olvidados por los pupitres. Las canicas van de mano en mano y vuelven a la vida: los niños las apuestan, las ganan y las pierden. En cambio los lápices acortados y las gomas gastadas son cosas muertas. Acababan en algún frasco, en el mueble escritorio, y no llegábamos a utilizarlos nunca. Las gomas se secaban, no borraban y agujereaban el papel. Qué diferencia con las gomas que comprábamos en la papelería Carmen, gomas perfumadas de nata, que se podían masticar de lo tiernas que estaban. A veces, si mi madre no podía ocuparse de mí porque mi abuelo tenía una crisis de asma (tenían que darle oxígeno y parecía que se iba a morir), la tía Enriqueta me llevaba al Colegio Nacional. Mientras limpiaba con el trapo, la escoba, el cubo y la fregona, yo corría por el patio, subía y bajaba las escaleras, corría por los pasillos, entraba en las aulas y me sentaba en las sillas de otros niños. Mentiría si dijese que pensaba en cómo sería mi vida si me hubieran llevado a aquel colegio. Era un estado de embeleso que enmascaraba la sensación indefinida de estar fuera de lugar. El tío Manuel y la tía Enriqueta vivían en un piso de la calle Granada. De vuelta a casa, por la calle Wad-Ras, pasábamos por delante del cine Ideal y mirábamos las cajas de luces, a ambos extremos de la fachada de mármol negro. En dos de estas cajas de luces, los carteles de



El Colegio Academia Domingo.

las películas de la semana. En las otras dos, las películas de la semana siguiente. A la tía le encantaba Louis de Funes. Decía que se parecía al tío, su marido. Si me veía tristón me decía: «La otra semana, iremos al Rellisquín a ver al hombre aquel». *El abuelo congelado, Mi amigo el extraterrestre, Caídos sobre un árbol...*

Entré en el Centro de Estudios Voramar en el curso 1967-1968. No he sabido hasta ahora que, en sus inicios, la escuela estuvo vinculada al Opus Dei. Las escuelas del Opus llevan siempre nombres con referencias marineras. Cerca de casa tenían un centro, en el que se daban clases de repaso, que se llamaba Bauprés: el palo muy inclinado que sale de la proa de los barcos. El Voramar pronto se desvinculó del Opus y pasó a ser lo que se llamaba una *escuela de padres*: una especie de cooperativa, bajo la protección de la parroquia de San Francisco de Asís. Yo sentía que era una excepción. Los padres de mis compañeros tenían puestos en el mercado, tiendas en la Rambla o en la calle Mariano Aguiló. O bien eran hijos de obreros cualificados: químicos de la fábrica de las cucharas (Metales y Platería Ribera), que ocupaba toda una manzana, con un muro sobre la Rambla del Pueblo Nuevo, frente al colegio de las monjas. Los que éramos hijos de trabajadores —pocos— no nos reconocíamos unos a otros. Si en casa no se hubiera producido la entrada de dinero del hostel, con el sueldo de mi padre no habiéramos podido pagar un colegio como aquel. Alguna vez salían a relucir los oficios de nuestros padres: yo decía *calderero-tubero*, y transmitía la idea de un trabajo pesado y mal retribuido. A veces, si quería maquillarlo un poco, decía que teníamos una fonda. Acto seguido, para que nadie pudiera pensar que éramos ricos (o que me estaba marcando el pegote) explicaba que la fonda no era de propiedad y que solo nos encargábamos *del negocio*.

Al cumplir cuarenta años se organizó una cena con exalumnos del colegio y me encontré con algunos compañeros que no veía desde hacía mucho. Pocos habían estudiado una carrera. Los hijos de los tenderos del mercado todavía tenían puestos, algunos de ellos en el mercado Galvany donde la gente tiene más dinero que en Pueblo Nuevo. Algunos amigos seguían viviendo en la parte más antigua del barrio, en las calles Juncar y Mariano Aguiló. Regentaban pequeños negocios: una tienda de ropa, una agencia de viajes. Me contaron el caso de uno de los estudiantes más brillantes de nuestro curso. Los padres

vivían en una antigua casa del paseo del Triunfo. Cursó una carrera técnica, de tres años, y acabó de encargado en una de las grandes ferreterías del barrio, Balius, que creció a la sombra de fábricas y talleres. Cerró en 2012. Fui consciente de la inercia que teníamos interiorizada, que nos hacía creer que era posible avanzar sin romper con el pasado, seguir el camino que teníamos trazado, formar parte del barrio tal como siempre lo habíamos conocido.

Hace un tiempo, en la presentación de un libro, coincidí con dos amigos. Cuando teníamos catorce o quince años éramos inseparables: Ricard Cerdán, Julia Guillamón, Caries Guiral. En el curso 1976-1977 nos tocó un profesor de historia, recién salido de la facultad, con unas gafas de cristales muy gruesos, muy peludo, con la camisa abierta, la barba negra. Una vez nos dijo que estaba pensando en ponerse una anilla en la oreja, como los piratas de las películas. Otra vez retó a uno de los alumnos a llevarle, como desayuno, un bocadillo de garbanzos, que se zamparía tan ricamente. Lo llamábamos el Contemporáneo, que hubiera sido un buen nombre para un torero de los años setenta. El Contemporáneo, que se llamaba Miquel, nos animó a ir a los archivos, a leer, a investigar. Todavía conservo el carnet de la Hemeroteca Municipal de aquella época. Escribimos un trabajo de trescientas páginas sobre la historia de Pueblo Nuevo, desde la llegada de los caballeros que acompañaron a Dulce de Provenza a casarse con Ramón Berenguer III —los *provençais* que dieron el nombre a San Martín de Provençáis— hasta la crisis industrial en la que nos encontrábamos. Nos puso muy buena nota y, animados por este éxito escolar, nos presentamos en el Arxiu Historie del Poblenou, que acababa de crearse. Visitamos al arquitecto Josep María Carreras, en un piso del paseo del Triunfo, iluminado muy tenuemente, como era la costumbre de las casas un poco *hippies*, con un gran equipo de música: plato, amplificador y altavoces. Nos enseñó una caja de madera con las fotografías que había reunido, un centenar: aquello era el Arxiu Historie del Poblenou.

Es un momento mítico de nuestra adolescencia, cuando todo empezó a cambiar. Caries no ha perdido la esperanza de que nuestro trabajo escolar, que se quedó en el Arxiu Historie del Poblenou y que se extravió nadie sabe cómo, aparezca algún día. El día de nuestro encuentro, Ricard dijo que conservaba otro trabajo, del curso 1976-1977, sobre las colectivizaciones y el movimiento obrero en Cataluña. Siempre, de fondo, la inquietud de saber

quiénes éramos y qué podríamos ser. Recuerdo que para el capítulo final del trabajo sobre Pueblo Nuevo nos dedicamos a recorrer el barrio con un plano, marcando solares vacíos, edificios abandonados, fábricas y agencias de transporte. Descubrimos que Pueblo Nuevo era una gran reserva de espacio edificable. Pensábamos que cuando se construyera el barrio cambiaría a mejor. No intuíamos que los promotores y constructores habían llegado a las mismas conclusiones que nosotros y que cuando las pusieran en práctica comportarían que nuestro barrio desaparecería para siempre.

He estado hojeando el trabajo sobre las colectivizaciones. El apartado final, titulado «La crisi económica actual i l'opció col·lectivista». (La crisis económica actual y la opción colectivista) es impagable. Traduzco del catalán: «Hoy, cuando la crisis cae inevitablemente sobre la economía española, el equipo que lleva a cabo este trabajo cree que es un importante objetivo comparar la crisis actual con el estado económico producido por el alzamiento del 19 de julio. Con este fin, nuestro grupo de trabajo ha mantenido unas conversaciones con el objetivo de ofrecer una opinión de conjunto de sus miembros frente a la posible opción colectivista a la situación económica actual; de estas conversaciones han salido unas conclusiones totalmente personales que veremos en este apartado».

«Equipo de trabajo», «conversaciones con el objetivo de ofrecer una opinión»: vaya si nos influyó el Contemporáneo. Y rematábamos la faena:

«El colectivismo aspira a no quedarse solo en el terreno económico; quiere ser y es un nuevo tipo de visión del mundo y de la vida: la igualdad económica que proporciona a todos una mejora cultural y social; es el reconocimiento de que el trabajador, al salir del trabajo, no deja de ser persona, sino que precisamente es el trabajo lo que hace que sea un trabajador del mundo, una pieza única e irremplazable de un nuevo sistema colectivo, una persona responsable de su significación, un eslabón más que sirve de unión de la libertadora cadena de la Cultura en la calle, de la Política justa, de la Sociedad igualitaria, del Trabajo para un mundo sin fronteras y con toda la fuerza de la imaginación».

El 16 de noviembre de 1979 se anunciaba la quiebra de AINVA, S.A. Construcciones e Instalaciones Industriales, que acababa de presentar, en septiembre, suspensión de pagos.

14. ¡HAY QUE LUCCHAR, LUCCHAR Y LUCCHAR!

En el Hostal Castell había dos teléfonos. Uno en la cocina: un teléfono de pared sobre una máquina antigua de moler café. Era una máquina con una tolva por la que los granos se escurrían al molinillo, que los dejaba triturados en un cajón. No llegué a verla nunca en funcionamiento: se utilizaba como repisa para cartas comerciales, prospectos y algún medicamento que, por utilizarse más a menudo que otras medicinas, quedaba fuera de la farmacia. El segundo teléfono estaba en la entrada, junto al bar, y estaba reservado para los señores. Cuando alguien llamaba preguntando por un cliente, le respondíamos por el teléfono de la cocina, le preguntábamos quien era y pasábamos la llamada al segundo aparato, que quedaba en un rincón recogido, junto a la escalera que subía a las habitaciones. Ocupaba aquel pequeño espacio un objeto enigmático: un cuadro de luces y números que nunca vi en marcha, y del que, de hecho, nunca entendí cuál podría ser su función. Era una caja con un cristal negro y una serie de círculos con números correlativos. ¿Una centralita de teléfonos? ¿Para qué? Las habitaciones, que eran muy simples, no tenían teléfono. ¿Para guardar las llaves? Qué raro. La barra del bar se ensanchaba para dar cabida a un pequeño mueble con dos cajones, donde los clientes dejaban las llaves, atadas a unas bola de madera barnizadas, del tamaño de una pelota de tenis, con una goma alrededor que cubría todo su diámetro para amortiguar el golpe contra las puertas. Cuando salían a pasear, todos los clientes dejaban las llaves en los compartimientos numerados de los dos

cajones, uno por piso, y de esta manera, al llegar la noche, si los encontrábamos vacíos, sabíamos que estaba todo el mundo durmiendo y que ya se podía cerrar la puerta. Aquella caja de luces me llevaba a imaginar un pasado noble, como si el hostel hubiera sido un balneario de la *Belle Époque*, cosa evidentemente imposible.

Junto al teléfono de los clientes, había un cuartito, encajado bajo la bóveda de la escalera, y una puerta, cortada a medida, que se ajustaba a la abertura de la escalera. Lo utilizábamos como despensa. Mi madre me mandaba de cuando en cuando a buscar allí una botella de coñac Mascaré, para reponer en el bar cuando se terminaba la que había, melocotón y piña en almíbar, latas de espárragos y frascos de insecticida. Después de cenar, cuando todo el mundo salía a la terraza, a tomar el fresco bajo los tilos, dejábamos la línea conectada al teléfono de los clientes y así el que se quedaba a controlar la puerta podía oírlo desde la calle. Hacia el veinticinco de agosto el hostel empezaba a vaciarse. El día 30 o 31, en función de cómo caían los últimos días festivos del mes, se producía un gran desfile de parroquianos. Hacia el día 203 llegaban los clientes de septiembre. Los señores Fabregat, un matrimonio de Santa Coloma de Gramenet con un montón de hijos, y los señores Picó, que tenían una tienda de muebles de mimbre en la plaza del Pino, eran los más constantes. La mezcla habitual en el hostel entre los veraneantes y nuestra familia se acentuaba todavía más. Al ser pocos, comíamos todos a la misma hora, mi madre o yo mismo nos levantábamos de la mesa para poner o retirar los servicios o para servir los postres.

Es posible que las cosas no sucedieran tal como las recuerdo ahora: una llamada a las diez de la noche, quizás todavía hacía calor para estar tomando el fresco, mi madre oye el timbre, entra, responde al teléfono de los clientes, se sienta en los peldaños de la escalera que sube al primer piso, a las habitaciones de la parte antigua de la casa, donde a veces nos sentábamos para hablar, dando estirones al muelle flexible del cable telefónico. Es mi padre: AINVA está en suspensión de pagos. Es pronto para saber si se va a producir el cierre, habrá que estar atentos a lo que pasa en los días y en los meses por venir. También podría ser que no hubiera sucedido tal como lo recuerdo y que se trate de una ficción que he construido para explicar los acontecimientos que nos trastocaron la vida. Mi madre estaba acostumbrada a disimular ante todo

el mundo y, sobre todo, ante los clientes. No creo que ni los huéspedes más cercanos llegaran a saber hasta dónde llegaba su desgracia. Por su forma de ser, tan prudente, no creo que se expusiera a tener una conversación con mi padre, que estaba a punto de perder el empleo, en la abertura de la escalera: podían oírla desde la entrada y desde el primer rellano. Supongo que he construido una imagen simbólica: mi madre sentada en un escalón de la escalera de señores, frente al cuadro de mandos de una centralita de un viejo hotel con un esplendor que nunca conocimos, junto a una pequeña despensa con conservas y botellas de calidad que, llegado el caso, no nos salvarían del hambre.

No recuerdo ningún detalle del día que mi padre subió a Arbúcies de fin de semana. Mi madre nos preservaba, a mi hermano y a mí, de cualquier noticia que pensara que podía hacernos daño. Debió simular —lo debieron simular los dos— que no se trataba de nada definitivo y que todo se arreglaría. Aquel verano, en el mes de julio, mi padre cumplió cincuenta años. Animados por mi madre le compramos una cinta de casete de Antonio Machín, abrió el paquete y al ver la cara morena y grabada de Machín rompió a llorar. Era una música que lo transportaba a veinticinco o treinta años atrás, al baile *agarrao*, un jueves, bien rasurado, con su bigotito, con una chacha, mejilla contra mejilla. Y ahora, a los cincuenta años le tocaba vivir una situación nueva. Él, que siempre había plantado todos los empleos, estaba a punto de quedarse en la calle. Por todas partes estaban cerrando fábricas y talleres. En aquella época no se hablaba de parados de larga duración, pero nunca más volvió a tener un trabajo fijo.

A finales de septiembre o a principios de octubre, el límite era el Pilar, mi madre cerraba el hostel y bajaba a Barcelona donde, desde mediados de mes, mi hermano y yo habíamos empezado las clases en el colegio: mi yaya nos preparaba la comida y la cena. Era una sensación extraña para todos nosotros volver a estar juntos en Pueblo Nuevo. Los últimos días en el hostel el frío había entrado en la casa, tapados con jerséis, sin alejarnos mucho de casa, las neveras vacías, las torres de platos tapadas con sábanas viejas, los cubiertos en los cajones cubiertos con papel de periódico para que no entrara el polvo, la puerta principal tapada con unas pesadas cortinas: salíamos y entrábamos por la puerta pequeña de la sala de la tele. Todo ello contribuía a crear una

sensación de recogimiento y confort helado, tras las tribulaciones del verano. Los propietarios del hostel se presentaban uno de los últimos días para arreglar las cuentas: las mesas sin manteles, cuatro sillas encima de cada mesa, boca abajo, como acostumbraban a colocarse para fregar el suelo. Tres partes: la mitad para los propietarios, la otra mitad a repartir entre mi abuela, que cocinaba, y mi madre, que se encargaba de todo. Antes del reparto, una cierta tensión, y después una alegría moderada si los amos quedaban satisfechos (las últimas temporadas se ganaba muy poco dinero, la alegría dio paso a la preocupación por la continuidad del negocio). No sé cómo debió resultar aquel año.

Es posible que mi madre, siempre tan previsora, hubiera ya separado unos ahorros para hacer frente a la situación que se avecinaba. «*Se masca la tragedia*» decía a veces, con una voz de ultratumba, pero en broma. Y ella misma respondía: «*aquí no se masca nada*». Debía ser un chiste de algún programa de radio o de alguna película de su juventud.

Mi madre y mi abuela tenían una relación muy distinta con el dinero. Mi abuela se desvivía para que los clientes estuvieran contentos. En cuatro días habría arruinado el hostel a base de exquisiteces, dobles raciones y platos de lionesas los domingos, que se añadían como obsequio de la casa a los postres que seleccionaban los parroquianos. Tenía una necesidad apremiante de sentirse querida. Mi madre tenía una capacidad extraordinaria para las cuentas, para ingresos y gastos, que a medida que el trabajo fue menguando le permitió sostener el negocio. Sin sus buenos oficios, el Hostel Castell habría cerrado mucho antes. Mi abuela vivía la felicidad que proporciona hacer todo lo posible para no tener que preocuparte por nada. Todos los días se tomaba dos o tres aspirinas y bajo su acción vasodilatadora trajinaba incansable, la piel de los brazos blanquecina, con unas manchas oscuras, como marcas de nacimiento, de las quemaduras de las enormes cazuelas. A todas horas iba pregonando que, al llegar el invierno, se gastaría el dinero en taxis. Era una mujer gruesa y tenía las piernas surcadas de varices. La recuerdo con un abrigo negro, con el cuello de piel, saliendo del taxi y llamando a la puerta de la casa de Pueblo Nuevo, que se abría aún con una cuerda. Mi madre recolectaba: tenía incorporado el sentido del ahorro. Debí adquirirlo cuando se encontró más de una vez sin dinero, al poco de casarse. Yo era el hijo

mayor y me mandaba a comprar a las tiendas, y a veces a pagar —un mes de carne, entero, a Carmeta de ca l’Arimany, o un mes entero de embutidos y fiambres a Carmeta del Sorrall— y también a ingresar el dinero que, en los cambios de turno —quince de julio, finales de julio, quince de agosto— se había acumulado. Recuerdo una vez que ingresé en la oficina de «la Caixa» de la carretera un millón de pesetas en billetes, que en el año setenta y siete o setenta y ocho era una cantidad respetable. Tenía que pagar a las camareras, a los viajantes, a las dos carmetas, la verdura de can Nadal, y finalmente repartir con los propietarios. Le salían las cuentas. «Y además, mantenidos tres meses», pensaba y a veces decía mi madre, orgullosamente.

Ya en Barcelona no pudimos seguir inhibiéndonos de los problemas laborales de mi padre. «¡Hay que luchar, luchar y luchar!», recuerdo que dijo una noche. Eran unas palabras tan ajenas a su manera de pensar y de proceder que se veía claramente que las había oído en boca de otro y que las repetía como un loro. Las decía cabizbajo, como si se avergonzara. Con una vehemencia impostada, muy distinta de cuando defendía sus ideas sobre cualquier tema. «No vocees», le frenaba siempre mi madre. No consigo imaginármelo en una asamblea. Había empezado a trabajar en una época en que los obreros no tenían ningún derecho. Si el oficial era bueno, al patrón no le quedaba más remedio que aguantarle los desplantes. Si además de ser un buen oficial, tenía carácter, se hacía respetar y sacaba partido de los sacrificios, los sobreesfuerzos y los pequeños favores. Hacerse perdonar las ausencias, cuando se producían. Si el propietario y el empleado chocaban frontalmente, el trabajador pedía la cuenta y se largaba con un portazo. A un oficial de primera no le costaba encontrar trabajo. Todo esto perdía sentido si se trabajaba en una gran empresa en la que nadie conocía al patrón. Era el territorio de los *jefes de equipo* a los que mi padre aludía de cuando en cuando, con un recuerdo para sus madres, que imponían la ley, mientras los trabajadores vivían precariamente, sometidos a dinámicas de grupo que no entendían.

Hasta ahora, que he podido recuperar la fotografía de unos obreros manifestándose contra el cierre de AINVA, en otoño de 1979, no había oído hablar de los que supongo que eran sus propietarios, compradores o liquidadores: los hermanos García-

Munté: su nombre está escrito en la pancarta. En la actualidad, García Munté Energía es una multinacional de la minería, líder en la distribución de combustibles sólidos en España, Portugal y Marruecos. No reconozco a ninguno de los amigos de mi padre: debían trabajar en el taller. Los



La chaquetilla de Julián Guillamón Puerto.

trabajadores del taller y los trabajadores de los montajes (que se consideraban la aristocracia de la metalurgia) vivían en mundos separados. En la fotografía, los trabajadores de AINVA van vestidos de calle: sobre la camisa llevan la ropa de faena azul, la *chaquetilla*, como la llamaba mi padre. Vestía siempre *chaquetillas* viejas. Cuando le entregaban una de estreno, que a veces llevaba el nombre de AINVA S. A. bordado con hilo rojo, la reservaba. Nunca vi que las utilizara, en casa o en el hostel, para realizar alguna reparación, una *chapuza*, como él decía. Llevar aquella chaquetilla con el bordado en el pecho era como ir marcado. Y, a pesar de todo, no se desprendió de ella y la conservó, como nueva. Cuando vacié el piso de mi padre la guardé para mí y alguna vez me la pongo para ver qué pinta tengo como metalúrgico en edad de ser despedido sin ningún miramiento.

Me ha sorprendido descubrir, en el *Diccionari del Moviment Obrer als Paisos Catalans* de María Teresa Martínez de Sas, la existencia de Daniel Díaz Pérez, el Cubanito, calderero, comunista, despedido de la empresa AINVA en 1970 por razones sindicales. En 1971, a raíz de la huelga de la Maquinista Terrestre y Marítima los encarcelaron, a él y a su esposa, Montserrat Milá Estrada. Este Daniel Díaz Pérez debió pasar junto a mi padre sin que mi padre se enterara o quisiera enterarse de nada. Nació en 1945, era dieciséis años más joven y formaba parte de otra generación, más comprometida y politizada.



Trabajadores de AINVA amenazados con el despido, en otoño de 1979.

Durante más de veinticinco años, Feliciano Baratech publicó en el diario *La Vanguardia* la sección *Sismograma económico*, con informaciones comentadas de inversiones, balances, reestructuraciones, reuniones de juntas de accionistas e inspecciones de Hacienda. En 1979 todos los días publicaba noticias de empresas en bancarrota a causa de la crisis. El 18 de noviembre dio la noticia del cierre de AINVA:

«Larga procesión de percances mercantiles en las dependencias judiciales barcelonesas. El de mayor volumen corresponde a una quiebra voluntaria, instada por AINVA, S. A., taller de calderería e instalaciones térmicas de vapor sito en la Zona Franca, que declara 551 millones de pasivo, frente a un activo cifrado en 225 millones. Hace pocas semanas, concretamente a principios de septiembre, esta misma empresa se declaró en suspensión de pagos; en tal oportunidad, como es lógico, la masa deudora que aparecía en sus libros —164 millones— resultaba inferior al activo patrimonial, que se valoraba en 389 millones. Ahora, con motivo de la quiebra, los datos aparecen invertidos, y las deudas superan al activo en más de trescientos millones».

Ramón Aymerich, jefe de economía de *La Vanguardia*, me ha ayudado a interpretar el comentario de Baratech. En los años 70 y 80 las empresas utilizaban el recurso de la suspensión de pagos (el equivalente al actual

concurso de acreedores) para salir del paso. Generalmente el negocio estaba acabado y la empresa en quiebra. Las deudas eran con Hacienda, con la Seguridad Social y con algunos proveedores. Mientras no les cortaban el suministro de materias primas y mientras cada final de mes pudieran ir pagando a los trabajadores iban tirando y prolongaban la agonía. Presentaban los libros al juzgado, más o menos manipulados y el juez hacía la vista gorda. «El comentario de Baratech quiere decir: esta empresa que hace cuatro días tenía tantos activos, ahora resulta que tiene la mitad y vas que chutas... Por eso utilizó ese tono sarcástico: *algunos empresarios... ya se sabe*».



He entrado en Google Maps para ver qué pasó con las naves de AINVA, en la calle B, sector B de la Zona Franca. Había acompañado allí a mi madre a cobrar, en el autobús 109. En los planos que se conservan en el Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona se ve la pared de piedras encajadas unas con otras, con dos mástiles para colgar las banderas, y un segundo cuerpo del edificio con una celosía: la entrada de las oficinas. En las fotografías de Google Maps se ve la pared de piedras y la celosía. Las naves ya no existen. Han pasado cuarenta años y en el solar que ocupaba AINVA no se ha construido nada.

AINVA S.A. Google Maps, agosto de 2015. Mi padre ya no era un hombre joven, aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo. Practicaba gimnasia en el patio y en lugar de levantar pesas (en aquella época, fuera de los gimnasios era difícil encontrar material deportivo profesional), levantaba, agarrándola por las asas, una bombona de butano. La levantaba cincuenta o sesenta veces, entre grandes soplidos. Alargaba los brazos y mantenía la botella unos segundos sobre la cabeza, a fuerza de bíceps. Parecía un forzudo de feria o uno de aquellos faquires que pasaban por

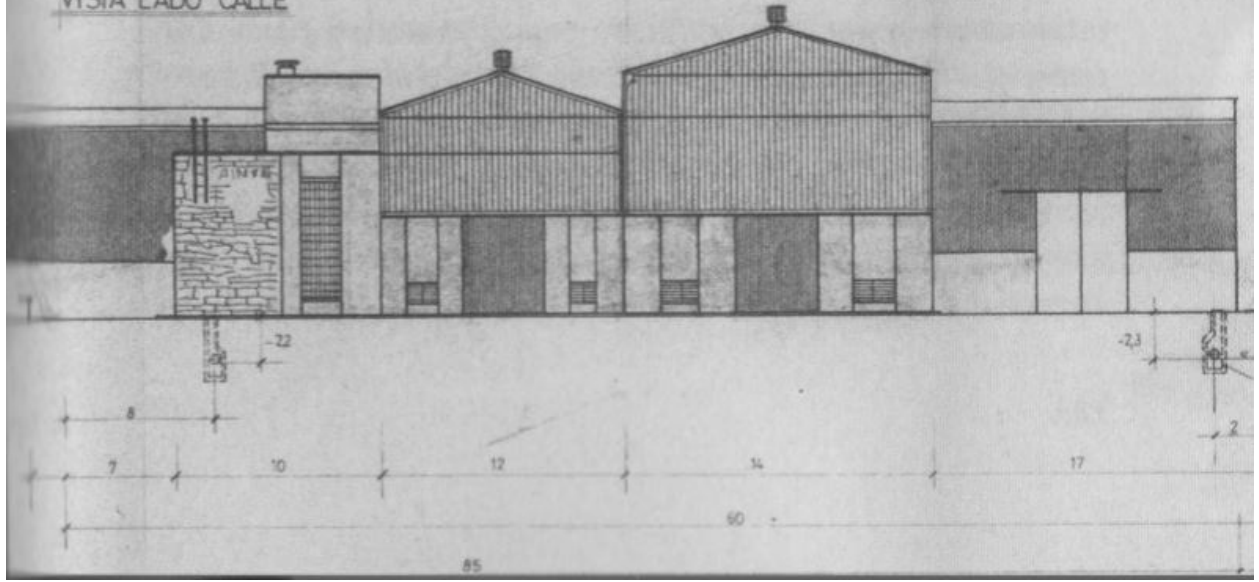
los pueblos. Una vez, en Arbúcies, levantó a la tía Enriqueta y a mi madre, sentadas una en cada brazo. Se arremangaba la manguita del polo que llevaba, de marca desconocida, marcaba el bíceps, y se lo dejaba tocar a la tía: «Acero puro». Mi madre no le hacía mucho caso y él no la invitaba a tocarle la bola de músculo. En esa época, hacia 1979, no sé de dónde la sacaría, consiguió una cuerda de saltar profesional, de boxeo. Retiraba los cables de tender la ropa y la iba pasando con uno u otro pie, como un boxeador en activo. «Voy a saltar trescientas veces a la comba». Después se golpeaba con fuerza en los cuádriceps y gritaba: «¡Piernas de atleta!». Fue entonces cuando recuperó muchas de sus aficiones de juventud: «saltar a la comba», como había aprendido en el Club de Boxeo Pueblo Nuevo, la gimnasia sueca y los toros. Pero al mismo tiempo empezó a abandonarse.

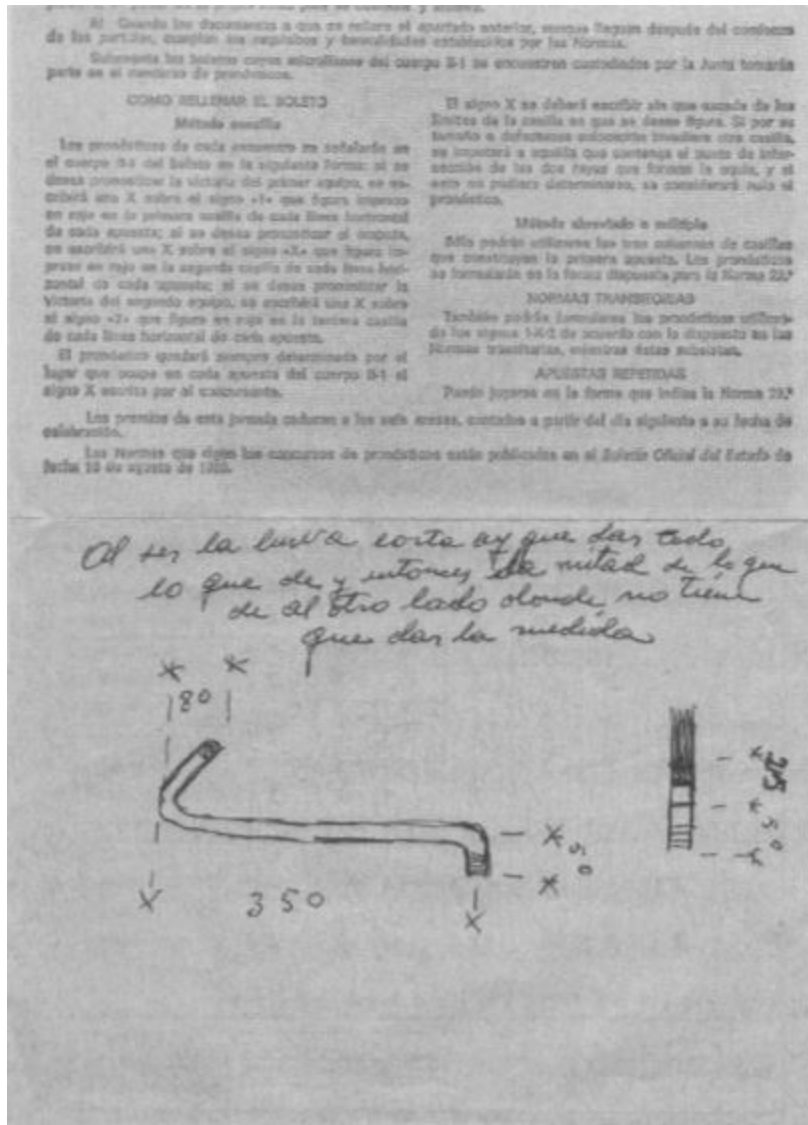
En un cuento del libro *Mil cretins (Mil cretinós)*, «L'arribada de la primavera». («La llegada de la primavera»), Quim Monzó traza un retrato de su padre, Ramón Monzó, trabajador del ramo del agua. Cada vez que el médico le daba la baja lo iba pregonando orgulloso. Era un triunfo y la demostración de una gran habilidad para moverse por la vida. Mi padre era el mismo tipo de obrero.

Tras la quiebra de AINVA, cobró por primera vez el paro. La Ley 62/1961, de 22 de julio, había implantado el Seguro Nacional de Desempleo. El primer artículo establecía que:

«El Seguro de Desempleo se establece en beneficio de quienes pudiendo y queriendo trabajar pierden su ocupación, por cuenta ajena, y con ella su salario. El Seguro no se extiende a quienes cesan voluntariamente o por despido imputable a ellos».

VISTA LADO CALLE





Trazado de un tubo en doble curva en un boleto del Patronato de Apuestas Mutuas Deportivo Benéficas (1X2).

Entre julio de 1961 y diciembre de 1966, cuando entró en AINVA, cambió nueve veces de empleo. *Plegaba* (se despedía) y a los cuatro o cinco meses ya estaba trabajando de nuevo. Mi padre se largaba de los talleres a la brava: «cesaba voluntariamente» y por esta razón no tenía derecho al paro. Por ejemplo: entre el 5 de mayo de 1963 cuando *plegó* de Varaco S.A. y el 11 de noviembre, fecha del contrato con el taller de Augusto Duran, se pasó seis meses sin trabajo. Yo no había cumplido aún mi primer año. Para mi madre, con un bebé, y con los precedentes que había, la situación debió ser muy

angustiante.

En noviembre de 1979 lo despidieron de AINVA y tenía derecho al subsidio de paro. Un año después, el 8 de octubre de 1980, se aprobó la Ley 51/1980 Básica de Empleo, que establecía que se podía cobrar un máximo de dieciocho meses de paro, en tres tramos del 80%, el 70% y el 60% del sueldo. Aquí empezó el drama. Para mi padre, estar en el paro era un mal menor. Ya no tenía edad de ir por los montajes a pasar frío. Se quedaba en casa, sentado en el sofá, se ponía las gafas de coser de mi madre —mejor llevar las gafas de mujer que ir a la óptica— y rellenaba las quinielas que nos convertirían en millonarios. Pasaba muchas horas de esta guisa, estudiando partidos y lesionados, y pensando en combinaciones con variantes (la posibilidad de utilizar un doble o un triple en un partido de resultado incierto: Barcelona C. F. - Valencia C. F., X2 o 1X2). Cuando no rellenaba quinielas utilizaba los boletos (una de las caras de las tres hojitas estaba en blanco) para tomar notas o para resolver un problema de trazado. Conservo varias de estas quinielas.

«Al ser la curva corta ay que dar todo lo que de y entonces la mitad de lo que de al otro lado donde no tiene que dar la medida».

Así tenía la sensación de que trabajaba.

Para mi madre aquello representaba un sufrimiento. Las semanas pasaban, con la amenaza de reducción del paro. Si no encontraba trabajo, y no lo buscaba, el paro acabaría y nos encontraríamos sin ningún ingreso. Mi padre fue feliz cuando le aprobaron una «prestación complementaria de desempleo», a pesar de que conllevaba una nueva reducción del sueldo. «Tengo la complementaria», presumía en casa de sus tíos Manuel y Enriqueta, satisfecho: se presentaba en su casa, algunos mediodías, y se quedaba allí de tertulia mientras la tía preparaba la comida. Los hijos de los tíos tenían todos buenos trabajos y no comprendían la actitud de mi padre.

He podido acceder a los datos de cotización de la Seguridad Social. De 1979 a 1998, cuando se jubiló, es una serie interminable de trabajos de corta duración, en empresas que lo subcontrataban, seguidos de temporadas más o menos largas en el paro y de otras temporadas, cortas, de baja. Lo convirtió en un sistema. No digo que no trabajara. Pero, como dice Monzó cuando habla de su padre, «¿a quién le interesa perder la vida, día tras día, entre las paredes de una fábrica?».

Entre los papeles de mi padre he encontrado muchos documentos relacionados con el trabajo. Muchas hojas de horas de AINVA, en blanco; tal vez se las llevaba para escribir en ellas o para trazar y después no se atrevía a hacerlo: le pasaba lo mismo que con la *chaquetilla*. Tengo también las libretas en las que anotaba las horas trabajadas, con el nombre de las fábricas en las que estuvo de montaje, que recuerdo haber oído en casa cuando era pequeño. Por ejemplo, de los laboratorios Merck de Mollet del Valles, la semana del 15 al 21 de octubre de 1971, anotó 48 horas y 10 horas extras: todavía se trabajaba los sábados hasta el mediodía. Hay que añadir dos horas diarias de viajes: pasaba fuera de casa doce horas al día. Era una vida dura, pero bien retribuida, que no iba a volver. Conservo una agenda de la Unión Sindical Obrera de 1978. En el interior se reproduce una fotografía de Pablo Iglesias, fundador del PSOE, con gorra, enfrascado en la lectura del periódico *El socialista*. Mi padre anotó en ella los pasos que tenía que dar para cobrar y lo que tenía que hacer para no perder el paro. «Si está la nómina en su poder del Instituto de la Seguridad Social es posible que cobremos el paro sobre el día 3 de enero de 1980 y, en su defecto, un anticipo. El paro nos empieza a correr desde el 2 de noviembre de 1979».

He visto que el 14 de mayo de 1986 firmó un contrato, en principio de larga duración, con la empresa JORFRA S.A.

«Año 1986. La complementaria que estaba cobrando, al encontrar un puesto de trabajo y reunir el tiempo de 12 meses trabajados, entonces me puedo acoger a los 6 meses y olvidarme de tal complementaria. Si una vez acabados estos 6 meses no encuentro trabajo puedo volver a reanudar una nueva complementaria de 18 meses».

En los años ochenta siguió utilizando libretas para apuntar las horas que trabajaba. Pero muchas veces, en lugar de las horas, se encuentran pequeñas anotaciones que transmiten la angustia de no tener empleo. «Mes de octubre año 1988. De lunes 25 al domingo 30. Con la demanda de empleo, esperando trabajo». Y a continuación, como una letanía: «De momento parado, esperando trabajo»; «Sin trabajo, buscando trabajo»; «Museo Marés» (entró a montar el aire acondicionado del museo, subcontratado en una empresa llamada Gas Clima). «*Plegamos* por la tarde. Semana Santa».

En un sobre guardó las cartas de final de obra de aquellos años. «Por la

presente le preavisamos que el próximo día 30.11.81 finaliza el contrato de trabajo suscrito con Vd.». «Sentimos mucho comunicarle que con motivo de la terminación de los trabajos de su especialidad en la obra de reparación para la que fue usted contratado, nos vemos obligados a dar por extinguido su contrato de trabajo». «El sr. Julián Guillamón Puerto ha causado baja en esta empresa por finalización de obra». «Ha trabajado en esta empresa del 13 de julio de 1983 al 9 de septiembre de 1983, en que causó baja por finalizar el contrato de trabajo». «Por la presente le comunicamos que no habiendo superado satisfactoriamente el periodo de prueba al que ha sido sometido, se le da por rescindido el contrato laboral vigente por ambas partes». «Ponemos en su conocimiento la no renovación del contrato de trabajo cuya terminación cumple el día 17 del corriente mes de abril, quedando a partir de este momento rescindida su relación laboral con esta Empresa». «D. Julián Guillamón Puerto, prestó sus Servicios a esta Empresa en calidad de oficial de 1ª soldador, desde el 14 de Mayo de 1986 al 1 de agosto de 1988, en que causó baja voluntariamente habiendo tenido una conducta intachable», (aquel año la Fiesta Mayor de Toga se celebró el 7 de agosto y no se la perdió). «Ponemos en su conocimiento que, con fecha 31-8-88, finaliza la obra objeto de su Contratación de Trabajo, causando baja en esta empresa, a todos los efectos».

«Recibí el original: Fdo: Julián Guillamón».

Me resulta extraño leer estos papeles y pensar que me mantuve al margen de este dolor. Si mi padre lo compartió con mi madre no me llegó o hice lo posible para que no me llegara. Veía a mi padre repantingado en el sofá, perezoso, indiferente, vencido. El hombre que hacía girar al mundo con su danza, tomaba el camino declinante de las obsesiones.

15. LA NUCLEAR DE ASCÓ

«REACTOR NUCLEAR. Instalación en la que se realiza la desintegración en cadena de los átomos de un elemento, por ejemplo el uranio.

El proceso se inicia a partir de un neutrón libre, que, como un proyectil, choca contra el núcleo del átomo y lo desintegra en dos o más fragmentos. Así se producen otros tantos núcleos más ligeros y una emisión de neutrones libres que a su vez actúan como proyectiles capaces de provocar la fisión de nuevos átomos.

La fisión de uranio produce gran cantidad de calor dentro del reactor, que se utiliza para la producción de energía eléctrica, para mover enormes submarinos, etc».

Consultor. Ciencias naturales. Nivel 6. Educación General Básica. Segunda Etapa. Madrid: Editorial Santillana, 1972.

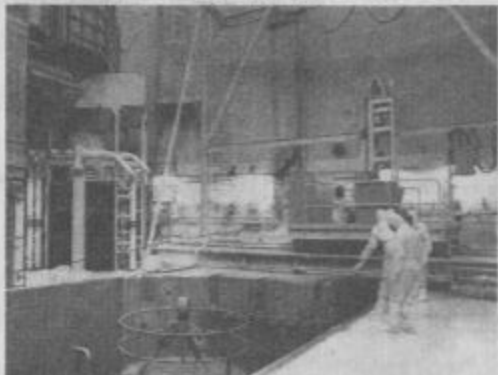
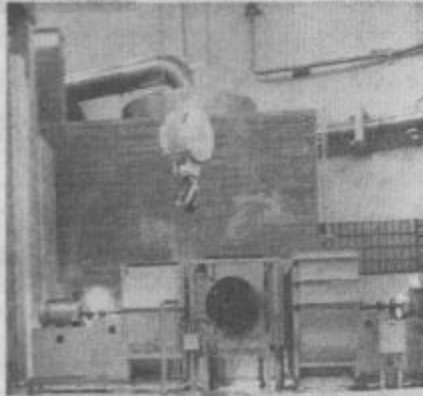
El «corazón» de Ascó, en imágenes



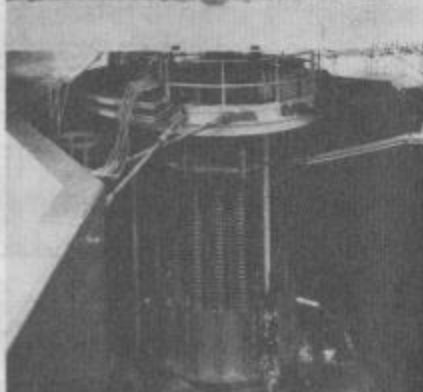
Este es el «cerebro» de la planta nuclear: la sala de mandos. Se reflejan circuitos electrónicos, líneas que se conectan y se apagan; indicadores «verdes y rojos»; palancas y mandos que al pulsarlos nos aproximan a los niveles superiores de las piletas de combustible. También se ve la sala de control equipada con un sistema de gestión para capturar errores.



Esta gruesa compuerta separa y aísla la sala del reactor del resto de las instalaciones de la planta. Quienes penetran al núcleo de protección —dentro está el reactor— llevan que vestimenta obligatoria: traje más que traje especial como los que pueden verse en esta fotografía y que fueron utilizados por los periodistas de «La Vanguardia» que visitaron Ascó.



Los tubos que aparecen en la parte inferior de esta fotografía sostienen las barras de cadmio que absorben el exceso de neutrones liberados en la fisión nuclear. Detrás se encuentra el núcleo reactivo. La Viga que está encima de estos tubos, justo en la mitad de la foto, es una línea de control. Las decisiones de la central se toman que siempre preparan en copias de trabajo que se producen. Mejor así que hacer luego cuentas de memoria.



En esta sala y a los pies de los reactores de «La Vanguardia» se encuentra el reactor auxiliar con el que se introduce en su interior. (Foto José Benito y Santiago Fernández)

La central nuclear de Ascó lista para entrar en funcionamiento, en La Vanguardia del 23 de agosto de 1982.

Entre noviembre de 1979 y marzo de 1981, mi padre pasó quince meses en paro: agotó prácticamente el tiempo que le correspondía. Fue un periodo terrible, que ha condicionado el recuerdo que me ha quedado de aquellos años. El 3 de marzo de 1981, cuando solo le quedaban tres meses de subsidio, encontró trabajo en una empresa de L'Hospitalet de Llobregat, Constructora Pirenaica, S.A., C.O.P.I.S.A., que prestaba sus servicios en la nuclear de Aseó. Por qué una empresa del l'Hospitalet se llamaba pirenaica es un misterio de la vida. Es como cuando, en sus novelas satíricas sobre el mundo político y económico de los años noventa, Baltasar Porcel cambiaba el nombre de «la Caixa» y la llamaba Banca del Llobregat.

Aquel empleo representó una liberación. Para mi padre fue la oportunidad de volver a sentirse útil y vivir en el ambiente que prefería: los montajes. Para mi madre, la tranquilidad económica después de muchos meses de dejadez y de ir tirando sin expectativas. Para mi hermano y para mí, un alivio total. Del 25 de mayo al 30 de noviembre de 1981 la Seguridad Social le reconoció 190 días trabajados. Del 1 de diciembre de 1981 al 31 de mayo de 1982, 182. Fueron 372 días sin ver a mi padre en casa. No debía ser ninguna bicocha vivir en una fonda en Aseó, en Flix o en Riba-roja, salir de buena mañana en un autocar o en un coche de empresa y pasarse el día trabajando a las órdenes de un *jefe de equipo* y de unos ingenieros invisibles. Al anochecer, otra vez a la fonda (mi padre no podía hacer *afterworks*), a cenar y a dormir. Yo había entrado en la universidad en septiembre de 1979. Con catorce o quince años había vivido los movimientos alternativos del antifranquismo y del posfranquismo. Pero no recuerdo que en ningún momento pegase en ninguna carpeta aquel adhesivo famoso de *¿Nuclear? No, gracias*. Y si alguna vez lo pegué debí despegarlo enseguida. *¿Nuclear? Por favor, ¡sí!*

Mi padre se quejaba siempre de que, cuando estábamos en Arbúcies, subía de Barcelona los viernes por la tarde en el coche de línea, después de toda la semana trabajando, y que mi hermano y yo, en lugar de ir a recibirle, nos escondíamos. Fa vida del hostel, hasta que empezamos a ayudar retirando servicios de las mesas, subiendo las maletas de los clientes desde la parada de la Hispano Hilariense y llevándolas a las habitaciones, comprando en las tiendas u ocupándonos del bar, se componía de rutinas tranquilas. Cualquier cosa que rompiera aquellas rutinas nos incomodaba. Cuando empezamos a

trabajar en el hostel, sentíamos la ansiedad de no poder aprovechar las pocas horas libres que nos quedaban, nos fastidiaba que llegaran personas de visita y que nos viéramos obligados a permanecer en la mesa, con mi abuela y con mi madre, después de terminar el trabajo del comedor. Éramos igual de desaboridos con otros que nos visitaban. Pero eso quería decir que tratábamos a mi padre como a una visita.

A los diecisiete años sientes la necesidad de olvidarte de tus padres y de sus problemas. No había sido un niño mimado, en los parámetros de lo que han sido, veinte años después, los niños mimados. Ante la situación en casa podías sentir un exceso de responsabilidad y pensar que dependía de ti que las cosas salieran adelante, o bien experimentar una necesidad de afirmación personal y reclamar que lo que estaba pasando no tenía nada que ver contigo y que estabas en el derecho de ser tú mismo. A mi madre no le pasó por la cabeza que dejara de estudiar por el hecho que mi padre hubiera perdido el empleo. O que acabara los estudios de secundaria en el sistema público: en un instituto. Seguramente no hubiera habido grandes diferencias, otros compañeros del colegio Voramar estudiaron allí. Para mi madre una de las cosas terribles de los institutos de bachillerato era que se fumaban porros. Se debía imaginar el Instituto Ausiás March rodeado de una humareda espesa. «¡Grifa! ¡Grifotas!», habría dicho mi padre, dándoselas de entendido. Tenía la virtud de dar un aire antiguo e inconveniente a las mismas preocupaciones de mi madre. Gritaba más, pero la inquietud le duraba menos y pronto pasaba a alguna otra cosa.

Las ganancias del hostel justificaban que, en lugar de ponernos a trabajar, pudiéramos continuar estudiando en colegios privados y cursar una carrera en la universidad. Cuando mi abuela enfermó, mi madre pasó a ocuparse también de la cocina. Al morir mi abuela en 1984, el reparto cambió: mitad para los propietarios, mitad para mi madre. Seguía siendo un reparto injusto, pero permitía llegar hasta donde no llegaba el sueldo intermitente de mi padre.

¿Por qué acabé en el Colegio Res Nostra? Era una academia en un piso, en la calle de Santa Anna, frente al portal que da entrada al patio, con la cruz de término —la llamaban *el Cristo de los porros*, nada menos—, la iglesia y el monasterio. El director, que se llamaba Molina y que solo hablaba en castellano, era un tipo muy orgulloso de sí mismo, especialista en santo Tomás

de Aquino. El profesor de historia, que se llamaba Travé, era un hombrecito vociferante y arbitrario: cuando se sentaba en el taburete, a dictar las clases, los pies no le llegaban al suelo. Presumía de ser muy buen esquiador: uno de los momentos culminantes del curso escolar era la semana blanca. Todo tenía un aire de grandeza: hablaban siempre de comprar el aparcamiento que daba a la callecita de Beltrellans para construir una piscina. La profesora de literatura, Lelia Cisternas, era una chilena, casada con José Miguel Mínguez Sender, sobrino del escritor Ramón J. Sender y, mira tú por dónde, uno de los autores de la colección «SI-NO». A algunos alumnos seleccionados nos invitaba a su casa, en Gracia, en la calle Santa Rosa, a cenar y charlar, y procuraba que nos integrásemos en las revistas y en los proyectos editoriales de su marido. Yo quería estudiar Historia y cambié a Filología a causa de Lelia, y porque me enamoré de una chica que igual que yo, era nueva en el Res Nostra y que tenía pensado estudiar Filología Hispánica. Siguiendo a la chica me olvidé de la Historia. Frecuentaban el colegio Res Nostra chicos y chicas de Pueblo Nuevo. Del Colegio de la Asunción de Nuestra Señora —las monjas de la Rambla— y, a partir de aquel año, del Voramar. Ninguna de las dos escuelas del barrio ofrecía el curso preuniversitario. Fui sin mis amigos, tal vez porque tenía ganas de romper con lo que había sido hasta entonces mi vida. Cris también llegó sin amigas, forzada seguramente por sus padres, que tampoco querían que estudiara en el instituto.

Hasta hoy no hemos sido conscientes de hasta qué punto nuestras historias eran parecidas. Su padre, Antonio Pueyo, tenía una pequeña empresa de construcciones, heredó el negocio del abuelo, un aragonés de Alcañiz. Le hubiera gustado ser aparejador, en lugar de albañil, pero suspendió el latín en el bachillerato. Quizás a su padre le convenía que suspendiese. Mientras su gran amigo —un Joan Jovani, de la familia Jovani de Pueblo Nuevo, italianos catalanizados desde varias generaciones— había ganado dinero, el señor Pueyo vivía modestamente. Con la crisis de los ochenta la empresa iba cada vez peor, con el problema añadido de los trabajadores que tenía contratados de hacía muchos años, de los que se sentía responsable, como un padre de familia andaluz con muchos hijos. Me ha emocionado descubrir que en los años ochenta y seis u ochenta y siete Cris pasaba dinero a su padre, de asuntos raros en los que andaba metida, para tapar los agujeros de la empresa.

Carmen, su madre, no lo supo nunca. Nuestros padres se conocieron en una especie de espectáculo que montó la profesora de literatura. Yo salía con la guitarra y cantaba «Hasta siempre comandante» de Carlos Puebla, una elegía al Che (idea de Lelia: yo no sabía ni que existiera esta canción). Nuestros padres, que sabían que estábamos saliendo, se saludaron como consuegros. Mi madre, agotada de mi padre, admiraba a los hombres juiciosos y quedó enamorada del señor Antonio, tan alto y aplomado. Sin embargo, los hijos estábamos por otras cosas y tardamos años en subir uno al piso de los padres del otro. Yo tardé aún más que Cris.



Cotlliure, 1982.

En la vida, durante ciertos años, a medida que tus padres se acercan a los sesenta y tú andas en los veinte, lo único que quieres es que se encuentren bien y que no molesten mucho. Mientras, tú te dedicas a estudiar, lees, conoces gente, sales, vas de viaje, te separas de la primera novia, tienes líos, e intentas escribir sobre lo que te pasa. Empiezas a ver tu vida de niño y de adolescente desde una cierta perspectiva, porque ya no es tu vida. Has terminado los estudios y tienes tu primer trabajo. Tu madre piensa que deberías entregarle el sueldo, pero no se atreve a decírtelo, porque entiende que no es como cuando ella iba a repartir ropa de la modista o leche de la vaquería. Además, te has

pasado un montón de años —quejándote mucho, todo hay que decirlo— trabajando de camarero en el hostel, apoyándola para que pudiese sacar adelante el negocio y para pagarte la carrera. Aunque, en realidad, nunca te obligó a pagarte los estudios: todo lo que ganabas era para ti. La crisis de los ochenta, la segunda crisis del petróleo, que llevó a AINVA al cierre y que provocó que Construcciones Pueyo terminara de cualquier manera, nos dejó la idea de que nos teníamos que espabilar. Yo estaba obsesionado con las matrículas de honor y fui un universitario competitivo, orgulloso e insolidario, que solo pensaba en sacar dieces para ahorrarme los derechos de matrícula que pagaba mi madre con el dinero que ganaba en el hostel. Pensaba que me quedaría de profesor y que seguiría la carrera universitaria. Pero enseguida encontramos un trabajo y dejamos atrás la universidad. Yo en la radio y en los periódicos. Cris no fue nunca profesora y entró como secretaria de dirección en diferentes empresas, donde era siempre la más guapa. Tenía la vida fuera del trabajo. La primera colocación le llegó a través de la recomendación de un vecino del rellano, que trabajaba en una empresa de transportes. No era fácil salir de este primer camino, aunque algunos lo conseguían. En una época disparatada en Barcelona, en que nuestros amigos se lanzaban a grandes aventuras —negocios propios, despachos con empleados y ayudantes—, nosotros apenas cambiamos de sitio. Hemos sido como las pequeñas hormiguitas de San Juan de la canción infantil catalana, que van susurrando por el camino. Con la diferencia de que nunca nos ha gustado ir en fila detrás de nadie. Las circunstancias familiares nos obligaron a ser prudentes. Me fascina cuando escucho a gente que cuenta que los padres les han pagado un piso o les han comprado un coche. No pasaría mucho tiempo antes de que fuéramos nosotros los que veláramos para que nuestros padres no se encontraran en la calle.

A principios de los años ochenta este momento todavía no había llegado. Yo ya no iba a trabajar en el hostel en verano y, si mi padre tenía un montaje y se pasaba toda la semana por ahí, el piso quedaba para nosotros. Escribía en la mesa redonda del comedor. A veces salíamos al patio a regar las plantas con una manguera. Teníamos una cama de matrimonio, en una habitación soleada. Yo cocinaba mientras oíamos los golpes de las pelotas de trinquete del Bar Victoriano. La cocina daba al patio: en la pared del fondo había una

ventanita que era uno de los respiradores del trinquete. Salíamos a Barcelona y lo pasábamos muy bien. Regresábamos a casa, poníamos música, bebíamos. Barríamos y fregábamos el suelo mientras escuchábamos los discos que nos gustaban y era todo muy divertido. Cuando mi madre regresaba en el mes de octubre el piso franco era el de Gracia, el piso de mi abuela, aún por reformar. Teníamos una estufa, con una pantalla metálica, como si fuera una antena parabólica, con una resistencia en el centro, que daba una luz dorada, preciosa, y un cubrecama modernista, de seda roja, procedente del piso de la tía Felisa, en el Mercado de Santa Caterina, que tapaba la cama de caoba, cargada de mantas que no cabían en los armarios. Ahora Cris trabajaba al lado de casa, en la tienda Habitat de la Diagonal. Nos habíamos separado y vuelto a encontrar. Al principio como simples amigos, nos veíamos una vez por semana. Pasaba a recogerla cuando salía del trabajo y subíamos al piso. O acudíamos después de cenar, y después aún nos quedaban ganas de ir a tomar una copa de cerveza bien fría en el Sisisí, en la Diagonal, uno de los primeros bares modernos, en la llamada Casa de la Bola. Nos gustaba porque era relativamente nuevo y ya estaba en decadencia, y podíamos estar solos en una barra larguísima, de madera de cerezo, con unas lámparas colgadas del techo con unas grandes pantallas de pergamino que difundían una luz acogedora. La cerveza la servían muy fría, en una copa de globo, helada de la nevera. Tomábamos un taxi y regresábamos a Pueblo Nuevo. Cris a la calle Lope de Vega, frente al ambulatorio y a los pisos que Martorell y Bohigas construyeron para los trabajadores de Metales y Platerías Ribera, que el padre de un compañero de Voramar, Antonio Espuña, químico de las cucharas, decía que eran «cajas de mistos» (cerillas): con lo que nos hubiera gustado a nosotros vivir allí. El taxi se detenía en la esquina de Pallars con Lope de Vega. Yo seguía, a veces a pie, hacia la calle Luchana.



El edificio Pallars, de Bohigas-Martorell (1958-1959).

Me había matriculado en Filología, entre otras cosas, porque quería ser escritor, trabajé como periodista y ahora volvía a ser escritor. En la barra desierta del bar Sisisí explicaba a Cris algunos textos que se me ocurrían. Ella también era de Pueblo Nuevo, de abuelos emigrantes de Aragón, Galicia y Cartagena. Frente a la casa donde vivía con sus padres, recuerdo el solar de la Cooperativa del Taxi, con montones de chatarra. Más allá, la Diagonal, interrumpida por construcciones de todo tipo. Por la parte trasera, encarada a la calle Bilbao, el piso de sus padres tenía la vista tapada por una fábrica, y el balconcito de la habitación de adolescente que compartía con su hermana Laura quedaba a unos metros de la pared. Fue un acontecimiento cuando, después de muchos años, la derribaron y, detrás, apareció el barrio. El colegio de las monjas estaba delante de la fábrica de cucharas, que funcionaba a todo gas en los años en los que estudió allí. Nos entendíamos.

Una noche, en el Sisisí, nos encontramos con el poeta Albert Roig y bebimos un montón. Cuando salimos, para ir al piso de la calle Neptú, en el cruce de la Diagonal con el paseo de Gracia, tuve una epifanía. Pensé que el obelisco del monumento de la Victoria era la pieza central de una prensa

hidráulica (yo no sabía exactamente cómo era un prensa hidráulica ni cómo funcionaba, pero lo imaginé a mi aire; mal, por cierto). Y como todo se movía, porque estábamos bastante beodos, me inventé una escena en la que las manzanas de casas, siguiendo las marcas del tráfico pintadas en la calzada, empezaban a avanzar hacia el obelisco, como si fueran a amoldar vete a saber qué pieza industrial maravillosa y gigante. En este cruce había unas farolas muy altas, como las de los aeropuertos, que sostenían de cinco a seis luces, como un ventilador. Imaginé que las palas empezaban a rodar y que con aquella rotación se iban hundiendo en el suelo. A medida que se introducían en la calzada, las manzanas de casas se acercaban al obelisco. No hay que beber tanto.

No había trabajado en ningún taller, pero podía apropiarme del mundo industrial a través de la literatura. Era una pretensión ingenua. En un viaje que hicimos a Bélgica, pasamos en tren por Lieja y vimos fábricas destartadas, inmensas. Pensé en pedir una beca para ir a la cuenca del Ruhr a documentar mi novela. Me la concedieron y, con el dinero, nos largamos a Brasil. Era el verano de 1991. Yo había viajado dos veces a Brasil, mientras estuvimos separados, y tenía amigos allí. Nos dejaron una casa para que pudiera escribir. Tenía un primer capítulo, en el que contaba la epifanía de la Diagonal, que había reescrito cincuenta veces. Y un segundo en el que hablaba de una cena en un piso, con comidas envasadas en paquetes de muestra, que en realidad era el piso de Gracia, con todos aquellos objetos que mi abuela había dejado por allí cuando lo abandonó, y con los tesoros que mi abuelo traía del aeropuerto. Era todo muy metafórico, aséptico e indoloro. La ciudad de Porto Alegre, en el estado brasileño de Rio Grande do Sul, está separada de Barcelona por 9647 kilómetros. Aquella enorme distancia liberó alguna cosa en mi interior y durante unas semanas vencí el bloqueo y escribí con facilidad. Me sorprendió que desde el principio, y a medida que iba escribiendo, salía mucho yo y salían mucho mis padres. Me di cuenta de que todas aquellas referencias a la industria pesada y a la ilusión de los electrodomésticos que nos iban a cambiar la vida, correspondían al mundo de mi padre y al mundo de mi madre. Que los motivos industriales eran la excusa para deshacer un nudo interior. Cuando llevábamos ya unas semanas en Porto Alegre, salimos de viaje, a Montevideo y Buenos Aires, y al noreste de Brasil: Recife y Salvador de

Bahía. Me llevé mis papeles. Escribía en una cafetería de maderas barnizadas, con camareros que iban vestidos con americana blanca y pajarita negra, como mi abuelo, o en una *lanchoneteria* con cubierta de uralita, junto a un aparcamiento. Al poco tiempo de mi descubrimiento psicoanalítico me volví a bloquear. Mis padres estaban vivos y no sabía qué hacer exactamente para resolver los problemas que el libro me planteaba. Pensé que, cuando recuperara la tranquilidad, sin tantos viajes, retomaría la historia que tenía tan bien encarrilada en Porto Alegre. Pero no pude terminarla hasta pasados muchos años, después de su muerte.

No creo que telefoneáramos desde Brasil. En aquella época, realizar llamadas internacionales tenía su dificultad. Además, te parecía que aquellos minutos que pasabas hablando con tus padres interrumpían la experiencia que estabas viviendo. Hoy en día, cuando telefonar es mucho más simple, nuestros hijos hacen lo mismo. El caso es que hablamos poquísimo, si es que llegamos a hablar. Cuando con Cris nos presentamos en Arbúcies, después de los dos meses que pasamos en Sudamérica, encontramos a mi madre desconsolada. Mi padre no había subido ni una sola vez en todo el verano.

Mi madre no podía digerir que, después de todo lo que le había aguantado, mi padre quisiera separarse de ella. Mi padre decía que mi madre se había vuelto rara. La rareza podía consistir en el hecho de que había empezado a salir, iba a ver exposiciones o se apuntaba a cursos, sin consultarlo. Poco después, ya en Barcelona, se reencontraron. Para no tener que coincidir, durante el día mi padre se pasaba las tardes en la oficina de «la Caixa» del paseo del Triunfo, esquina con la calle Llull, que en la entrada tenía un saloncito. Creo recordar que alguna vez se llevó a allí con él a mi tía. Se produjo un incidente, mi padre levantó la mano a mi madre y fueron a un juicio de faltas. No fue algo gravísimo, pero se había traspasado una línea que nunca debió haberse traspasado. Después, mi padre desapareció. Era el otoño de 1991, tenía sesenta y dos años. Mi madre tenía cincuenta y siete. La situación me cogió a contrapié, yo estaba en mi mundo desde hacía una década. Existían tantas razones para que mi madre se separara de mi padre... Y ahora que se habían separado lo echaba mucho en falta. Se sentía estafada, como si su vida hubiera resultado un engaño. Cayó en una depresión clínica. A veces estaba eufórica y otras veces no podía levantarse de la cama. Todo lo que pudieras

decirle resultaba inútil: se sentía culpable de la separación. Yo había visto muchas horas de televisión a su lado. Le gustaba comentar las películas y las series, sobre todo cuando aparecía alguna chica. «Mira que eres tonta, ¿no ves que se va a aprovechar de ti?», le decía a la pantalla. Y ahora te daban ganas de decirle que se olvidara para siempre de mi padre. Que siguiera su camino, que intentara empezar de nuevo, que tenía tiempo para hacerlo. Se lo decía una y otra vez, pero no me escuchaba. Entraba en un bucle enfermizo: «no pienso marcharme, porque esto ha sido un *abandono del hogar*». Y yo le decía que claro que no, que estaba en su casa, igual que si fuera él, aunque el alquiler del piso se remontara a muchos años atrás, cuando los valencianos ocupaban el barrio de la Plata. Pero el razonamiento de mi madre no iba dirigido a la conservación de la casa: era simplemente un clamor contra el *abandono del bogar*. No salíamos de ahí. Fue entonces cuando mi padre intentó cruzar corriendo la autopista y lo arrolló un coche.

16. LAS PEQUEÑAS ERMITAS

Mi padre fue uno de los muchos barceloneses que nunca aceptó el Pía Cerda. Caminaba por el medio de la calle, a pesar de que en Pueblo Nuevo (en las manzanas que se dibujaron en 1860, algo más pequeñas de las del Ensanche) estaban bordeadas por grandes aceras. Cuando llegaba a una travesía, recortaba el chaflán. Cruzaba de un lado a otro en unas largas diagonales, que lo obligaban a estar pisando mucho rato el asfalto por donde circulaban coches y camiones. Trazaba unas diagonales que nadie traza ya: todo el mundo se ha acostumbrado a pararse en los semáforos y a cruzar por los pasos de cebra. Iba buscando siempre el hueco entre dos coches para pasar de la calzada a la acera y de la acera a la calzada, y cruzaba por donde se le antojaba. Pasaba de perfil entre dos coches, aparcados uno demasiado cerca del otro, como un gato. Caminaba con pasos decididos, largos, de hombre atribulado, y cuando era necesario *pegaba una carrera*. Para correr empleaba los movimientos de los boxeadores cuando se entrenan: muy acompasadamente, no muy rápido, y solo le faltaba saludar con la manopla. Cuando salíamos juntos iba siempre solo, delante. Mi madre caminaba ocho, nueve, diez metros por detrás, porque no podía seguir su paso. A mi madre le hubiera gustado ir los dos juntos, como muchas parejas, y siempre le echaba en cara que anduvieran por la calle de aquel modo. Mi hermano y yo siempre íbamos pegados a mi madre.

En Pueblo Nuevo, en la calle donde vivíamos, había pocas casas. Por la noche y los fines de semana las calles quedaban muy solitarias. Parecía más seguro ir por el medio de la calle o por un lado de la calzada, junto a los

coches y los camiones aparcados, que por la acera. Aquella sensación de desierto invitaba a tener prisa. Mi padre iba andando a todas partes. ¿Para qué perder el tiempo respetando semáforos que cambiaban de color para nadie? Además, en muchas esquinas no había semáforos. Yo mismo, cuando regresaba a casa y estaba oscuro, muchas veces lo hacía por el asfalto.

Tal vez porque había sido pastor y veía campos donde había manzanas edificadas, porque había sido boxeador y se había pegado largas caminatas de entrenamiento; porque había trabajado en el Clot y tenía en la cabeza los trayectos que seguía cuando tenía allí el empleo; porque tenía genio y no se casaba con nadie, se había acostumbrado a pasar de Pueblo Nuevo al Clot como si no existiera la autopista. La A-19 se construyó en 1969 y fue la primera autopista de peaje de España. Mi padre era mucho más antiguo.



La Hispano Olivetti y la autopista A-19.

El 7 de noviembre de 1992, venía de Pueblo Nuevo, probablemente por la calle Llacuna, llegó a la altura de la Gran Vía de les Corts Catalanes, en la esquina del antiguo edificio de la fábrica de máquinas de escribir Hispano Olivetti, una de las grandes industrias del barrio, que en 1995 daría paso al Centre Comercial Barcelona Glories. Cuando llegó al lateral de la autopista A-19, ^{en} lugar de buscar el semáforo, recortó el chaflán y cruzó todo recto. No debía ser la primera vez que lo hacía. Por el lateral de la Gran Vía venía un

coche. El conductor vio al hombre que cruzaba corriendo y frenó bruscamente, pero no pudo evitar la colisión. Mi padre saltó sobre el capó, golpeó el cristal del coche, lo rompió violentamente, salió despedido y fue a impactar con la medianera metálica que separaba el carril lateral de la autopista. El atestado de la Guardia Urbana registra un frenazo de 36 metros. Cuando llevaba 14, el coche chocó contra mi padre: lo arrastró 22,40 metros. Localizaron a un testimonio del accidente, un hombre que iba en moto detrás del coche y que vio a mi padre pasar corriendo.

«El peatón cruzó la calzada a unos 40 mts. del ángulo más próximo considerado paso teórico de peatones.

En opinión de la patrulla actuante, el atropello se produjo al no adoptar las debidas precauciones al cruzar la calzada fuera del paso según la versión del testigo, si bien el conductor del turismo circulaba a velocidad excesiva».

Si no le hubiesen abatido en el carril lateral habría cruzado los carriles centrales de ida y vuelta de la autopista y el lateral del lado de montaña hasta llegar al Clot.

Allí podría haber terminado todo. Y este libro acabaría también ahora con una escena a cámara lenta, sin sonido, o con una musiquilla empalagosa. Pero mi padre sobrevivió al accidente. El atestado de la Guardia Urbana dice que «no pudo obtener la versión del peatón atropellado debido a su estado». Me lo imagino diciendo, en monólogo interior, mientras yacía inconsciente en la ambulancia que lo llevaba al Hospital de Sant Pau: «Yo tengo muchos tiros *pegaos*. A mí no me para ni la Guardia Civil».

El accidente se produjo a las seis y cinco minutos de la tarde. Fuimos corriendo a Sant Pau, mi madre, mi hermano y yo. Hacía tiempo que había desaparecido de casa y no le veíamos el pelo. Mi madre quería a mi padre. Pensó que en aquellas circunstancias la necesitaría, y que regresaría con ella. Años atrás había sufrido un accidente de automóvil, mientras trabajaba en un montaje. Mi madre lo cuidó. Había contraído una hepatitis, que le había acabado de fastidiar el hígado. Mi madre lo cuidó. Ahora también lo cuidaría. La UCI de Sant Pau se encontraba en una salida del edificio histórico, entrando a mano derecha. Nos lo encontramos intubado, con un gran hematoma en la cabeza. Junto a la cama había otra mujer, su novia de entonces, Candelaria. No creo que mi padre dejara a mi madre por esta mujer, pero en

aquel momento estaba viviendo en su casa. Era una viuda con hijos que tenían aproximadamente la misma edad que nosotros. Fue un desengaño inmenso.

Poco después, mi madre ingresó en el Hospital del Sagrat Cor para una intervención en el pecho. Ella decía que era para ver si un bultito que tenía en el pecho era bueno o malo. Pero más tarde pude leer el informe médico y vi que comentaba la mamografía subrayando que se trataba de «un bulto muy sospechoso». Cuando entré en la habitación estaba dormida, mi tío Josep María velaba a los pies de la cama. No dijo nada, pero hizo un gesto con la cabeza y movió los labios sin llegar a emitir ningún sonido: «sí».



Ramon Gassió, a la derecha, con chaleco, delante del bar El Roble, en la calle Luis Antúnez.

Toda la familia se volcó con ella.

Compartíamos el sentimiento de una injusticia terrible. Mi madre había sido una chica moderna, avanzada a su tiempo. La vida le había pasado por encima y ahora se encontraba enferma y sola. Yo me había instalado a vivir en casa de mis abuelos. Mi madre me había ayudado a montar el piso. No había la posibilidad de que volviera allí. Su casa estaba en Pueblo Nuevo, en el piso que había sido de sus suegros y

de su marido, aquella casa que se caía. Junto con mi hermano estuvieron una temporada buscando piso —en Pueblo Seco, en la plaza Raspall— y, finalmente, se quedaron en la calle Luchana. En algún momento emprendió una de aquellas reformas que pensaba que le mejoraban la vida: cubrió la mitad del patio en la que mi padre saltaba a la comba: aún le quedaba otra mitad para cuidar sus plantas. En la parte cubierta colocó la nevera (y así disponía de un mayor espacio en la cocina) y la máquina de coser. Subía a menudo a la calle Neptú y más todavía cuando empecé a vivir con Cris. Veía a su amiga Montserrat *deis panys*, que tenía un hermano cerrajero, íbamos al bar El Roble, de la Riera de Sant Miquel, esquina con Luis Antúnez, y charlaba con Toni Corvillo, al que había conocido cuando era un chaval que llevaba recados para un colmado, frente al bar. También conocía mucho a Ramón

Gassió, el antiguo propietario de El Roble, que era de Vila-rodona como mis abuelos. Recuerdo aún la tristeza de Toni y de su hermano Santi un día de principios de septiembre de finales de los noventa, cuando regresamos de vacaciones y me explicaron que Ramón había muerto en un accidente de circulación: conducía su hijo, el coche volcó y tuvo una muerte terrible. A veces invitábamos a la tía Mercé a comer con nosotros, en casa o en el restaurante Bombay, junto al mercat de la Llibertat: habíamos entablado amistad con uno de los camareros, Manel. Después de comer la acompañaba a su casa, en la calle Astúries esquina con Torrent d'en Vidalet. Una de las últimas veces estuvo recitando, a un paso lentísimo, las tiendas que había años atrás en cada portal: aquí una panadería, allí una tienda de ropa de casa, allí un distribuidor de aceites y jabones.

Si nos encontrábamos con mi madre, con mi tío Josep María y mi tía Mari, para almorzar o para cenar, no paraba de preguntarles cosas. Y también cuando iba a tomar la última copa a El Roble y me quedaba en la barra hablando con Toni hasta que cerraban. Era como si quisiera reconstruir lo que había sido la vida de mi madre antes de que apareciera mi padre y de nacer yo. Me contaban de una amante que José Antonio Samaranch tenía en la plaza de Narcís Oller, una vedete: todo el mundo en el barrio estaba al corriente de la historia. Y de un bar que se llamaba El Tubo, en la calle Luis Antúnez, en el edificio que levantaron en el solar de los corrales. Y de un crimen pasional que fue un escándalo: un hombre mató a otro, su amante, y la policía sacó el cuerpo de la alcantarilla de la esquina de Neptú con Luis Antúnez, enfrente de casa. Me hablaban de La Casona, que había sido un casa de citas, y de una tía de Guillermina Motta que era vecina, una mujer libre: la llamaban *la belluguets* (la meneito). Siempre pensamos que Guillermina Motta cantaba cuplés a causa de esta tía, pero una vez se lo pregunté y me dijo que en su casa tenían poca relación con ella, y me pidió noticias a mí. Mirar fotografías antiguas de la calle Neptuno o de los primeros años del Hostal Castell no nos entristecía y las mirábamos el día de Navidad, en la sobremesa. Si en alguna de ellas aparecía mi padre todos decíamos: *quin ximple* (menudo cabeza de chorlito). Mi madre a veces se sumaba al comentario, y otras veces callaba.

En 1992 tenía a mi madre en el Sagrat Cor y a mi padre en Sant Pau: iba de uno a otro. Candelaria no tardó en desaparecer y mi padre se quedó solo.

Tenía una fractura abierta en la pierna, que se infectó, había perdido parte de la tibia. Tenía un boquete que no se cerraba. Yo iba a visitarle en uno de los pabellones de la parte trasera de Sant Pau, de ladrillo, sin decoración, como si de una fábrica se tratara: el gran monumento a medio terminar. La pierna tenía una tonalidad violácea, con un zurcido que formaba un bulto, como un músculo fuera de lugar, contrahecho y entumecido. Llevaba unos hierros que le atravesaban la pierna de lado a lado para intentar que el hueso se consolidara y se soldara por donde faltaba un trozo. Este tratamiento duró meses. No sé si los protocolos de la sanidad pública después de los recortes lo permitirían: se pasó un año ingresado en Sant Pau. Iba a verlo de vez en cuando, de una manera tímida y distante. Mi padre me echaba en cara, amargamente, y en los primeros momentos, violentamente, que tardara tanto en visitarlo. Cuando ya había desembuchado el dolor que maduraba en largas horas de hospital, iniciábamos una conversación amistosa, de padre e hijo que se quieren pero que no tienen mucho que decirse. Nos despedíamos amorosamente, pero no encontraba el momento de volver a verlo. Cuando me decidía, la rueda volvía a girar: primero los gritos, después los comentarios de la actualidad deportiva, la conversación intrascendente. Finalmente las palabras afectuosas, los propósitos de enderezar la situación. Hasta la próxima. Era la cinta sin fin del desamor.

Cuando le dieron el alta, después de un año, se fue a vivir a casa de una prima hermana, Manolita. Los padres habían vivido en la calle Luchana cuando la madre de la chica, la tía Adoración, vino a Barcelona a servir en los años cincuenta. Era una situación muy rara. Yo era la única persona de su familia inmediata que de una manera u otra, mantenía la relación con mi padre. No era imaginable que pudiera vivir conmigo: nos había abandonado, no se hablaba con mi madre, yo mantenía con él una relación afectuosa pero distante. Vivía en el piso que había sido de mis abuelos: mi madre nunca hubiera tolerado que estuviera allí conmigo. Yo tampoco estaba dispuesto a convivir con tanta capacidad de destrucción. Mi padre se refugió en sus primos. Hasta que estuvo un poco mejor y la prima Manolita empezó a saturarse. Se instaló en un piso, yo le pagaba el alquiler. Estaba en la calle Ausiás March, junto al Auditori, para estar bien cerca de la plaza de toros.

Mi padre me complicaba la vida, siempre me la había complicado y ahora

más que nunca. Pero me hacía sufrir. Y también sufría por la yaya. Me sabía mal que, a causa de la situación que se había producido en el momento de la separación y del accidente, hubiéramos roto la relación con la familia de mi padre. Y me sabía mal que estuviera tan solo. Sobre todo por Navidad. Quedaba a comer con él el día 22 o 23 de diciembre. Al despedirnos sabíamos que no íbamos a vernos en todos aquellos días que pasaría entre mi madre y los padres de Cris. Lo veía alejarse caminando cojo por el puente de Marina y se me rompía el corazón. Pero no hacía nada y seguramente no podía hacer nada. Era el momento del año en el que la autosuficiencia de mi padre quedaba por los suelos. En cualquier otro momento había amigos, bailes, queridas, el cachondeo, que tanto le gustaba. Pero el 25 de diciembre la gente sola está sola. Una vez, el 7 u 8 de enero, con mi prima Enriqueta, tuvimos que rescatarlo y llevarlo al médico. Se había pasado un montón de días sin ver a nadie, comiendo de cualquier manera, tenía una gripe mal curada y parecía que se iba a morir.

Cuando en 1996 nació nuestro hijo Pau, mi madre encontró una razón para vivir. He recuperado un dietario que escribió el verano de aquel año, en Arbúcies. Está redactado en forma de unas cartas no enviadas a un novio que tenía en aquella época, que se llamaba Jordi y que era viajante de comercio. Lo tenía medio en secreto: oíamos hablar de él porque salían por ahí, posiblemente siguiendo sus viajes de trabajo. De estos viajes mi madre nos traía golosinas. Por ejemplo: nabos negros de la Cerdaña. Yo los cocinaba con pies de cerdo en una olla a presión antigua, que había sido de mi abuela. En casa, utilizaba muchos de aquellos viejos electrodomésticos, que había conservado: la olla a presión Magefesa, la batidora Berrens, un ventilador Numax, un molinillo de café Braun. El ventilador, que era de un color verde pálido, con partes de color crema, era de 125 voltios y lo utilizaba con un transformador. Era una manera de vivir en el que había sido el mundo de mi madre y de mi tío cuando eran jóvenes. Las dos libretas de mi madre contienen el diario de una mujer enamorada. Iba a clases en la universidad con el profesor Joan Sureda. Finalmente había podido cumplir su sueño de estudiar. Nos explicaba sus descubrimientos y ahora me sabe mal no haber escuchado más lo que me decía. El candor que ponía en el aprendizaje despertaba en mí un gran sentimiento de ternura. Aquel verano, mientras ella trabajaba en el

hostal, su novio pasó unos días en el valle de Arán. Mi madre le preguntaba si le había gustado Sant Climent de Taüll. Y le hablaba de Bossóst.

«¿Y en Bossóst has visitado la iglesia románica que tiene el frontón más bonito del valle, que está detrás de la puerta de entrada, o sea al otro lado de la iglesia? ¿Te has fijado que en lugar del alfa y el omega, que en todos los pantocrátos aparecen en este orden, o sea Principio y Final, en Bossóst está al revés, o sea omega y alfa, y es tema de estudio porque no existe ningún tipo de documentación que explique la razón de este cambio?».

En el románico mi madre buscaba la pureza. Era aquella idea de las pequeñas ermitas silvestres (las *esglesioles*, como ella las llamaba) rodeadas de bosques. No se puede vivir en una ermita silvestre, pero tienes la sensación de estar más cerca de Dios.

«Lástima de amor perdido, durante tantos años y tanta ternura que habríamos disfrutado juntos, pero hemos de dar las gracias por habernos encontrado y sino todo, yo por mi parte y creo que tú también, procuraremos que lo que nos quede de estar juntos nos haga lo más felices posible».



Olla francesa SEB Magefesa. Ventilador Numax Tropical. Molinillo de café Braun. Batidora Berrens.

Hablaba por teléfono con Jordi, parecía una adolescente. Le contaba películas, le explicaba la letra de la canción «Com un puny». («Como un puño») que habla de las temporadas que Annalisa, la mujer del cantante Raimon, pasaba en Italia, y de que él se quedaba solo en el piso que tenían en el paseo Maragall. Mi madre estaba pendiente de unas pruebas, y Jordi, de una biopsia.

Tanto Cris como yo teníamos treinta y dos años. La perspectiva de

pasarnos el verano en el hostel con un niño de meses, sin podernos mover de allí, sin parar de comer, nos debía horrorizar. Mi madre dice que estábamos *soviéticos*. Era una expresión que mi padre decía siempre y se la pegó a ella. Hacerse el extraño era *hacer el húngaro* o *ser un húngaro*. Refunfuñar, ver solo el lado negativo de las cosas, buscar broncas: *estar en plan soviético*. Llegamos, entré en la cocina y lo primero que le dije es que no queríamos comer grasas. Otro día estaba muy dolida porque le había dado al niño una miguita muy pequeña de pan con tomate. Yo le dije que si le daba lo que no podía comer no le dejaríamos al chaval. Nos imaginábamos a Pau, que tenía seis meses, royendo tacos de fuet, *per les dentetes* (para los dientecitos), como los que me daban a mí. Nació muy pequeño, pero empezó a recuperarse enseguida. El pediatra nos había recomendado una dieta con muchas verduras. Un día, a la hora del almuerzo, mi madre dice que hice *una rebequeria com un nen petit* (una pataleta de niño chico). Cuando tengo hambre se me pone un humor imposible. Entonces, me retrata:



El Crismón de Bossóst. Omega y alfa.

«Cuando se le ha pasado, a Julia se le pasa todo enseguida, ha venido a la cocina, me ha dado un beso, y me ha dicho que estaba muy nervioso».

Mis amigos, cuando la conocían y nos veían juntos, se sorprendían de la franqueza con la que nos tratábamos, como si fuéramos dos compañeros. Yo siempre intentando poner leyes, tirando de ella para que no se dejase caer, que no se hundiera en la depresión, a veces hasta el extremo de reñirla a gritos. Después regresaba donde ella estaba y le daba ese beso que dice. Un día, a

finales de junio, la visitaron sus amigas Lourdes y Eva, compañeras de la universidad, con sus maridos. Mi madre dice que me he portado bastante bien, porque la he autorizado a servir dos botes de setas, de las que guardo para mí como un tesoro, para cocinar el fricando.

Pobre madre mía, siempre sufriendo por cualquier cosa: porque su amor estaba lejos (aquel verano pasó las vacaciones en Suecia); porque no se entendía con el tío Jordi, viudo de una hermana de su padre, que lo ayudaba en el hostel; porque la hija del tío había encontrado a mi padre en El Gran Envelat, un baile para jubilados de la Gran Vía, casi en la esquina con la calle Marina; sola al frente del negocio, cada vez con menos clientes, preocupada por si el dinero le llegaría para pasar el invierno y por si la falta de recursos la llevaría a perder su independencia. Sufriendo si tenía un mal día y se sentía claustrofóbica. Si no se encontraba bien y la soledad y la depresión le impedían realizar sus tareas. Sufriendo si tenía una mala noche, se despertaba sudorosa y angustiada, y se dedicaba a escribir hasta las cuatro de la madrugada una carta que no enviaría. Cuando acabó el verano, se citó con Jordi en un bar, estuvieron acariciándose. Después de un rato, Jordi se levantó para ir al lavabo, mi madre pensó que al regresar volvería a sentarse a su lado y que estarían un rato más en el bar, entre besos y abrazos. Pero Jordi se quedó de pie junto a ella, esperando a que también se incorporara, para irse a casa. Una vez más se sintió traicionada por el amor.

Fueron unos años felices para mí. Sacaba muchas fotografías de Cris y del niño. No nos resignábamos a ser solo los padres de un chavalito. Cuando se quedaba con sus abuelos, salíamos de noche hasta muy tarde. Cerrábamos los bares, llegábamos al piso de la calle Neptú: yo me metía en la cocina, freía unos huevos y descorchaba una botella de vino.

En 1999 mi madre abrió el hostel por Semana Santa, como todos los años. Tenía muy pocos clientes. Subimos a pasar el fin de semana de la festividad de Ramos. Yo llevaba bigote.

«Qué guapo estás, me gustan los hombres con bigote».

Mi padre siempre llevó bigote. Cuando se lo afeitaba se le veía la piel fofa y sin forma, como sucede siempre con los bigotudos. El sábado se encerraba en el cuarto de baño y se lo arreglaba, con la maquinilla eléctrica y una postal, que le servía para marcar el límite de la cuchilla, y que no cortara

de más. Cuando se puso de moda entre los artistas contemporáneos utilizar postales en sus obras, siempre pensaba en mi padre, afeitándose con un paisaje. Aquellos bigotes de quita y pon que me dejaba crecer eran también una forma de añorarlo. Todos los pequeños síntomas que mi madre presentaba —boceras, una infección de orina— eran señales del mismo mal, que tenía muy extendido. Estaba en la cocina, frente a un recorte abollado de hierro que utilizaba para cocinar el pescado o la carne a la plancha. Entré, como hacía siempre, a darle un beso. Me puse a su lado. Se le estaba quemando el pescado y no se daba cuenta. Aguantó como pudo hasta el Lunes de Pascua. La semana siguiente la pasó recogiendo la casa, como era obligado. Almorzábamos y cenábamos en la sala de la tele, junto al hogar. Cris se había integrado en la vida del hostel. Después de los postres, se fue al bar a preparar los cafés con una cafetera Gaggia, profesional de hostelería. Yo me coloqué en la barra, de broma, como un camarero que espera el servicio. La puerta de la calle estaba cerrada con reja y ya se habían colocado las colgaduras con la forma de la puerta, para que no entrara la luz en los meses que iba a estar cerrado. Recuerdo que Cris dijo con tristeza: «los últimos cafés».



El patio del Hostal Castell.

Dice mi madre en su diario del verano de 1996:

«Cuando murió mi madre pasó muchas horas en estado de coma; en un momento dado se le dibujó una gran sonrisa. Siempre he pensado que en aquel momento mi padre había llegado a buscarla para llevarse su alma, porque su amor era más fuerte que la muerte física».

Mi madre murió el 10 de marzo de 2001. Debían ser las diez o las diez y media de la noche. Cris había pasado la tarde con ella. Cuando llegué la encontré muy impresionada. Mi madre había estado muy agitada, revolviéndose violentamente, y llamando a su madre. Me quedé de pie junto a la cama. «Siempre tan buena nena», le dije con aquella voz cómplice de cuando éramos la madre y el hijo perfectos y ella decía que me portaba bien. Ya no me oía. Le acaricié el dorso de la mano, una mano blanca, con manchas de vejez, y le dije: «adiós, guapa». Las seis o siete enfermeras de turno entraron en la habitación y se colocaron frente a nosotros, al otro lado de la cama, para que no estuviera solo en aquel momento, mientras tomaba su mano con las mías y estallaba en llantos.

17. CANARIOS

En las primeras páginas de su novela *Rostros ocultos* (1943). Salvador Dalí explica la fascinación del conde Hervé de Grandsailles por la manera de hablar del notario Pierre Girardin. Incapaz de crear aquellas imágenes inesperadas que Girardin generaba sin esfuerzo, Grandsailles las anotaba en un libro de citas con una escritura fina como un hilo dorado. Mientras espera a los invitados —veinticinco amigos de entre los más íntimos— saca el libro de citas y estudia la conversación de la cena.

«Imágenes caprichosas y ligeramente ácidas y cínicas que tenían la peculiar facultad de penetrar en la zona vulnerable de las seducciones y de los sueños quiméricos y sugestionables de las mujeres refinadas».

En los últimos años de su vida, mi padre seguía un método parecido al del conde Hervé de Grandsailles. He conservado un montón de papeles y cartoncillos con las frases que apuntaba, no con hilo de oro, sino con un bolígrafo de tinta azul, con pulsador, que eran los que le gustaban. A veces, entre frase y frase, para separarlas, trazaba una raya con rotulador negro o con un lápiz de carpintero, azul y rojo. Eran las frases que les decía, riéndose, a sus tíos Manuel y Enriqueta, o a sus primos, o cuando iba al pueblo, al toro, o a los bailes. Como si el hecho de recordarlas en el momento oportuno le confiriera superioridad frente a las personas que trataban con él.

«Tienes el cerebro carcomido por la polilla de la ignorancia».

Algunas de estas frases me las decía a mí. Quedábamos para ir a comer con Cris y Pau. Nos poníamos guapos. Mi padre vestía una americana gris que tenía una aguja en la corbata y, en el ojal, el escudo del Valencia C. F. No se

quitaba para nada las gafas de sol. Un cigarrillo siempre en la mano. Nos llevaba a algunos de los bares, junto a la calle Marina, donde tenía montado su mundo. Compraba el diario y el tabaco de contrabando en el quiosco y almorzaba en alguno de los bares o restaurantes próximos a la plaza de toros. A los bares taurinos, donde lo conocían, casi nunca nos llevaba. Ahora todos estos bares son de chinos.

«Todos los pájaros comen trigo pero siempre pagan los gorriones».

Pasaba muchas horas solo. Tomaba notas de historia de la tauromaquia. Cómo se llamaban los toros, según el color o la forma de los cuernos. Los años de la alternativa de toreros famosos.

Apuntaba definiciones del diccionario para pregonarlas ante la tía Enriqueta, que lo adoraba:

«Gimnasia: conjunto de ejercicios para dotar de un desarrollo armónico y fortalecer y dar agilidad al cuerpo».

«Uy, chico, chico», debía decir la tía fingiendo que se admiraba, «qué cabeza tienes».

«Ginecomanía: amor excesivo hacia las mujeres».

«Este Julián. Mira tú en qué piensa. Julián: que ya no somos chicos».

«El que bebe se emborracha, el que se emborracha duerme, el que duerme no peca, el que no peca va al cielo y puesto que al cielo vamos, bebamos».

El primo Manuel, hijo de la tía Enriqueta, que era electricista, almorzaba todos los días en casa de su madre y miraba a mi padre como si fuera un bicho raro.

Desplegaba los cartones de Winston que compraba en el quiosco, los recortaba, doblaba por el medio el cartoncillo y confeccionaba los dípticos en los que escribía.

«Mira si soy chulo que frío los huevos con brillantina».

En otra versión, un lugar de brillantina dice gasolina.

Yo contribuí a este diccionario de mi padre. En el disco *Los Fandangos de El Chocolate* (1974), encontré unas letras que encajaban con la manera trágica que tenía de ver la vida. Las he encontrado reproducidas en aquellos cartones de Winston, desplegados, recortados y doblados con un pliegue central.

«Con más o menos cultura yo soy un hombre del montón no es el hombre

mejor por tener buena escritura Dios mió de mi alma ay que tener buen Corazón».

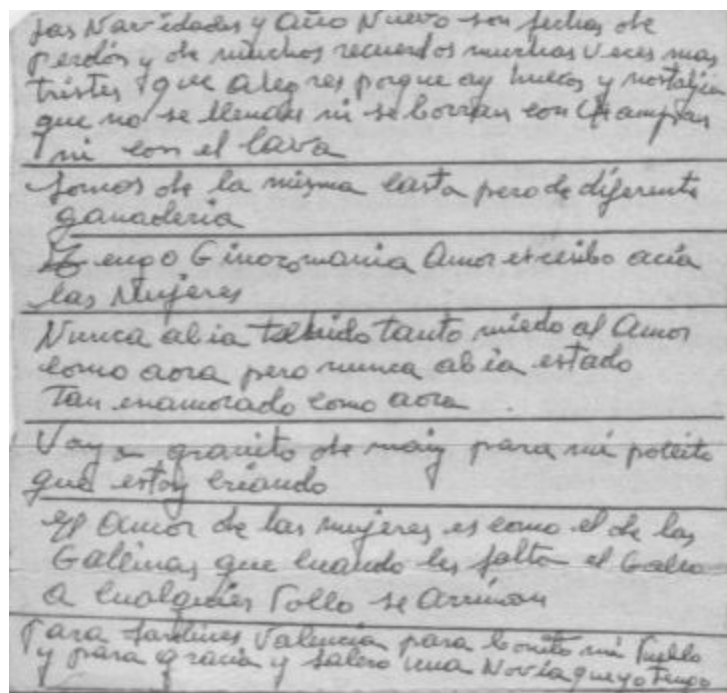
«A mi me enseñó la Vida lo poquito que yo sé y ahora que ya se leer los libros me an engañao Dios mió de mi alma los voy a tener que romper».

Eran dos estrofas que me señalaban a mí. Las he transcrito tal como él las escribió, con todos los versos seguidos, con faltas de ortografía incluidas (cuántas veces mi madre lo reñía porque se comía las haches). En el pensamiento hispánico siempre hay razones para romper los libros.

«Porque morir es natural yo no le temo a la muerte le temo más a la vida porque no se donde voy a llegar Dios mío de mi Alma con esta cavcita mía».

Esta otra le señalaba a él.

Aquella tristeza de los fandangos la sentía muy adentro. Pero al mismo tiempo era un tipo alegre y vital. Cuando apareció el Viagra, enseguida quiso probarlo y nos hablaba de él sin manías. «Voy a la farmacia y pido pastillas de goma, de las de toma y toma». Cris se reía mucho con él.



Una página del diccionario de Julián Guillamón Puerto, escrita en un cartón de Winston.

Explicaba historias que siempre que no te salpicaran resultaban divertidas. Una vez, en uno de los bailes que frecuentaba. —El Gran Envelat o el Camoa —, en un sorteo, le tocó un jamón. Salió a la pista y estuvo toreando con el jamón, como si fuera una mula. Algunas de estas cosas las sabíamos porque el padre de una amiga de Cris era uno de aquellos músicos de orquesta, de americanas y pantalones brillantes, que tocan en ese tipo de bailes. «¡Ah, sí, el torero!». En aquel ambiente todos le conocían. Si, en contra de su costumbre, nos llevaba a tomar café al Bar Bretón o a La Gran Peña, en la calle Marina, que eran bares taurinos, se pasaba el rato saludando a los personajes inigualables (banderilleros retirados, un tipo que quería ser matador de toros y no llegó a nada...) que orbitaban en torno a la Monumental. Si uno de aquellos personajes pasaba por su lado fingiendo que no le veía, le gritaba una de las frases de la libreta:

«Ven pa cá, ¡qué ves menos que Pepe Leches!».

Al mismo tiempo tenía una capacidad natural para crear situaciones problemáticas. Cuando tuvo que presentarse a juicio por el accidente pretendía que lo acompañara y que interviniera como testigo. Yo estaba horrorizado ante la perspectiva de tener que mentir con una historia insostenible. Finalmente acudió él solo, con un abogado de oficio. Ignoro cómo se desarrolló el juicio; el caso es que cobró doce millones de pesetas del seguro del coche que lo atropelló, que en aquella época era dinero. Entró en una nueva etapa de su vida: en ausencia de mi madre, le tocaba a él administrar aquel capital. Le duró unos años, en los cuales, de todas formas, yo pagaba el alquiler del piso. Me mantenía al margen y no sé si malgastó el dinero del seguro. Se compró, eso sí, dos cabezas de toro, los dos lidiados en la Monumental: uno para el piso de la calle Lepanto, al que se cambió cuando le hicieron *mobbing* en el primero que tuvo, en la calle Ausiás March, y el otro para la casa de Toga. En aquella época, hacia el año 2000, ya nadie quería cabezas de toro disecadas. Los que la embalsamaron debía ser la primera vez que lo hacían, porque en lugar de disecar solo la cabeza, lo cortaron de una manera que quedaba todas las barbas y parte del pecho. Colgado en la pared, ocupaba la mitad del comedor, que no era muy grande, e imponía respeto. Un día que lo vio Pau, quedó muerto de miedo. Más tarde, cuando vaciamos el piso, con Cris, un domingo por la tarde, follamos bajo la

cabeza del toro. Fue la vez en la vida en que he comprendido mejor la literatura de Georges Bataille (que en *L'oeil* relata una serie de aventuras sexuales el día que un toro mató de una cornada en la cara a Manolo Granero). No sé qué diría de todo esto un psicoanalista. Una de las preocupaciones, cuando vi que mi padre iba a acabar mal, es qué iba a hacer con aquel cabezón. Un día, en la librería de viejo de Rafael Sánchez, que me compraba o me cambiaba libros, vi que tenía extendidas en el suelo una serie de cabezas de toro para vender. Me dijo que ya solo las colocaba en Pamplona o en Madrid. Que la afición a los toros menguaba cada día: en Córdoba ya no había plaza. Pensé que si le pasaba algo a mi padre llamaría a Rafa, tal como sucedió. Cuando tuvimos el piso vacío, un día por la mañana, se presentó. Descolgamus la cabeza de toro, con las barbas y el pecho, negro como el carbón. Lo bajamos en el ascensor. Al salir nos encontramos con un vecino que se quedó viendo visiones. La cabeza de toro de Toga la había vendido tiempo atrás, cuando la cosa empezó a ir mal y se le acabó el dinero.



El carnet VIP del Camoia (excepto galas).

Me sabía mal que el yayo no pudiera ver a su nieto y un día, después de mucho insistir, accedí a que lo llevara a la playa. Nos pasamos sufriendo toda la mañana. Pau debía tener tres o cuatro años. Mi padre iba a bañarse al lado del Puerto Olímpico, en una zona, junto a un espigón, que había quedado sin urbanizar, cubierta de piedras y hierbajos. Ese día

sacó unas fotos del niño. El chaval aparece de pie, lloroso, con un sombrerito blanco que le cubre la cabeza y le tapa la cara, rojo como un tomate, en medio del último reducto de playa suburbial que quedaba en la costa de Barcelona. Tuvo que cambiarle el pañal, se retrasó y cuando llegó a casa, nos encontró a Cris y mí, con un ataque de histeria.

«*Hola Pablo*» —le decía al niño.

«—Se llama Pau».

Pau sentía curiosidad por el yayo. Notaba que algo raro pasaba a su alrededor. Siempre nos encontrábamos con él solos los tres y pasábamos meses sin verle. Cuando mi madre recayó, pasábamos muchas horas con ella

en el piso de la calle Luchana. El chaval, que tenía cinco años, vivió muy de cerca la muerte de su abuela, a quien quería mucho. Por contra, veía que el yayo desaparecía durante largas temporadas de nuestra vida. Yo no tenía nada que decir sobre las cosas que hacía, pero temía sus imposiciones. Siempre había sido así. Cuando tuve edad de sacarme el carnet de conducir, pensé que si lo tenía, me iba a pasar la vida acompañándole de un lado a otro, al pueblo, a los toros y al fútbol. No di un paso para conseguirlo: al margen de que no me gustaba la idea y que creía que acabaría matándome en la carretera. El caso es que pasábamos meses sin decirnos nada. Se me formaba un nudo, pensando a todas horas que tenía que llamarle y dejándolo para más adelante, hasta que al final llamaba, mi padre atendía al teléfono y me recibía con una lluvia de reproches. Decía que un día le llamaría, que llevaría semanas muerto y que estaría pudriéndose. También podría llamarme él, pensaba yo. Un día, Pau, que era un chaval muy discreto, dejó caer como quien no quiere la cosa: «Estoooo, el yayo Julián... ¿también se murió?». Había comprendido que la gente mayor se moría y le extrañaba que no le dijéramos nada del yayo: tal vez había muerto también, como su abuela. El chico quería a su yayo. Una vez, ya adolescente, mientras hacía una limpieza del armario de los juguetes, salvó un helicóptero de plástico, muy sencillo, de los que antes se vendían en las puertas de los mercados y en las ferias, para conservar un recuerdo de él. Ser sentimental resulta contagioso.

En esa época, a mi padre le conocimos tres novias. Una peruana que tenía mi edad, una gallega que vivía en un pazo y una señora catalana, muy bien puesta, que se parecía un poco a mi madre: Emilia. Las debía sacar de los bailes. Con la gallega sucedió una de aquellas típicas historias suyas. Se fue de vacaciones al pueblo de la chica, en unas fotografías aparece sobre un tractor. Un día apareció el ex, que debía tener quince o veinte años menos que él: lo quería matar. Cris y yo siempre hemos tenido manga ancha, las historias de mi padre nos entretenían y sabíamos valorar la parte humorística, que él encargaba de subrayar con digresiones extravagantes y con aquellos chascarrillos delirantes. Conservo unas fotografías muy divertidas de una vez que fue a las Fallas con Emilia. Aparece rodeado de vedetes brasileñas emplumadas. Era un caso perdido.

En uno de aquellos viajes que organizaba, para ir a la feria de la

Magdalena en Castellón, a las Fallas o a Toga, me dejó el encargo de cuidar de los canarios. Como vivía solo podía hacer lo que le daba la gana, sin tener que negociar con nadie. Quiso criar canarios, como los había criado mi yayo, en el patio de la calle Luchana (incluso había llegado a participar en los concursos de canaricultura de la FET y de las JONS). Compró una jaula de cría, que es una jaula muy grande, con compartimentos forrados de algodón en los que las hembras ponen los huevos. Creo recordar que había huevos, blancos como peladillas. Yo tenía que meter la mano en la jaula, sin alborotar a las hembras para que no dejaran de incubar, y sobre todo no tocarlos, para que después no los rechazaran. No estuvo mucho tiempo fuera: pasé por su casa un par de días entre semana para dar alpiste a los pájaros y cambiarles el agua. A mi padre, que no había podido tener una familia, se le metió en la cabeza, en los últimos años de su vida, criar canarios, como había visto hacer a su padre.



Banderín del I Concurso Provincial de Pájaros Cantores (1957), de Julián Guillamón Tomás.

Cuando quien llamaba era él, problema a la vista. Se podía dar el caso de que hubiera agotado el crédito entre los amigos que le prestaban dinero y que no tuviera forma de devolvérselo. Entonces me los pedía a mí. Una de las veces fue una cantidad respetable. Tenías que estar siempre haciendo cálculos y procurar no quedarte nunca sin nada.



La Plaza Monumental de México, en diciembre de 2005.

En julio de 2005 lo acompañé al médico al Hospital de Sant Pau. Desde hacía un tiempo se le veía desmejorado, muy blanco, los ojos enrojecidos. El médico ordenó una ecografía que detectó unos tumores. Mi padre nunca aceptó que los tuviera y se refería a ellos como *quistes*. Cuando le preguntó si bebía, dijo que normal, un par de cubatas cuando salía, buscando la complicidad del doctor que, muy serio, lo trató con severidad, leyó en el historial que había sufrido hepatitis y dijo que no podía beber ni una gota. Yo estaba sentado a su lado y no sabía hacia dónde mirar. Era un día de finales de julio, convinieron que en septiembre tendría lugar la intervención, la única posible en el estado en que se encontraba, que consistía en una quimioterapia aplicada directamente al hígado para evitar que crecieran los tumores. Quedamos en vernos después de las vacaciones para prepararlo todo. En primavera yo había pasado unos meses en Francia, Chile y México, preparando una exposición sobre el exilio de 1939. De regreso, sin decírselo a nadie de la familia, Cris y yo, nos casamos. Cris y Pau habían sufrido mucho durante aquellos meses de viaje. Siempre decíamos que nos íbamos a casar. Era el momento oportuno:

podía pedir los días de fiesta que le correspondían y podíamos pasar cinco semanas juntos.

De vuelta de aquellas largas vacaciones acompañé a mi padre al hospital: debía ser el 20 o el 21 de septiembre, lo dejé ingresado en uno de los pabellones del antiguo Hospital de Sant Pau. A la mañana siguiente iría y lo acompañaría hasta el momento de la operación. A la salida del quirófano me encontraría esperándolo. Pero cuando llegué, un poco antes de las ocho de la mañana, no lo encontré en la habitación en la que lo había instalado el día anterior. Me dijeron que se había enfadado mucho y que se había largo en medio de un gran griterío. En la última época con mi madre, le había dado otra vez como nunca por los toros. Yo le seguía la corriente. Desde México D. F. le había enviado una postal de la Plaza Monumental de México. Tenía la fantasía de que los toros, que aquí estaban en decadencia, en México atraían a las multitudes. Cuando regresé a México, en diciembre de 2005 —mi padre ya había muerto—, fui a ver una corrida. Fue un espectáculo desangelado, muy parecido a aquella otra corrida a la que asistimos —Cris, Pau y yo— desde la barrera de la Monumental. Aquel día, mi padre hizo malabarismos para que los porteros, que lo conocían, nos dejaran pasar gratis hasta las mejores localidades. Estábamos tan cerca de la arena que cada vez que el toro salía del toril y llegaba disparado frente a la barrera en la que nos encontrábamos, veíamos volar las babas y olíamos el estiércol.

Cinco minutos antes de mi llegada, a las ocho menos cuarto, había entrado una enfermera para que firmara una autorización para que lo pudieran operar. Mi padre se había dado cuenta de que la operación lo obligaría a estar unos días ingresado: se perdería la corrida de la Mercé, la más importante de la temporada. Me lo explicó mientras desayunábamos, con un aire cómplice. Yo estaba que me subía por las paredes, pero por dentro mi padre me enternecía y me hacía reír.

Quince días después volvió a ingresar. Llegamos temprano, por la tarde, porque tenía que estar controlado desde el día anterior. Nos sentamos en uno de los bancos de la explanada que comunica los distintos pabellones, pasada la puerta monumental.

«¿A qué no sabes dónde estuve ayer? ¡En Toga!».

Uno de aquellos conocidos, amigos de parientes, tenía que ir al pueblo

para resolver no sé qué gestión: ida y vuelta en un solo día. Mi padre se apuntó al viaje. Estábamos sentados en el patio, la luz de octubre era preciosa, no daba calor y recortaba con nitidez el perfil de las cosas. Estuvimos un rato sentados en aquel banco, con una tranquilidad total. Parecía que se habían disipado todas las brumas y que, al fin, descansábamos.

Le intervinieron, contrajo un virus hospitalario, y al cabo de dos o tres días falleció. Fue un muy mal enfermo y tuvieron que atarlo a la cama con unas correas. A medida que fueron transcurriendo las horas se apagó y se fue sin armar ruido. Me llamaron a las tres o las cuatro de la mañana, cuando llegué corriendo a Sant Pau ya había muerto.

Recogí sus cosas, las metí en la bolsa de polipiel que llevaba en bandolera cuando ingresó, y me las llevé a casa. Siguen allí, en un armario. Alguna vez he abierto la bolsa para sentir el olor de mi padre, que era una mezcla de sudor, colonia a granel y tabaco rubio.

Llamé a su última novia, Emilia. En la Navidad de 2004 (mi madre hacía ya tres años que había muerto), los invitamos a comer el día de Año Nuevo. Era el día de San Manuel, el santo de la yaya Manuela y de su hermano, el tío Manuel: siempre había sido una fiesta importante. Hacía años que mi padre no la celebraba. Mi yaya murió en invierno de 1996. El tío tenía yernas y nietos: no era como cuando solo estaban padres e hijos y formábamos una sola familia. Aquel día mi padre estaba radiante, porque lo habíamos aceptado en casa. Estaba recién pintada y con todas las luces encendidas no parecía un pisito de Gracia. Las paredes eran de color azul purísima y había comprado unos tulipanes rojos preciosos, que combinaban muy bien con el color de la pared. Había sido la casa de mis abuelos, donde habíamos pasado la Navidad todos juntos hasta 1973, también aquella Navidad que recordamos más que las otras porque mi padre no apareció. Pero él de esto no se acordaba, o no se quería acordar. Emilia era una mujer mayor, con hijos, y mi padre le gustaba, aunque ya conocía su lado oscuro. Entendí que alguna vez lo había visto en una de sus crisis de alcoholismo.

El velorio y el funeral, en el tanatorio de Sancho de Ávila, fueron muy singulares. Yo hacía nueve años, desde la muerte de mi yaya en 1996, que no veía a nadie de la familia de mi padre. Nos reencontramos entre besos, abrazos y lloros. La familia de mi madre vino a acompañarme. No estaban ni

mi padre ni mi madre, todo el mundo estaba un poco incómodo pero, en el fondo, aliviado y tranquilo. El tío Manuel ejerció de patriarca de la familia. Durante el velorio se sentó a mi lado, apoyado en un bastón, y con una voz opaca me fue recitando de memoria donde estaban situadas las tierras, los olivos y los naranjos que me correspondían. Debían ser las parcelas que aparecen consignadas en la herencia de mi yayo, Julián Guillamón Tomás, de junio de 1963.

«Heredad en la partida del Pozo, de seis áreas de cereal de riego, pie de la 1ª, linda Norte, Tomás Chiva Gargallo; Este, Bautista Agustina Durá; Sur, Miguel Guillamón Morte y Oeste, Francisco Barberán Puerto».

Y otras partidas en la Fuente Caliente, la Cueva Blanca, el Barranco de San Roque, el Azut y San Juan, que eran de mi yaya. Todo eso, y la casa. Todo perdido. Quizás ya lo estaba en aquella época.

Yo representé el papel de primogénito. Fui recibiendo a toda la gente que se quería despedir de mi padre, conocidos de los bailes. Señoras pintarrajeadas y no muy bien teñidas, y señores con muchas cadenas y anillos. Mi padre les debió hablar de mí y se alegraban de conocerme. Yo también me alegraba de que estuvieran allí y de poder hablar con ellos. En el funeral llamé a Emilia, que no se había separado de mi padre durante aquellos días en el Hospital de Sant Pau, y la invité a sentarse en primera fila, a nuestro lado.

La muerte de mi padre nos pilló por sorpresa. Era difícil enterrarlo en Toga, donde yo hacía años que no ponía los pies. Para salir del paso, decidí incinerarlo. Ea urna estuvo muchas semanas en el depósito, sin que acabara de decidirme sobre qué hacer con las cenizas. La tía Enriqueta me decía que lo llevara a Toga y que lo enterrase en el nicho de mis yayos. Pero sabía, porque mi amigo el escritor Juan Perucho hizo de ello un *casus belli*, que los ayuntamientos no quieren cenizas ni enterrar las urnas en el suelo. Con Emilia tuvimos una idea que nos pareció perfecta. Ella había ido a los toros muchas veces con mi padre. Se colaba siempre con una entrada de general en localidades de preferencia, tal como había hecho aquel día con nosotros, porque los porteros lo conocían y permitían que se saltara los controles. Emilia hablaría con alguno de aquellos porteros. Nos presentaríamos en la Monumental una mañana para visitar el Museo Taurino y el personal de la plaza nos permitiría bajar a la arena. Daríamos la vuelta al ruedo con las

cenizas de mi padre y, finalmente, las esparciríamos por el albero. Me parecía que, vista la imposibilidad de regresar a Toga, esta solución le habría hecho feliz: toda la eternidad entre toros y figuras del toreo. Lo teníamos bien preparado. Pero surgió un inconveniente. El día que había acompañado con Cris y Pau a mi padre a la Monumental, cuatro o cinco años atrás, aquel día que sentimos tan de cerca el hedor de los toros, había muy poco público. Algunos aficionados, entendidos y muy ruidosos, que ocupaban el Tendido Cinco, no pararon de increpar al propietario de la plaza por la poca casta del ganado. «¡Balañá! ¡Ya puedes traer el Circo Ruso!». Cuando se acababa la temporada de los toros, en la Monumental montaban un circo. No me imaginaba las cenizas de mi padre entre payasos y trapeceistas. Compré un cinerario en el cementerio de Montjuic. Acerté: cinco años después, el Parlament de Catalunya prohibió los toros. Por suerte mi padre no llegó a verlo. Se habría muerto de pena, y yo con él.

EPÍLOGO EN EL HOSPITAL DE SANT PAU

Es un mediodía de abril o de mayo de 2014. Estoy en el bar La Palma, de la calle de la Palma de Sant Just, junto a Eugenia Lalanza del Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona. Me ha pedido que prepare una intervención para el Día Internacional de los Archivos que se celebra en el mes de junio. Se trata de presentar a los asistentes una selección de materiales del archivo y mostrar qué uso pueden hacer de ellos los investigadores. Propongo algunos temas sobre los que he trabajado: los orígenes franquistas de los Premios Ciudad de Barcelona, por ejemplo: todos los recibos, escrupulosamente catalogados, que demuestran cómo se montaba un gran tinglado político-cultural bajo la dictadura. Pero Eugenia, que es un lince, sin decir que no, me lo va sacando de la cabeza. «Un tema más vivo, más personal...». Abro la libreta y dibujo cuatro garabatos: una doble raya que es la calle Luchana. A continuación, dos pares de rayas más que la cortan, en paralelo, a derecha e izquierda: Wad-Ras y Enna. Entre ambos, el pasaje Mas de Roda. Y, en paralelo a Luchana, la calle Llacuna y la calle Granada. Más allá, la calle Badajoz. Sobre este esquema voy anotando diversas direcciones y Eugenia intentará encontrar expedientes. El número 12 de la calle Luchana, donde vivía con mis padres (después le cambiaron el número y fue el 14). El 10, el 16, el 18 y el 23: almacenes, el edificio antiguo y el edificio nuevo de la Academia Domingo, la casa de la bomba. En la calle Wad-Ras entre Luchana y Llacuna: el Bar Montins, el trinquete, el cine Ideal. Wad-Ras entre Luchana y Granada:

el edificio de las bodegas Montroy Massana. Más arriba, entre Badajoz y Ávila: la fábrica de las Galletas Solsona. En la calle Badajoz: la fábrica de hielo de la Unión Mutualista de Vendedores de Pescado. En la calle Enna, el colmado Calpe. En el pasaje Mas de Roda, el almacén de la Sucran. Las barracas de detrás del cementerio. La fábrica de televisores Iberia Radio de la calle Pujadas, que se incendió en 1971: murieron tres bomberos. Me paso un par de días husmeando entre los expedientes y me entran ganas de regresar a Pueblo Nuevo.

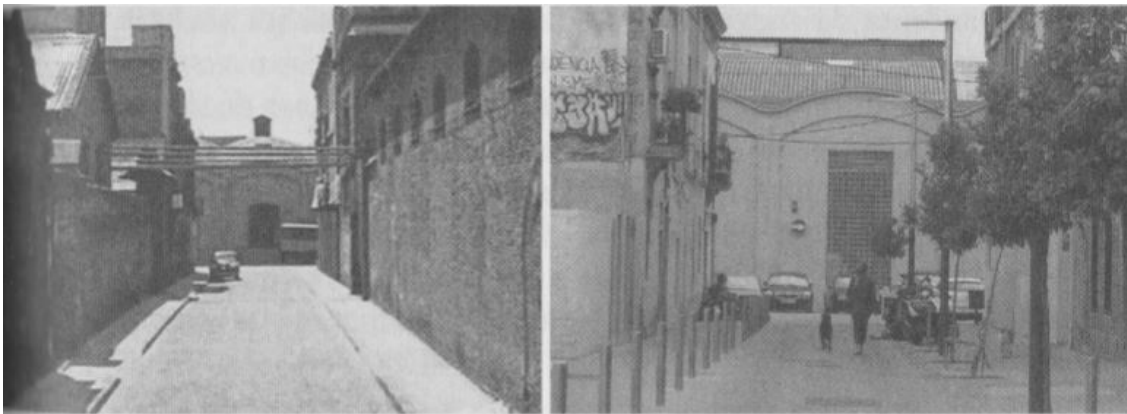
Últimamente no voy nunca. La primavera de 2005, los mecánicos del local situado en los bajos de casa, los hermanos Mestres, llamaron a mi hermano Quim. Debían ser las diez o diez y media de la noche. La policía había entrado en el piso de nuestros padres. Acabábamos de jugar un partido de fútbol y nos disponíamos a cenar con los amigos. Tomamos un taxi y bajamos enseguida a Pueblo Nuevo. En la puerta de la calle, un agente nos explicó que acababan de expulsar a unos magrebíes que se habían instalado en casa. Entramos, habían cortado la luz, el piso estaba a oscuras. En el comedor vimos el fogón de butano que empleaban para cocinar. Entramos en la habitación interior, que había sido cuarto de coser y, más adelante, el cuarto de mi tía cuando venía del pueblo. Del armario me llevé una caja de cartón con juguetes sencillos — indios y vaqueros, piezas de un juego de arquitectura— y tres carpetas con los primeros artículos y entrevistas que publiqué en los periódicos, cuando empezaba a escribir, a principios de los ochenta. Cuando murió mi madre, mi hermano, que pasó junto a ella sus últimos años, sentía que la casa le caía encima. Se mudó al piso de su novia. Fue sacando ropa, objetos y fotografías, pero aquel final imprevisto impidió que llegara a vaciarlo del todo. Yo no había vuelto a poner los pies en el piso. Poco después del incidente de los magrebíes ocupó la casa una familia que todavía vive allí. Cambiaron la puerta de abajo por una puerta elemental, que parece un tablón, con la finalidad de evitar la entrada de nuevos ocupas. Existe un proyecto en curso para construir tres rascacielos. Pero no se construyen, y mientras tanto la manzana se va vaciando y degradando, siguiendo un proceder habitual en estos casos, a la espera de que los vecinos se hartan de esperar, se larguen y pierdan sus derechos.

El día que derrumben las casas, todo este mundo solo existirá en mi

cabeza. Pero el *impasse* inmobiliario permite que siga siendo algo vivo y real. Puedo acercarme al barrio y enseñárselo a una amiga. Me puedo dejar caer por allí, un poco bebido, una noche de septiembre, y verter unas cuantas lágrimas destiladas. Si me quieren entrevistar, puedo quedar con el equipo de televisión en el pasaje Mas de Roda, frente a la fábrica de hielo, que ahora es un almacén de la marca de ropa System Action, y explicar que todo ese paisaje lo tengo escrito. Puedo meterme en el papel de la tía Mercé e ir pasando por delante de las puertas cerradas de los locales a los que mi madre me enviaba a comprar y mi padre a buscar tabaco suelto: aquí estaba la panadería, con la propietaria que tenía la voz rasposa y que cada sábado colgaba un cartel que decía «Pan doble»; allí, una planchadora, una mujer castellana, muy seca, que una temporada fue amiga de mi madre. Más allá, el Bar Ideal, forrado de arriba abajo con carteles de la revista *Barrabás*, con modelos en bikini con los colores de los equipos de fútbol. Durante la fiesta mayor, en esta travesía instalaban una de las dos pistas de autos de choque, antes de que empezaran las cuchilladas y se terminaran los autos de choque. La tienda de electrodomésticos, donde solo comprábamos pilas y bombillas. Aquí estaba el zapatero, que era un hombre alto, calvo, que parecía un poco el monstruo de Frankenstein, tenía una pierna mucho más corta que la otra y llevaba cuatro dedos de alza. Allá estaba la librería María. La pescadería, con el portal de gresite, donde mi madre compraba la pescadilla y la *sardineta* para consentir a mi padre. Al otro lado de la calle estaba el trapero, donde íbamos a que nos canjearan los periódicos viejos: te atendía una mujer andaluza, desabrida, que odiaba el trabajo de pesar hatillos de papel y contar botellas de champán.

Una tarde, regresé a Pueblo Nuevo. Era 4 de junio, faltaban pocos días para la conferencia. El pasaje Mas de Roda actualmente es peatonal. El almacén de la Sucran ya no existe: es un solar por construir. Y en la fábrica de azúcar, que siempre vi cerrada, han levantado *lofts* de lujo. Toda la calle está llena de bolardos y de árboles raquíticos. La torre de la harinera de Can Gili Vell y la chimenea han quedado encajonadas entre edificios de oficinas angulosos y desiertos. No queda ni rastro del Bar Moreno ni del Mesón Nouriño: como si nunca hubieran existido. El Bar Elena, en la esquina de Wad-Ras y Badajoz, donde nos escapábamos a tomar Coca-Cola de litro en los recreos del colegio, ahora es un local sin gracia que se llama Rumba. El

edificio de la cooperativa La Flor de Maig se cae y lo han cubierto con una tela verde. Fue uno de los iconos de la transformación del barrio cuando abrió sus puertas como Ateneo Popular en 1978. Durante un tiempo convivió con un taller de guardabarros de coches, que ocupaba la planta baja. La gente progre del barrio decía que pronto se marcharían y que todo el edificio quedaría para el Ateneo. Pero el Ateneo cerró hace años y los talleres aún funcionan: ahora es la empresa Ingesba, «Distribuidores de marcas de moda y moda urbana». Donde estaba el Bar Ideal y sus carteles de chicas en bikinis futboleros, solo quedan unas vigas de madera, que apuntalan el edificio de la tienda de electrodomésticos con la pared de los Estudios Ideal, que en los últimos años sirvió de plato para el programa de televisión *Polonia*. Entre las bigas peladas se levantan ramas y hojas de una de aquellas higueras que nacen de una semilla volandera. No hace falta extenderse más: no queda nada con vida, nada sigue en pie. Los edificios subsisten pero pronto ya no estarán. Y nadie se acuerda ya de lo que fueron un día. Los que tengan los ladrillos más bien colocados, *lofts*. Los otros, para el derribo.



La fábrica de hielo, que actualmente es un almacén de System Action.

Llegué a la esquina de Wad-Ras con Luchana. Vi que el Bar Montins tenía la persiana metálica abierta. Estaban desguazando el edificio y era una oportunidad única para colarse en su interior. En la puerta me encontré con un operario, de un país del Este: «Era el bar donde venía a comprar hielo y tabaco para mi padre, cuando era pequeño». Hizo un gesto impreciso con la

mano y me dejó pasar. La última vez que lo vi abierto era un bar de chinos. Les debió parecer demasiado ruinoso. O tal vez los desalojaron, a la espera de una demolición inminente. La fachada estaba surcada por pegotes de un material rojizo que había visto utilizar en el terrado de casa para sellar los recortes de tela asfáltica que cubrían las goteras. La puerta de acceso al piso superior y la del local de al lado estaban tapiadas. Y también los balcones. En su buena época, en la terraza del Bar Montins siempre encontrabas gente que tomaba el aperitivo o una caña con una bandejita de aceitunas o de morros fritos: muchos taxistas, trabajadores de chaquetilla azul y unos tipos bien vestidos y re peinados, clientes habituales, que vete a saber de dónde salían, no tenían pinta de trabajar en un despacho, tal vez eran los propietarios de los talleres. «¡Adróver!», gritaban. Y el Adróver, que siempre estaba malhumorado, los oía desde el interior del bar y enviaba a un mozo. Toda aquella vida hacía olvidar que detrás había unas casas que se estaban desmoronando.

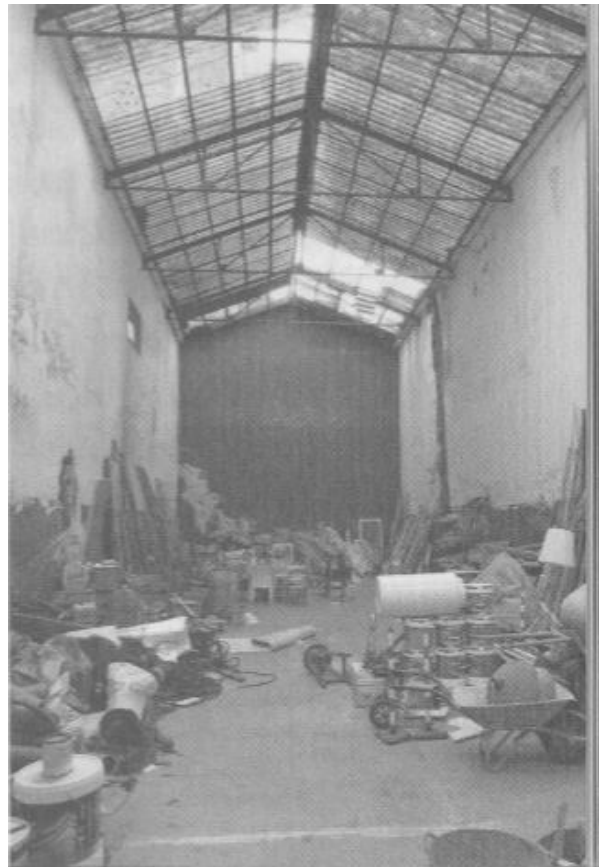


El Bar Montins.

Entré en el Bar Montins. Ya no había barra. Había pasado muchos ratos, en equilibrio sobre el estribo, intentando asomar la cabeza para que el Adróver me vendiera cigarrillos para mi padre. Las monedas iban resbalando de un lado a otro sobre una película de agua. En el extremo de la barra, una sierra para cortar barras de hielo, cuando las neveras las utilizaban para enfriar la comida y las bebidas. Frente al mostrador, el despacho del 1x2, la obsesión de mi padre. Cortaban los sellos de las quinielas con unas tijeras largas. Hacia el fondo del local, las neveras con las puertas de madera. Y más al fondo, la cocina, que no era un dechado de limpieza. En el expediente municipal he visto que tuvieron varias denuncias por humos. De toda la decoración solo quedaba un mueble pegado a la pared, donde antes se exhibían las botellas, la caja registradora y el bote de las propinas. En el espejo alguien había escrito con un rotulador grueso: «Se fía a

mayores de 99 acompañados de sus padres». Noventa y nueve años y, veintinueve o treinta de los padres: la edad de nuestros bisabuelos valencianos.

Yo no había pasado nunca más allá del mostrador del Bar Montins. Entré hasta donde antes estaba la cocina — habían desaparecido los tabiques— y entré en el trinquete. Lo habían reconvertido en almacén de material de construcción: es posible que siguiera teniendo esa función en aquel momento. Era una nave estrecha, con un tejado de piezas de plástico onduladas, verdes o transparentes, muy agujereado. La pared del fondo estaba pintada de color verde oscuro y también las paredes laterales, hasta cierta altura. Me he pasado media vida oyendo los pelotazos de este trinquete y los gritos de los jugadores cuando saltaban o se estiraban para alcanzar la pelota. El patio de casa estaba junto al

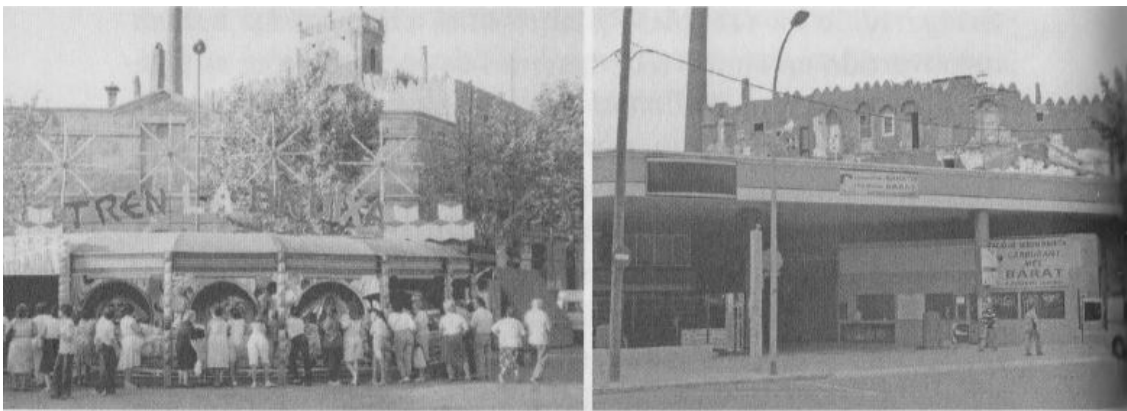


El trinquete.

trinquete, los gritos entraban por una ventanita, con una rejilla para renovar el aire. Levanté la vista y, en la parte más alta de la pared, vi la ventana.

También vi un tubo de desagüe que bajaba desde el terrado. Como un plumero, viviendo en la pared, reconocí a un hijuelo del helécho que mi madre tenía en varios tiestos del patio. El *Nephrolepis cordifolia* es una planta tropical que se utiliza habitualmente en jardinería. A diferencia de los heléchos mediterráneos es muy resistente y no necesita mucha agua. Tiene unas hojas prietas y muy tiesas, los rizomas forman unas bolas marrones, peludas, de las que a veces sale un cordón que salta para colonizar otros tiestos. Cuando bajaba a regar en el mes de agosto, quedábamos con Cris en el piso. Las plantas eran la excusa para escapar durante medio día del trabajo del hostel, bajar a Barcelona y poder vernos. A los heléchos no les dedicábamos

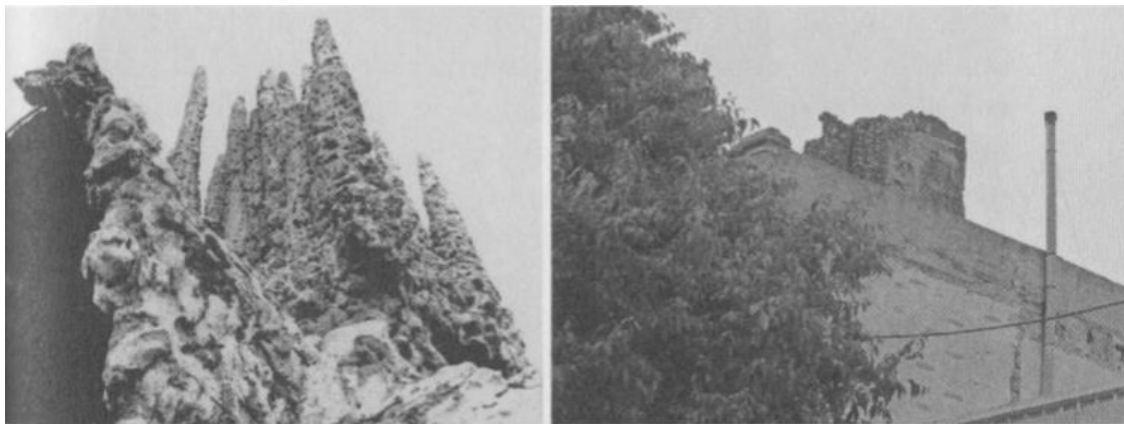
las mismas delicadezas que a las azaleas, que mi madre regaba con agua de lluvia que recogía en barreños, ni que al rosal (con el que siempre sufría porque le había salido un *chupón*: un rosal silvestre que nacía en el hendidillo del injerto y mataba al rosal cultivado), o a las plantas de penumbra, el *Farfugium japonicum aureomaculatum*, y el *Farfugium japonicum aureovariegatum*, que muchos vecinos tenían antes en las puertas de las casas en Arbúcies. Al *Farfugium japonicum aureomaculatum* mi madre lo llamaba *fetge pedregat* (hígado con piedras), porque la hoja tiene más o menos forma de hígado, parecía un nenúfar moteado de lunares amarillos como huellas dactilares. Se lamentaba siempre de que cuando llegaba la época en que las plantas están más hermosas tenía que marcharse al hostel. Eran una proyección del remordimiento.



La esquina de Luchana con Wad-Ras.

Por los agujeros del techo del trinquete saqué algunas fotografías del edificio, con la amalgama de materiales de gruta de Lourdes que cubría las paredes y una glorieta, y vi las almenas que coronaban la fachada, como en un castillo de cuento. Toda la finca había sido rebozada con aquella pasta. El 14 de la calle Luchana y el 187 de la calle Wad-Ras estaban conectados, pero el almacén de la esquina no formaba parte de la finca. A principios de los años noventa lo demolieron y en su lugar instalaron una gasolinera. Los promotores se ofrecieron para reparar las fachadas de los edificios que la rodeaban. Fue en ese momento, posiblemente, cuando despuntaron las montañas de Montserrat. Solo quedaba la casita que daba acceso al terrado, sin las

estalagmitas de rocalla que pretendían ser picos y agujas.



Las ruinas de la Academia Montserrat.

Qué tonto soy: pasear entre ruinas me había provocado un sentimiento de euforia. Frente al Bar Ideal, al que mi padre me llevó el último día de la fiesta mayor, frente al horno del Sol de la calle Wad-Ras, donde íbamos a comprar *brioques* barnizados de chocolate (la dependienta era una chica joven que me gustaba, de largos cabellos, casada con el pastelero), en el Bar Montins al que, cuando fui mayor, iba a comprar farías: en estos lugares yo era yo. Llegué al portal de casa. Junto a él, con las puertas pintadas de un azul chillón, estaba el taller de reparaciones de los hermanos Mestres.

Saludé a Antonio Mestres, que no se sacó la punta de cigarro de la boca para decir: «Hola, noi». («Hola, chico»). En el taller de los Mestres siempre seré un chaval. Son unas personas y un lugar increíbles. Cuando era un niño, el propietario del taller era el padre, un hombre arisco y malhumorado. Tenía una Mobylette de 49 c.c. que había tuneado con cantidad de complementos, espejos retrovisores y piezas cromadas. Y sus hijos, una moto cada uno, parecidas a la del padre, pero más simples. Era una época en la que ya se veían motos de gran cilindrada por todas partes. Llegaban por la calle Luchana sobre aquellas motos antiguas y no muy potentes, que eran la manifestación de una personalidad exuberante. Cuando Vicenç Rossich y Trini dejaron el piso de nuestro rellano para ir a vivir a la torre de veraneo, quedaron como nuestros únicos vecinos. Querían a mi madre. Recuerdo el día del entierro,

salíamos del cementerio de Collserola, y me encontré a Antonio y Josep en la explanada del acceso principal: llegaban tarde porque habían subido en autobús. ¡Los Mestres en autobús! Hubiera resultado alucinante verles llegar al cementerio de Collserola con aquellas Mobylettes tan historiadas, para despedir el mundo de cuando éramos niños.

El taller estaba especializado en reparaciones de aquellas motos antiguas, parecidas a las que ellos mismos manejaban. Pero desde hacía algunos años tenían poco trabajo. Toda la nave estaba repleta de piezas de carenado, cajas de recambios apiladas de cualquier manera y muchas de ellas probablemente vacías, una botella entelada con restos de aceite o de la gasolina, con un embudo encima, o uno de aquellos cascos abiertos, de los años sesenta, que parecía un orinal, con las gafas de piloto atadas sobre la frente. Un caminito central conducía al fondo del almacén. Todas las paredes estaban cubiertas de carteles de equipos motociclistas de los años ochenta y de las Z4 horas de Montjuic. No faltaba el inevitable cartel con una chica enseñando los pechos: un anuncio de los lubricantes Bel-Ray con una rubia cabalgando una moto modificada, con el manillar alto, conduciendo sin camiseta, con unos pantaloncitos cortos, blancos, y botas altas, de piel, blancas también. Siempre que los veía pensaba en pedirles permiso para una sesión de fotos y llegué a hablar del tema con el fotógrafo Ramiro Elena, pero finalmente no me atreví.



Josep y Antonio Mestres, en el taller de la calle Luchana.

Yo siempre había pensado que los Mestres eran unos friquis de las motos. Pero aquel día Antonio me explicó que había estudiado en el Instituto Pere Vila, junto al Arco del Triunfo, que fue una escuela modelo. Les enseñaban música. Guardaban los libros catalanes prohibidos en una habitación: les dejaban entrar y podían leerlos. Antonio me dijo que, con la especulación que había en el barrio, favorecida por el Ayuntamiento, participaban en todas las protestas y que se había convertido en un líder de los vecinos que el concejal, Francesc Narváez, consideraba *residuales*. Josep asentía riendo discretamente. Tomaban la palabra en las asambleas y se habían convertido en personajes famosos. Le pregunté a Antonio por las montañas de Montserrat. Le dije que de pequeño me avergonzaban. «¿Por qué, chico? ¡Si había sido un lugar precioso! En la parte de atrás de esta casa había un jardín con plantas y un pequeño estanque. Era el patio de recreo de la Academia Montserrat. Ocupaba los dos edificios que conectaban por el terrado, llenos de flores. Una vez subí a los pisos altos y lo pude ver desde una de las ventanas de atrás». Mientras hablaba me imaginaba un mundo de maravilla con las jardineras

llenas de *Nephrolepis cordifolia*, rosales a los que nunca les salían chupones, *fetges pedregats* que crecían en jardineras de rocalla, azaleas rizadas, rosas con las puntas blancas, plumas de Santa Teresa y geranios rojos.

Llegué a casa y se lo expliqué a Cris: las montañas de Montserrat eran parte de un jardín. Salimos a cenar fuera. Estábamos a las puertas del verano y ella llevaba una camiseta negra de tirantes y una falda de punto roja, larga, que en la orilla llevaba cosidos unos espejitos.

Poco después se celebró la sesión en el Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona y surgió la idea de escribir un libro.

¿Cómo lo acabaría?

En 1972, Peter Handke publicó una novela titulada *Der kurze Briefzum tangen Abschied*. En 1976 se publicó en castellano: *Carta breve para un largo adiós*. Es el relato de un viaje interior. El protagonista recibe una carta de su esposa. Mientras recorre los Estados Unidos, la mujer lo persigue, le roba y lo intenta matar. Finalmente visitan al director de cine John Ford en su casa de California, y deciden que se separarán sin hacerse daño.

Pensé acabar *El barrio de la Plata* de manera parecida. En 1963 la revista *4 cantons* dedicó un reportaje a Marta Padovan, que empezaba su carrera de actriz en el cine. Era la artista que surgía del barrio y que de alguna manera redimía a sus habitantes de la oscuridad del mundo industrial. Morenaza, con unos ojos grandes y expresivos, y aquel nombre artístico que la hacía parecer italiana. Leí una pequeña biografía que le dedicó la Fundación AISGE-Artistas Intérpretes Sociedad de Gestión, de la colección Memoria de la Escena Española. Marta Padovan se llama Conxita Alá i Miquel y nació en 1938. Estudió piano en el Conservatorio Municipal de Barcelona. Hizo carrera como actriz y en los años setenta llegó a tener una compañía propia: se especializó en teatro de vodevil (*Domesticar a una mujer*, *No muerdas la manzana del prójimo*), pero también actuó en el *Macbeth* de Ionesco. Se casó, sufrió un accidente de automóvil, el marido se metió en negocios de caballos que no acabaron de funcionar. En los últimos años se dedicaba al rodaje y había actuado en series de televisión. Me hubiera gustado hablar con ella de la calle donde nació, preguntarle a qué escuela la llevaron sus padres, dónde compraban la leche, en qué momento se marchó de Pueblo Nuevo. Me hubiera gustado explicar cómo desaparecen unas formas de vida que creemos que

serán para siempre y lo efímeras que son la fama y la gloria de barrio. Me costó localizarla. Ya no vivía en Pueblo Nuevo. Quedamos una tarde en su casa en la calle Vallseca, cerca de la calle Camélies. Por la mañana llamé para confirmar la cita. La habían a visado de un doblaje y estaba muy contenta. Era la alegría del actor que no trabaja mucho y al que un encargo le devuelve la vida. Quedamos para vernos más adelante. Pero cuando la telefoneé la encontré desanimada y enferma. Le dije, sin gran convicción, que lo volvería a intentar pasada la Navidad. En aquella misma época pensé en visitar a Josep Ruaix i Vinyet. Aprendí catalán con su método *El català en fixes* (El catalán en fichas), de 1968. Me enteré de que estaba viviendo en Moiá. Iría a su encuentro para agradecerle lo que hizo por nosotros. Sin el método Ruaix, es posible que no hubiera sido escritor. Pero tres días antes de la Navidad de 2016, Cris sufrió un derrame cerebral y nuestra vida cambió.

Pasó tres meses en el Hospital de Sant Pau. Primero en la UCI, más tarde en la Unidad de Semicríticos y en la planta de Neurocirugía. Los trayectos, para ir a verla desde Gracia, los hacía a pie. Pasaba por delante del recinto antiguo del hospital, que ahora es una atracción turística de pago, y recordaba aquella tarde de principios de octubre en la que estuve hablando con mi padre, en uno de los bancos del jardín: acababa de regresar de Toga y al día siguiente lo iban a operar. Después de muchas complicaciones, Cris empezó a hacer rehabilitación en el Institut Guttmann de Badalona. Cuando llevaba dos meses allí ingresada, tuvimos que bajar a Sant Pau para un TAC de control. Por la mañana le hacían el TAC y por la tarde la visitaría el neurocirujano. Nos quedaban unas horas libres, vino Pau y fuimos a dar una vuelta. Cris no salía a la calle desde diciembre y estábamos en mayo. Le saqué una fotografía, con el móvil, mientras hacía el signo de la victoria. Bajamos por la calle Sant Quintí y doblamos por Sant Antoni María Claret, muy despacito, porque los pequeños baches de la acera le provocaban un dolor terrible. Nos encontramos ante la entrada de la calle Industria. Era la puerta que cruzaba cuando me dirigía a ver a mi padre, durante el año en que estuvo ingresado, desde la estación de metro de la línea 5. Hice el ademán de entrar. Pero cambié de idea: «Olvídalo, sigue adelante». Detuve la silla de ruedas de Cris y le di un beso. Era un día de primavera y lucía un sol radiante.



JULIÀ GUILLAMON es un escritor y crítico literario español, nacido en Barcelona en 1962. Estudió Filología Catalana en la Universidad de Barcelona. Desde el año 1994 publica semanalmente sus críticas en el diario La Vanguardia. Como ensayista ha tratado la imagen de Barcelona en la literatura entre los años setenta y los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. Su obra literaria refleja el fracaso de las utopías y la desaparición del mundo industrial.

Ha sido comisario de diversas exposiciones literarias. Uno de sus proyectos, Literaturas del exilio, se ha presentado en Barcelona, Buenos Aires, Santiago de Chile, Ciudad de México y Santo Domingo, en la República Dominicana. Ha conseguido el premio Crítica Serra d'Or de Ensayo 2002, el premio Octavi Pellissa 2006, el premio Ciutat de Barcelona de ensayo 2008 y el premio Lletra d'Or al mejor libro catalán del año 2008.